LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO

Françoise Dolto

Paidós Psicología Profunda

Françoise Dolto

LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO

ediciones
PAIDOS
Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *L'image inconsciente du corps*
Publicado en francés por Editions du Seuil, París, 1984

Traducción de Irene Agoff
Revisión de Nora Markman

Cubierta de Víctor Viano

1ª edición castellana, 1986

© Editions du Seuil, 1984
© de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.;
Mariano Cubí, 92; 08021 Barcelona;
y Editorial Paidós, SAICF;
Defensa, 599; Buenos Aires.

ISBN: 84-7509-341-8
Depósito legal: B-5.263/1986

Impreso en Huropesa;
Recaredo, 2; 08005 Barcelona.

Impreso en España - Printed in Spain

INDICE

1. ESQUEMA CORPORAL E IMAGEN DEL CUERPO . 9
El esquema corporal no es la imagen del cuerpo . . 17
Imagen del cuerpo. Pulsiones de vida y de muerte . . 30
Los tres aspectos dinámicos de una misma imagen del cuerpo 42

2. LAS IMAGENES DEL CUERPO Y SU DESTINO: LAS CASTRACIONES 53
La noción de castración simbolígena 65
La castración umbilical 74
La castración oral 81
La castración anal 88
El espejo 119
→ La castración primaria a veces llamada castración genital no edípica 132
→ Complejo de Edipo y castración genital edípica (prohibición del incesto) 149
→ La aportación narcisista de la castración edípica como liberadora de la libido 160

3. PATOLOGIA DE LAS IMAGENES DEL CUERPO Y CLINICA ANALITICA 167
Primeros riesgos de alteración de la imagen del cuerpo 167
El período oral antes de la edad de la marcha y de la palabra. El destete, sus fracasos 171
→ Edad oral, anal y períodos ulteriores hasta la castración primaria 184

Patología de la imagen del cuerpo en el período de latencia (después de un Edipo resuelto no obstante a tiempo) 261
Histeria y psicosomática 279
De engendradores en engendrados: el sufrimiento. De imaginario en realidad: las deudas y las herencias . 291
Casos clínicos de trastornos de la imagen del cuerpo . 297
Algunos temas anexos abordados 299

1. ESQUEMA CORPORAL E IMAGEN DEL CUERPO

Al comienzo de mi práctica en psicoanálisis de niños (1938), y siguiendo el consejo de Sophie Morgenstern,[1] primera psicoanalista de niños en Francia, presentaba a los niños —deseosos de comprender conmigo la causa, por ellos ignorada, de las dificultades que experimentaban en su vida— papel y lápices de colores; más adelante añadí pasta para modelar.

Dibujos, efusión de colores, formas, son medios espontáneos de expresión en la mayor parte de los niños. Les complace entonces «contar» lo que sus manos han traducido de sus fantasmas, verbalizando de este modo ante quien los escucha aquello que han dibujado y modelado. A veces esto que cuentan carece de relación lógica (para el adulto) con lo que el adulto creería estar viendo. Pero lo más sorprendente fue lo que poco a poco se me impuso como una evidencia: que las instancias de la teoría freudiana del aparato psíquico, Ello, Yo,* Superyó, son localizables en cualquier composición libre, ya sea gráfica (dibujo), plástica (modelado), etc. ¡Estas producciones del niño son, pues, auténticos fantasmas representados, desde las que se pueden descifrar las estructuras del inconsciente. Tan sólo son descifrables como tales por las verbalizaciones del niño, quien antropomorfiza, da vida a las diferentes partes de sus dibujos

1. Quien se suicidó en 1940, a la entrada de los alemanes en París.

* En castellano no es posible volcar la diferencia semántica existente en francés entre los términos *Moi* y *Je*, ambos traducibles por «Yo». *Moi*: instancia psíquica que corresponde a la segunda tópica freudiana *(Ich)*. *Je*: al igual que *Moi*, pronombre personal de primera persona singular, salvo que *Je* sólo puede cumplir en la frase la función de sujeto. El criterio a seguirse en esta traducción será indicar, cuando corresponda, [*Je*]. En los casos que puedan prestarse a confusión, se indicará también [*Moi*]. Cuando sólo se lea «Yo», entiéndase que traduce a *Moi*. [T.]

en cuanto se pone a hablar de ellos al analista. No otra es la particularidad del análisis de niños: aquello que en los adultos se descifra a partir de sus asociaciones de ideas sobre un sueño que han relatado, por ejemplo, en los niños puede ilustrarse por lo que dicen acerca de sus grafismos y composiciones plásticas, soportes de sus fantasmas y fabulaciones en su relación de transferencia.

El mediador de estas tres instancias psíquicas (Ello, Yo, Superyó), en las representaciones alegóricas que el sujeto aporta, reveló ser específico. Lo he denominado *imagen del cuerpo.*

Ejemplo 1. Dos dibujos de un niño de unos once años, que padece de graves tics.

Primer dibujo: un caballo cuya cabeza no entra en el rectángulo del papel, sobre el cual hay un jinete luchando con un enemigo no totalmente visible pero cuya espada se ve asomando hacia arriba, desde la izquierda en el campo del dibujo, amenazando la cabeza de este jinete, al mismo tiempo que se observa, en la parte inferior y a la derecha del dibujo, una serpiente venenosa que, según dice el niño, está por picar al caballo. En este dibujo, el caballo no tiene su cabeza, el jinete, sí.

Segundo dibujo (en otra sesión): se presenta como una variante del motivo precedente. La cabeza del jinete no cabe entera en el campo de la hoja; el caballo sí tiene su cabeza, pero la cola carece de espacio para figurar. La serpiente ha sido reemplazada por una cabeza de tigre, a la izquierda y en la parte inferior, y lista para atacar al caballo. La cabeza de tigre se encuentra, de hecho, del lado donde debería estar la cabeza del caballo, pero en un nivel inferior.

El muchachito que, invitado por la psicoanalista, habla de sus dos dibujos, puede colocarse en el lugar de todos los personajes y, desde el de cada uno de ellos, imaginar y decir lo que experimentaría.

Aparecen así sucesivamente una cabeza representando la devoración oral, la del tigre; una cabeza que representa el dominio de la musculatura anal, figurada por la del caballo, y una cabeza del dominio del jinete, que representa al ser humano. Estas tres cabezas son susceptibles de intercambiarse una por otra, excluida como está la posibilidad de que las tres cabezas se encuentren a la vez dentro del campo del dibujo. Por otra parte, para el jinete hay siempre un peligro, representado bien sea por la oralidad que forma parte de un cuerpo (el tigre), bien sea por la serpiente venenosa que, desde atrás, figura a las fuerzas telúricas y anales que pueden vengarse del individuo, y, al mismo tiempo, la espada de un superior jerárquico que hacia él apunta.

Ulteriormente, en los últimos dibujos de este niño, el peligro

quedó representado por un rayo fulminante que destruiría a un tiempo al jinete, al caballo y probablemente a los animales que allí se encontraran; y que se hallaba en conflicto con estas instancias vivientes, conflicto figurado por el ataque.

La explicitación de estos diferentes peligros permitió descubrir, mediante las asociaciones libres del niño sobre los enemigos, las tormentas, los peligros del veneno, los peligros de la devoración, que estos temas figurativos guardaban relación con un drama familiar.

La muerte del abuelo paterno del niño fue seguida de conflictos familiares vinculados con la herencia, y su padre resultó testigo de la tentativa de asesinato de uno de sus hermanos por parte del mayor. Este hecho llegó directamente a oídos del muchacho cuando sorprendió una conversación de sus padres mientras se hallaba acostado en su habitación, en casa de los abuelos. En su interior todo se entrechocó, la avidez oral de la herencia, el tabú del asesinato, y el asombro de asistir a la connivencia de sus padres, quienes hablando en voz baja en el lecho conyugal dieron razón al criminal, que felizmente sólo había alcanzado a herir al otro (se habló de un accidente de caza) y se pusieron de acuerdo en ocultarlo. Los tics del niño tuvieron comienzo al volver de los funerales del abuelo.

Como puede advertirse, gracias a los dibujos sucesivos, el análisis de los recuerdos y asociaciones inconscientemente figurados en ellos permitió liberar lo que se presentaba como contradicciones insolubles para el muchacho, quien no podía, a la vez, conservar su cabeza, su vitalidad muscular y el control de su conducta. El había sido testigo silencioso y por tanto cómplice de una conversación parental de alcance deshumanizante en relación con el código de la Ley. Pero lo importante, lo que permite comprender que se pueda hacer psicoanálisis de niños, es el hecho de que el propio niño aporta los elementos de la interpretación con lo que dice acerca de sus dibujos fantasmagóricos; es él, él-la serpiente quien piensa de esa manera, él-la cabeza de tigre quien representa a la madre peligrosa (el padre la llamaba «su tigresa») con la cual se identifica, y que es peligrosa para el caballo que representa a su padre, en este caso; al mismo tiempo que la espada de Dios, sustituida por el rayo del cielo, viene a condenar al niño, a herir su humanización desde el momento en que, juzgando a su padre, cómplice de su tío, se juzga culpable con respecto a la Ley. Porque lo que sus palabras le hicieron comprender es que sus padres —sobre todo su padre, su madre menos, angustiada por compartir el secreto— eran, por su deseo, tan transgresores de la Ley como un hijo incestuoso: él, en este caso preciso, testigo ocasional de su coloquio en el lecho conyugal en la casa del linaje paterno.

Ejemplo 2. Se trata de un niño de diez años totalmente inhibido, de voz casi inaudible y cuyo rostro ofrece una sonrisa angustiada y fija. Ante la demanda de dibujar para expresarse, puesto que no puede contar nada y, según dice, no sueña, se pone a representar gráficamente «batallas con tanques». De hecho, todos los dibujos de sus primeras sesiones son representaciones de este mismo tema, de una manera que manifiesta con claridad la amplitud de su inhibición en la relación con el otro. En uno de sus dibujos, por ejemplo, hay un tanque de grafismo pálido y temblequeante en mitad de la página y, sólo en la extremidad derecha del papel, la punta del cañón de otro. De la punta de este cañón no sale ningún obús; el único obús es el proyectado por el cañón del tanque visible, pero su dirección es tal, manifiestamente, que no podría causar ningún daño al tanque invisible.

De sesión en sesión prosigue idénticamente este imposible combate entre dos tanques, sustituidos con posterioridad por boxeadores vistos de perfil, sólo visible un brazo y a respetable distancia uno del otro. Se confirma, pues, el problema de la rivalidad en la forma del imposible cuerpo a cuerpo. Porque estos boxeadores carecen, según los primeros dibujos sucesivos del niño, o bien de cabeza, porque no caben enteramente en el espacio del papel, dado el volumen de sus cuerpos, o bien de pies. Dándose cuenta de ello, el muchacho vuelve a dibujarlos con las rodillas dobladas; están ambos de rodillas uno frente al otro, pero sus brazos, aun extendidos, no alcanzan a tocarse.

Cuando finalmente, después de varias sesiones, el niño consigue situar a los dos boxeadores de pie uno frente al otro, lo que aparece es que uno lleva una camiseta rayada y el otro no. A mi pregunta contesta que, si él estuviese en el dibujo, sería el primero. Ahora bien, las asociaciones demostraron que la camiseta rayada recordaba el jersey de un compañero de clase que, habiendo vuelto de la escuela con una mala nota, había recibido una paliza de su padre.

Entonces, a mi pregunta: «¿Tú querrías que tu padre te pegara una paliza? —¡Ah! No es eso lo que quiero decir, sino que su papá se ocupa de él».

En efecto, este niño tenía un padre que lo trataba con total indiferencia; en última instancia, este padre no había reconocido a su hijo como alguien válido. Toda la inhibición del niño pudo expresarse en una autodestrucción de su libido viril, por ausencia de identificación posible a un padre que no se reconocía como tal y que no reconocía en su hijo a un muchacho que iba haciéndose válido, puesto que no tenía ningún interés por él. Se daba aquí inclusive una inversión de la situación edípica, era el padre el que estaba celoso de su hijo y el que no le permitía construirse en referencia a él mismo, elaborando instancias de psique: Yo, Superyó, Ideal del Yo, debido a que este

padre no era, ni un Superyó inhibidor de la no-observancia de la ley del trabajo —que es una sublimación de las pulsiones anales—, ni un interlocutor de su hijo. Lo único que sabía decirle era: «Cállate», «Vete de aquí», «Déjame tranquilo». Es decir que no ofrecía soporte al Yo Ideal de un niño fálico oral que tiene derecho tanto a la palabra dirigida por él a su padre como a los intercambios hablados con éste. Así pues, el niño sentía ser un peligro excesivamente grande para su padre, debido a que éste le tenía miedo. O por lo menos su padre, negándolo, actuaba como si tuviera miedo de él.

La interpretación a través de los dibujos sacó a la luz este autofrenado de la libido causado por la ausencia de seguridad del padre respecto del niño, combinado para el niño con el refugio en una vida pueril de no rivalidad, y por tanto de no creatividad, hallándose la libido íntegramente bloqueada por el peligro que él advertía ser para su padre. El Yo deseado era: ser un muchacho con un padre fuerte, capaz de controlar la inhibición de su hijo para trabajar, suscitando así la formación de un Superyó inhibidor de la pereza, un padre que hubiera sido un Yo Ideal. Su sueño era ser como el compañero de jersey rayado. Así su padre se hubiese interesado en todo lo que interesaba a su hijo, como el padre del compañero de jersey rayado, que lo recompensaba cuando traía buenas notas. La propia madre de este compañero le había tejido el bonito jersey rayado; en esta familia existía, pues, una madre a la que le era posible amar a su hijo sin hacer inexistente a su marido; y éste continuaba siendo el padre que controla y a la vez sostiene la energía de su hijo para que devenga un ser social, «armado» para la vida.

Por medio de estos volúmenes representados en el espacio, volúmenes que son los soportes de una intencionalidad, el niño se expresa. Al comienzo, parece dibujar una escena; pero en realidad, por la manera en que él mismo interpreta, en que él mismo habla de su dibujo, prueba que a través de esta puesta en escena gráfica mediatiza pulsiones parciales de su deseo, en lucha con pulsiones parciales de su deseo en un nivel diferente. Estos niveles de la psique son aquellos que Freud describió como: Yo, Yo Ideal y Superyó. Y la energía que se encuentra puesta en juego en los argumentos imaginarios que estos dibujos o modelados constituyen, no es otra cosa que la libido misma que se expresa por medio de su cuerpo, de una manera pasiva o de una manera activa, pasivamente en su equilibrio psicosomático, activamente en su relación con los otros.

Ofrezcamos un ejemplo de situación donde el soporte representativo es el modelado.

Ejemplo 3. Un adolescente que cursa el tercer año de enseñanza media, brillante alumno de catorce años pero «muy ner-

vioso», es traído a mi consulta: en el instituto se quejan de sus patadas compulsivas a las mesas, que hasta consiguen desclavarlas. La madre, que acompaña a su hijo a la consulta, muestra unas piernas magulladas, con úlceras a la altura de las tibias. Aparte de sus propias piernas, me informa que el insólito comportamiento del niño se ejerce también sobre la pata del lecho conyugal del lado en que duerme ella, y sobre la de la mesa familiar del lado en que ella acostumbra sentarse.

En el transcurso de este primer contacto, todo lo que el chico me puede decir acerca de su síntoma es: «No puedo evitarlo, es más fuerte que yo... —Pero, ¿cómo se explica que siempre sea contra tu madre y no contra tu padre? —No lo sé, no lo hago adrede».

Me comunica que no puede dibujar y escoge hacer un modelado, un pozo a la manera antigua, artísticamente reproducido. En ese momento digo: «Un pozo, ¿qué podría decir de él? —Bueno, en el fondo hay agua, es un pozo de los de antes, ahora ya no hay pozos. —Sí. ¿Pero qué se dice todavía que se esconde en el pozo?» Así, juntos, acabamos hablando del pozo y de la verdad, que supuestamente sale de él desnuda. Terminada la sesión, en el momento de fijar las citas siguientes, el muchacho, que sin embargo parece despabilado, me dice: «Tengo que preguntarle a mamá. —¿A qué se debe que tenga que preguntarle a su madre? No sabe usted mismo cuáles son sus días libres? —No, tengo que preguntarle a mamá».

Viene entonces la madre y se sienta a su izquierda. Mientras me habla de los días en que fijaremos las sesiones siguientes, el muchacho toma la mano derecha de su madre con su mano izquierda y lleva su dedo índice a acariciar el interior del pozo modelado, sin que ella, que sigue hablándome, parezca advertirlo. En lugar de dejarlo marcharse con su madre, digo a ésta: «Le ruego que espere un instante, tengo que hablar un poco más con su hijo». Ella sale y yo pregunto al joven: «¿Qué significa el gesto que usted le hizo hacer al dedo índice de su madre en el modelado? —¿Yo? ¿Cómo? No sé...» (Parece sorprendido, incluso desconcertado.) Responde, pues, como si no recordara, como si no se hubiese dado cuenta de nada; entonces le describo lo que le he visto hacer. Y añado: «¿En qué le hace pensar el dedo de su madre en el agujero de este pozo? —Ah, bueno... yo no puedo ir al baño, mamá no me permite ir al baño del instituto porque ella tiene que mirar, tiene que controlar mi caca. —¿Por qué? ¿Padece desde hace mucho tiempo de problemas intestinales? —No, pero ella lo quiere así, y si hago caca en el instituto me monta una escena. —Vaya a buscar a su madre».

Vuelve la madre, y se confirma que tampoco ella había notado nada del juego con su dedo en el pozo. Le digo que su hijo (siempre presente) me ha hablado de su necesidad de verificar su excrementación. «Claro, señora, ¿acaso no es deber de madre

conservar el buen funcionamiento del cuerpo de sus hijos? Incluso a mi hijo mayor (un muchacho de veintiún años), le masajeo el ano cada vez que va al retrete. —¿Ah sí? ¿Y por qué? —El doctor me ordenó hacer eso. Cuando mi hijo mayor tenía dieciocho meses tuvo un prolapso del recto, y el doctor me dijo que le masajeara el ano después de cada defecación, para que se le absorbiera el prolapso.»

Alrededor de este problema se había organizado, con la prepubertad y luego con la pubertad en curso, la enfermedad presuntamente nerviosa de este muchacho de catorce años cuya madre no había soportado la autonomización de su funcionamiento vegetativo.

El chico traducía de este modo sus celos hacia su hermano mayor, quien tenía derecho a las prerrogativas del masaje anal de la madre, mientras que a él ésta sólo le imponía un control visual de sus excrementos: a él, que no había tenido la «suerte» de tener un prolapso del recto cuando era pequeño.

El pozo era la proyección de una imagen parcial del cuerpo anal; representaba el recto del muchacho, el cual asociaba la verdad de la sexualidad de la mujer con el gozar del excremento. Había permanecido, en definitiva, en una sexualidad anal fijada como tal por el deseo pervertido de una madre inocentemente incestuosa respecto de sus varones, apoyándose como pretexto en la medicina y en el «deber» de una madre respecto del «buen funcionamiento» del cuerpo-objeto de sus hijos.

Lo dicho permite comprender también la significación del síntoma motor de agresión por medio de patadas. La motricidad, que si está adaptada a la sociedad es una expresión del placer anal sublimado, se encontraba, en este muchacho, alterada. Sus dos miembros inferiores acudían y actuaban en su síntoma como sustituto del tercer miembro inferior: el miembro peniano. Golpeaba las piernas de su madre con el pie por no poder penetrar su vagina con el pene.

Se observa por último de qué manera obraba la rivalidad con el primogénito, un hermano mayor que sólo imperfectamente podía hacer las veces de Yo Ideal, siendo más un modelo regresivo cuyo puesto el más joven, como un chiquillo, habría querido ocupar.

Ejemplo 4. Se trata también de un ejemplo de modelado. Es un niño de ocho años que, durante su sesión, ha realizado un sillón. Lo interrogo: «¿Dónde estaría este sillón? —En el desván. —Pero parece muy sólido, y no se ponen sillones sólidos en el desván. —Sí, es cierto. —Pues bien, ¿si este sillón fuera alguien, quién sería? —El abuelo... Porque dicen que está viejo y no se quiere morir. —¿Así que es un fastidio que no se muera? —Bueno, sí, porque en casa no hay sitio, y entonces nosotros tenemos que dormir en el dormitorio con papá y mamá, porque

él no quiere que nadie duerma con él en la otra habitación».

He aquí, pues, un anciano molesto al que los padres habían traído consigo esperando que moriría pronto, un anciano paralítico, siempre sentado en un sillón y a quien de buena gana hubiesen puesto en el desván con los objetos estropeados. Este sillón representaba el cuerpo molesto y demasiado sano del viejo, que impedía vivir a una familia alojada con estrechez. Es indudable que el niño nunca habría podido contar la historia de otro modo que con este recurso, este fantasma, que ilustraba una fijación anal al asiento * [*siège*], literalmente hablando, fijación que, por otra parte, hacía del niño un encoprético. Esta encopresis fue la causa de que llegara a la consulta para realizar una psicoterapia.

También aquí puede observarse la manera en que un niño, con ayuda de una producción plástica, antropoformiza lo que Freud deslindó como instancias psíquicas. El abuelo, en el presente caso, encarnaba un Superyó anal (culpabilidad del hacer, del obrar dinamizador, progresivo). El problema era «deyectar» a este hombre sin dejar de conservarlo y respetarlo. Probablemente sea la razón por la cual el niño padecía de retenciones anales que se evacuaban con descontrol esfinteriano, al mismo tiempo que fracasaba en la sublimación de las pulsiones orales y anales, las manipulaciones mentales que la escolaridad representa para un niño.

Estos ejemplos tienen el interés de mostrarnos la manera en que, en cualquier composición libre, se representa, se dice, la imagen del cuerpo: y las asociaciones que el niño proporciona vienen a actualizar la articulación conflictiva de las tres instancias del aparato psíquico.

En los niños (y en los psicóticos) que no pueden hablar directamente de sus sueños y fantasmas como lo hacen los adultos con la asociación libre, la imagen del cuerpo es para el sujeto una mediación para hacerlo, y para el analista el medio de reconocerlos. Se trata, pues, de un dicho, de un dicho que hay que descifrar, y cuya clave el psicoanalista solo no posee. Son las asociaciones del niño las que aportan esta clave con lo cual resulta ser él mismo, a fin de cuentas, el analista. Porque es él quien llega a captarse como lugar de contradicciones inhibidoras para la potencia mental, afectiva, social y sexual de su edad.

Entiéndase bien: *la imagen del cuerpo no es la imagen dibujada o representada en el modelado; ha de ser revelada por el diálogo analítico con el niño.* A ello se debe el que, contrariamente a lo que suele creerse, el analista no pueda interpretar de entrada el material gráfico, plástico, que el niño le trae; es éste quien, asociando sobre su trabajo, proporciona los elemen-

* Cobra mayor fuerza en francés. [R.]

tos de una interpretación psicoanalítica de sus síntomas. También aquí, no directamente sino asociando sobre las palabras que ha dicho (por ejemplo, el jersey rayado del boxeador). Con lo cual, hablar de imagen, de imagen del cuerpo, no quiere decir que ésta sea únicamente de orden imaginario, puesto que es asimismo de orden simbólico, signo de un determinado nivel de estructura libidinal expuesta a un conflicto que va a ser desanudado mediante la palabra del niño. Aún es preciso que ésta sea recibida por quien la escucha, a través de los acontecimientos de la historia personal del niño.

El esquema corporal no es la imagen del cuerpo

Los ejemplos que preceden permiten insistir sobre estos dos términos: no debe confundirse imagen del cuerpo y esquema corporal.

En todos los casos que se acaban de comunicar, se trataba de niños sanos en cuanto a su *esquema* corporal; pero el funcionamiento de éste resultaba recargado por *imágenes* patógenas del cuerpo. La herramienta, el cuerpo, o, mejor dicho, el mediador organizado entre el sujeto y el mundo, si cabe expresarse así, se hallaba potencialmente en buen estado, desprovisto de lesiones; pero su utilización funcional adaptada al consciente del sujeto estaba impedida. Estos niños eran teatro, en su cuerpo propio, de una inhibición del esquema corporal en los dos primeros casos (enfermedad de los tics, absoluta inhibición ideativa y motriz con mutismo y sonrisa estereotipada), y de un descontrol del esquema corporal en los dos siguientes (patadas incontrolables, encopresis). La utilización adecuada de su esquema corporal se hallaba anulada, obturada por una libido que se había enlazado a una imagen del cuerpo inapropiada, arcaica o incestuosa. Libido borrada debido a la falta de aquellas castraciones que los adultos hubiesen debido dar a sus pulsiones arcaicas, y las sublimaciones que los adultos responsables de su humanización (educación) debieron permitirles adquirir.

Esta invalidación de un esquema corporal sano por una imagen del cuerpo perturbada reaparece, por ejemplo, en el caso del niño que dibujó dos tanques que no conseguían combatir «de veras». Al esquema corporal no invalidado habrían correspondido, por el contrario, un trazo no tembloroso, cañones que apuntaran al adversario. O bien, en los dibujos siguientes, boxeadores que tuviesen dos brazos cada uno y que no se pusiesen de rodillas para boxear. Casi se podría decir que, a despecho de un esquema corporal sano, integrado,[2] la que tenía un brazo menos era la imagen del cuerpo, ella era la que estaba de rodillas (testimoniando con ello la impotencia del niño para

2. El chico era robusto y físicamente sano.

sostener las potencialidades de la posición erecta y las situaciones de rivalidad). En el cuarto caso, se trata de aquella parte o partes ausentes de su imagen del cuerpo que tenían vedada su agresividad respecto del abuelo molesto al que los padres tenían que aguantar, y que impedían al niño identificarse con un muchacho que, él sí, triunfaba, porque tenía una madre y un padre que no se hallaban en conflicto mutuo como era el caso de sus propios padres (a causa de la presencia del abuelo), y que colaboraban ambos para sostener la existencia humanizada de su hijo y sus esfuerzos escolares.

El esquema corporal es una realidad de hecho, en cierto modo es nuestro vivir carnal al contacto del mundo físico. Nuestras experiencias de la realidad dependen de la integridad del organismo, o de sus lesiones transitorias o indelebles, neurológicas, musculares, óseas y también de nuestras sensaciones fisiológicas viscerales, circulatorias, todavía llamadas cenestésicas.

Ciertamente, afecciones orgánicas precoces pueden provocar trastornos del esquema corporal, y éstos, debido a la falta o interrupción de las relaciones de lenguaje, pueden acarrear modificaciones pasajeras o definitivas de la imagen del cuerpo. Es frecuente, empero, que en un mismo sujeto cohabiten un esquema corporal invalidado y una imagen del cuerpo sana. Consideremos los niños afectados de poliomielitis, es decir, de parálisis motriz pero no sensitiva. Si la enfermedad sobreviene después de la edad de tres años, o sea después de adquiridas la marcha, la continencia esfinteriana y el saber concerniente a su pertenencia a un solo sexo (castración primaria), el esquema corporal, incluso si está afectado en parte de manera duradera, sigue siendo compatible con una imagen del cuerpo casi siempre intacta, como se comprueba en los dibujos de estos niños.

En cambio, el esquema corporal queda siempre dañado, al menos en parte, cuando la poliomielitis es muy precoz y se presenta en la edad de la lactancia y de la cuna, y sobre todo antes de la experiencia de la marcha. Pero aun cuando estos niños no recuperen un esquema corporal sano, íntegro desde el punto de vista motor y neurológico, su invalidez puede no afectar su imagen del cuerpo: para ello es preciso que, hasta la aparición de la enfermedad, en el curso de ésta y después, durante la convalecencia y la reeducación, su relación con la madre y el entorno humano haya sido flexible y satisfactoria, sin excesiva angustia por parte de los padres; una relación adaptada a sus necesidades, de las que hay que hablar siempre como si los propios niños pudieran satisfacerlas aunque la afección muscular causada por la enfermedad y sus secuelas los hayan incapacitado para ello. Cuando el niño se ve atacado por una invalidez, es indispensable que su déficit físico le sea explicitado, referenciado a su pasado no inválido o, si éste es el caso, a la diferencia congénita entre

él y los demás niños. Asimismo tendrá que poder, con el lenguaje mímico y la palabra, expresar y fantasmatizar sus deseos, sean éstos realizables o no según este esquema corporal lisiado.

Por ejemplo, el niño parapléjico[3] tiene necesidad de jugar verbalmente con su madre, hablando de correr, de saltar, cosas que su madre sabe tan bien como él que jamás podrá realizar. Proyecta así este niño una imagen sana del cuerpo, simbolizada mediante la palabra y las representaciones gráficas, en fantasmas de satisfacciones eróticas, en el intercambio de sujeto a sujeto. Hablar así de sus deseos con alguien que acepta con él este juego proyectivo, permite al sujeto integrar dichos deseos en el lenguaje a pesar de la realidad, de la invalidez de su cuerpo. Y el lenguaje le aporta el descubrimiento de medios personales de comunicación. Un niño focomélico, nacido sin miembros inferiores o superiores, posee un esquema corporal lisiado. No obstante, su imagen del cuerpo puede ser completamente sana y permitir un lenguaje de comunicaciones interhumanas tan completas y satisfactorias para él como las de un individuo no lisiado. Tal es el caso de Denise Legrix, mujer-tronco, autora del libro *Née comme ça*[4] y que, inválida de nacimiento, fue amada por su padre, su madre y su entorno social.

Un niño con un brazo sólo puede, con este brazo, conseguir la manipulación de los objetos que le son necesarios. Lo que convierte al niño en mal socializado y hasta en caracterial, con una imagen del cuerpo malsana, no castrable en el momento del destete y luego en el de la castración anal (el actuar autónomo) en relación con su madre, y que lo deja en estado de dependencia en relación con ella, con fijación fílica o fóbica, es aquel a quien su madre nunca ha querido hablarle de su invalidez, mientras que él observa muy bien la diferencia existente entre su cuerpo y el de los demás niños.

Así pues, la evolución sana de este sujeto, simbolizada por una imagen del cuerpo no inválida, depende de la relación emocional de los padres con su persona: de que muy precozmente éstos le ofrezcan, en palabras, informaciones verídicas relativas a su estado físico de lisiado. Estos intercambios humanizadores —o por el contrario su ausencia, deshumanizadora— dependerán de que los padres hayan aceptado —o no— la invalidez del cuerpo de su hijo. ¿Están culpabilizados en cuanto a su propia genitalidad? ¿Están angustiados? ¿Se narcisiza el niño por ser amado tal como es o, por el contrario, se ve desnarcisizado en su valor de interlocutor que, por lisiado, no es amado, y cuya invalidez no es reconocida ni hablada? En cuanto inválido, ¿es rechazado por sus padres, en vez de ser reconocido enteramente, como su hijo o su hija en la adversidad, considerado

3. Parálisis neurológica de los miembros inferiores.
4. París, Ed. Kent-Segep, 1972.

como un ser humano de pleno derecho con su invalidez? Si se lo reconoce como sujeto de sus deseos, símbolo de la palabra conjuntamente acordada de dos seres humanos tutelares, que son responsables de su nacimiento y que lo aman con todo lo que su realidad implica, que no intentan hacérsela olvidar, sus padres (y luego sus educadores) podrán dar a sus preguntas, por mediaciones de lenguaje y en forma para ellos inconsciente, la estructura de una imagen del cuerpo sana. «Si fueras un pájaro, podrías volar...» «Si tuvieras pies, manos, podrías hacer lo que hace aquel chiquillo... eres tan astuto como él.»

Y estos niños sin brazos ni piernas llegan a pintar con la boca tan bien como los que tienen manos; y los que sólo tienen pies, se vuelven tan diestros con ellos como lo son otros con las manos. Pero esto sólo es posible si se los ama y sostiene de acuerdo con los recursos creativos que conservan y que operan como representantes de sus pulsiones en los intercambios con el prójimo.

Un ser humano puede no haber estructurado su imagen del cuerpo en el transcurso del desarrollo de su esquema corporal. Como acabamos de observar, ello puede deberse a lesiones, a enfermedades orgánicas neurovegetativas o musculares precoces; también a enfermedades neonatales, secuelas de accidentes obstétricos o de infecciones que han destruido zonas de percepción sutil en la primera infancia (sordera, anosmia, labio leporino, ceguera, etc.).

Pero cabe formular la hipótesis de que la no estructuración de la imagen del cuerpo se debe en gran parte al hecho de que la instancia tutelar, desorientada por no obtener nunca las respuestas habitualmente esperadas de un niño de esta edad, ya no intenta comunicarse con él de otra manera que mediante un cuerpo a cuerpo dirigido sólo a la satisfacción de sus necesidades, y abandona su humanización. Es más que probable que un ser humano como éste, puesto que su cuerpo sobrevive, sería capaz de elaborar, tarde o temprano, una imagen del cuerpo con raíz en el lenguaje según unas modalidades que le serían propias, por mediación de referentes relacionales sensoriales y de su complicidad afectiva con alguien que lo ama, que lo introduce en una relación triangular y que así le permite advenir a la relación simbólica.

En niños precozmente inválidos poliomielíticos, por ejemplo, con un esquema corporal más o menos gravemente menoscabado, puede muy bien revelarse una imagen del cuerpo perfectamente sana, a condición, como mínimo, de que antes de la poliomielitis no hayan sido neuróticos y de que durante el período agudo de la enfermedad hayan contado con el sostén de la madre y el padre, en su relación con el prójimo y consigo mismos. Dibujan entonces cuerpos que no presentan ninguna de las disfunciones o carencias que ellos mismos padecen.

Imagen del cuerpo y esquema corporal: cómo distinguirlos

Volvamos ahora, desde otro ángulo, a nuestra distinción básica.

El esquema corporal especifica al individuo en cuanto representante de la especie, sean cuales fueren el lugar, la época o las condiciones en que vive. Este esquema corporal será el intérprete activo o pasivo de la imagen del cuerpo, en el sentido de que permite la objetivación de una intersubjetividad, de una relación libidinal fundada en el lenguaje, relación con los otros y que, sin él, sin el soporte que él representa, sería, para siempre, un fantasma no comunicable.

Si, en principio, el esquema corporal es el mismo para todos los individuos (de una misma edad o viviendo bajo un mismo clima, poco más o menos) de la especie humana, *la imagen del cuerpo, por el contrario, es propia de cada uno: está ligada al sujeto y a su historia.* Es específica de una libido en situación, de un tipo de relación libidinal. De ello resulta que el *esquema corporal es en parte inconsciente, pero también preconsciente y consciente, mientras que la imagen del cuerpo es eminentemente inconsciente*; puede tornarse en parte preconsciente, y sólo cuando se asocia al lenguaje consciente, el cual utiliza metáforas y metonimias referidas a la imagen del cuerpo, tanto en las mímicas, fundadas en el lenguaje, como en el lenguaje verbal.

La imagen del cuerpo es la síntesis viva de nuestras experiencias emocionales: interhumanas, repetitivamente vividas a través de las sensaciones erógenas electivas, arcaicas o actuales. Se la puede considerar como la *encarnación simbólica inconsciente del sujeto deseante* y ello, antes inclusive de que el individuo en cuestión sea capaz de designarse por el pronombre personal «Yo» [*Je*], antes de que sepa decir «Yo» [*Je*]. Lo que quiero hacer entender es que el sujeto inconsciente deseante en relación con el cuerpo existe ya desde la concepción. La imagen del cuerpo es a cada momento memoria inconsciente de toda la vivencia relacional, y al mismo tiempo es actual, viva, se halla en situación dinámica, a la vez narcisística e interrelacional: camuflable o actualizable en la relación aquí y ahora, mediante cualquier expresión fundada en el lenguaje, dibujo, modelado, invención musical, plástica, como igualmente mímica y gestual.

Gracias a nuestra imagen del cuerpo portada por —y entrecruzada con— nuestro esquema corporal, podemos entrar en comunicación con el otro. Todo contacto con el otro, sea de comunicación o de evitamiento de comunicación, se asienta en la imagen del cuerpo; porque no es sino en la *imagen del cuerpo, soporte del narcisismo,* que el tiempo se cruza con el espa-

cio y que el pasado inconsciente resuena en la relación presente. En el tiempo actual sigue repitiéndose en filigrana algo de una relación de un tiempo pasado. La libido se moviliza en la relación actual, pero puede resultar despertada por ella, re-suscitada, una imagen relacional arcaica que había quedado reprimida y que entonces retorna.

Aprovechemos para señalar que el esquema corporal, que es abstracción de una vivencia del cuerpo en las tres dimensiones de la realidad, se estructura mediante el aprendizaje y la experiencia, mientras que la imagen del cuerpo se estructura mediante la comunicación entre sujetos y la huella, día tras día tras día memorizada, del gozar frustrado, coartado o prohibido (castración, en el sentido psicoanalítico, del deseo en la realidad). Por lo cual ha de ser referida exclusivamente a lo imaginario, a una intersubjetividad imaginaria marcada de entrada en el ser humano por la dimensión simbólica.

Para decirlo con otras palabras: *el esquema corporal refiere el cuerpo actual en el espacio a la experiencia inmediata. Puede ser independiente del lenguaje,* entendido como historia relacional del sujeto con los otros. El esquema corporal es inconsciente, preconsciente y consciente. El esquema corporal es evolutivo en el tiempo y en el espacio. *La imagen del cuerpo refiere el sujeto del deseo a su gozar, mediatizado por el lenguaje memorizado de la comunicación entre sujetos.* Puede hacerse independiente del esquema corporal. Se articula con él a través del narcisismo, originado en la carnalización del sujeto en la concepción. *La imagen del cuerpo es siempre inconsciente, y está constituida por la articulación dinámica de una imagen de base, una imagen funcional, y una imagen de las zonas erógenas donde se expresa la tensión de las pulsiones.*

En psicoanálisis, la función del diván

En la técnica psicoanalítica, la neutralización del esquema corporal por la posición acostada del paciente es lo que justamente permite el despliegue de la imagen del cuerpo. La imagen del cuerpo queda puesta en juego, mientras al mismo tiempo la visión del cuerpo —y sobre todo de la expresión del rostro— del analista es imposible, lo cual provoca en el analizante una representación imaginaria del otro y no una captación de su realidad visible. Hay, pues, una ausentización del gozar de las pulsiones escópicas, y una frustración del gozar de las pulsiones auditivas (puesto que es el analizante el que habla, y el analista muy poco). En cierto modo, sin saberlo, Freud se sirvió de la imagen del cuerpo, e incluso se sirvió de ella más de lo que hoy en día lo hacemos nosotros, porque frustraba a sus pa-

cientes de toda satisfacción genital durante el tiempo de la cura.

Búsqueda de deseo y defensa contra los deseos son procesos de lenguaje constructivos para la imagen del cuerpo dirigidos a proteger la integridad del narcisismo al mismo tiempo que la integridad del esquema corporal, es decir, el cuerpo mismo en cuanto conjunto carnal cohesivo que debe permanecer íntegro para percibir. Así, con ocasión de un dolor demasiado intenso, todo el organismo (¿todo el psiquismo?) presiente que el choque con un obstáculo del cuerpo sufriente en tal o cual lugar herido o dolorido, podría provocar una no seguridad, y ello induce la protección de sí en una preservación de distancia respecto de los otros. Esto incumbe al esquema corporal imaginado consciente, aquí no se trata de la imagen del cuerpo.

Puede acontecer también que procesos afectivos de denegación del placer-displacer, o aun procesos ideativos de denegación del objeto erótico mediante el lenguaje del cuerpo o el lenguaje verbal, apunten a proteger al sujeto de una experiencia repetida de la cual no puede esperar más que desagrado.[5] Es interesante para el psicoanalista captar la dinámica del deseo inconsciente en sus diferentes niveles: primero está el nivel del cuerpo-cosa, después los niveles revelados por la imagen del cuerpo de cada estadio en su aspecto trinitario inconsciente: lenguaje mímico, visceral o gestual inconsciente.

En el caso por mí citado del modelado del pozo,[6] se observó de qué manera la imagen del cuerpo parcial anal podía verse actualizada en una vivencia relacional. Añadamos la ilustración de esa chiquilla que en su primera sesión dibuja, hallándose sola conmigo, un bellísimo jarrón con flores desplegadas, marcando el nivel del agua en la que se sumergen los tallos. Después, tengo una entrevista con la madre en presencia de la chiquilla. Ahora bien, hecho esto, durante este tiempo, un segundo dibujo, el de un minúsculo vaso con flores sin nivel de agua, con un minúsculo ramito de flores marchitas dentro. Se advierte aquí la diferencia de la imagen del cuerpo de la niña, tal como es experimentada inconscientemente según que esté en presencia de su madre o sin ella. En relación con su madre se siente lastimosa y marchita, mientras que, cuando es única interlocutora de la analista que la escucha, siente derecho a expandirse y a afirmar su belleza seductora narcisística.

La presencia de su madre no modifica el esquema corporal de la chiquilla; en cambio, trae aparejada una modificación en la imagen del cuerpo y, por ello mismo, en su representación proyectiva. Esta modificación permite comprender las relacio-

5. Ejemplo corriente es la timidez, y su lenguaje del cuerpo: «ruborizarse», «sudar». La neurosis correspondiente es la eritrofobia, pero la timidez no es neurótica.

6. Véase pág. 13.

nes actualmente perturbadas entre madre e hija. Los síntomas, motivos de la consulta, quedan así ilustrados. Gracias a sus dos dibujos, la niña expresa aquello que ha experimentado de su narcisismo herido en la relación con su madre, algo que sólo puede ser resuelto, descifrado, gracias al trabajo psicoanalítico. Este desciframiento debe efectuarse, no sólo en lo que atañe al deseo de la chiquilla en su relación con el deseo de la madre y viceversa, sino también con respecto al deseo de cada una de ellas en su relación triangular edípica —actual para la niña, pasada para la madre—, es decir, con respecto al objeto de su deseo genital: para la niña, su padre o, dicho de otra manera, el cónyuge de su madre.

La situación triangular que el analista pone de manifiesto con su sola presencia, situación triangular de la madre hablando con el analista, coloca a la niña en una situación relegada de flor[7] ajada y ya sin vitalidad, mientras que la situación dual de la niña con el analista la había narcisizado. (El analista, aunque en este caso sea mujer, parece ocupar el lugar del padre.) Este dibujo expresa la experiencia dolorosa de la castración genital en esta niña, quien se imagina, a causa de su madre, en lugar no deseable para su padre.

Gracias a la observación y la escucha de los niños, por un lado en sus relaciones reales, familiares y amistosas, y por otro en la relación transferencial durante la sesión analítica, he podido comprender la función capital de la imagen del cuerpo del paciente, de la suya propia, y de su proyección sobre otro en todo fantasma existencial de presencia para sí mismo y para el mundo.

Técnica de análisis adaptada a los niños

Invitar a dibujar o modelar al niño que se encuentra en sesión analítica no significa jugar con él. Para el psicoanalista, la regla es no compartir activamente el juego del niño, es decir, no mezclar activamente sus fantasmas con los del niño en cura; lo cual supone que el analista no erotiza su relación con el paciente, ni que persigue ninguna clase de reparación. Se trata de un trabajo, de una puesta en palabras de los fantasmas del niño, a los que se suele ver en las primeras entrevistas expresarse tan sólo por miradas y no por el juego. Al igual que los adultos, los niños no vienen al consultorio del psicoanalista a distraerse, a divertirse. Vienen a expresarse de verdad. Muchos niños que tuvieron oportunidad de realizar un tratamiento psi-

7. Flor: proyección de la zona erógena de la imagen del cuerpo oral-anal pasiva, lugar donde producen sus frutos las plantas, criaturas vivas individuadas pero sin animación ni motricidad.

coanalítico no pudieron sacarle ningún fruto por el solo hecho de que se les había significado las sesiones de psicoterapia con estas palabras: que iban a jugar con un señor o una señora al que le gustaban los niños. El resultado fue una relación erotizada, la continuación de un «ser el juguete de otro».

El papel del psicoanalista es, precisamente, no sustituir por un deseo supuestamente sano el deseo supuestamente patológico de los padres, ni «raptar» al niño de los genitores o educadores que, teóricamente, fueron o son o serían malos para él; sino, por el contrario, permitir al niño, mediante gestos, mediante signos fundados en el lenguaje, a los cuales se añaden palabras dirigidas a su persona (en presencia de los padres o no), saber que el analista cuenta con la confianza de los padres, los cuales siguen siendo responsables, tal como son, de su tutela, para que él alcance su propia comprensión de aquello que lo hacer sufrir. Puede entonces reencontrarse sujeto deseante en el triángulo inicial de su escena primaria y si, en efecto, sufre, aceptar, al menos a prueba, el contrato que se le propone: no de jugar por placer sino de expresarse dirigiéndose al analista por medio de su juego, dado que aún no puede expresar con palabras sus pensamientos, sus sentimientos, sus fantasmas. Sus dibujos y modelados están destinados a ser hablados, se hallan en la transferencia, como lo están para la técnica psicoanalítica de adultos los sueños, fantasmas y la asociación libre.

Añadiré que tengo por principio, frente a niños que aún no han abordado el Edipo, aun cuando no sean grandes autistas y grandes fóbicos, y tengan la edad que tengan, verlos al comienzo delante de sus padres, después ver con frecuencia a los padres solos y, cada vez que el niño lo desea, dejar asistir a éstos a las sesiones y hasta participar en ellas.

Siempre me he negado a jugar con el niño en la sesión analítica. Así como con un paciente adulto no entramos en conversación, con el niño no tenemos que mezclar nuestros fantasmas a los suyos, sino que debemos estar a la escucha, a través de su comportamiento, de lo que él tiene que decir, de lo que siente y de lo que piensa, y que a priori aceptamos totalmente.

Partiendo de su dibujo el niño acaba hablando, por asociaciones de ideas, de su padre, de su madre, de sus hermanos, de su entorno, de mí misma en relación con él, y de las interpretaciones que le propongo. Estas «interpretaciones» son, al igual que con los adultos, preguntas relativas a la reviviscencia de tal o cual fantasma, y sobre todo paralelos entre sus asociaciones, en lo tocante a tal o cual etapa cumplida de su vida.

No obstante, dibujos y modelado no le son propuestos con la finalidad de que hable de su padre, de su madre... Al igual que los sueños y fantasmas de los adultos, son testimonios del inconsciente. Todo dibujo, toda representación del mundo es ya

una expresión, una comunicación muda, un decir para sí o un decir al otro. En sesión, es una invitación a la comunicación con el analista, a lo cual conviene añadir que, cuando el niño habla en sesión (igual que sucede con el adulto), si alude a su padre, su madre, sus hermanos, no habla de la realidad de estas personas sino de este padre en él, de esta madre en él, de estos hermanos en él; es decir, lisa y llanamente, de una dialéctica de su relación con estas personas reales que, en sus verbalizaciones están ya fantasmatizadas.

Creyendo hablar de la realidad de estas personas, de hecho habla de estas personas tal como él se las representa, en relación con su propia subjetividad, y estas experiencias resultan de superposiciones en el curso de su historia en su relación con los adultos. De ahí deriva la posibilidad de proyección de esta vivencia relacional en la representación plástica que ya hemos descrito en términos de antropomorfización. A mi pregunta: «¿Quién sería el sol?», pregunta que pone en condicional la posibilidad de asociar sobre el sol, el niño puede contestar: «El sol sería papá, la hierba sería Fulano...». Aún puedo preguntarle: «Si tú estuvieras en tu dibujo, ¿dónde estarías?», no olvidando que el niñito es incapaz de entrar en relación sino a través de la proyección. En efecto, sólo con la castración edípica y la entrada en el orden simbólico de la Ley, la misma para todos, se hará posible la relación directa real. Hasta entonces, un señor es referenciado al padre, presente o ausente, una señora a la madre, presente o ausente. Así pues, sólo por la observación de sus interpretaciones proyectivas —«Abuela sería la taza», «Abuelo sería el sillón»— vemos hasta qué punto un niño presta una parte o la totalidad de su imagen del cuerpo a objetos, animales, personas, etc.; y es en el momento en que se cumple esta proyección cuando comunica su vida inconsciente.

Un niño de diecisiete o dieciocho meses está a la ventana, mira el cielo. Por vez primera es atraído por la visión de una estrella en el cielo todavía claro. Viene su madre y cierra los postigos. «¡Espera, espera, mira!», dice él. Su madre le explica: «Es una estrella, es el lucero del alba, la primera estrella que se ve en el cielo». Y añade: «Hace frío, hay que cerrar la ventana». Abandonando a disgusto su puesto, el niño lanza esta exclamación: «¡Adiós, princesa!», añadiendo un gesto de despedida con la mano. No se les dice adiós a las princesas de los cuentos de hadas, pero se le dice adiós a una estrella que brilla como la mirada de la madre, referida a la princesa del corazón del niño, a la princesa que ella es para él.

Tomado de la realidad, este ejemplo permite hacerse una idea de lo que puede representar el cielo en el dibujo de un niño. Basta con observar que el chiquillo que mira al adulto de abajo arriba ve la cabeza de sus padres perfilarse sobre el cielo,

cuando están al aire libre, y asocia entonces su rostro con la persona figurada que ocupa el cielo, es decir, con su Dios o su Rey en la realidad espacial de su dibujo: con su Dios en la «realidad imaginaria» (la omnipotencia fantasmatizada parental), la de la omnipotencia cósmica y divina, y con la omnipotencia que reina sobre su comportamiento, simbolizada por las palabras «Rey» o «Reina», vía para reencontrar en el cielo infantil la instancia Superyoica o el Yo Ideal.[8]

La imagen del cuerpo —previamente al Edipo— puede proyectarse en toda representación, sea cual fuere, y no solamente en representaciones humanas. Es así como un dibujo o modelado de cosa, vegetal, animal o humano es a la par imagen de aquel que dibuja o modela e imagen de aquellos a los que dibuja o modela, tales como él los querría, conformes con lo que él se permite esperar de ellos.

Todas estas representaciones están simbólicamente enlazadas a las emociones que han marcado su persona en el curso de su historia, y aluden a las zonas erógenas que fueron prevaleciendo en él sucesivamente. Es sabido que el predominio, la electividad de las zonas erógenas se modifica, se desplaza en la medida del crecimiento del sujeto y del desarrollo de su esquema corporal tal como lo permite el sistema neurológico del niño (incompleto al nacer y que sólo se completará hacia los veintisiete o treinta meses). Esta evolución de la erogeneidad no es únicamente el desenvolvimiento de un programa fisiológico, sino que está estructurada por el temor de la relación interpsíquica con el otro, en particular la madre, y de ello es testimonio la imagen del cuerpo.

Relación interpsíquica significa que la necesidad no es lo único en cuestión, o que no se trata únicamente de un cuerpo a cuerpo. Por ejemplo, cuando el niño pide un caramelo a su madre, el placer que así antícipa está articulado con el desaparecido placer del contacto de su boca con el pezón o la tetina, pero se ha desprendido de lo nutritivo de la lactación tanto como del olfato del olor materno. Recibir el caramelo es una prueba de que la persona que se lo da lo ama, que él puede sentirse amado por ella y reconocido por ella en su deseo. Es un don de amor.[9] Por lo demás, si hay negativa a satisfacer

8. El Yo Ideal es una instancia que toma a un ser de la realidad (un Tú) como punto de referencia idealizado (modelo), para el pre-sujeto que es Yo [*Moi*] referido a Tú. Modelo maestro, con derecho a decir «Yo» [*Je*]. Después del Edipo, el sujeto es él mismo el sujeto Yo [*Je*] que asume Yo [*Moi*] su comportamiento marcado por la ley genital tanto como lo están los adultos; y el Ideal del Yo ya no está referido a alguien, sino a una ética que sirve al Yo [*Moi*] como apoyo imaginario para el acceso de la edad adulta.

9. Por desdicha, esto no prueba siempre en la práctica que es amado en su persona; porque el caramelo es a veces el medio de rechazar su demanda de relación; se intenta hacerlo callar dándole un caramelo.

la demanda del caramelo, reconociendo a la par el hecho de que el niño demanda con ello a alguien una relación con él, y si este alguien se interesa entonces en la persona del niño, le habla, se comunica con él, esto prueba al niño que es amado, aun cuando se le rehúse una gratificación del cuerpo. Este amor que se le da, aunque no se haya respondido a su demanda de placer bucal, le concede un placer de valor humano ampliamente compensatorio.

Como se ha dicho, sólo con la entrada en el orden simbólico, por obra de la castración edípica, la relación verdadera en la palabra podrá expresar claramente a aquel que habla, en cuanto sujeto responsable del obrar de su Yo, que su cuerpo manifiesta. Hasta ahí, el deseo propio del niño, sea olfativo, oral, anal, uretral (en el varón) o genital (en el varón y la niña), no puede expresarse directamente de una manera, fundada en el lenguaje, autónoma, referida particularmente a las instancias tutelares y dependiente de éstas: instancias que, focalizando el deseo, definen el mundo relacional del niño. Este sólo puede expresar su deseo por el sesgo de deseos parciales, a través de las proyecciones representadas que de aquél ofrece. De ahí la importancia teórica y práctica —en el psicoanálisis— de la noción de imagen del cuerpo en los niños de edad preedípica. El deseo del niño se expresa frente a cualquier hombre o cualquier mujer —incluido el analista— con la prudencia defensiva necesaria para la preservación de la estructuración en curso. El niño no moviliza en la relación con una persona extrafamiliar aquellas pulsiones eróticas que deben permanecer comprometidas en la situación emocional aseguradora del espacio familiar, situación inconscientemente erótica frente a los dos progenitores. Es que, en su realidad, estas personas parentales son los garantes de su cohesión narcisística, referenciados en el tiempo a su escena primaria, y en el espacio a su relación actual de dependencia a su respecto, para sobrevivir. Su deseo estructurante incestuoso (inconsciente, por supuesto), homosexual y/o heterosexual, está y debe por tanto seguir comprometido respecto de su padre y su madre. Por consiguiente, las emociones suscitadas en su situación erótica actual, en trance de evolución hacia la instalación (el montaje) completa del Edipo [10] sobre los padres, no pueden ser transferidas sobre el psicoanalista sin peligro para la cohesión narcisística del niño, no más que sobre cualquier otra persona femenina o masculina. El peligro se deriva del riesgo de que el niño no pueda transferir proyectivamente más que las emociones no castradas, no simbolizadas, ligadas a pulsiones arcaicas: y este riesgo se incrementa si, como suele acontecer, los propios padres regresan, a

10. Véase *Au Jeu du désir*, París, Ed. du Seuil, 1981, «Le complexe d'Œdipe, ses étapes structurantes et leurs accidents».

causa del tratamiento de su hijo, a posiciones libidinales igualmente arcaicas, por ejemplo, mediante una actitud de confianza incondicional o de desconfianza irracional hacia el analista de su hijo. El niño queda entonces comprometido en una situación sin salida, donde tiene que hacer frente a comportamientos inconscientes arcaicos, erotizados y erotizantes, de sus padres. Estos, aunque siempre responsables de su educación, no pueden seguir representando el Yo Ideal en masculino y en femenino, desde el momento en que comportamientos correspondientes a una libido arcaica se ponen a dominar sobre su comportamiento de adulto animados, uno respecto del otro, por el deseo genital.

Cuando un niño se encuentra en tratamiento, más aún que para cualquier niño en trance de evolución en familia hacia el Edipo y hacia la castración del deseo incestuoso genital, es importante que los padres asuman su puesto de responsables del niño y de su castración, afirmando su deseo autónomo de adultos, con su confianza en sí mismos tal como se sienten, adultos entre los adultos de su edad; en síntesis, ese narcisismo que tienen que conservar.

La regresión posible de los adultos tutelares, padres, como cualquier adulto, ante los deseos arcaicos del niño, explica por qué *es impensable formar psicoanalistas que sean únicamente psicoanalistas de niños. Un analista de niños debe ser obligatoriamente primero y también aún psicoanalista de adultos.*

De ahí la necesidad para nosotros, analistas, de asumir en ciertos casos la escucha del discurso (o del silencio) de un determinado niño y el trabajo de la sesión en presencia de uno de sus padres, mientras el niño tenga deseo de una presencia protectora en relación con la persona adulta que somos. Dado que acepta acudir a la consulta del analista y permanecer en sesión, quiere ciertamente ser ayudado, pero no en detrimento de su relación con sus padres, mientras no alcance una absoluta seguridad respecto de nosotros; es decir, mientras no esté seguro de que respetamos en él al hijo de sus padres y, a través de él, a esos padres que son los suyos, tal como son, sin la menor pretensión de separarlo de ellos cuando a ellos está fijado, ni de modificar sus comportamientos respecto de él.

La necesidad de ser psicoanalista de adultos se impone en relación con la decisión de tomar o no en tratamiento a un niño que es traído por síntomas que inquietan a su médico, a sus padres o educadores, siendo que él mismo todavía no sufre personalmente de nada, gracias, precisamente, no cabe duda, a estos síntomas. Las sesiones preliminares con los padres, juntos o separados, sin la presencia del niño, por sí mismas pueden mejorar considerablemente el estado del niño, lo cual lleva a comprender que son los padres, en su relación recíproca, o uno u otro de ellos, angustiado por una neurosis personal, quienes

provocaban, al no hablar de estas angustias, el síndrome reactivo del niño. Ocho veces sobre diez, el sujeto a tratar no es el niño sino una de las personas, hermano mayor o padre, de su entorno, del que el niño es, ignorándolo unos y otro, el «reactivo» que ha alertado a la familia.

En el caso de un niño efectivamente afectado en su persona por trastornos irreversibles y que le causan sufrimiento, lo importante es que sus padres sigan siendo sus educadores, animados día tras día por un proyecto pedagógico y por un deseo de dirección a su respecto. El papel del psicoanalista es completamente diferente: él no se ocupa directamente de la realidad, sino sólo de lo que el niño percibe de ella, actualmente referido a toda su historia pasada libidinal.

El interés de descifrar la imagen del cuerpo a través de las ilustraciones gráficas y plásticas que de ella proporciona el niño, radica en comprender de qué manera puede entrar en comunicación de lenguaje, expresarse de verdad con un adulto, sin por ello hablarle. En los encuentros en que el niño no habla, el adulto suele reaccionar con un: «¿Has perdido la lengua?», sin comprender que precisamente este niño no puede «tomar» * la lengua con él o con ella. Aun sin desconfianza (si los padres no la experimentan), aquí el niño no se encuentra todavía seguro con un adulto de quien ignora cómo conoce o desconoce, respeta o no, el libre juego tanto de las relaciones entre sus padres como de sus propias relaciones con éstos.

Una persona que le exige hablar, siendo que él no la conoce y que aún está sumido en la primacía de su relación con sus padres, esta persona es sentida como violadora, raptora, respecto del deseo del niño y de palabras que éste no tiene para darle. Lo sería más aún si, por seducción, quisiera «jugar» con el niño o si, sin que él sea consciente del «oficio» del adulto a quien sus padres lo conducen, se comportara como poseyendo derechos sobre su persona: con el pretexto de que sus padres tienen el deseo de que él entre en relación con ella, que aún le es desconocida y de la que no ha comprendido cómo ni con qué fundamento está al servicio de su propia persona.

Imagen del cuerpo
pulsiones de vida y de muerte

Para un ser humano, la imagen del cuerpo es a cada instante la representación inmanente inconsciente donde se origina su deseo. Siguiendo a Freud, pienso que las pulsiones tendentes al cumplimiento del deseo son de vida y de muerte. Las pulsiones de vida, siempre ligadas a una representación, pueden

* «Tomar» la lengua: «tomar» la palabra. [R.]

ser activas o pasivas, mientras que las pulsiones de muerte, reposo del sujeto, carecen siempre de representación, y no son ni activas ni pasivas. Se las vive en una falta de ideación. Las pulsiones de muerte predominan durante el sueño profundo, las ausencias, el coma. No se trata de deseo de morir, sino de descansar.

Las pulsiones de muerte se caracterizan por carecer de representación residual de relaciones eróticas con el otro. Son propias de un cuerpo no alertable por el deseo. Las pulsiones de muerte incitan regularmente al sujeto a retirarse de toda imagen erógena, como en el sueño profundo, como en el desvanecimiento que sucede a una emoción intensa, como igualmente en la enuresis o en la encopresis secundaria surgidas en un niño que era ya continente, cuyo esquema corporal había adquirido ya la continencia natural de todo mamífero y que, confrontado con un estado emocional inasimilable por su imagen del cuerpo y la ética a ella enlazada, un estado que su narcisismo no puede representarse, equivale al adormecimiento, o bien de una imagen de funcionamiento, o bien de una imagen de zona erógena, aquí la zona erógena uretral o anal.

Duerme entonces, no ya como un niño de tres años, sino como el que fue antes de la continencia diurna y nocturna de un esquema corporal de tres años. Puede así perder, por pulsión de muerte, durante la vida vigil o dormida, esa continencia que no obstante, como he dicho, todo mamífero adquiere espontáneamente; puede perderla por obra de un deseo que él se prohíbe, que mientras duerme le hace volver a una imagen del cuerpo arcaica. Mientras duerme, porque es entonces cuando su esquema corporal continente puede resultar neutralizado por reviviscencia de un período relacional libidinal de sujeto a sujeto en que el crío fue largo tiempo inmaduro neurológico, y por ello incontinente. El dormir, en efecto, se caracteriza por el predominio de las pulsiones de muerte y por el adormecimiento —literalmente— de las pulsiones de vida (salvo en el soñar).[11]

La imagen del cuerpo es siempre imagen potencial de comunicación en un fantasma. No existe ninguna soledad humana que no esté acompañada por la memorización de un contacto pasado con un otro antropomorfizado, ya que no real. Un niño solitario siempre está presente para sí mismo a través del fantasma de una relación pasada, real y narcisizante, entre él y otro, un otro con el cual ha tenido en la realidad una relación que él ha introyectado. El niño fantasmatiza esta relación, como el bebé que, solo en su cuna, presentifica a su madre con sus lalaciones, creyendo repetir los fonemas que ha oído de ella y

11. En el sueño, el sujeto no se comunica con el objeto en su realidad sino con el objeto fantasmatizado o con el objeto introyectado. El sueño es el guardián del dormir.

entonces, con esta ilusión, no se siente ya solo, sino por y con ella.

La visión del mundo del chiquillo se adecua a su imagen del cuerpo actual y depende de ésta. Así pues, será por mediación de esta imagen del cuerpo como podremos entrar en contacto con él.

Desde el momento de nacer, los contactos percibidos por el cuerpo del niño ya han estado acompañados de palabras y fonemas. Las palabras, con las cuales pensamos, fueron en un principio palabras y grupos de palabras que acompañaron a las imágenes del cuerpo en contacto con el cuerpo de otro. Estas palabras serán oídas y comprendidas por el niño de una manera que diferirá según el estadio que haya alcanzado. Es necesario, por tanto, que nosotros, psicoanalistas, lo comprendamos, que las palabras empleadas con los niños sean palabras que correspondan a una experiencia sensorial ya simbolizada o en vías de serlo. Es evidente que la palabra «amar» no expresa la misma cosa en un niño de seis meses, que se encuentra en la etapa oral, y en un adulto que ha llegado a la etapa genital. El niño cuya imagen del cuerpo es la del estadio oral no comprende más que las palabras de placer de boca y de cuerpo transportado, aquellas que se refieren al funcionamiento y a la erótica oral, para un cuerpo cuyo esquema corporal no es aún autónomo.

Una niña de cinco o seis años llega a la consulta; hace dos años que no toma nada con sus manos: pulsiones de muerte parciales han ausentizado la imagen del cuerpo funcional de sus miembros superiores. Cuando se le presenta un objeto, repliega sus dedos en la mano, su mano en el antebrazo, el antebrazo en el tórax, de manera que sus manos no toquen el objeto acercado. Esta niña come de los mismos platos, cuando ve un alimento que le gusta. Yo le tiendo pasta para modelar, diciéndole: «*Puedes tomarla con tu boca de mano*». Inmediatamente, la pasta para modelar es raptada por la mano de la niña y llevada a su boca. Ella puede comprender «tu boca de mano» porque se trata de palabras acordes con su erótica oral. Si yo le tiendo la pasta para modelar, ella no reacciona. No habría reaccionado si yo hubiese dicho: «Toma la pasta en tu mano», o «Modela algo», porque éstas son palabras que implican una imagen del cuerpo del estadio anal, que la niña ha perdido. Estas palabras, no siendo ya para ella portadoras de una referencia de la imagen del cuerpo al esquema corporal, habrían quedado vacías de sentido. En cierto modo, lo que hice fue procurarle la mediación fantasmatizada de la boca, zona erógena conservada para tragar y sobrevivir, lo cual le permitió el uso del brazo. Mientras que no tenía manos sino en su boca, sirviéndome de la palabra le puse una boca en su mano, restituyéndole un brazo que reenlazaba su mano de brazo-boca

a su boca-manos de rostro, también perdido. Su esquema corporal y su imagen del cuerpo habían padecido una regresión en cuanto a «tomar» (pero no para «caminar»), en una época en que aún no se habían entrecruzado en el nivel del actuar, del hacer, que pertenecen a la erótica anal. Su ética se basaba en comible/no comible, continente/contenido, agradable/desagradable, bueno/malo. La noción de forma palpable estaba dominada por el aspecto táctil, labial, auditivo, visual, olfativo, percepción del estadio oral; la percepción de volumen aparece tan sólo con el estadio anal.

La imagen del cuerpo es aquello en lo cual se inscriben las experiencias relacionales de la necesidad y del deseo, valorizantes y/o desvalorizantes, es decir, narcisizantes y/o desnarcisizantes. Estas sensaciones valorizantes o desvalorizantes se manifiestan como una simbolización de las variaciones de percepción del esquema corporal, y más particularmente de aquellas que inducen los encuentros interhumanos, entre las cuales el contacto y los decires de la madre son predominantes.

La imagen del cuerpo y el Ello

Debemos subrayarlo: *la imagen del cuerpo está del lado del deseo, no ha de ser referida a la mera necesidad.* La imagen del cuerpo, que puede preexistir pero que es coexistente a toda expresión del sujeto, da testimonio de la falta en ser que el deseo apunta a colmar, allí donde la necesidad apunta a saturar una falta en tener (o hacer) del esquema corporal. *El estudio de la imagen del cuerpo, en cuanto que es substrato simbólico, podría contribuir a esclarecer el término de «Ello».* A condición de añadir que se trata de un «Ello» siempre en relación, y ante todo en relación con un objeto parcial necesario para la supervivencia del cuerpo, en relación asociativa con una precedente relación con un objeto total, relación que ha sido transferida de este objeto a otro, parcial o total.[12] La imagen del cuerpo es un «Ello» ya relacional, un «Ello» no fetal, sino tomado ya en un cuerpo situado en el espacio, autonomizado en cuanto masa espacial, un «Ello» del cual una parte constituye un pre-Yo: el de un niño capaz de sobrevivir temporalmente separado del cuerpo del otro. Las pulsiones, que emanan del substrato biológico estructurado en forma de esquema corporal, no pueden, en efecto, pasar a la expresión en el fantasma, como en la relación transferencial, sino por intermedio de la imagen del cuerpo. *Si el lugar, fuente de las pulsiones, es*

12. Llamo «objeto total» a un ser vivo en su enteridad, árbol, animal, ser humano. Llamo «objeto parcial» a una parte representativa de este objeto total, por lo cual el sujeto puede entrar en relación mediatizada con dicho objeto total.

el esquema corporal, el lugar de su representación es la imagen del cuerpo. No obstante, la elaboración de esta imagen del cuerpo puede ser estudiada tan sólo en el niño, en el curso de la estructuración de su esquema corporal, en relación con el adulto educador: porque lo que llamamos *imagen del cuerpo queda después reprimido, en particular por el descubrimiento de la imagen escópica del cuerpo, y luego por la castración edípica.* En el niño, durante los tres (o cuatro) primeros años, ella se constituye en referencia a las experiencias olfativas, visuales, auditivas, táctiles, que poseen valor de comunicación a distancia, sin contacto de cuerpo a cuerpo, con los otros: la madre, primeramente, pero también las otras presencias del entorno. Cuando no hay nadie, cuando hay una experiencia sensorial nueva en ausencia de testigo humano, se trata, teóricamente, del esquema corporal solo. Pero en la práctica, esta experiencia sensorial está, para el propio sujeto, recubierta por el recuerdo de una relación simbólica ya conocida.

Fantasma, deseo. Realidad, necesidad

Por ejemplo, un niño que se golpea contra la mesa cree que ésta es mala, y espera que la mesa lo consolará del daño que él se ha hecho contra ella. Proyecta sobre el mueble una imagen del cuerpo. Sólo por la palabra de la madre llegará a discriminar las cosas de las personas. Hasta aquí, las personas son para él masas contra las cuales puede golpearse, pero que entonces lo consuelan; un mueble es una masa contra la que se golpea pero que no lo consuela, que no reacciona, aunque él le chille y dé golpes encima. En cambio, tan pronto como hay un testigo humano, real o memorizado, el esquema corporal, lugar de la necesidad que el cuerpo en su vitalidad orgánica constituye, se entrecruza con la imagen del cuerpo, lugar del deseo. Y será este tejido de relaciones el que permitirá al niño estructurarse como humano. Más adelante, las relaciones humanas así introyectadas posibilitarán la relación narcisista consigo mismo (narcisismo secundario).

Retomando el ejemplo precedente, cuando con posterioridad el niño se golpea contra un mueble, se toca y se acaricia con su propia mano, él mismo presta cuidados a su cuerpo dolorido; ya no presupone en las cosas comportamientos intencionales. Introyecta la experiencia de la diferencia entre una cosa y un cuerpo vivo, en este caso el suyo; la cosa, el cuerpo de su madre y el objeto mesa. Ha transferido a su mano la capacidad de acción salvadora y reconfortante que sólo su madre podía realizar para él cuando era pequeño y se hacía daño al tropezar con las cosas. Esta introyección le permite automaternarse.

Por lo mismo que la imagen del cuerpo se estructura en la relación intersubjetiva, cualquier interrupción de esta relación, de esta comunicación, puede tener efectos dramáticos. El lactante que espera a una Mamá que se ha marchado dos semanas atrás, la espera tal cual la dejó. Cuando ella vuelve, quince días después, la ve distinta, y él también es distinto, en su realidad. Aquí es cuando puede instalarse el autismo, porque el niño no reencuentra con el otro la sensación de él de hace quince días, no reencuentra en su madre ni a la misma madre de antes ni al mismo él. Este cambio puede ser también traumático a la vista de la mamá que vuelve de la maternidad con un bebé; ya no tiene al bebé dentro de su vientre, como cuando partió; pues bien, esto es lo que el mayorcito espera, sin saber que lo espera: no espera verla con un bebé. Sabiendo por las palabras pronunciadas que ha nacido un hermanito o una hermanita, espera que la madre vuelva con un niño de su edad.

Su fantasma de lo que espera no es lo que sucede en la realidad. El efecto a veces patógeno de esta discordancia entre lo imaginario y la realidad es aquello sobre lo cual opera el psicoanálisis. Todo niño debe ajustar constantemente el fantasma, que deriva de sus relaciones pasadas, a la experiencia imprevisible de la realidad actual, la cual difiere en todo o en parte del fantasma. Este ajuste permanente acompaña al crecimiento continuo del esquema corporal del niño frente a la realidad de los adultos en su forma, que le parece perfecta, inmutable (cualquier cambio en ella es insólito) y deseable. Se trata, en la imagen del cuerpo, como hemos dicho, de deseo y no solamente de necesidad.

La repetición permanente de las modalidades de la necesidad, seguida por el olvido casi total de las tensiones que la acompañaban, subraya el hecho de que el ser humano vive mucho más narcisistamente las emociones de deseo, asociadas a su imagen del cuerpo, que las sensaciones de placer y de sufrimiento, ligadas a las excitaciones de su esquema corporal (salvo, es verdad, en los casos límites en que su vida está en peligro o cuando, en el niño, la región cuestionada por la tensión es narcisísticamente sobreinvestida por fantasmas compartidos con el adulto tutelar, sobre todo si permanecen inexpresados de una parte y de otra).

No hay como el deseo para buscar satisfacerse, sin saciarse jamás, en las expresiones teóricamente sin límites que permiten la palabra, las imágenes y los fantasmas. La necesidad puede ser «tergiversada» por la palabra sólo momentáneamente, tiene que ser satisfecha en el cuerpo. Con placer o no, ha de ser obligatoria y efectivamente saciada para que la vida del cuerpo pueda continuar. Si el esquema corporal y la imagen del cuerpo se hallan en relación, es sólo por los dos procesos que son tensiones de dolor o de placer en el cuerpo, por una parte, y pala-

bras venidas de otro para humanizar estas percepciones, por la otra.

Edificada en la relación de orden lingüístico con el otro, la imagen del cuerpo constituye el medio, el puente de la comunicación interhumana. Ello explica, a la inversa, que el vivir con un esquema corporal sin imagen del cuerpo sea un vivir mudo, solitario, silencioso, narcisísticamente insensible, rayado con el desamparo humano: el sujeto autista o psicótico permanece cautivo de una imagen incomunicable, imagen animal, vegetal, o imagen de cosa, donde no puede manifestarse más que un ser-animal, un ser-vegetal o un ser-cosa, respirante y pulsátil, sin placer ni sufrimiento. Se observa esto en niños que, mudos sobre sí mismos, pareciendo ignorar sus sensaciones y sus pensamientos, no pueden expresarse más que prestando su voz a una muñeca, un gato, una marioneta.[13]

Sólo por la palabra deseos pretéritos han podido organizarse en imagen del cuerpo, sólo por la palabra recuerdos pasados han podido afectar zonas del esquema corporal, convertidas por este hecho en zonas erógenas, aun cuando el objeto del deseo ya no esté. Insisto en el hecho de que, *si no ha habido palabras, la imagen del cuerpo no estructura el simbolismo del sujeto, sino que hace de éste un débil ideativo relacional.*

En este caso hay no obstante «algo de» imagen del cuerpo, pero tan arcaica, imagen sensorial fugaz, imprecisa y carente de palabras que la representen, que no existe posibilidad de comunicación con una persona. Esta clase de sujetos está a la espera de simbolización. Nada puede él expresar de su imagen del cuerpo, nada puede «mimicar» de ella. No puede expresar más que una estupefacción tonta o en alerta, a la espera de sentido. El sentido es dado por el lenguaje, que recubre la comunidad de emociones entre dos sujetos de los cuales al menos uno habla de las que siente, es una persona. Estos dos sujetos se comunican por sus imágenes del cuerpo, que guardan una relación complementaria. Si esto falta, sea cual fuere la razón de esta falta, el sujeto sigue siendo en apariencia un débil mental, porque su imagen del cuerpo carece de mediación fundada en el lenguaje.

La debilidad mental en cuestión. La esquizofrenia en cuestión

Es posible que sea decir demasiado hablar de debilidad mental, porque no estamos seguros de que esta debilidad efectiva exista. Lo que existe es la interrupción de la comunicación

13. Véase «Cure psychanalytique à l'aide de la poupée-fleur», *Au jeu du désir, op. cit.*

por razones que, en cada historia, quedan por descifrar. Incluso cuando hay palabras, sonidos... si para el sujeto-niño no significan la comunicación de una persona con su persona, puede haber una suerte de brecha en la simbolización, que puede culminar en la esquizofrenia.

En el caso de los débiles mentales de apariencia clínica, la potencialidad de simbolizar la imagen del cuerpo se encuentra adormecida. En el caso de los esquizofrénicos, esta potencialidad de simbolizar la imagen del cuerpo quedó interrumpida en determinada época, y como no ha habido palabras procedentes de la persona con quien la relación era estructurante, en la relación de amor, el niño simboliza por sí mismo todo lo que vive, mediante un código que deja de ser comunicable. Y ello deriva de que jamás se habló a su persona, o bien de que se le dijeron, o él oyó, palabras no sentidas, quiero decir no conformes con las emociones que supuestamente expresaban, palabras-ruidos, sin valor emocional verídico, no humanamente cargadas de una intención capaz de comunicar la vida y el amor (o el odio) del sujeto que hablaba al niño y a quien el niño hablaba. Todas las otras percepciones, sean de palabras, de ejemplos, de comunicación, al no provenir del objeto cómplice esperado, son sentidas como ruidos de palabras, como percepciones sensoriales desprovistas de sentido para su imagen del cuerpo, y nuevamente el niño queda reducido, como antes de todo conocimiento, a un esquema corporal, el del momento en que se vuelve esquizofrénico. Este esquema corporal, separado de la imagen del cuerpo, crea una suerte de ruptura del espacio y del tiempo, una falla, se podría decir, donde el niño se vuelca a lo imaginario de un deseo disociado de su posible realización. Ya no hay para su deseo una representación de mira confortante, creíble para el narcisismo de un sujeto en comunicación con otro sujeto.

Así, un ruido del exterior le parece una respuesta a una «experiencia» actual de su cuerpo, el mundo entero de las cosas se encuentra en conversación con él, pero no el de los seres humanos, porque la relación con el otro se ha convertido en un peligro debido a que el otro o él, o los dos, ha soltado prenda del otro o de él, pero, ¿cuál de ellos empezó?; el niño se ha perdido a sí mismo, y tampoco se entiende. Se retira en sí mismo y establece consigo mismo un código de lenguaje delirante para nosotros mientras que, para él, este código presta sentido a lo que él vive; o bien «deshabla», emitiendo fonemas que no son reuniones sensatas de palabras.

Comprendemos así por qué razón una compañía de mimos que actuó en un hospital psiquiátrico, ante un público compuesto en parte por psicóticos, se sintió mejor comprendida que por un público habitual.

La imagen del cuerpo y la inteligencia del lenguaje de los gestos, de las palabras

El mimo que mediatiza imágenes del cuerpo es inmediatamente inteligible para el psicótico, para el esquizofrénico, precisamente porque éste no descifra lingüísticamente el espectáculo del mimo, no pone, como el público habitual, palabras en lo que ve. El espectáculo del mimo habla directamente a su imagen del cuerpo.[14]

De una manera general, la comprensión de una palabra depende a la vez del esquema corporal de cada uno y de la constitución de su imagen del cuerpo, ligada a los intercambios vivientes que secundaron, para él, la integración, la adquisición de esta misma palabra. La palabra tiene, ciertamente, un sentido simbólico en sí misma, es decir que reúne, más allá del espacio y del tiempo, en una comunicación por el lenguaje hablado, registrado, escrito, a seres humanos que, aun sin experiencia adquirida en común, pueden transmitirse, si se tienen confianza, los frutos con base en el lenguaje adquiridos por ellos en el cruzamiento de su imagen del cuerpo con su esquema corporal. Pero aquel que no tiene, bien sea la imagen del cuerpo, bien sea el esquema corporal correspondiente a la palabra emitida, oye la palabra sin comprenderla, por carecer de la relación corporal (imagen sobre esquema) que permite darle un sentido.

Un ciego de nacimiento puede, por ejemplo, hablar de los colores, pronunciar las palabras «azul», «rojo», «verde»; palabras que formarán imagen, que cobrarán sentido para un interlocutor vidente (porque, en él, las sensaciones escópicas han contribuido a la constitución de la imagen del cuerpo); ello no impide que el ciego de nacimiento ignore el sentido de sus palabras; más exactamente, los significantes de los colores no pueden reunir para él una imagen del cuerpo de vidente a un esquema corporal que es no vidente. Cada uno de nosotros, a decir verdad, tiene así una relación narcisizada (atravesada por el narcisismo) con los elementos sensoriales que están en resonancia con los términos del vocabulario.[15]

14. Observemos que los mimos no siempre interesan a los niños sanos, a quienes sí interesan los payasos. Es que los comportamientos mimados de los payasos se vinculan con imágenes del cuerpo arcaicas, orales y anales, mientras que los comportamientos mimados de los mimos se relacionan muy a menudo con sentimientos y comportamientos de una ética humana castrada anal y genital, es decir, relacionada con una imagen del cuerpo postedípica y con una ética acorde con la moral social. No es el caso de los payasos que esperan de un señor Leal la señal de parar sus elucubraciones erótico-lúdicas fantasmáticas, orales y anales.

15. Así puede comprenderse la actitud del analizante que reacciona a

Nadie puede saber, aun entre los videntes, cuando alguien habla de azul, de qué azul está hablando. Sólo cuando dos interlocutores buscan, entre varios azules, el azul del que habla cada uno de ellos, pueden comprobar si están o no hablando de un azul diferente.

En cuanto al ciego de nacimiento, él no tiene imagen del cuerpo por lo que respecta a sus ojos, tiene el esquema corporal; él sabe que tiene unos ojos-órganos, pero no tiene imagen relacional por la vista. Lo cual no le impide hablar sirviéndose de los significantes de la visión. He tenido en análisis ciegos de este género que a cada rato decían: «Lo he visto...», «No lo he visto...»; «¿Qué quiere usted decir con "haberlo visto"? —Sí, esa persona vino a casa. —Pero usted la oyó. ¿Por qué dice "La he visto"? —Pues, porque todo el mundo lo dice». Aunque no pueda representarse un color, el ciego ha oído a la gente hablar de los colores, de colores fríos y cálidos, de la intensidad, de la belleza, la tristeza o la alegría que los videntes asocian a su visión de los colores; el ciego se forma una representación auditiva y emocional de los colores en su relación con los otros. Auditiva y también táctil, calórica.

Lo mismo sucede con el niño, que dirá, refiriéndose a su maestra: «¡No es buena, es verde! ¡Los de al lado tienen una maestra azul, yo quisiera estar con ellos!» (¡siendo que ambas maestras visten una bata blanca!).

El caso del ciego de nacimiento nos permite entender indirectamente lo que sucede con un niño que, por causa de un esquema corporal todavía inmaduro, no ha podido registrar, mediante el encuentro de percepciones efectivas con su imagen del cuerpo, la experiencia sensorial subyacente a ciertas palabras pronunciadas por los adultos. El oye estas palabras y, a invitación de los adultos, las repite. Apariencia de adulto en su lenguaje, el niño no posee, como éste, respecto de lo que dice, una imagen del cuerpo fantasmatizada, remanencia de experiencias personalmente vividas, correspondiente al sentido que tienen las palabras para el adulto.

Las palabras, para cobrar sentido, ante todo deben tomar cuerpo, ser al menos metabolizadas en una imagen del cuerpo relacional. Esto sucede con el adulto, quien, por haber pasado

---

las interpretaciones del analista rechazándolas, tachándolas de incomprensibles. Es verdad que los términos empleados por el analista pueden referirse a imágenes del cuerpo que el paciente ha reprimido, obligándolo al mismo tiempo a ahuyentar una explicación, una pregunta o una intervención que hace referencia a ellas, y esto incluso si el analista utiliza los términos que ya ha empleado el analizante, porque tales términos no recubrían los mismos articulados mentales o afectivos que en el analista. Esto es a veces causa de una ruptura brusca de la relación de transferencia, irrecuperable en la relación analítica y que impone el cambio de analista.

en principio por la castración edípica genital, habla desde un campo de experiencia relacionado con su cuerpo, sexualmente adulto, con su esquema corporal y con las percepciones interrelacionales tales como él las conoce: todo esto aún incognoscible para el niño. Cuando éste retoma en su lenguaje las palabras de adulto que oye, para él son representativas de otras erogeneidades, distintas de aquellas a las que el adulto podía hacer alusión.

Imagen del cuerpo y caso particular del nombre

De todos los fonemas, de todas las palabras oídas por el niño, hay una que ostentará una importancia primordial, asegurando la cohesión narcisística del sujeto: su nombre. Ya al nacer, el nombre —ligado al cuerpo y a la presencia del prójimo— contribuye de manera decisiva a la estructuración de las imágenes del cuerpo, incluidas las más arcaicas. El nombre es el o los fonema(s) que acompañan al sensorio del niño, primero en su relación con sus padres y luego con el otro, desde el nacimiento hasta la muerte. La pronunciación de su nombre puede despertar al sujeto aun en estado de sueño profundo. Si se encuentra en coma y le llaman por su nombre, abre los ojos. Su nombre es el primero y último fonema en relación con su vida para él y con otro, y el que la sostiene, porque fue asimismo, desde su nacimiento, el significante de su relación con su madre. A condición, claro está, de que ésta no le haya llamado sempiternamente «repollito», «chichí», «tití» o «bonito». Si el nombre acompaña al sujeto más allá de la castración edípica y es retomado por todos en sociedad, el sobrenombre eventualmente aplicado por la madre a su bebé debería ser abandonado simultáneamente con el destete o con la limpieza esfinteriana.

Todo esto explica el grave riesgo que implica cambiar el nombre de un niño.

El caso de Federico

Tuve ocasión de tratar el caso de un niño que, abandonado al nacer por sus genitores, fue acogido en una guardería y adoptado cuando tenía once meses. Teniendo, pues, esta edad, los padres adoptivos le dieron un nombre nuevo, Federico, distinto del que llevaba hasta entonces, pero esto no fue mencionado por la madre durante las entrevistas previas.

Veo a Federico en consulta a los siete años, por síntomas de apariencia psicótica. El inicio del tratamiento psicoanalítico permite descubrir que es hipoacúsico. Provisto de un aparato,

y con ayuda del trabajo psicoterapéutico, su inteligencia despierta y se resuelve una incontinencia esfinteriana.

Federico se integra totalmente con los niños de su edad, pero en la escuela se niega a leer y es incapaz de escribir. Observo no obstante que en sus dibujos utiliza letras y particularmente la letra A, que aparece en un sitio y otro y escrita en cualquier dirección. «¿Es una A?» Hace señas de que sí. Yo repito la pregunta: «¿Y ésta?» (una A al revés). Responde con un «sí» aspirado, mientras que al hablar siempre emite sonidos expirados.

La maestra me escribe que participa en todas las actividades pero que se niega al aprendizaje de la escritura y de la lectura.

Procuro averiguar quién podría ser el que él designa con estas A, porque en su familia no hay ningún nombre que comience con esta letra. La interpretación de que podría tratarse de la observadora de la consulta, cuyo nombre comienza con A, no produce efecto alguno. Entonces la madre adoptiva me revela lo que no sabíamos: que, cuando lo adoptó, el niño llevaba el nombre de Armando. Lo cual me permite interpretar al niño que quizás es Armando lo que él significa, en su dibujo, con todas esas A; que sin duda sufrió por ese cambio de nombre al ser adoptado, adopción de la que, por otra parte, había sido informado muy tempranamente. Pero esta interpretación no da ningún resultado.

En este punto —y ello testimonia la importancia de la imagen del cuerpo del analista, porque lo que siguió ni siquiera fue resultado de una reflexión mía—, tras un momento de espera silenciosa durante el cual el niño se ocupó en dibujar o modelar, y yo en reflexionar, se me ocurre llamarlo sin dirección precisa, sin mirarlo, es decir, sin dirigirme a su persona, allí presente con su cuerpo frente a mí, y alzando la voz, con tono e intensidad diferentes, girando mi cabeza hacia todos los puntos cardinales, al techo, bajo la mesa, como si llamara a alguien de quien no supiera dónde estaba situado en el espacio: «¡Armando...! ¡Armando...! ¡Armando...!». Los testigos presentes en mi consulta de Trousseau ven al niño escuchar tendiendo sus oídos hacia todos los rincones de la habitación. Sin mirarme, como tampoco yo lo miraba. Yo continúo esta búsqueda de un «Armando» y llega un momento en que los ojos del niño se encuentran con mi mirada y entonces le digo: «Armando era tu nombre cuando te adoptaron». Percibí entonces en su mirada una excepcional intensidad. El sujeto Armando, des-nombrado, había podido reenlazar su imagen del cuerpo con la de Federico, el mismo sujeto que recibiera este nombre a los once meses. Había tenido lugar un proceso enteramente inconsciente: él necesitaba oír este nombre pronunciado no con una voz normal, la mía, aquella que él me conocía, que se dirigía a él en su cuerpo, éste, el de hoy, en el espacio de la realidad actual, sino pronunciado con una voz sin lugar, por una voz de falsete,

por una voz *off*, como ahora se dice, llamándolo sin dirección precisa. Era la clase de voz de las maternantes desconocidas que él había oído cuando hablaban de él o cuando lo llamaban, en la guardería de los niños a adoptar. Este reencuentro en la transferencia sobre mí, su psicoanalista, de una identidad arcaica, perdida desde la edad de once meses, le permitió superar, en los quince días siguientes, sus dificultades para leer y escribir.

Esta pregnancia de los fonemas más arcaicos, de los que el nombre es el ejemplo tipo, demuestra que *la imagen del cuerpo es la huella estructural de la historia emocional de un ser humano. Ella es el lugar inconsciente (¿y presente dónde?) en el cual se elabora toda expresión del sujeto; lugar de emisión y de recepción de las emociones interhumanas fundadas en el lenguaje.* Ella extrae lo duradero de su cohesión de la atención y el estilo de amor prodigados al niño. Es obvio, por consiguiente, que depende del comercio afectivo con la madre y los familiares. Es una estructura que emana de un proceso intuitivo de organización de los fantasmas, de las relaciones afectivas y eróticas pregenitales. Aquí fantasma significa memorización olfativa, auditiva, gustativa, visual, táctil, barestésica y cenestésica de percepciones sutiles, débiles o intensas, experimentadas como lenguaje de deseo del sujeto en relación con otro, percepciones que han secundado la variación de las tensiones substanciales experimentadas en el cuerpo, y especialmente, entre estas últimas, las sensaciones de aplacamiento y de tensión nacidas de las necesidades vitales.

Los tres aspectos dinamicos de una misma imagen del cuerpo

Puesto que la imagen del cuerpo no es un dato anatómico natural como puede serlo el esquema corporal, sino que se elabora, por el contrario, en la historia misma del sujeto, *es preciso que estudiemos de qué manera se construye y se modifica a lo largo del desarrollo del niño.* Lo cual nos conducirá a distinguir tres modalidades de una misma imagen del cuerpo: *imagen de base, imagen funcional* e *imagen erógena, constituyendo y asegurando todas ellas juntas, la imagen del cuerpo viviente y el narcisismo del sujeto en cada estadio de su evolución.* Estas imágenes se hallan ligadas entre sí, en todo momento, por algo que las mantiene cohesivas y que llamaremos *imagen (o mejor dicho: substrato) dinámica,* designando con ello la metáfora subjetiva de las pulsiones de vida [16] que, originadas

16. Activas y pasivas.

en el ser biológico, son continuamente sustentadas por el deseo del sujeto de comunicarse con otro sujeto, con ayuda de un objeto parcial sensorialmente significado.

Imagen de base

La primera componente de la imagen del cuerpo es la imagen de base. La imagen de base es lo que permite al niño experimentarse en una «mismidad de ser», es decir, en una continuidad narcisista o en continuidad espaciotemporal que permanece y se urde a partir de su nacimiento, a pesar de las mutaciones de su vida y de los desplazamientos impuestos a su cuerpo, y a despecho de las difíciles pruebas que tendrá que atravesar. Así es como *yo defino el narcisismo: como la mismidad de ser, conocida y reconocida, que va-deviene para cada cual según la índole de su sexo.*

De esta mismidad, extremada o ligeramente perenne, procede la noción de existencia. El sentimiento de existir de un ser humano, que amarra su cuerpo a su narcisismo, sentimiento que es evidente, procede de esta convicción, a no dudarlo ilusoria, de continuidad. A ello también se debe el que, a la inversa, los eclipses de narcisismo sean la puerta a cantidades de aberraciones para el equilibrio de un ser humano. Aquí se sitúan los desórdenes, los desarreglos funcionales, que cabe interpretar como auténticas «caídas» o fallas de narcisismo, susceptibles de provocar, por pulsiones de muerte localizadas en regiones del cuerpo, súbitos ataques orgánicos, como el infarto o las úlceras, a raíz de choques emocionales.

Pero si bien el narcisismo es continuidad, ello no impide que tenga una historia y no por ello es menos susceptible de modificaciones, lo cual obliga a distinguir en él diferentes momentos. Y, puesto que estoy hablando de la imagen de base, debo añadir que ella está fundamentalmente «referida a», que es fundamentalmente «constitutiva de», lo que denomino *narcisismo primordial.* Designo con ello el narcisismo del sujeto en cuanto *sujeto del deseo de vivir, preexistente a su concepción.* Es lo que anima la llamada al vivir en una ética que sostiene al sujeto en el deseo, aquello por lo cual el niño es heredero simbólico del deseo de los genitores que lo concibieron. *Esta ética, la del feto,* está articulada al goce de aumentar diariamente su masa carnal, es una *ética adicional vampírica,* una ética del «acumular», del «tomar»; y por lo mismo que se trata de la sangre placentaria, esta ética equivale, a posteriori, en el recuerdo fantasmatizado, a un período vampírico.[17]

17. Vampírico de un presunto otro, del que el feto sería parásito. Ahora bien, la placenta es suya, elaborada por el propio huevo fecun-

Este narcisismo primordial constituye en cierto modo una intuición vivida del ser-en-el-mundo para un individuo de la especie, es decir, desprovisto de todo medio expresivo, como lo es aún el niño *in utero*. Este significante es el que proporciona el sentido de la identidad social, simbólica. Aquí residen, como hemos señalado, el valor y la *importancia del nombre* que, en el momento del paso del feto al lactante, es recibido por el sujeto de las instancias tutelares, ligado a su cuerpo visible para el otro, y certifica para él, en la realidad, su perennidad existencial; *prueba, cuando él se reconoce en los fonemas de esta palabra, de la dominación de sus pulsiones de vida sobre sus pulsiones de muerte.*

La imagen de base no puede ser afectada, no puede ser alterada, sin que surjan de inmediato una representación, un fantasma, que amenazan la vida misma. Este fantasma no es, empero, el producto de las pulsiones de muerte, porque éstas son inercia vital y sobre todo carecen de representación. Cuando la imagen de base se ve amenazada aparece un estado fóbico, medio específico de defensa contra un peligro sentido como persecutorio, y la propia representación de esta persecución fantasmatizada está ligada a la zona erógena actualmente predominante para el sujeto. Así pues, éste reaccionará ante aquello que pone en peligro su imagen de base mediante un fantasma de persecución visceral, umbilical, respiratoria, oral, anal —reventar, estallar también, según el momento traumático experimentado en primer lugar en su historia.

Esto equivale a decir que cada estadio viene a modificar las representaciones que el niño puede tener de su imagen de base; en otras palabras, *hay una imagen de base propia de cada estadio.* Aparece de este modo, después del nacimiento, *primero una imagen de base respiratorio-olfativo-auditiva* (cavum y tórax); es la primera imagen aérea de base. Le sigue *una imagen de base oral* que comprende no solamente a la primera, respiratorio-olfativo-auditiva, sino igualmente a toda la zona bucal, faringo-laríngea, que, al cavum y al tórax, les asocia la imagen del vientre, la representación de lo lleno o de lo vacío del estómago (que tiene hambre o está saciado), la cual puede hallarse en resonancia con las sensaciones fetales de hambre y de repleción estomacal.

La tercera imagen de base, que es la imagen de base anal, añade a las dos primeras el funcionamiento de retención o de expulsión de la parte inferior del tubo digestivo, y añade asi-

---

dado, así como las envolturas amnióticas. Las expresiones lingüísticas como «recobrarse» para salir de un estado de debilidad, o «ensimismarse» para recuperar una pacificación cohesiva, son referencias inconscientes a esa época.

mismo la masa circundante constituida por la pelvis, con una representación táctil de las heces y del perineo.

Más adelante tendremos que volver sobre esta auténtica arquitectura relacional, pero que lo es únicamente si, mientras presta sus cuidados al niño, la madre nutricia habla: arquitectura centrada por los lugares erógenos de placer (en particular los agujeros del cuerpo, pero no solamente ellos), los cuales siempre están articulados a un lugar funcional donde la percepción es esperada, a veces convocada mediante gritos, espera satisfecha o rehusada por la madre nutricia.

En ninguna parte mejor que en el nivel de la imagen de base y del narcisismo primordial puede captarse el conflicto que opone entre sí pulsiones de vida y pulsiones de muerte,[18] pudiendo las últimas seguir predominando largo tiempo en un bebé cuando la madre (o el entorno) trata al lactante como si fuera un paquete, como un objeto de cuidados, sin hablar a su persona.

Quisiera ilustrar lo que precede con un ejemplo.

El caso de Gilles, el inestable

Se trata de un varón de ocho años, Gilles, traído a causa de una enuresis y cuyo síntoma principal es su extremada inestabilidad, su imposibilidad para permanecer en un mismo sitio. Tolerado con mucha dificultad por su familia y en la escuela. No es un niño malo. No tiene amigos, pero tampoco enemigos. Amonestaciones, castigos, todo parece resbalar sobre él.

Cuando se encuentra en sesión, no cesa de mirar por todos los rincones. Sus ojos inquietos apenas paran, sólo mientras dibuja y, en cuanto se mueve, vuelve a mirarlo todo a su alrededor. Como el tratamiento lo ha mejorado mucho y su enuresis ha cesado, él y yo acordamos poner término a su psicoterapia. Pues bien, en la sesión que se había previsto sería la última, me dice: «Ahora, ya puedo decir dónde está el peligro. —¿Porque te marchas? —Sí».

18. Aprovecho para indicar que es un error confundir las pulsiones de muerte con las pulsiones agresivas, activas o pasivas. En las pulsiones de muerte no puede deslizarse ninguna pulsión agresiva, sea activa o pasiva. Porque las pulsiones activas y pasivas, sea la que fuere la imagen del cuerpo donde se experimentan, están siempre al servicio de la libido, y por tanto del deseo de vivir de un sujeto en relación con el mundo exterior que apunta a satisfacer hasta su completo cumplimiento las pulsiones del estadio en curso. A lo largo de la existencia, pulsiones de muerte disputan con las pulsiones de vida, un poco como la noche se alterna con el día, y triunfan precisamente en nuestro dormir natural, cuando cada cual queda sometido a la primacía de las pulsio- de muerte, gracias a lo cual el cuerpo, como anónimo, descansa de xigencias del deseo del sujeto.

Acudiendo a sus dibujos me explica entonces que los ángulos salientes y los ángulos entrantes, los ángulos de las paredes y de los muebles, eran fantasmatizados por él como lanzando flechas. Las bisectrices de los ángulos eran portadoras de flechas y el problema estaba en que, si él llegaba a hallarse en el cruce de tres flechas, en su intersección, corría el riesgo de ser atravesado y de morir ahí mismo. Antes del tratamiento, este peligro se hallaba por todas partes. Después, sólo en el despacho de la analista.

Pudimos comprender ulteriormente, pues decidió conmigo continuar algunas sesiones más, que esta obsesión de los ángulos mortíferos estaba enlazada al significante «inglés» *. Este niño parisiense tenía tres años cuando se produjo la evacuación de 1940. En esta ocasión —primera dificultad real por la que había de pasar su esquema corporal— se accidentó con su familia en el coche conducido por su padre, quien se dirigía con los suyos al Mediodía en busca de refugio. Y poco después estuvo a punto de ahogarse, cuando hallándose a orillas del mar escapó de su padre que intentaba enseñarle a nadar (fue reanimado con respiración artificial). Así pues, el psicoanálisis del niño volvía a hacer presentes unos sucesos olvidados por todos pero cuya exactitud los padres, asombrados de su memoria, iban a confirmar. A partir de estos sucesos, Gilles ya no soportó ninguna separación con su madre, estaba siempre «pegado» a ella, constantemente metido en sus faldas. Así se hallaba realmente, en el interior de una cabina telefónica, durante una conversación telefónica mantenida por la madre con un hermano de ésta, dramática conversación en que el hermano, a raíz del Llamamiento del 18 de junio, dijo que se marchaba a Inglaterra para unirse en Londres a De Gaulle. Para la madre fue una «experiencia emotiva» cargada de angustia; quería mucho a su hermano y éste estaba corriendo graves riesgos. Pero además la asaltó el temor de que su hijo, que tal vez había oído la conversación, fuera capaz de repetir su contenido, pues el trabajo del padre imponía a éste y a su familia retornar a la zona ocupada. De hecho, a partir de este instante, todo lo callado por la familia y las preocupaciones de los padres giraron, para el niño, en torno a las palabras «inglés», «Inglaterra» (angle-taire **): peligro de muerte si los alemanes, que ocupaban dos habitaciones de la casa, se enteraban; y el niño los encontraba con frecuencia.

Fue, por tanto, en la sesión prevista por ambos como la última cuando todos estos elementos, ignorados por mí y totalmente olvidados por los padres, pudieron surgir; y así quedó al

* En francés, *anglais*. Para mejor comprensión de lo que sigue, se aclara que «ángulo» es *angle*, e «Inglaterra», *Angleterre*. [T.]

** *Angleterre*, Inglaterra, suena igual que *angle-taire*, «ángulo-callar». [T.]

descubierto la manera en que la imagen del cuerpo de base de este niño, tan fóbico y angustiado, había sido erotizada hasta en la olfacción, bajo las faldas de su madre, de su olor a angustia, mientras ella hablaba con su padrino, a quien él adoraba; él percibió la emoción que esta separación causaba a su madre, y ésta, al salir de la cabina telefónica, creyó preferible no decir una palabra a su hijo de cuanto habían hablado ella y su hermano, esperando que este niño de tres años no hubiese comprendido nada.

Este episodio había dejado en él las palabras «inglés», «Inglaterra», como significantes de grandes emociones y de peligro, tanto para el cuerpo como para «lo dicho que se debe callar». Significantes de peligro en una época en que, a causa de los dos incidentes sucesivos con el padre (accidente de coche y riesgo de ahogamiento), el Yo Ideal había efectuado una regresión hacia su madre, única imagen adulta de seguridad protectora, y hacia una pérdida secundaria de continencia esfinteriana. Este intenso momento en la historia de un niño en vías de organización edípica, amenazado por los dos hombres de su madre, el padre y el tío materno, había quedado enquistado, con la forma de la amenaza procedente de las bisectrices de los ángulos, los cuales estaban armados con flechas vectoras (imagen de zona sexual anal y uretral), perseguidoras fantasmáticas para la imagen del cuerpo de base del niño. Su cuerpo, en su masa espacial, mediante su inestabilidad motriz (imagen del cuerpo funcional anal), intentaba dominar la fobia debida a las pulsiones sexuales, a la par que la zona erógena uretroanal quedaba representada en el espacio por los ingleses y sus supuestas flechas, en vez de estarlo primero en el lugar del ano y después en el del pene, amo de la continencia del chorro urinario y cuyas erecciones habían quedado prohibidas por el hecho de que anidarse en su madre era su único refugio, al menos imaginariamente (en fantasmas casi alucinatorios de vivir en el interior de la tierra y durmiendo así en un país llamado por él «la Lifie»).

Imagen funcional

La segunda componente de la imagen del cuerpo, después de la imagen de base, es la imagen funcional.

Mientras que la imagen de base tiene una dimensión estática, la imagen funcional es imagen esténica de un sujeto que tiende al cumplimiento de su deseo. Aquello que pasa por la mediación de una demanda localizada, dentro del esquema corporal, en un lugar erógeno donde se hace sentir la falta específica, es lo que provoca el deseo. Gracias a la imagen funcional, las pulsiones de vida pueden apuntar, tras haberse sub-

jetivado en el deseo, a manifestarse para obtener placer, a objetivarse en la relación con el mundo y con el otro.

Así, la imagen funcional anal del cuerpo de un niño es primeramente una imagen de emisión expulsiva, en su origen relacionada con la necesidad defecatoria que él padece, que él experimenta pasivamente y que cobra o no sentido de lenguaje con la madre; luego, en segundo término, cobra la forma de una imagen que expresa la expulsión esténica agradable de un objeto parcial no siempre substancial, y que puede ser transferido, por desplazamiento, sobre un objeto parcial sutil del cuerpo propio. Por ejemplo, la expulsión para el placer de la columna de aire pulmonar, modificando la forma de apertura y la emisión de sonidos, lo que permite la sublimación de la analidad en el decir palabras y en la modulación de la voz cantada. Debe comprenderse que la elaboración de la imagen funcional entraña, en relación con la mera respuesta en juego de las zonas erógenas, un enriquecimiento de las posibilidades relacionales con el otro. La mano, por ejemplo, que primeramente es zona erógena prensiva oral, y luego expulsante anal, tiene que integrarse en una imagen funcional braquial, proporcionando al niño la libertad esqueletomuscular que le permite alcanzar sus fines, y posibilitando la satisfacción de sus necesidades y la expresión de sus deseos a través del juego. A la inversa, cuando la imagen funcional es total o parcialmente denegada, por ejemplo si se produce una intervención físicamente represiva o verbalmente castradora que se opone al actuar del niño («No toques»), éste puede elegir como desenlace un funcionamiento de repliegue, para que la zona erógena no entre en contacto con el objeto prohibido, objeto peligroso, ni su deseo en conflicto con el deseo del adulto tutelar.

Podemos referirnos al ejemplo de esa niña fóbica al tocamiento que pudo recobrar el uso de la presión cuando le dije: «Toma con tu boca de mano». Con esta palabra, fue como si yo hubiese «engañado» la imagen táctil; la niña tomó el objeto, lo raptó e inmediatamente se lo llevó a la boca, con un brazo que, en vez de quedar replegado sobre el cuerpo, pudo extenderse y permitir que la mano tomara, cosa que no sabía hacer desde hacía meses, como si ella ignorara que tenía manos. Yo le devolví la posibilidad de una imagen funcional oral-anal, e interés oral por las cosas anales, que es la posibilidad del cuerpo de un niño de veinte meses. Ahora bien, esta niña tenía casi tres años y medio y, según afirmaban quienes la conocían, hasta los dos años y medio había sido una chiquilla traviesa y comunicativa, y éste fue un período en el que tuvo que vivir una serie de traumatismos psíquicos desrealizantes.

Imagen erógena

La tercera componente de la imagen del cuerpo es la imagen erógena.

Para limitarme a presentarla, diré que está asociada a determinada imagen funcional del cuerpo, el lugar donde se focalizan placer o displacer erótico en la relación con el otro. Su representación está referida a círculos, óvalos, concavidades, bolas, palpos, rayas y agujeros, imaginados como dotados de intenciones emisivas activas o receptivas pasivas, de finalidad agradable o desagradable.

Lo importante es describir el modo en que estas tres componentes de la imagen del cuerpo se metabolizan, se transforman y se reorganizan, habida cuenta de las pruebas que el sujeto afronta y de las limitaciones que encuentra, en particular bajo la forma de las castraciones simbolígenas [19] que le son impuestas; describir, pues, el modo en que las vicisitudes de su historia permiten, en el mejor de los casos, que su imagen de base garantice su cohesión narcisística. Para ello es necesario: 1. que la imagen funcional permita una utilización adaptada del esquema corporal; 2. que la imagen erógena abra al sujeto la vía de un placer compartido, humanizante por lo que tiene de valor simbólico y que puede hallar expresión no sólo en la mímica y la acción sino con palabras dichas por otro, memorizadas en situación por el niño, quien se servirá de ellas con discernimiento cuando hable.

Como precedentemente hemos indicado, *la imagen del cuerpo es la síntesis viva, en constante devenir, de estas tres imágenes: de base, funcional y erógena, enlazadas entre sí por las pulsiones de vida, las cuales se actualizan para el sujeto en lo que yo denomino imagen dinámica.*

La imagen dinámica

La imagen dinámica corresponde al «deseo de ser» y de perseverar en un advenir. Este deseo, en cuanto fundamentalmente sellado por la falta, está siempre abierto a lo desconocido. Así pues, la imagen dinámica *no tiene representación que le sea propia, ella es tensión de intención;* su representación no sería sino la palabra «deseo», conjugada como un verbo activo, participante y presente para el sujeto, en cuanto encarnación del verbo ir, en el sentido de un yendo deseante, enlazado a cada una de las tres imágenes en comunicación actual o

19. Véase el capítulo siguiente, pág. 65.

potencial con las otras dos. *La imagen dinámica expresa en cada uno de nosotros el Siendo, llamando al Advenir: el sujeto con derecho a desear, «en deseancia», diría yo de buen grado.*

Si quisiéramos descifrar una esquematización representativa de esta imagen dinámica, daríamos con la forma virtual de una *línea punteada que, partiendo del sujeto,* por mediación de una zona erógena de su cuerpo, *fuera hacia el objeto*; pero esta representación es muy aproximativa. La imagen dinámica corresponde a una intensidad de espera del alcance del objeto, y aparece indirectamente en las imágenes balísticas que los niños representan con fusiles o cañones, indicando que, del fusil o de los cañones, parten unos puntitos que deberán alcanzar el objeto del blanco. Es el trayecto del deseo dotado de sentido, «yendo hacia» un fin.

También se presenta bajo una diferente forma virtual, y ello en una fase muy precoz del desarrollo de los niños (nueve a diez meses): cuando una imagen les interesa, hacen un *pequeño remolino* (que más adelante llamarán caracol), sobre todas las partes de la representación gráfica que les interesan, y después vuelven la página y buscan otra cosa. Esta no es sino *la imagen del sujeto sintiéndose dinamizado, es decir, sintiéndose en estado deseante.* Estos trazos gráficos puntúan su ritmo.

Se la encuentre bajo una u otra de estas dos formas gráficas, ello no impide que la imagen dinámica como tal no tenga representación y sea, por ello, inaccesible a cualquier acontecimiento castrador. Unicamente puede ser sustraída al sujeto por un estado fóbico, viniendo entonces el objeto fóbico a cortar el paso a la imagen dinámica en su trayecto deseante, amenazándolo en su derecho al ser.

Se puede hablar de una imagen dinámica oral que, con respecto a la necesidad, es centrípeta y, con respecto al deseo, a la vez centrípeta y centrífuga. Se puede hablar de una *imagen dinámica anal* que es, con respecto a la necesidad, centrífuga y, con respecto al deseo, centrífuga o centrípeta (siendo este último caso el de la sodomía ejercida sobre otro o padecida de otro en los homosexuales).

La *imagen dinámica genital* es, en la mujer, una imagen centrípeta, respecto del objeto parcial peniano y, en el hombre, una imagen dinámica centrífuga. En el parto, hay una imagen dinámica centrífuga expulsiva, con respecto al niño que es sujeto, y por tanto objeto total, aunque este cuerpo de feto por nacer sea objeto parcial para las vías genitales de la parturienta, mujer y muy pronto con respecto del sujeto, madre, aceptante o rechazante para el niño tal como es al nacer.

Precisemos lo que queremos significar retomando el caso de la imagen dinámica oral-anal. Esta imagen completa del cuerpo digestivo debería ser, conforme al esquema corporal, una imagen siempre centrípeta, en el sentido del recorrido peris-

táltico que va de la boca al ano. Cuando hay inversión del peristaltismo —caso del vómito—, la imagen oral (y no anal) se ha invertido, es decir que es «analizada», que opera un rechazo del objeto parcial ingerido. Se ha invertido en la relación con el otro, persona presente, imaginaria o real, o con respecto a un objeto experimentado como peligroso en el estómago.[20]

El ejemplo revela la vitalidad de la imagen dinámica que, ligada al deseo, puede llegar a invertir el trayecto del objeto parcial de la necesidad. Añadámosle un caso de afectación regresiva de una imagen dinámica genital. Se trata de un adolescente que, sintiéndose impotente, incapaz de relacionarse con las chicas, se vuelve masturbador obsesivo. En lugar del deseo del objeto, es el sustituto de este deseo en una regresión a la imagen del cuerpo funcional (la mano masturbando su pene) lo que ahora le basta para imaginar el fantasma de un objeto deseado, el cual ya no tiene nada que ver con una realidad de persona existente. Y entra entonces en una especie de autismo relativo a la relación genital, que, en la realidad, lo vuelve cada vez más inhibido y fóbico frente a los encuentros que justamente lo sacarían de su aislamiento. La imagen dinámica es siempre la de un deseo en busca de un nuevo objeto. Por eso es enteramente opuesta al autoerotismo, el cual no sobreviene sino para paliar la ausencia de objeto real adecuado al deseo.

Es lo mismo que se observa, en un nivel diferente, en los comienzos del chupamiento del pulgar, que sobreviene a los tres meses en un niño a quien después del biberón «no se le da conversación». Porque si se le habla después de la mamada, poniendo objetos en la punta de sus manos y nombrándole todos los objetos que se lleva a la boca, si la madre, objeto total, le nombra todas sus sensaciones táctiles, bucales y visuales de las cosas que el niño toca y toma, y después arroja, el niño siente un real placer, compartido con su madre, y luego, cansado, se duerme. Después de algunos biberones, deja de chuparse el pulgar. El pulgar no era más que el sustituto táctil del pecho, representante parcial de la madre, objeto total con el que el niño desearía comunicar el deseo que tiene de ella. Si la madre desaparece demasiado pronto como objeto de deseo tras la satisfacción de la necesidad, y por tanto si el pecho deja de existir, el niño, debido a que el desarrollo de su esquema corporal ahora le permite ponerse la mano en la boca, y a que cuenta con numerosas potencialidades dinámicas de sus pulsiones libidinales, en busca de un encuentro del otro por quien él se siente ser, advenir, tener y hacer, las satisface de esta manera ilusoria y masturbatoria oral: mamar su dedo.

20. «El niño "me" vomitó su biberón», «"Me" devuelve todo lo que le doy» (palabras de madres); «Un espectáculo que "te" daría náuseas».

Anulado el lugar de la falta y de su expresión por el grito, el niño deja de alertar a su madre con sus llamadas y, poco a poco, acaba no esperando ya nada de la presencia del otro. Cada vez que experimenta un empuje libidinal en ausencia del objeto, se contenta con esta transferencia, llamada justamente autoerótica, sobre un objeto parcial, su puño, su pulgar, remedo del pecho, de la teta; una parte de su cuerpo pasa a ser el soporte ilusorio de la ilusión del otro. Se sume así en un síntoma compulsivo de estilo obsesivo, en que su deseo se sirve de la imagen del cuerpo, funciona por funcionar. Es la repetición de una misma sensación corporal siempre acompañada de fantasmas diferentes, pero no hay contactos relacionales entre sujetos mediante una relación sensorial de objetos parciales diferentes en la realidad, y menos aún relaciones emocionales interrelacionales y de lenguaje, cada día nuevas y por descubrir.

2. LAS IMAGENES DEL CUERPO Y SU DESTINO: LAS CASTRACIONES

La evolución de las imágenes del cuerpo

Se puede decir que las dificultades que encuentra la evolución de las imágenes del cuerpo son siempre reductibles a un mismo argumento. *El deseo, obrando en la imagen dinámica, procura cumplirse gracias a la imagen funcional y a la imagen erógena, donde se focaliza* para alcanzar un placer por captación de su objeto. Pero, en su búsqueda, el deseo encuentra obstáculos para su realización: bien sea porque el sujeto no tiene un deseo suficiente, bien porque el objeto está ausente, o aun porque está prohibido.

Sin embargo, preciso es decir que es ante todo el juego de presencia-ausencia del objeto de satisfacción del deseo, que no estaba agotado, el que instituyó a tal o cual zona como erógena.

De hecho, como el deseo desborda siempre a la necesidad, los lugares de percepciones sutiles del cavum, del oído, de la vista, y más tarde del ano, de la vagina, del pene, se convierten en zonas erógenas debido, por una parte, a su contacto con un objeto parcial de apaciguamiento en relación con la madre (posteriormente un compañero sexual), y por otra, a la ausencia mediatizada por el lenguaje, cuando el objeto parcial falta. De ahí la importancia primordial, eminente, de la madre, objeto total y sujeto que se expresa mediante un lenguaje gestual, mímico, auditivo y verbal, en intercomunicación con su hijo (mientras que éste elabora sus imágenes de base, funcional y erógena). La madre es quien, por medio de la palabra, hablándole a su hijo de lo que éste querría pero que ella no le da, le mediatiza la ausencia de un objeto o la no satisfacción de una

demanda de placer parcial, al tiempo que valoriza, por el hecho mismo de hablar de ello, y por tanto de reconocerlo como válido, este deseo cuya satisfacción es denegada, situación que ella lamenta. La zona erógena no puede ser introducida al lenguaje de la palabra sino tras haber sido privada totalmente del objeto específico mediante el cual había sido iniciada en la comunicación erótica. Y esto no es posible más que si el mismo objeto total (la madre) vocaliza los fonemas de palabras que especifican esta zona erógena: «Ahora tienes prohibido el pecho de tu madre», «No, se acabó, basta de mamar». Palabras que permiten que la boca y la lengua recobren su valor de deseo. Y ello, porque el objeto parcial erótico es evocado por el objeto total (madre) que priva al niño del pecho que él desea, pero un niño cuya hambre y cuya sed ya han sido aplacados por otro medio, un niño que ya no tiene «necesidad» de él.

La palabra, a causa de la función simbólica, trae aparejada una mutación de nivel del deseo: de la satisfacción erótica parcial a la relación de amor que es comunicación de sujeto a sujeto, o mejor dicho del pre-sujeto (lactante) al sujeto que es la madre, objeto total para su chiquito, a quien ella sirve de referencia con el mundo y con él mismo.

Es decir, que en un proceso normal de elaboración subjetiva de las imágenes del cuerpo, hay intercambio de palabras; esto es lo que permite la simbolización de los objetos de goce pasado.

De ello resulta que los fonemas transicionales prelingüísticos verbales tienen algo de paranormal. Porque el objeto parcial transicional, cualquiera que sea, substancial o sutil, es a la vez cosa perenne y lenguaje confuso de la relación niño-madre o niño-padre: lenguaje materializado, espectro de palabras indecibles, conjugadas inconscientemente con un tener sensorial que parece responder de un siendo en estado pasivo que conduciría pasivamente al ser sujeto.

De las palabras cuyo vocabulario el niño no posee, el objeto transicional es tal vez el léxico, no descifrable, promovido a representar la enteridad del sujeto que se intuye en su relación de objeto-cuerpo potencialmente erógeno y en su relación funcional todavía fusional con «la madre» (el adulto del que depende la supervivencia del niño).

Los niños que tienen bastantes palabras de amor y de libertades lúdicas motrices, no necesitan objetos transicionales. Sea cual fuere su deseo de asegurarse, poseen la suficiente inventividad motriz asociada a su madre y bastantes palabras con la madre, ésta se halla lo suficientemente presente, como para que renueven su «stock» de palabras vocalizadas, objetos transicionales sonoros quizás, antes de que se articulen a situaciones y actos para devenir auténticas palabras que ellos con-

servan en su memoria durante sus momentos de soledad y cuando se están durmiendo.

El objeto transicional es un objeto que articula a los niños con las imágenes táctiles de las zonas de base, funcional y erógena, oral y olfativa; y con las imágenes manipuladoras funcionales anales de la época en que, antes de ser autónomos para la marcha, son «deambulados» por el adulto. Sobre los objetos transicionales, ellos desplazan la relación pasada de los adultos con ellos cuando, de estos adultos, se sentían objetos parciales.

Los objetos transicionales les son necesarios si un peligro amenaza separarlos del lugar de seguridad materna, y cuando pierden su imagen funcional anal, y por tanto la motricidad y la deambulación, es decir cuando se los mete en la cama (a veces también cuando cambian de lugar).

Tienen entonces necesidad de este objeto llamado transicional, uno entre varios, que representa la relación rememorada de sí mismos siendo pequeños con el adulto asegurador: adulto de quien poseen su omnipotencia potencial frente a esa cosa que es el objeto transicional, fetiche antipeligro. Fetiche, para el sujeto, de su comunicación con el otro asegurador en el espacio, durante el tiempo necesario para la llegada del sueño profundo en que el deseo de comunicarse se desvanece, momento en el cual las pulsiones de muerte toman el relevo de las pulsiones del deseo.

Digamos de una manera muy general que si la madre asiste a su hijo, la angustia de éste queda humanizada por percepciones sutiles y por palabras. Este intercambio asegurador con la madre, con *su* madre, es para él la prueba de una relación humana duradera, más allá de la herida de la imagen funcional o de la amenaza de ataque a la imagen de base, o incluso más allá de la sensación de desórdenes en los intercambios al servicio de las necesidades substanciales cuando, perturbado, el niño se siente «enfermo». Reencuentra con este objeto perenne su imagen del cuerpo olfativa, táctil, etc., oral y anal: reencuentro de un conocimiento de sí mismo, narcisístico primordial, que es la base misma de su salud. El «vaso comunicante» imaginario con la madre genitora y nutricia se restablece, asociado a los fantasmas remanentes de la simbiosis primera: Yo-mi-mamá-el-mundo recobrado.

La imagen del cuerpo del niño, restablecida así en su integridad, conserva, del sufrimiento pasado, una experiencia simbolizada de sus pulsiones de vida de sujeto coexistencial con su cuerpo, las cuales han conseguido prevalecer sobre las pulsiones de muerte (adormecimiento, enfermedad). El niño, como asistido por su madre, debido a que se siente objeto elegido en unos brazos que ha vuelto a encontrar tras la difícil prueba, se vacuna contra la angustia que, en la próxima prueba, lo ha-

llará mejor armado que el bebé a quien hasta entonces ningún incidente ha venido a perturbar. La medicina toma en consideración los desórdenes orgánicos del niño y permite evaluar las condiciones materiales e higiénicas de un buen funcionamiento fisiológico, vigentes para todo individuo humano (puericultura, pediatría). El psicoanálisis permitió descubrir que son los intercambios, sutiles soportes del narcisismo indispensable para el reencuentro de la salud afectiva, los que fundamentan el pronóstico psicosocial de futuro de un niño determinado, nacido de determinados padres y a salvo de peligros físicos. Como puede observarse, el narcisismo, que al comienzo de la vida parece estar ligado a la euforia de una buena salud, en realidad se encuentra, desde el nacimiento, entrecruzado con la relación sutil de lenguaje, creadora de sentido humano, originado en la madre y mantenido por ella —relación cuya prolongada interrupción, en el inicio de la vida, no deja de entrañar peligros.

El caso de Agnes

Así sucedió con esta chiquilla alimentada al pecho desde hacía cinco días y cuya madre debió ser hospitalizada a raíz de un grave incidente febril que exigió una intervención ginecológica. En los días que sucedieron, la criatura no aceptó nada de lo que su padre, ahora solo, o su tía, presente en la casa desde su nacimiento, le daban: ni agua con cuchara ni biberón, rechazo total de alimento. Según el consejo del pediatra, inerme ante esta situación y que me conocía, el padre me telefoneó. Debo aclarar que todo esto sucedía durante la guerra, en provincias, y que traerme a la niña era por ello mismo impensable. Al alarmado padre le respondí, simplemente: «Vaya al hospital, traiga el camisón que usa su mujer procurando que conserve todo su olor. Póngalo alrededor del cuello de la niña y preséntele el biberón». ¡El biberón fue ingerido inmediatamente!

Lo que me permitió concebir y sugerir esta solución fue el trabajo sobre la noción de imagen del cuerpo. ¿Qué le faltaba a este bebé, a causa de la ausencia de su madre, para poder tragar? La niña no estaba enferma pero perdía peso, tenía hambre. Puesto que había mamado tres o cuatro días, lo que le faltaba sólo podía ser la imagen olfativa de la madre, súbitamente ausente. El narcisismo fundamental del sujeto (que permite al cuerpo vivir) echa raíces en las primeras relaciones repetitivas que acompañan a la vez la respiración, la satisfacción de las necesidades nutritivas y la satisfacción de deseos parciales, olfativos, auditivos, visuales, táctiles, que ilustran, podríamos decir, la comunicación de psiquismo a psiquismo del sujeto-bebé con el sujeto-su-madre.

Sobre el fondo de esta indiferenciación de zonas corporales en ese lugar real que es el cuerpo del niño, ciertos funcionamientos corporales son elegidos por la repetición de las sensaciones que le procuran, y estos lugares sirven de centro al narcisismo primario. Son aquellos lugares de su cuerpo en los que el niño reconoce día tras día, de tensión-privación en relajación-satisfacción, por el hambre-sed seguido de saciedad, una mismidad sentida como reencuentro de ser y de funcionar. Pero al mismo tiempo que existen estos funcionamientos substanciales, estas aportaciones y recogidas substanciales en zonas erógenas corporales de dominante cardiorrespiratoria, oral y viscerouroanal, al mismo tiempo la audición, el olfato, la tactilidad y la visión acompañan, en el espacio y en el tiempo, a las satisfacciones que el niño experimenta en estas zonas erógenas, y tejen su narcisismo. Cuando entre el niño y su madre nutricia adviene una separación, el deseo se frustra, pero el niño sólo se percata de ello al reaparecer la necesidad que va unida al deseo, y entonces la necesidad es satisfecha por cualquier persona, con lo que el deseo no puede reconocer la audición, la visión, la olfacción de la persona que antes venía enlazada a estas satisfacciones. El lugar donde las tensiones del deseo y de la necesidad se confunden ha pasado a ser lugar de goce prometido, esperado, satisfecho o no. Y este lugar en que la falta se experimenta, este lugar de búsqueda no sólo substancial (sostén del vivir para el cuerpo, o sea de la necesidad), sino también sutil (búsqueda de corazón a corazón, del otro sí mismo en el amor, es decir, del deseo), este lugar situado en el cuerpo es zona erógena. Pero en el espacio, aquel lugar donde, en el tiempo, se repite el encuentro que responde a necesidades y deseos, deviene espacio de seguridad para el niño. Por ejemplo, el niño oye a más distancia de la que ve. Su espacio de seguridad auditivo es más grande que su espacio de seguridad visual. Y su espacio de seguridad táctil es aún más reducido que su espacio de seguridad visual. El conjunto creado por este lugar de seguridad constituye el espacio en el cual el vínculo con su madre es potencialmente recobrable. Se comprende que el pecho y el pezón, conjuntados en el olor de la madre con la boca succionante del bebé y con su mucosa pituitaria, al mismo tiempo que el niño se arrebuja en el hueco del brazo contra el flanco de su madre, todo esto forma un *patern* del deseo confundido, en este cumplimiento a la vez de necesidad y de deseo, con el placer de ser y la satisfacción de vivir y amar. A cada separación le sigue el sueño, y a cada acceso de hambre del niño le sigue un reencuentro, que le hace continuar experimentando como erógeno el lugar y el conjunto de lugares que lo enlazan a su madre. Las pulsiones parciales del deseo continúan focalizándose en la boca y en el cavum del bebé, mientras espera estos reencuentros. Cada vez

que el lactante experimenta una tensión, sea cual fuere el motivo, deseo o necesidad, busca cómo acceder a esa meta que es el Nirvana de la presencia materna y de la seguridad anidada en su regazo. La privación por algún tiempo, cuando el bebé se halla bajo tensión, suscita todas las potencialidades sustitutivas de que él es capaz, asociadas a la sensorialidad substancial del objeto parcial, el pecho, para un encuentro con el otro que él fantasmatiza con cualquier sensorialidad liminar asociada a los encuentros pasados, y quizás esto sea una promesa del otro. Asimismo, la sonoridad de la voz materna a distancia es promesa de un encuentro que él espera, con una tensión hacia su goce que le hace desarrollar el reconocimiento auditivo de esta voz.

Así pues, podemos decir que, más allá de la distancia del cuerpo a cuerpo entre el bebé y su madre nutricia cuando ésta ha salido de su campo visual, las percepciones sutiles de su olor y de su voz siguen constituyendo para el niño el lugar —en el espacio que lo rodea— en que él acecha el retorno de su madre, es decir, el lugar de su vínculo narcisizante con ella, y la continuación de esa sensación de vivir en seguridad que con ella experimenta. Asimismo, la defecación en sus pañales le aporta, con el olor excremencial, la tactilidad de los contactos de aseo con su madre, y así sus excrementos presentes en su trasero son para él una promesa de que ella volverá pronto; de ahí el sentido de la encopresis posterior: ésta es, en situación de angustia, la manera inconsciente con que un niño grande puede intentar el reencuentro de un espacio de seguridad materna. Las nuevas vías de relación humana del bebé, vías sutiles a través del tiempo, más allá de la distancia, y no ya relaciones substanciales de un cuerpo a cuerpo, deberán ser preservadas, para que el narcisismo del sujeto no experimente demasiadas fracturas: esto es, para sostener la seguridad de su mismidad, conocida y reconocida por estar en relación con ese primer otro, el objeto total conocido, su madre nutricia, que le permite reconocerse humano y amarse vivo. En la primera infancia es indispensable, a no dudarlo, para que la imagen del cuerpo se organice, que haya un continuo de percepciones repetidas y reconocidas sobre el cual se alternen percepciones, sucesivamente ausentes y presentes, y otras desconocidas y nuevas que el niño descubre y que lo cuestionan. Algunas las reconoce, otras lo sorprenden. Ante estas otras que lo sorprenden, color, forma, percepción, persona, espacio desconocidos, es necesario que el adulto testigo le dé, mediante sonoridades, respuesta a su sorpresa. De esta manera, el campo de variación de las percepciones sutiles toleradas, vividas en seguridad, puede ampliarse. Percepciones insólitas primero, pero asociadas a la presencia de la madre que conserva su *habitus* conocido y nombra las cosas, habla, y después la

experiencia de la ausencia de la madre, seguida de su regreso, permiten al niño la memorización del vínculo que, integrado a su sensorio, lo une a ella. Cuando ella no está, por su mediación todo aquello que lo rodea y que ella ha humanizado con su presencia, con sus palabras, con su motricidad, con su manipulación, con su deambulación, da testimonio en el espacio de lo que es seguridad existencial para el niño, en su ser, sus fantasmas, su actuar, a través de su confianza en el retorno próximo de aquella que lo ama y a quien él ama.

El niño es por este hecho todo él, en su pre-persona en vías de estructuración, lugar de este vínculo relacional, de este vínculo interrumpido y recobrado. La persona primera y él mismo se reencuentran a veces un poco diferentes, pero ella siempre lo reconoce, aun si el niño pone en ello cierto tiempo, y luego el vínculo se recupera. Por esto es por lo que hablo de objetos «mamaizados», es decir, objetos que hacen surgir en el niño, por asociación de fantasmas, la presencia aseguradora memorizada de su madre. Entre ellos cabe contar los objetos usuales del marco espacial habitual del niño, los juguetes que la madre le nombra, los animales domésticos, y sobre todo las personas del entorno, con las cuales la madre se comunica mediante el lenguaje y que, por este hecho, se especifican para el niño como otros seres humanos de ese primer otro elegido que es la madre. El niño, gracias a este vínculo introyectado, símbolo de su narcisismo fundamental, es entonces, en todo momento, en su cuerpo íntegro, «cohesado».

Su imagen del cuerpo, unida por la relación simbólica continua, asume percepciones que, si esta relación no existiera o llegara a faltar por demasiado tiempo, serían despedazantes para él. El despedazamiento fantasmático de sí mismo y del mundo ambiente emana de la imagen (metáfora) del funcionamiento alimentario y excremencial (mandíbula y ano) que el esquema corporal humano condiciona; este condicionamiento es origen de la discriminación entre necesidad y deseo, ha sido la referencia común de la relación de comunicación con la madre, comunicación de psiquismo a psiquismo, contaminada por las percepciones de comunicación substancial de objeto parcial oral y de objeto parcial excremencial, placeres de ternura, que acompañan los contactos de cuerpo a cuerpo durante la asistencia a la necesidad, cambio de pañales, alimentación y aseo. Cuanto más continuamente viva es la relación con la madre en relaciones sutiles vocalizadas, visuales, olfativas, mímicas, festivas y lúdicas fuera de los momentos de manipulación para la asistencia al cuerpo del niño, menos se establecen y perduran los fantasmas de despedazamiento.

La circunstancia de que el narcisismo asegure la continuidad del ser de un individuo humano, no significa que el narcisismo no tenga que reorganizarse en función de las duras

pruebas con las que tropieza el deseo del niño. Estas pruebas, las *castraciones*, como las llamamos, van a posibilitar la simbolización y al mismo tiempo contribuirán a modelar la imagen del cuerpo en la historia de sus reelaboraciones sucesivas.

Si se parte de la idea (que seguidamente precisaremos mejor) de que la castración es la prohibición radical opuesta a una satisfacción buscada y anteriormente conocida, de ello se desprende que la imagen del cuerpo se estructura gracias a las emociones dolorosas articuladas al deseo erótico, deseo prohibido después de que el goce y el placer de éste han sido conocidos y repetitivamente gustados. El camino queda un día definitivamente interceptado en la prosecución de un «cada vez más» del placer que procura la satisfacción directa e inmediata conocida en el cuerpo a cuerpo con la madre y en el aplacamiento de la necesidad substancial. El cociente de esta operación de ruptura es la posibilidad, para el niño, de recoger a posteriori lo que podemos llamar «frutos de la castración».

Explicitando lo que queremos decir con ello, daremos una primera idea de las castraciones sucesivas antes de volver a examinarlas en sus pormenores.

El «fruto» de las castraciones. Sus efectos humanizantes

El fruto de la *castración oral* (privación del cuerpo a cuerpo nutricio), es la posibilidad para el niño de acceder a un lenguaje que no sea comprensible únicamente por la madre: lo cual le permitirá no seguir dependiendo exclusivamente de ella. El fruto de la *castración anal* (o ruptura del cuerpo a cuerpo tutelar madre-hijo) priva al niño del placer manipulatorio compartido con la madre. Aunque ya no tenga necesidad del adulto para lavarse, vestirse, comer, limpiarse, deambular, su deseo sufre por la privación del retorno a intimidades compartidas en contactos corporales de placer. Gracias ya al lenguaje verbal, fruto del destete —si la castración respectiva ha sido soportada—, el desarrollo del esquema corporal ha permitido sumar el lenguaje mímico y gestual a la destreza física, acrobática y manual. La castración anal, una vez brindada por la madre a su hijo, su asistencia verbal, tecnológica, sin angustia, da seguridad al niño listo para asumirse en el espacio tutelar, para realizar sus propias experiencias, para adquirir una autonomía expresiva, motriz, en lo tocante a sus necesidades y a muchos de sus deseos.

Para muchos niños, el que la madre los deje más sueltos constituye una prueba insoportable (¡y qué decir de esta prueba para ciertas madres!). Sin embargo, tanto como el destete —prohibición del mamar, de mucosa a mucosa, de la coopera-

ción bebé boca-madre alimento, en síntesis, prohibición del placer de captación caníbal—, la separación física, la prohibición del placer del cuerpo del niño al placer del cuerpo de la madre, esta castración llamada anal es la condición de la humanización y de la socialización del niño de veinticuatro a veintiocho meses.

La privación total de la asistencia física materna es también el comienzo de la autonomía para el niño, con respecto a lo que era una tutela, donde él dependía de los solos deseos de su madre, que primaba sobre todas sus otras relaciones. Esta decisión, vista como una promoción y preparada por la madre con la entrega al niño de los medios técnicos necesarios para el cuidado de su cuerpo, el uso prudente de su libertad de movimientos, su iniciación progresiva con respuestas verídicas a todo aquello que lo cuestiona, esta decisión —digamos— abre al niño la comunicación con todos los niños de su edad y con cualquier prójimo, en intercambios de palabras, manipulaciones lúdicas o utilitarias compartidas con su entorno familiar y social próximo cuyo auxiliar se siente promocionado a ser.

El fruto de la castración anal, que pone fin a la dependencia parasitaria respecto de la madre, es también el descubrimiento de una relación viva con el padre, con las otras mujeres, con los compañeros preferidos; es entrar en el actuar y el hacer de varón o niña en sociedad, saber controlar sus actos, discriminar el decir del hacer, lo posible de lo imposible. No ceder al placer de actos que podrían dañarlo a él mismo y a quienes él ama.

Gracias a esta autonomía conquistada por obra de la castración anal, autonomía del niño respecto de su madre, pero sobre todo de su madre a su respecto, el niño, chica o chico, siente humano y puede, como se dice, «colocarse en el lugar de otro», sobre todo de los niños o animales, o de un débil en relación con los fuertes, y de este modo desarrollar los basamentos de una ética humana: «No hacerle yo a otro lo que no querría que me hiciese él a mí», con, desgraciadamente, también este frecuente corolario infantil impulsivo: la venganza.

Sólo el lenguaje permite lo que ya no es un «adiestramiento»: término que debería ser desterrado cuando se trata de un ser humano, cuyo aprendizaje, desde las primeras horas de su «crianza», es ya educación.

El niño no puede obrar de otra manera que imitando lo que percibe, y luego identificándose con los seres humanos que lo rodean. A estas personas modelo, de las que él depende para sobrevivir, el niño las inviste con el derecho de limitar su agresividad o su pasividad en beneficio de su pertenencia al grupo familiar y social: fin cultural, utilitario, lúdico, al que él concurre con seres semejantes, o bien con seres diferentes de él. Al hablar con su entorno de sus observaciones, de sus deseos, recibe respuestas, aprobaciones, denegaciones, juicios. Es con

ocasión de estos intercambios de palabras con el padre, la madre, los familiares, cuando el niño oye decir y repetir las prohibiciones. La castración simbolígena es dada así nuevamente, de un modo o de otro, por alguien en quien el niño tiene confianza por causa de su pertenencia al grupo. Con su aceptación de estas prohibiciones, el niño cobra valor de elemento vivo del grupo.

En este preciso momento se torna irremplazable para el niño la frecuentación del mundo extrafamiliar; sin que, por esto, quede arrancado de este grupo y sobre todo de su madre, que es la garantía de su continuidad viviente. Sobre todo en el caso de un hijo único, sólo la frecuentación de otros niños posibilitará una sana entrada en el Edipo, con el conocimiento por el niño de su sexo, masculino o femenino, según la comparación que podrá realizar mediante la observación de otros niños de ambos sexos. Tiene entonces necesidad de respuestas justas referidas a su observación, tanto de las diferencias sexuales como de las diferencias raciales o sociales, así como de las apariencias y comportamientos de los varones, de las chicas, de los hombres y las mujeres a quienes frecuenta.

El niño desarrolla una identificación con los hermanos mayores de su mismo sexo, y la experiencia demuestra que cuando éstos, así como los adultos a quienes frecuenta, han recibido igualmente la castración de sus pulsiones arcaicas, el niño se desarrolla sanamente hacia un Edipo acorde con la moral vigente en su ámbito cultural. Presenta, por el contrario, signos inmediatos de angustia ante adultos y hermanos mayores cuyas pulsiones arcaicas están mal castradas, y por tanto mal sublimadas, y que, por este hecho, sienten atracción por los niños, porque no han acabado con su propia infancia. Los placeres que esperan del trato con los pequeños y que éstos, embaucados, les dejan tomar o intercambiar con ellos, no sólo no aportan una educación a los niños, en el sentido de una iniciación en la sublimación de las pulsiones orientada a la creatividad adulta, sino que «seducen» a los niños en el sentido de un bloqueo repetitivo del placer narcisístico, que no desemboca en la ley de la buena acción, y ello no sólo para el individuo sino también para el grupo social que éste integra. Muchas neurosis infantiles provienen del hecho de que estos niños no son informados a tiempo de los derechos limitados que a su respecto tienen todos los adultos, incluidos sus padres, familiares, educadores y la sociedad en general. Todo es distinto para el niño si puede hablar con confianza y ser informado de que ha habido una transgresión de sus derechos, y que el culpable ha sido un adulto. Esta sola afirmación basta para poner a disposición del niño el orden natural de una ética humana, es decir, nunca detenida por sí misma en la búsqueda de la repetición de placeres conocidos. La ética humana es una bús-

queda constante de superación. Por ello, tras la castración anal, el niño abierto a la frecuentación de la sociedad extrafamiliar, y que ha entrado en la afirmación de su sexo rivalizando con los hermanos mayores, ansía con fervor los derechos y placeres del adulto, padre (o educador) de su sexo, madre o padre, en relación con su objeto preferencial, el otro progenitor (el ser amado del educador).

La verbalización de la prohibición del incesto (y, si lo crían personas distintas de sus padres, la prohibición de relaciones sexuales adultos-niños), pero también y sobre todo la imposibilidad real experimentada de lograr éxito con sus picardías seductoras respecto del progenitor del otro sexo, y otro tanto frente al adulto rival homosexual, harán que el niño reciba la *castración edípica.* El fruto de esta castración es su adaptación a todas las situaciones de la sociedad. Más aún, las pulsiones orales, anales, uretrales, que ya fueron castradas en la etapa del destete y después en la de la autonomía del cuerpo, van a metaforizarse en la manipulación de esos objetos sutiles que son las palabras, la sintaxis, las reglas de todos los juegos (lo cual no significa que el niño acepte perder cuando juega y que no intente hacer trampa). Por último, los signos representativos de los fonemas —la escritura, la lectura—, los signos que representan a los números, son sublimaciones, es decir, frutos de todas las castraciones anteriores y que adquieren su sentido en la orientación del varón y de la niña hacia una vida genital futura, esperada como una promesa y preparada por el placer de adquirir conocimientos y poderes, técnicas, curiosidades y placeres. Al final del Edipo, el niño vive no ya para complacer a papá o a mamá, sino para sí mismo y para sus compañeros y amigos.

Después del Edipo

Entra el niño en el período de latencia, con todas las promesas de futuro para la época en que arribará, con la pubertad, la maduración genital. Una castración que cuenta con todas las posibilidades de éxito (en la simbolización de las pulsiones castradas que de ella resultará) es la que se da a tiempo, ni demasiado temprano ni demasiado tarde, por parte de un adulto o hermano mayor a quien el niño estima y que lo ama y lo respeta no sólo en su persona sino de tal manera que a través de él el niño siente que son respetados sus genitores.

Admitamos que un niño haya recibido a tiempo cada una de las castraciones, a través de un comportamiento casto, por parte de alguien cuyas prohibiciones son creíbles por el hecho mismo de que la conducta de este hombre o de esta mujer prohibidores concuerda con lo que dicen.

Fruto de la recepción del decir castrador, al principio siempre penosa de aceptar, es, tras la difícil prueba, el renunciamiento a los actos prohibidos mediante los cuales el niño quisiera procurarse un placer aun mayor que aquel que ya había gustado, así fuese sólo con la imaginación, en sus proyectos. Es el duelo en la realidad de sueños de placeres que el niño reconoce como irrealizables, para él que ama al adulto interdictor y que desea identificarse con él. Es el renunciamiento a las pulsiones canibalísticas, perversas, asesinas, vandálicas, etc.

Si procurara resumir, en una o dos frases, lo que denomino «frutos de la castración» diría que son la suerte reservada a aquellas pulsiones que no pueden satisfacerse directamente en la satisfacción del contacto corporal, o en la satisfacción del cuerpo con objetos eróticos incestuosos. Estas pulsiones siguen estando prohibidas —y hay aquí un hecho de realidad promocionante— por el modelo que ha dictado el dicho de la prohibición, con respeto por la humanización del niño. Rivalizando con la manera en que las emplean otros que son valederos en la sociedad, estas pulsiones entran, tras un período más o menos prolongado de silencio, de represión, en los denominados procesos de sublimación, es decir, en la cultura. Para el cuerpo propio, se trata de la soltura, la gracia, la destreza, la habilidad deportiva y la autonomía total; para lo mental, de la comunicación con base en el lenguaje y de la inteligencia de las cosas de la vida. Para las cosas del sexo, independientemente del interés por el placer de los lugares erógenos sexuales y de las atracciones sentimental-sexuales, a los tres años, el orgullo que inspira al niño su apellido, su sexo, su pertenencia al grupo familiar portador, el placer de unirse a los niños de su edad, son signo de que ha habido una buena castración oral y anal.

La sublimación de las pulsiones genitales cumplida después de la castración edípica recibida entre los seis y nueve años (esto a lo sumo), va a desarrollarse durante la fase de latencia, de los ocho-nueve a los doce-trece años, sobre objetos extrafamiliares, para relaciones sociales de intercambios según la Ley, y en el esfuerzo del niño por promocionarse con vistas a una pubertad que abrirá la vía de la adolescencia: la cual reorganiza todos los conflictos de las castraciones mal conseguidas del sujeto y de sus modelos arcaicos, hermanos mayores y padres. Luego, tras este período de la adolescencia en que todas las castraciones deben ser consideradas y aceptadas, porque son el precio a pagar por la eclosión de las potencialidades sensuales y creadoras, sin descompensaciones patógenas, los adolescentes, ahora responsables de su palabra simbólica, de su persona, de sus actos, plenamente asumidos en su vida amorosa y social, se convierten en adultos, en los iguales de sus genitores, estén entrando éstos en la vejez o no, y ello

a veces serenamente pero otras con una decrepitud que requiere asistencia.

Esta presentación, esta suerte de panorama que acabamos de trazar respecto de las castraciones humanizadoras sucesivas, permite sin duda comprender mejor que hablásemos de castraciones «simbolígenas». Sobre esta noción —capital— dirigiremos ahora nuestra atención.

La nocion de castracion simboligena

Sobre la palabra «simbolígeno»

Me parece importante añadir el adjetivo simbolígena al término castración. Proporciona a éste el sentido que posee en psicoanálisis. En efecto, la palabra «castración» significa, en francés,* la mutilación de las glándulas sexuales, o sea un ataque físico que deja irreversiblemente estéril al individuo castrado. Ahora bien, en psicoanálisis, la palabra castración da cuenta del proceso que se cumple en un ser humano cuando otro ser humano le significa que el cumplimiento de su deseo, con la forma que él querría darle, está prohibido por la Ley. Esta significación pasa por el lenguaje, bien sea gestual, mímico o verbal.

La recepción de esta prohibición al actuar, que el sujeto anhelaba, provoca en quien la recibe un efecto de choque, el reforzamiento de su deseo ante el obstáculo, a veces la rebeldía, pues siente su deseo amenazado de anulación ante la total inutilidad de perseguir su objeto.

Experimenta secundariamente una inhibición de efecto depresivo. Es el trabajo de la represión de las pulsiones en juego: una tensión represora que, superando el renunciamiento al objeto del deseo y a las modalidades de su satisfacción, alcanza al valor de este mismo deseo, pudiendo acarrear una mutilación definitiva (de orden psíquico) de sus fuentes pulsionales. Debe hablarse entonces de invalidación traumática, de *mutilación histérica* y no de castración en el sentido psicoanalítico. La confusión en que incurre el sujeto entre la dura prueba a sufrir y este riesgo imaginario de mutilación, para su cuerpo y para la zona erógena afectada por la prohibición, nos incita a conservar para este complejo el nombre de *complejo de castración.*

Para ilustrarlo, se podría comparar al individuo con una planta que, muy joven, deja brotar su primera flor: creyendo que es la única que habrá de tener. Entonces, el jardinero se la corta. Nosotros sabemos que la flor es el órgano sexual de la planta. Si la planta pudiera pensar, creería por tanto estar sufriendo una mutilación de su destino reproductivo. En rea-

* Y en castellano. [T.]

lidad, si el jardinero ha cortado esta primera flor es porque sabe, al hacerlo, que la fuerza de las raíces dará más bríos al crecimiento de la planta; y que, en cambio, si deja la rama ya florecida empobrecerá su vitalidad. La educación por los humanos de un ser humano, niño en trance de desarrollo, corresponde a lo que realiza el jardinero, que sabe lo que está haciendo y que somete a la planta, suponiendo que ésta se pusiera a pensar, al trance de la nulidad de la gloria ligada a esta primera floración, que ella imaginaba ser promesa de su única oportunidad de fecundidad. Al igual que con la flor, en el ser humano la castración es algo siempre por recomenzar. Cuando las condiciones de la relación emocional entre un niño y un adulto están plenas de recíproca confianza, un sentido humanizador sale en ellas a la luz, mediante el ejemplo y las verbalizaciones. El niño, a imitación del adulto que representa para él la imagen acabada de su persona futura, acepta de él lo que éste le impone, porque desea, para adquirir más valor, acceder al ejemplo que recibe de quien le parece creíble o de quien gobierna su formación y que, además, tiene por virtud de la Ley derechos sobre él. La verbalización de la prohibición impuesta a determinada mira de su deseo, *a condición de que el niño sepa a ciencia cierta que el adulto está tan marcado como él por esta prohibición,* lo ayuda a soportar la prueba, y sigue habiendo confianza en el sujeto, dado su derecho a imaginar la finalidad de este deseo que el adulto ha prohibido. Así pues, el sujeto deseante es iniciado, por prohibición, en la potencia de su deseo, que es un valor, al mismo tiempo que se inicia también en la Ley, la cual le ofrece otras vías para la identificación de los otros humanos, marcados también ellos por la Ley.

Esto da lugar a un proceso que podemos denominar de mutación para el sujeto, y de reforzamiento para el deseo. La Ley de que se trata no es únicamente una Ley represiva. Se trata de una Ley que, aunque parezca momentáneamente represiva del actuar, es en realidad una Ley que promociona al sujeto para su actuación en la comunidad de los seres humanos. Nunca puede ser la Ley de un adulto determinado que la profiere en su provecho en contra del niño. Es la Ley a la que este adulto está sometido, él tanto como el niño.

Las pulsiones así reprimidas experimentan una reestructuración dinámica, y el deseo, cuyo fin inicial ha sido prohibido, aborda su realización por medios nuevos, sublimaciones: medios que exigen, para su satisfacción, un proceso de elaboración que no exigía el objeto primitivamente tenido en vista. Sólo este último proceso lleva el nombre de simbolización, emanado de una castración entendida en el sentido psicoanalítico.

Ello no implica decir que castración es igual a sublimación.

Una castración puede conducir a la sublimación, pero también puede desembocar en una perversión, en una represión de desenlace neurótico.

La perversión es una simbolización, pero una simbolización que no corresponde a la Ley para todos: ley de la progresión que, de castración en castración, conduce a aquel y aquella que la experimentan a una humanización tanto en un sentido de creatividad como de ética. Puede haber un desvío de las pulsiones hacia una satisfacción que no introduce la progresión del sujeto hacia la asunción de la Ley. Por ejemplo, cuando la castración conduce al individuo a la negación de los procesos vitales, como se observa en el masoquismo.[1]

Supongamos el caso de una chiquilla que reacciona ante la agresión sufrida por parte de un compañerito liberando sus pulsiones agresivas por medio del grito. Si la madre interviene para desbaratar esta manifestación oral de las pulsiones agresivas de su hija, burlándose de ella, como si se hiciera cómplice del chico, la niña, cuyo modelo es la madre, puede llegar a someterse a la agresión como aquello que su madre desea efectivamente para ella. Es decir, gozar de un sufrimiento físico supuestamente aprobado por la imagen acabada de ella misma que el adulto representa.

Es de este modo como el Superyó se torna perverso, masoquista, hipocondríaco (cuando está introyectado) o masoquista en la relación con el otro, o autodestructor (accidentes repetidos), o desprovisto de defensa humoral ante agresiones patógenas. La castración es comprendida a veces —según el adulto que la da, según el niño que la recibe, sobre todo según la pareja parental, ejemplo de vida recibido en ese preciso momento y promesa de futuro— como la prohibición de todo deseo que tenga por fin el placer, y como una denegación de la justa intuición experimentada por el niño en lo tocante a lo que es gozar de su desarrollo físico, afectivo y mental. Hay aquí un efecto simbolígeno perverso de las castraciones. A menudo enteramente inconsciente en los padres o educadores que le han dado origen. *Una castración que induce el deseo de satisfacerse con el sufrimiento, en lugar de satisfacerse con el placer, es una perversión.* Otro caso es cuando hay efecto homosexualizante de la prohibición relativa al cumplimiento incestuoso del deseo genital. La prohibición de la mujer que es objeto del sujeto hijo varón, o sea su madre (o sus hermanas), puede serle verbalizada y ser oída por él como la prohibición de toda mujer, siendo toda mujer propiedad de su padre. Los comportamientos y los enunciados de su padre le prohíben entonces tratar de atraer la atención de mujer alguna en el medio familiar y social de su entorno. De este modo, la castración

1. Véase el caso de León, cap. 3, pág. 229.

que el padre impone a su deseo conduce al varón a orientar las pulsiones centrífugas fálicas que se manifestarán en él hacia la búsqueda de un hombre y no de una mujer.

Lo repetimos, *castración no es exactamente sinónimo de sublimación. Si hay sublimación, es no obstante porque ha habido una castración*, que ha sostenido la simbolización de las pulsiones en el sentido del lenguaje, hacia la búsqueda de nuevos objetos, de una manera conforme con las leyes del grupo restringido familiar y del grupo social, y porque el sujeto ha encontrado un placer más grande en el juego y en el cumplimiento de sus pulsiones evitando el sector de realización vedado por la prohibición. El que haya habido castración dada y recibida no asegura que el proceso culminará en la simbolización «eugénica», fuente de nuevas simbolizaciones, excluyente de una simbolización que acabará bloqueada y a la que se debe llamar «patógena». Una simbolización patógena suscita una dirección perversa en el cumplimiento del deseo. El sujeto puede caer entonces en el engaño del placer que ha descubierto, por ejemplo, en un objeto de fijación que aporta un placer intenso y repetitivo, donde el narcisismo quedará entrampado porque la búsqueda de su deseo está detenida en el cuerpo, lugar parcial o total del gozar, pero objeto para la muerte.

Toda mi indagación concerniente a los trastornos precoces del ser humano se aplica a descifrar las condiciones necesarias para que las castraciones dadas al niño en el curso de su desarrollo le permitan el acceso a las sublimaciones y al orden simbólico de la Ley humana. Este orden simbólico es el que promueve a determinado espécimen humano, nacido de hombre y de mujer, dotado de un cuerpo masculino o femenino, a devenir sujeto responsable dentro de una etnia dada, al mismo tiempo que testigo de su cultura y actor del desarrollo de esta cultura en un lugar y tiempo dados. A lo largo de la evolución de un ser humano, la función simbólica, la castración y la imagen del cuerpo están estrechamente ligadas. La función simbólica, de la que está dotado todo ser humano al nacer, permite a un recién nacido diferenciarse, en cuanto sujeto deseante y prenombrado, de un representante anónimo de la especie humana (al que no obstante se reduce en el sueño profundo, en el momento en que el sujeto del deseo no se halla en relación con un objeto en la realidad).

Gracias a la castración, la comunicación sutil, a distancia de los cuerpos, deviene creadora, de sujeto a sujeto, por medio de la comunicación, a través de la imagen del cuerpo actual y del lenguaje, en el curso de cada estadio evolutivo de la libido.

La castración es generadora de una manera de ser nueva frente a un deseo que se torna imposible de satisfacer en la forma con que hasta entonces se satisfacía. Las castraciones

—en el sentido psicoanalítico— son difíciles pruebas de partición simbólica. Son un decir o un actuar significante, irreversible y que constituye ley, que por tanto tiene un efecto operativo en la realidad, siempre penoso de admitir en el momento en que dicha castración es dada. Pero son tan necesarias para el desarrollo de la individuación del niño en relación con su madre, y después con su padre y con sus allegados, como para el desarrollo del lenguaje.

El destete, por ejemplo, separa al niño de su madre como alimento substancial, separando la boca del niño del pecho lactífero. Pero el destete, primera castración oral, no apunta más que a una modalidad de satisfacción del deseo, en cuanto parcial. La tactilidad, el olor, el contacto cuerpo a cuerpo, el biberón o la alimentación por cucharilla y la bebida en vaso, subsisten; la madre sigue siendo objeto total de la relación que el niño tiene con ella. Ciertamente, este pecho materno, en el momento en que el niño lo mama por última vez, este pecho que es un objeto parcial de su deseo (al mismo tiempo que un mediador de su necesidad), este pecho que forma parte de la madre, es aprehendido por el niño como si le perteneciera a él. Queda, pues, el niño separado de una parte de él mismo, ciertamente ilusoria, pero si hace esta experiencia es porque sobrevive a la prueba, y tal experiencia es simbolígena según la manera en que la madre dé el destete promocionante en su relación de lenguaje, de ternura y de intercomprensión.

Entonces, el «circuito corto» del deseo de mucosa a mucosa, de la boca al pecho, se transforma, sobre un fondo de tensión, sufrimiento, malestar o falta, en circuito largo de comunicación, de psiquismo a psiquismo; comunicación más extendida en el espacio y en el tiempo, y más sutil de lo que era la comunicación repetitiva en el contacto corporal de las necesidades asociadas al deseo. Se puede decir que el niño privado del pecho, del mamar (vaso comunicante, antropofagia fantasmática), erogeniza tanto más lo sutil que percibe de su madre. La erogenización de lo sutil, olfato, audición, vista, es ya un simbolígeno más de lenguaje que la de lo substancial, la leche deglutida, el placer de la succión; porque lo substancial está ligado a la necesidad repetitiva en sus modalidades de placer sin sorpresa. En lo sutil, el cruce de la voz de la madre con la voz de otras personas introduce al niño en relaciones nuevas; mientras que, en la relación boca a pecho, nadie se inmiscuye. Gracias a las separaciones de efecto simbolígeno de este tipo que son las castraciones sucesivas, las zonas erógenas ligadas a la tactilidad, antes de la separación de los cuerpos, podrán tornarse lugares de deseo y de placer, tanto recibido como dado a otro, y signo de alianza.

El placer dado se experimenta desde ese momento como un

descubrimiento, como una invención, una creación de dos, por una conjugación —a través del cuerpo— de los psiquismos de la madre y de su bebé. El goce pasa a ser, simbólicamente, fruto de un encuentro a la vez imaginario y real, en el tiempo y en el espacio, asociado al cuerpo del niño en sus sensaciones parciales, pero también al cuerpo en su totalidad, gracias a la presencia sutil y expresiva de la madre: presencia cuyas modalidades de percepción permanecen en la memoria, sin eliminarse, como sucede con lo substancial.

Se trata de una modificación con valor simbólico, nueva todos los días, de la presencia materna, y no de una desaparición del objeto-madre. De un afinamiento del conocimiento que el niño tiene de ella y de sí, en el placer de acordarse de ella, de esperarla y reencontrarla, similar y sorprendente, en algo diferente. En cambio, si el objeto desaparece para siempre, la castración ya no es ni valorización del deseo, ni portadora de vida conocida, ni apertura a una llamada de comunicación interhumana. Es, tras un cierto tiempo de espera, un agotamiento del deseo y una detención de la dinámica del deseo, la mutilación de la imagen del cuerpo que se había desarrollado en la relación del lactante con su madre; sucede a ello una imposibilidad de simbolización de un vínculo desaparecido, y por tanto de la sublimación en relaciones sutiles, fundadas en el lenguaje, que otras personas podrían oír. Por mediación de lo cual, estas pulsiones desligadas bruscamente de la relación con la única persona por la cual el niño se sabe existir, retornan al cuerpo del niño ahora anónimo en relación con su deseo. El niño cumple una regresión como «uno anterior a su nacimiento», sin poseer ya las referencias anteriores al nacimiento.

Es el autismo.

Mediante la castración simbolígena, por el contrario, la madre, que ha destetado a su hijo y comprobado, por sus gritos, su malestar para vivir y aceptar esta difícil prueba, se ingenia para consolarlo. Más aún cuando, a menudo, también ella sufre por este cambio de relación con su cuerpo propio y con su bebé. Enseña al niño a sentirse tan cercano a ella y aún más gratamente que antes de la privación, en su recíproco intercambio humano. Le enseña a encontrar, en una comunicación con base en el lenguaje, una introducción a la atención de otro: el padre, los hermanos y hermanas, consoladores e interlocutores de reemplazo, aliados de la madre, que vienen a revelar al bebé el mundo social. Cuando un niño se sonríe, tiende los brazos y hay allí otra persona que dice: «Qué majo es su bebé, cómo se sonríe», esta persona lo introduce a una distinta de su madre; y, de unos brazos en otros, de persona en persona que lo reconoce como alguien que se comunica, él entra en comunicación con la sociedad. Por eso justamente el destete, esta castración oral, es simbolígeno.

La angustia del octavo mes

Ello explica, por ejemplo, que la llamada «angustia del octavo mes», observada y descrita por ciertos psicoanalistas, no sea un pasaje fatal ni necesario sino que a veces se debe a que el niño no es suficientemente llevado hacia aquello que le atrae, hacia lo que desea tocar (por el hecho de que su deseo de motricidad es imaginariamente más precoz que la capacidad real de su esquema corporal). La angustia del octavo mes procede de que el adulto no mediatiza en el espacio los objetos que el niño ve y a los que, viéndolos, desea acceder con su cuerpo o su tacto, con su prensión. Se trata de un sentimiento de impotencia que proviene de la falta de mediatización por parte de la madre; falta la socialización que en este momento el bebé habría necesitado; entonces se aburre, algo se debilita por no ejercitarse, algo de su lenguaje de deseo no es comprendido.

Aprovechemos para observar que para que las castraciones adquieran su valor simbolígeno, es necesario que el esquema corporal del niño esté en condiciones de soportarlas. Nacimiento, destete, separación de la instancia tutelar bicéfala —femenina y masculina— formada por ambos padres, etc., deben respetar la integridad más tenue, original, que especifica el continuo narcisístico de la imagen del cuerpo del sujeto.

Un niño que no ha alcanzado los siete meses de vida fetal no es capaz de soportar el nacimiento sin especiales cuidados, ni de simbolizar con los intercambios respiratorios la castración umbilical. Un niño que aún no ha estado lo suficiente con el cuerpo de su madre no es capaz de soportar el destete sin efectuar una regresión a los estadios más precoces de los primeros días de su vida. Hay un momento preciso para aportar cada castración; este momento es aquel en que ya las pulsiones, aquellas que están en curso, han aportado cierto desarrollo del esquema corporal que hace al niño capaz de obtener placer de otra manera que en la satisfacción del contacto cuerpo a cuerpo, el cual ha dejado de ser absolutamente necesario a este espécimen de la especie humana que representa el organismo cuerpo, para que sobreviva en cuanto ser de necesidad. Hay que añadir que a este organismo que hace al niño un ser de necesidad le está asociado un sujeto de deseo.

El sujeto que, a no dudarlo, se halla presente ya desde la fecundación, no se manifiesta más que a través de deseos. Estos deseos no pueden separarse de una manera inmediata de su conjunción con las necesidades. El lenguaje, en el sentido amplio del término, y en el más preciso de palabras, constituye la mediación de esas evoluciones que son las castraciones superadas.

Por ejemplo, un niño que ha alcanzado la motricidad, la

deambulación dentro del marco de su familia, cerca de su padre y de su madre, si conoce a la persona con la que cambia de marco puede continuar desarrollando su motricidad y su alegría de vivir: gracias a esta persona mediadora entre el espacio anterior y el espacio nuevo, el niño está aún imaginariamente con sus padres, sobre todo si aquélla le habla de éstos. Pero si se lo transporta bruscamente a otro lugar y quien lo hace es alguien que no conoce a los padres, que no habla al niño de lo que está pasando y del sentido de este cambio, que no lo reenlaza a los recuerdos anteriores, lo que el niño vive es un trauma psíquico. Detiene su desarrollo motor y sólo se incorpora al nuevo medio nutricio tutelar cumpliendo una regresión, perdiendo sus adquisiciones, restableciendo una relación arcaica con el marco nuevo. La separación, castración de un deseo hasta entonces embarcado en el amor de las personas del medio anterior, no ha sido simbolígena, la separación ha sido traumática, hay regresión, y la simbolización se reanudará más tarde. Pero, por el momento, es un trauma.[2]

Existe otra condición necesaria para asegurar la dimensión simbolígena del proceso de castración. Reside en las cualidades del adulto colocado en posición de tener que dar la castración. Un niño acepta una limitación y una temporización para la satisfacción de sus deseos, e incluso una prohibición de satisfacerlos alguna vez, si la persona que se los prohíbe es una persona amada, a cuyo poder y saber sabe que tiene derecho a acceder. Este alguien, este adulto, sólo permite al niño el acceso a la simbolización de sus pulsiones si, al mismo tiempo que la castración que le da, siente respeto y amor casto por el niño a quien propone limitaciones momentáneas o prohibiciones definitivas respecto de determinado goce parcial que el niño buscaba. Aun es preciso que este adulto sea, para el niño, el ejemplo de un éxito humano y de la promesa de que estas mismas pulsiones podrán ser satisfechas mediante la obtención de un placer mucho mayor, a imagen de aquel que le habla y que lo dirige. Este es entonces un modelo que el niño puede seguir, escuchar, si quiere al mismo tiempo desarrollarse, estar en el camino de acceso al falo simbólico, y tener la certeza de que su deseo es valorizado, de que el placer es accesible y bien visto por el adulto. Aún no sabe cómo hará para encontrar el camino; pero, dado que este guía ya lo ha encontrado, ¿por qué razón él mismo, escuchándolo, prestándole confianza (y no sumisión) no habría de hallarlo?

De este modo, una castración padecida conduce al individuo a una mayor confianza en sí mismo y a una comunicación cada vez más diferenciada con el otro, y ello tanto mediante una

2. Se trata de una castración mutiladora de la imagen del cuerpo dinámica, es decir, no simbolígena.

destreza creciente en el manejo del vocabulario y en general del lenguaje, como por la destreza manual que permite al niño una actividad industriosa, un saber hacer gracias al cual es capaz de intercambios con los otros, puede ser apreciado por los otros y abandonar, de estrato en estrato, su dependencia respecto de los adultos tutelares familiares. Progresar de castración en castración es el medio para abandonar el comportamiento de impotencia pueril para pasar al de pre-ciudadano en vías de acceso a todos sus derechos: a condición, estos derechos, de pagarlos con la aceptación de las leyes que rigen a aquellos en cuya escuela el niño se ha integrado por amor, es decir sus padres, sus educadores, así como sus compañeros de edad y sus compañeros mayores. Este sentimiento de promoción le permite dejar detrás de sí el gozar de la primera infancia, para acceder a un gozar más grande, un gozar de más edad que él. Existe en los niños naturalmente este deseo de crecer, proyecto incluido en su organismo en crecimiento. Esta esperanza de no seguir siendo pequeños sostiene su coraje ante muchas contrariedades debidas a su impotencia en la realidad, comparada con sus iniciativas creadoras. Por desgracia, muchos adultos siguen aún ahí y reprochan, o más bien expresan de manera peyorativa a un niño su descontento, desvalorizando su valor de sujeto en nombre de su cuerpo, lo cual es vejatorio para él. Es bien comprensible que el niño que está creciendo experimente a veces el peligro de retornar a la antecastración, puesto que al mismo tiempo perdería las adquisiciones que, gracias a esta castración, ha podido obtener. Antes de ser absolutamente asegurado respecto de las nuevas modalidades culturales adquiridas, es peligroso para un niño mirar para atrás e identificarse con el que era él mismo antaño.

A ello corresponden las actitudes fóbicas de pequeños que, colocados en un espacio nuevo, se refugian en las faldas de su madre, con una mímica primero más o menos ansiosa pero que puede llegar a serlo gravemente, y son susceptibles hasta de llegar a perder el lenguaje: debido a que, justamente, el lenguaje utiliza las pulsiones orales de una manera civilizada, mientras que la fobia proyecta estas pulsiones sobre la idea de un peligro en el espacio, que tendría forma de mandíbula dental, destinada a devorar todo o parte del cuerpo de quien busca goce.

Cuando, por el contrario, un niño ha alcanzado el nivel de la castración anal, o sea que ya es capaz, mediante su esquema corporal, de utilizar pulsiones motrices enteramente sublimadas en la soltura del cuerpo, soltura en todas las modulaciones de sus pulsiones de una manera ya cultural, en ese momento ya no teme identificarse consigo mismo tal como era de pequeño. Por otra parte, ésta es la edad en que los niños no temen ocuparse de los chiquitos, de reírse de sus rarezas, y ya no

sienten celos de las familiaridades de que los bebés son objeto por parte de las personas amadas.

Inversamente, cuando la castración anal es mal asumida, bien sea porque fue mal dada por el adulto, bien porque el adulto que la ha dado en palabras no es un modelo a imitar por el sujeto (si este mismo adulto está angustiado por sus propios deseos), jamás aquel al que educa podrá sublimar suficientemente, es decir hablar, fantasmatizar «en broma» sus pulsiones anales. El adulto tutelar confunde imaginario y realidad; no es ni tolerante, ni indulgente, ni permisivo frente a sus propios fantasmas, que deben permanecer inconscientes, coartados o reprimidos, los de sus pulsiones orales y anales. Es una triste evidencia comprobar que son muchos los adultos incapaces de dar una castración simbolígena de los estadios arcaicos, porque ellos mismos lamentan haber dejado de ser niños o lamentan que su hijo crezca y experimente deseos de autonomía a su respecto. Impide al niño alzarse a un nivel que le permite sobrepasar aquel estadio ético arcaico en el cual tuvo que permanecer algún tiempo, y del que la edad lo sacará casi espontáneamente si tiene junto a él unos padres felices, quiero decir padres que viven de una libido genital mucho más que en el nivel libidinal de consumo y de trabajo (sublimación oral y anal). En la dinámica familiar, el agente de la educación, lograda o no, es mucho más el inconsciente que un saber pedagógico aprendido. (Fuera de la dinámica familiar, la trampa incestuosa ya no está directamente presente.)

Ahora que he explicitado lo que entiendo por castración simbolígena, voy a examinar con más detenimiento su manera de actualizarse en la historicidad de la vivencia del niño.

La castracion umbilical

Afirmar que el nacimiento constituye, de hecho, la primera castración, en el sentido que hemos dado a este término, puede causar extrañeza. No obstante, es lo que demostraré aquí.

No cabe duda de que el nacimiento es ante todo, en apariencia, obra de la naturaleza; pero su papel simbolígeno para el recién nacido resulta indeleble, y sella con modalidades emocionales primeras su llegada al mundo en cuanto ser humano, hombre o mujer, acogido según el sexo que su cuerpo atestigua por vez primera, y según la manera en que se lo acepta tal como es, frustrante o gratificante para el narcisismo de cada uno de sus padres.

Lo que separa el cuerpo del niño del cuerpo de su madre, y lo hace viable, es el seccionamiento del cordón umbilical y su ligadura.

La cesura umbilical origina el esquema corporal en los lími-

tes de la envoltura constituida por la piel, separada de la placenta y de las envolturas contenidas en el útero, y a él dejadas. La imagen del cuerpo, originada parcialmente en los ritmos, el calor, las sonoridades, las percepciones fetales, se ve modificada por la variación brusca de estas percepciones; en particular la pérdida, para las pulsiones pasivas auditivas, del doble latido del corazón que *in utero* el niño oía. Esta modificación viene acompañada por la aparición del fuelle pulmonar y de la activación del peristaltismo del tubo digestivo que, nacido el niño, emite el meconio acumulado en la vida fetal. La cicatriz umbilical y la pérdida de la placenta pueden considerarse en función del destino humano anterior, como una prefiguración de todas las pruebas que más adelante serán denominadas castraciones (añadiéndoles el adjetivo oral, anal, uretral, genital). Así pues, esta primera separación recibirá el nombre de castración umbilical. Es concomitante al nacimiento y debe considerársela fundadora, con las modalidades de alegría o de angustia manifestadas al nacimiento del niño en su relación con el deseo de los otros. Las modalidades del nacimiento, esta primera castración mutante, servirán de matriz a las modalidades de las castraciones ulteriores.

El nacimiento viene acompañado, merced a las modificaciones fisiológicas que se operan en el cuerpo del niño, por un grito sonoro mediante el cual éste se manifiesta, al mismo tiempo que reacciona con la evacuación del contenido substancial intestinal por el polo cloacal, mientras que antes era un feto centrado únicamente por la salida umbilical, por la deglución de líquido amniótico y la micción urinaria en éste.

A la par que su respiración y su propio grito, que el bebé oye, la entrada en juego del olfato (el olor materno) es inconscientemente el impacto primero, sobre el recién nacido, de una localización particular de su relación con su madre. La audición prenatal amortiguada desaparece, para dar paso a la audición intensificada de las voces ya conocidas: las del padre, la madre y los parientes.[3]

Esta pérdida de percepciones conocidas y este surgir de percepciones nuevas constituyen lo que se ha dado en llamar el «trauma» del nacimiento, que es una mutación inicial de nuestra vida y que sella con un estilo de angustia más o menos memorizado, para cada feto que arriba a la vida aérea, su primera sensación liminar de asfixia, ligada al finiquito del ele-

3. Nótese que recientes estudios han probado que *in utero* el niño oye los sonidos graves, es decir, las voces masculinas, y que lo que oye de la madre es el latido del corazón y un ruido que se parece al de las olas que rompen contra la playa. El niño sólo escucha la voz materna si ésta posee intensidades graves. Lo más curioso es que esto se invertiría tras el nacimiento, y que entonces el niño oiría sobre todo las frecuencias elevadas.

mento acuático caliente y al surgimiento en el mundo aéreo del peso. Así pues, modificaciones cataclísmicas marcan nuestro nacimiento, nuestra primera partición mutante, por la cual dejamos una parte importante de lo que constituía *in utero* nuestro propio organismo, envolturas amnióticas, placenta, cordón umbilical; parte gracias a la cual hemos podido ser viables para un espacio diferente que, al acogernos, nos imposibilita para siempre el retorno al espacio precedente, al modo de vivir y de gozar que en él habíamos conocido.

En lugar de la sangre placentaria que alimentaba pasivamente la vida simbiótica del feto en el organismo materno, la vida carnal se incorpora, podríamos decir, al aire, nuevo elemento común a todas las criaturas terrestres y cuyo flujo y reflujo responden al fuelle pulmonar. Con este fuelle aparece la modificación del ritmo pulsátil cardiaco, que ahora no es pendular sino obediente a un ritmo, como lo era, en la vida fetal, el corazón de ritmo ondulatorio de la madre. Sí: el niño recién nacido ha perdido, al nacer, la audición de su propio ritmo cardiaco tal como él lo conocía. Aparece también la sensación de la masa del cuerpo, sometida a la pesantez, y de las modalidades de manipulación de la que es objeto por las manos que la recogen; y el plano de la cama o el cuerpo de la madre sobre el cual el niño reposa. La luz deslumbra su retina, el olor de la madre llena su cavum, las voces del equipo asistente y los ruidos se dejan oír con claridad, mientras que, hasta entonces, las sonoridades del mundo sólo eran percibidas a través de aquella pared de agua y de carne, sobre aquel fondo donde el ritmo pendular rápido del corazón fetal se cruzaba con el ritmo, dos tiempos y medio más lento, del corazón materno. Según las horas del día, estos ritmos sincopados se alternaban con los de la marcha del cuerpo portador, y con los ruidos de su actividad industriosa, marcados a veces por vibraciones sonoras que las palabras, sobre todo las de las voces graves, masculinas, transmitían ahogadas hasta el huevo en que el niño iba desarrollándose. Por la noche este doble ritmo auditivo reposaba, y a él se sumaban el ronquido del sueño materno y los borborigmos de los movimientos viscerales digestivos de la madre dormida.

Así pues, bruscamente, brutalmente, el niño descubre percepciones de las que hasta entonces no tenía noción: luz, olores, sensaciones táctiles, sensaciones de presión y de peso, y los sonidos fuertes y nítidos que hasta ahora sólo había percibido sordamente. El elemento auditivo más destacado será, por su repetición, el de su nombre, significante de su ser en el mundo para sus padres. Significante de su sexo, igualmente, porque esto es lo primero que oye: «¡Es un varón!», «¡Es una niña!», y las palabras que acto seguido brotaron de los asistentes, y las voces de los familiares que lo reciben, las voces que se

acercan, las voces que se alejan y, perpetuamente oídos, los fonemas de las palabras «varón» o «niña», acompañados del nombre con el que los padres lo significan desde ahora. Este nombre, y esta calificación, la calificación de su sexo, son lanzados por voces animadas por la alegría o por la reticencia, expresando la satisfacción o no del entorno, y cada día descubrimos hasta qué punto los lactantes conservan, «engramadas» como cintas magnéticas en algún punto de su córtex, estas primeras significaciones de alegría narcisizante, ya desde entonces, o de reticencia, cuando no de pesadumbre, y de angustia para ellos desnarcisizante, ya desde entonces.

Así pues, es el lenguaje el que simboliza la castración del nacimiento que llamamos castración umbilical; este lenguaje golpeará repetitivamente el oído del bebé como el efecto de su ser en el impacto emocional de sus padres, al capricho de las sílabas sonoras, de las modulaciones y afecto que él percibe de manera intuitiva, sin que sepamos exactamente cómo le es posible percibirlos. Es como si todos estos afectos, acompañados por fonemas, encarnaran un modo de ser narcisístico primero.

Las sílabas primeras que nos han significado son para cada uno de nosotros el mensaje auditivo símbolo de nuestro nacimiento, sinónimo del presente en el doble sentido de actual y de don que es el vivir efectivo para este niño que, de imaginario que era para los padres, pasa a ser realidad. Realidad irreversible, femenino o masculino, así es él y así será, como se presentó ante todos, ante sus padres y ante los representantes de la sociedad que lo acogieran. Como varón o niña, con nombre de varón o de niña, es dado por su padre a su madre, recibido por su padre de su madre, recibiéndolo ambos no sólo el uno del otro sino de las generaciones anteriores que los trajeron a ellos mismos al mundo y también del destino que lleva o no, para ellos, el nombre de Dios, pero que, de cualquier manera, ha signado esta existencia. Es inexorable, el bebé es niña o varón, así son las cosas, un hecho ajeno al poder de los padres. Con lo cual, en este asunto, también éstos sufren una castración. La castración de ellos es la inscripción del niño en el Registro civil, que signa su estatuto de ciudadano, suceda a sus padres lo que suceda. Lo protejan o no puedan protegerlo, de ahora en adelante él está a su cargo, si pueden asumirlo; pero no les pertenece enteramente, pues es un sujeto legal de la sociedad sobre el cual sus derechos son limitados. ¡Y su deber, ilimitado!

Los proyectos fantasmáticos de nombre y de sexo se acaban con la fijación de esta inscripción en el Registro civil, incluida la pertenencia a quien lo reconoce legal o adulterino, o a quien se niega a reconocerlo legalmente o, más aún, afectivamente. Ya no hay fantasmas posibles, una vez cumplido este acto en el

Registro; el niño ha ingresado en una realidad de la cual no podrá desprenderse, salvo obedeciendo a la Ley. La simbolización, para el recién nacido tanto como para sus padres, de esta castración del feto y con él de los padres, con el nacimiento y la inscripción en el Registro civil, es su adopción plena y entera, afectiva y social, o su adopción reticente, significada por la manera en que su genitores han decidido inscribirlo. Esta escritura cuya huella es dejada en el Registro civil, unida a un patronímico,, le procura para toda su vida el significante mayor de su ser en el mundo, aquel que su cuerpo llevará consigo hasta la muerte.

Es realmente sorprendente pero es así: el impacto producido sobre un recién nacido por la escucha y las percepciones que él tiene del surgimiento de alegría, corazón a corazón, de sus padres o, por el contrario, de la depresión en la que su nacimiento —porque es de tal sexo o presenta tal o cual aspecto— ha sumido a uno de los padres o a ambos, reaparecen siempre en los psicoanálisis. Sea la que fuere esta simbolización de la castración umbilical, ahora tenemos las pruebas formales de que puede procurar al niño una potencia simbólica más o menos grande, según la manera en que la madre ha vivido, en el plano fisiológico, su alumbramiento, es decir, la expulsión de la placenta una media hora después de nacer el niño, y en que la pareja conjunta del padre y la madre ha vivido la promesa, cumplida a sus ojos por la realidad, en lo concerniente a sus fantasmas de genitud fecunda y viable en el bebé, niña o varón. Pueden sentirse colmados; pero el bebé puede no concordar con lo que en sus fantasmas ellos habían esperado.

Así pues, hay dos fuentes de vitalidad simbolígena que promueve la castración umbilical: una se debe al impacto orgánico del nacimiento en el equilibrio de la salud psicosomática de la madre, y con ello de la pareja de cónyuges en su relación genital; *la otra es el impacto afectivo que la viabilidad del niño aporta, en más narcisismo o en menos narcisismo, a cada uno de los dos genitores,* quienes, por ello, van a adoptarlo con las características de su emoción del momento, y a introducirlo en su vida como el portador del sentido que en ese momento él ha tenido para ellos.

Estas dos fuentes de potencia simbolígena, resultantes de la *castración umbilical del niño* y de la *castración imaginaria de los padres,* son bien visibles cuando una u otra de ellas ha sido agotada en el momento del nacimiento. La muerte o morbidez de la madre marca de manera indeleble con una culpabilidad inconsciente para vivir a todo niño que, por el hecho de su nacimiento, pareció ante su padre haber sido responsable de un efecto patógeno o mortífero sobre su genitora. Asimismo, cuando el sexo y la apariencia del niño han decepcionado profun-

damente, a la vez consciente e inconscientemente, a uno u otro de sus padres, más aún si fue a ambos, para este niño el vivir está ligado fundamentalmente, con su nombre, a una culpabilidad: lenguaje inculcado al sujeto relativo al vivir de su deseo en su cuerpo. Esto se nos aparece en los casos de psicosis precoces que tenemos que atender, donde el deterioro de los medios de comunicación del deseo es, como observamos, el de un orden simbólico precozmente perturbado.

Contrariamente a lo que se podría pensar, no es el hecho de la muerte o de la hemorragia posnatal de la madre, por ejemplo, el que, habiendo producido un impacto indeleble sobre la organicidad del niño, ha provocado el estado psicótico. Porque el hecho es lo que se pudo constatar en el plano de la realidad; y lo que el tratamiento psicoanalítico prueba es que *fue el elemento psicógeno el que actuó sobre la prohibición* de desarrollarse. El análisis de este nacimiento, y la revivencia de este trance con palabras justas, dichas tanto por los padres como por el niño, dentro del análisis, son precisamente lo que lo libera definitivamente de las redes que lo retenían en la prohibición de vivir por su propia cuenta.

El precocísimo trastorno de mal desarrollo somatopsíquico en el niño psicótico era imputado a un nacimiento catastrófico; y a veces se invocaba una encefalitis que habría pasado desapercibida. No obstante, el hecho de que el análisis pueda librar al niño de la psicosis prueba que los trastornos no provienen de heridas físicas —de trastornos funcionales o lesionales físicos precoces que hubiesen informado el cuerpo del recién nacido. Las dificultades de desarrollo han sido expresión de emociones precoces y de afectos compartidos con el entorno que no pudieron ser significados con palabras dichas al niño a tiempo, así se tratara de palabras invalidantes del derecho a la vida simbólica del niño.

Es, por tanto, desde la castración umbilical que la angustia o la alegría, en la triangulación padres-hijo por donde circula la vitalidad dinámica del inconsciente, marcan de manera simbolígena o no el psiquismo de un ser humano, independientemente de su organicidad. Se trata de una puesta en marcha de la fuente dinámica inconsciente que va a sostener, de manera rica o empobrecida, el desarrollo del niño. Esta potencia es procurada al sujeto con generosidad o mezquindad, según el narcisismo pacificado o conflictivo de los padres; y ella lo sostiene o lo perturba en la superación de las difíciles pruebas que son la mutación del nacimiento y los primeros días de adaptación a la vida aérea.

Por las aberturas, por los orificios del rostro abiertos a las comunicaciones sutiles, centradas y convergentes hacia el cavum —ventanas de la nariz, orejas, asociadas a las percepcio-

nes ópticas— son posibles estos encuentros, y simbólicos de su ser en el mundo.

Con esta simbolización fundadora del ser en masculino o en femenino que sigue al nacimiento y a la nominación del niño, éste ingresa en el período oral. Entonces, aquellos que han sido heridos en su vida simbólica presentan precoces trastornos relacionados con estos mismos agujeros que se han abierto a los intercambios substanciales con el mundo exterior en el momento de nacer, o sea: la entrada del tubo digestivo, ligado en la cabeza al cavum, y, en la pelvis, la salida del tubo digestivo, donde los excrementos, en sus dos formas, líquido y sólido, están estrechamente ligados por contigüidad táctil al desarrollo de las sensaciones genitales.

Si permanecemos en el terreno de la realidad clínica debemos añadir que el efecto del nacimiento de un niño, con sus características sobre los hermanos mayores, tanto por lo que implicó en la salud de la madre como por la alegría o la tristeza que el sexo del niño ha supuesto para el hogar, hacen también que este niño haya aportado trastorno o alegría a sus hermanos y hermanas mayores, y que, como contrapartida, reciba de éstos una potencia o un empobrecimiento de su deseo de vivir. Sabemos hasta qué punto la desilusión provocada por el sexo de un hermanito o hermanita puede implicar desestructuración de la confianza de un primogénito en sus padres, cuando aún no ha alcanzado la edad de comprender que éstos no son omnipotentes hasta el punto de poder dominar la realización de su deseo en cuanto al sexo del hijo que han traído al mundo.[4]

Sabemos también en qué grado la rivalidad fraterna puede invalidar la potencia simbólica de un bebé, a causa de las pulsiones de un hermano mayor que se niega a admitir en el hogar la existencia del menor. En lo tocante al mayor, el drama que vive con ocasión del nacimiento del menor debe ser considerado en relación con su situación edípica. El sexo del recién nacido pone en juego lo que le falta a él, falta de la que él hace responsable, culpable, al recién nacido, la niña o varón. El nacimiento de un bebé en una familia despierta las castraciones de los hijos mayores.

Separación de la placenta, momento simbolígeno del nacimiento, importante para todos los seres humanos. Esto, hasta ahora, había pasado desapercibido; pero ahora que la medicina es capaz de salvar a muchos recién nacidos, observamos cuán importantes son el momento de la acogida social y sus modalidades, tal como se los vive, para el futuro del desarrollo somático y emocional.[5]

4. Véase el caso de Pedro, pág. 196.

5. La importancia de la castración umbilical parece hoy en día mejor comprendida, ya que los estudios sobre el alumbramiento fisiológico de

Así, los peligros reales que ha corrido un bebé a causa de una infección del cordón, del ombligo, o de la angustia del partero por una ligadura demasiado corta del cordón y el temor a una hemorragia en el recién nacido, deja huellas indelebles en el psiquismo del bebé y propensión a la angustia, aun cuando sólo se tratara de temores anticipados y ningún suceso haya venido a confirmar en la realidad una inquietud que se prolongó por varios días. Todo lo que se relaciona con la morbidez psicógena, podríamos decir, originada en angustias neonatales, se manifiesta en los niños —y a veces en los adultos— por el hecho de que cualquier angustia que experimenten provoca alrededor de la nariz y de la boca una palidez súbita, al mismo tiempo que un temblor visceral, parece ser, secundado a menudo por un acceso de fiebre emocional. Fiebre emocional porque se presenta sin ninguna razón en estos pacientes, niños o adultos, y desaparece cuando, mediante el análisis, se ha podido poner palabras en la angustia umbilical vivida durante los primeros días, los primeros quince días de vida, antes de que la caída correcta del cordón tranquilizara al partero y a la familia, y por lo tanto al propio niño.

La castracion oral

Segundo de los grandes renunciamientos típicos impuestos al niño, la castración oral significa la privación impuesta al bebé de lo que constituye para él el canibalismo respecto de su madre: es decir, el destete, y también el impedimento de consumir lo que sería veneno mortífero para su cuerpo, o sea la prohibición de comer aquello que no es alimentario y que sería peligroso para la salud o la vida. Esta castración (destete), cuando es juiciosamente dada, culmina en el deseo y en la posibilidad de hablar, y por tanto en el descubrimiento de nuevos medios de comunicación, en placeres diferentes, con objetos cuya incorporación no es o ha dejado de ser posible. Todos estos objetos son soportes de transferencia del pecho lactífero o de la leche aspirada (mamada al pecho o de la tetina del biberón) por un placer aún mayor, compartido con la potencia tutelar, con la madre, el padre, los parientes cercanos.

El destete, esa castración del bebé, implica que la madre

---

las madres han llevado a investigar sobre el parto sin violencia. La vida ulterior del niño prueba que el parto sin violencia lo pone al abrigo de las angustias existenciales que conocen la mayoría de los demás recién nacidos. Actualmente en todos los países se llevan a cabo estos estudios. En Francia, el pionero de la investigación sobre el parto sin violencia y sobre las estadísticas de los efectos a largo plazo de este estilo de alumbramiento en los niños, fue Frédéric Leboyer. (Véanse también los estudios publicados en *Cahiers du nouveauné,* editorial Stock.)

también acepta la ruptura del cuerpo a cuerpo en que el niño se hallaba, y que había pasado del seno interno a los senos lactíferos y al regazo, en absoluta dependencia de su propia presencia física. Esta *castración oral de la madre* implica que ella misma es capaz de comunicarse con su hijo de otra manera que dándole de comer, tomándole sus excrementos y devorándolo con besos y caricias: en palabras y en gestos, que son lenguaje. La castración oral tanto del niño, del bebé destetado, como de la madre, también ella privada de su relación erótica, donante, con la boca del niño, como igualmente de su relación erótica táctil y prensiva con el trasero de éste, se prueba por el hecho de que la madre misma alcanza un placer aún mayor hablándole a su hijo, guiando sus fonemas hasta que se hacen perfectos en la lengua materna, tanto como su motricidad en lo que respecta a tomar y arrojar los objetos que ella entrega y recoge, en un comienzo de lenguaje motor. Si el niño puede entonces simbolizar las pulsiones orales y anales en un comportamiento con base de lenguaje, es porque su madre disfruta viéndolo capaz de comunicarse con ella y con otros; él percibe el placer que ella experimenta asistiendo a su alegría de identificarse con ella, en sus intercambios lúdicos, con base en el lenguaje, con otras personas. Lo que esta castración ha promovido en el inconsciente y en el psiquismo de su hijo son posibilidades de relación simbólica.

No se debe olvidar que el cuerpo a cuerpo de una madre con su bebé es erotizante. Por otra parte, así debe ser: esto forma parte de la relación madre-hijo. Pero el destete ha de venir a imprimir aquí una etapa diferente, de mutación, de comunicación para el placer, a distancia del cuerpo a cuerpo: una comunicación gestual que ya no es posesión del niño, y que lo deja identificarse con su madre en su relación con los demás y con el medio circundante.

Así pues, lo importante es que ella permita a su hijo ser tan feliz en los brazos de otro como en los suyos, que le permita entrar en la sonrisa y en la expresión de lenguaje (ensayos fonemáticos) con otros diferentes de ella.

Desde un punto de vista pulsional, objetal, la castración oral es para el niño la separación respecto de una parte de él mismo que se hallaba en el cuerpo de la madre: la leche que él, el niño, había hecho brotar de sus pechos. El se separa de este objeto parcial, el pecho de la madre, pero también de este primer alimento lácteo, para abrirse e iniciarse en un alimento variado y sólido. Renuncia a la ilusión del canibalismo respecto de ese objeto parcial que es el pecho de la madre. Traslada por un tiempo, si la madre no está atenta, sus pulsiones canibalísticas a sus propias manos, chupándose el pulgar o el puño, con la ilusión de que así continúa estando al pecho de su madre. Hay un destete fallido, al menos en parte,

en el niño que sigue ilusionándose con una relación con la madre mediante la instauración de una relación autoerótica entre su boca y sus manos. Preciso es comprender que la leche es primeramente la leche del niño, con la cual él se halla en comunicación, a la par que la hace brotar del cuerpo de la madre con su succión.

Cuando se lo desteta, se lo priva del alimento que él mismo había hecho elaborar en la madre y que era suyo, al mismo tiempo que su boca se ve privada de la relación táctil con el pezón y con el pecho, objeto parcial de la madre pero que él creía suyo. Y el niño llena el agujero abierto que crea la ausencia del pecho en su boca, poniendo en él su pulgar. Alcanza con ello un placer desprovisto de alimento, que es también placer de asegurarse que su boca misma no se ha marchado.

Esto es precisamente lo que invito a examinar a los niños ya mayorcitos chupadores de pulgar que quieren «curarse»; les pido que reflexionen: «Chúpate el pulgar prestando mucha atención a lo que sientes. ¿Es tu boca la que necesita de tu pulgar? ¿Es tu boca la que está más contenta de tener el pulgar, o es tu pulgar el que quiere refugiarse en tu boca?». Es extraordinario ver cómo se concentran en sus sensaciones y reflexionan. Comprenden que se trata del pulgar y no de la boca, o de la boca y no del pulgar: y aquí se les puede hablar, precisamente, de cómo este pulgar ha reemplazado al pecho materno, y de cómo ellos no aceptaron, cuando eran pequeños, la privación de mamar a mamá, mientras que no obstante eran bastante grandes para, en ese momento, hablar y poner en sus bocas todo cuanto se hallaba a su disposición, pero vamos, mamá no pensó que eran bastante grandes para conocerlo todo y no solamente para compartir con ella el placer de estar al pecho, y esta ilusión ha hecho durar lo que ahora los irrita, pero a lo que no pueden renunciar en los momentos de cansancio o inquietud.

En cambio, la separación del destete es progresiva y la madre distribuye el placer parcial que liga la boca al pecho en el conocimiento sucesivo de la tactilidad de otros objetos que el niño se mete en la boca, estos objetos que ella nombra lo introducen en el lenguaje, y asistimos entonces al hecho de que el niño se ejercita, cuando está solo y despierto en su cuna, en «hablarse» a sí mismo, con lalaciones primero y luego en modulaciones de sonoridad, como oyó a su madre hacerlo con él y con otros.

En este punto se ve obrar a la simbolización: si la madre está atenta a poner en la boca del niño, ya desde ese mismo momento (hacia los tres meses), durante los minutos que siguen a la mamada y que preceden al sueño, cualquier cosa que sus manos puedan coger y que él se pone en la boca, en

lugar del pecho. Si le procura las palabras que significan lo que de este modo él experimenta con la tactilidad, por ejemplo: «Esto es el sonajero, es frío, es metal, es hueso, es tu osito de peluche, es tela, es tu puño, es el dedo de papá, es la lana de tu jersey», todas estas palabras, cuando ella no está, hacen que él la rememore y busque repetir los sonidos que la acompañaban, y que pueda probar a actuar como ella lo hace con los pequeños objetos de su vida común, a celebrar con fonemas, gritos, gestos y sonrisas jubilosas, la llegada del padre y de los familiares del entorno, sin provocar con ello en la madre un sentimiento de celos o de abandono. Es así como el lenguaje pasa a ser simbólico de la relación cuerpo a cuerpo, circuito corto del niño a la madre, mutándose en circuito largo, por lo sutil de las vocalizaciones y del sentido de estas palabras que recubren percepciones sensoriales diferentes, pero todas «mamaizadas» por la voz de la madre, la misma que cuando él estaba al pecho.

Así pues, *el efecto simbolígeno de la castración oral* es la introducción del niño, en cuanto separado de la presencia absolutamente necesaria de su madre, a la relación con otro: el niño ha accedido a modalidades de comportamiento, fundadas en lenguaje, que le hacen aceptar la asistencia de cualquier persona con la cual la madre se encuentre en buenos términos, con la cual él mismo desarrolle posibilidades de comunicación, esbozadas con su madre o su padre y desarrolladas con otros.

Debemos subrayarlo: sólo después del destete propiamente dicho —privación del contacto cuerpo con cuerpo— comienza a efectuarse la asimilación de la lengua materna, por grupos de fonemas secundando sensaciones y emociones, las sensaciones táctiles procuradas por el cuerpo próximo de la madre, las emociones ante su acercamiento o su alejamiento.

Es la época imprecisa del lenguaje, cuyo fruto el niño no puede manifestar simultáneamente. Sólo más adelante será capaz de ello, cuando descubra el placer de dominar el objeto primordial anal, es decir los excrementos, jugando con sus esfínteres uretral y anal, jugando a conservar las materias o a expulsarlas, sobre todo si es a petición de la madre, y a producir sonidos o no, también en este caso sobre todo a petición de la madre, en sus juegos cara a cara, y después a nombrar con fonemas a sus padres, luego sus excrementos, con frecuencia antes de nombrar el alimento.

Primeras palabras repetitivas de dos sílabas que corresponden al sentimiento de existir del niño, cuando está unido a su madre como un semejante y doble de su sensación, en lo cual se inicia el primer lenguaje: Ma... ma... ca... ca...; es siempre él —el otro, semejante «asemejado»— el que provoca el comienzo del hablar en estas dos sílabas semejantes repetitivas. Los bebés comienzan casi siempre a hablar por ahí.

Creo que, precisamente, este doble que es él de la madre, y esta simbiosis seguida de díada, con los ritmos preferenciales de dos tiempos, todo ello hace de esta época una época de ritmo de dos tiempos. Evidentemente, esto procede del corazón y sus latidos, pero sobre todo del hecho de que es preciso ser doble, desdoblarse con displacer cuando la madre se va, reunificarse con placer cuando vuelve a hallarse uno doble, y volver a desdoblarse de repente para que lo simbólico alcance la noción de sentimiento diferente de las sensaciones con la madre y sin ella; sensaciones acompañadas por el placer residual de la sustracción de una de las sensaciones, mientras que la madre se lleva la otra, y del reencuentro secundado por una alegría aditiva, de ser también expresada por la madre. El conjunto de esta metaforización de las presencias de objetos parciales redoblados por la presencia-ausencia de la madre, me parece explicar la silabización doble que va a constituir los primeros significantes entre los niños y el ser que los alimenta.

Ello explica que el papel de la madre como iniciadora en el lenguaje sea primordial, punto no suficientemente conocido por las madres y las nodrizas. Es importante que tras cada mamada, en el momento en que el niño, muy animado antes de dormirse, gusta de entablar ya una conversación —lo cual, para él, es manipulación de objetos, y espejismo de mirarse en el rostro de su madre—, la madre le nombre todos los objetos que él se pone en la boca, que indique su nombre, su gusto, su tactilidad, su color. El niño aprende a dar estos objetos a su madre, como le daría una cucharada de comida. Y la madre, al procurárselos, se divierte con el juego que a veces consiste en, de golpe, tirar el objeto por la borda: exactamente igual a como en su boca, tras un rato de manipulación, de masticación por las mandíbulas y la lengua, hay desaparición por deglución del objeto en el estómago; aquí la metáfora del estómago es el desplazamiento del tirar por la borda, del hacer desaparecer de la cuna. El niño se llena de júbilo si la madre recoge entonces las cosas arrojadas, justamente porque se trata de cosas y no de objetos parciales de consumición. No estamos aquí en el orden anal del arrojar; esto puede surgir, pero el arrojar comienza bajo el modo de la deglución, del hacer tragar por el espacio.

Asistimos así en el niño destetado dos o tres semanas atrás —tiene entre seis y ocho meses, empiezan a salirle los dientes— al advenimiento de los frutos simbólicos de una castración oral que ha tenido lugar en buen entendimiento con la madre. Es el lenguaje mímico, expresivo, modulado de manera variable según las personas del entorno, y según las sensaciones y los sentimientos del niño; asistimos en el niño al advenimiento de un lenguaje modulado, no gramatical todavía, que alcanza su

mayor intensidad hacia los dieciocho meses. De este modo el niño pasa a ser capaz de manipular a las personas de su entorno a distancia. Su boca ha heredado su destreza manual, que los padres habían valorizado; su lengua manipula fonemas que son, para los padres, para el entorno, otros tantos signos de los sentimientos, sensaciones y deseos que él les quiere comunicar. Es muy interesante lo que sucede entonces entre las diversas zonas erógenas. El primer lenguaje en el que las palabras aún no son reconocibles pero donde el entorno reconoce la intención y la intensidad del deseo, promueve en el niño, si no está todo el tiempo con sus padres, una manipulación inventiva a distancia, y a veces una manipulación de los objetos próximos para atraerlos hacia sí. Sabe perfectamente, por ejemplo, cuando se aburre por la ausencia de la madre, que si echa a rodar objetos, si hace ruido o grita, esto hará volver al adulto. ¡Y el niño lo hace igual que tira uno de una cuerda para que suene una campanilla! Para él, esto es lenguaje.

Si la madre practica intercambios mímicos y verbales con su hijo, a distancia, el niño goza auténticamente y aplaude con las manos: bien sea aplicando una contra la otra, cuando se le enseña a hacerlo, o mejor aún tomando objetos con sus manos y golpeándolos alegremente, de arriba abajo, sobre un soporte fijo como la mesa. Lanza entonces gritos de contento, y se siente de lo más feliz si la madre añade una canción para modular con él la alegría que experimenta y que él manifiesta golpeando aquello que manipula según un ritmo que le es propio. Golpea según su ritmo, que la mamá juega a secundar poniéndole palabras, a veces modulándolas, y esto pasa a ser una canción: es fantástico, todo cobra sentido.

He aquí de lo que es capaz un niño que aún no camina pero que jamás se desespera porque su madre (o una persona amiga que la sustituye) esté presente o no, siempre que no se encuentre demasiado lejos, al alcance de la voz. El niño no se aburre, porque los frutos simbólicos de la castración oral ya han hecho de él un individuo humano, que posee una vida interior relacionada con las alegrías de su madre, asociadas a sus propias alegrías; alegrías de su madre que también son para él la certeza de que su padre y los adultos del entorno de su madre están orgullosos de él; y, si tiene hermanos mayores, de que está ascendiendo los peldaños que lo harán igual a ellos.

Olvidaría un elemento que puede desempeñar a veces un papel capital si no mencionase aquí el *aspecto olfativo de todo lo que interviene en torno a la castración oral.* Porque, al mismo tiempo que la mamada, cumplimiento de la necesidad, el niño experimentaba una satisfacción erótica, a la vez olfativa y seudocanibalística, por obra de la prensión del pezón entre

sus mandíbulas. El niño, que ya no dispone del pecho y se alimenta con biberón, se ve sometido a la ausencia de aquella erótica olfativa que acompañaba a su canibalismo imaginario, aun cuando la prensión y la succión, en el momento del destete y del paso al biberón, sigan aportándole la satisfacción que ya antes conocía. El cavum y la boca del niño van a servir, claro está que de manera inconsciente, para la comunicación sutil con la madre, a distancia del cuerpo a cuerpo, es decir, con la madre como persona total y no ya como objeto parcial, substancial.

Es electivamente por el olfato como la madre puede, de un objeto parcial mamario, llegar a ser singularizada como objeto total: porque, precisamente, el olfato no forma parte de un lugar preciso para el niño. La sutilidad del olor se expande por el espacio que lo rodea, el niño se impregna de él en la vecindad de su madre. El olor ya no es asignado a tal o cual parte del cuerpo materno y, asociada siempre la zona erógena pituitaria a una inspiración nasal, ese olor dejado por la madre no puede ausentarse del niño más que si éste se halla afectado de anosmia. Es importante comprender que, como la necesidad de respirar no está sometida a temporización, la olfacción va a acompañar a cada inspiración nasal. Así pues, el deseo y la discriminación del placer debido a la presencia de la madre tienen lugar por mediación del olfato, mientras que la necesidad de respirar se satisface con cualquier aire, llegado por la boca como por la nariz, y cualquiera que sea su olor.

El destete puede constituir un acontecimiento euforizante para el bebé y para la madre si, sobre un fondo conocido de comunicación substancial —es decir, ahora la mamada del biberón— y de imagen funcional de succión —deglución de leche y de alimentos líquidos o semilíquidos antes de que sean sólidos, todos de un gusto diferente al de la leche materna—, el niño y la madre conservan juntos lo que sigue siendo específico de su vínculo psíquico, manifestado por su presencia conjugada. Es lazo sensoriopsíquico para el bebé el olor del cuerpo de la madre próxima, su voz, su vista, su mirada, sus ritmos, todo lo que se desprende de ella para él cuando lo tiene en sus brazos y que él puede percibir en el contacto cuerpo a cuerpo; al mismo tiempo, para la madre nada ha cambiado en su bebé, que ya no toma el pecho pero cuya gracia y desarrollo ella admira todos los días.

Inversamente, preciso es decirlo, una madre que no habla a su hijo mientras le da de mamar acariciándolo constantemente, o que, mientras le presta cuidados, por depresión, se muestra totalmente indiferente, no promueve en el niño un destete favorable a la socialización ulterior, a una expresión verbal y una motricidad correctas.

Menos aún una madre que, tras haber destetado a su hijo,

no puede evitar devorarlo constantemente con sus besos y agobiarlo con toqueteos acariciadores. Ella misma ha sido la niña herida de una relación hija-madre perturbada, que intenta curar desesperadamente. Su hijo es para ella el fetiche de aquel pecho materno arcaico del que ella misma fue privada de manera traumática.

La castracion anal

Hay dos acepciones del término castración anal. La primera, que se designa como un segundo destete, es sinónimo de la *separación* entre el niño, ahora capaz de motricidad voluntaria y ágil, y la asistencia auxiliar de su madre para todo lo que constituye el «hacer» necesario para la vida en el grupo familiar: es la adquisición de la autonomía, «yo solo», «yo, tú no». Esta castración asumida por el niño depende, como es obvio, de la tolerancia parental al hecho de que el niño, día tras día, desarrolla su autonomía dentro del espacio de seguridad ofrecido a su libertad a través de lo útil, del juego, del placer. El niño, que se está haciendo sujeto, deja de ser un objeto parcial retenido en la dependencia de la instancia tutelar, sometido a su posesividad y a su total vigilancia (para la alimentación, el vestido, el aseo, el acostarse, la deambulación).

La otra acepción del término castración anal, es —entre estas dos personas que son el niño ahora autónomo en su actuar y el adulto educador— la *prohibición* significada al niño de todo «actuar» dañoso, de «hacer» a otro lo que no le gustaría que otro le hiciera. Es el acceso al decir que valoriza el comercio relacional entre las personas reconocidas como dueñas de sus actos, y como placer tiene que ser recíproco y libre. En lo cual esta segunda acepción del término castración anal está íntimamente articulada con la primera.

Todo niño con madre y padre no castrados analmente de él y que pretenden inculcarle, en lo que le dicen o le hacen, la prohibición de hacer daño (mientras que ellos mismos dañan su humanización al considerarlo como objeto de adiestramiento) significa en palabras lo contrario del ejemplo que dan. Estos padres no dan la castración anal. Adiestran a un animal doméstico. El niño es denegado, en vez de que las pulsiones del deseo del niño sean en parte interceptadas y en parte sostenidas a la entrada en el lenguaje por un comercio de intercambio lúdico, y socializado, con valor de placer entre sujetos.

Por consiguiente, sólo es posible hablar de castración anal si el niño es reconocido como sujeto, aunque su cuerpo sea todavía inmaduro y sus actos jamás sean confundidos con la expresión del sujeto en él, mientras no haya adquirido la total autonomía de su persona en el grupo familiar.

La castración anal, entonces, es la prohibición de dañar su propio cuerpo, así como el mundo inanimado y animado que rodea el triángulo inicial padre-madre-hijo, por acciones motoras, de arrojamiento, peligrosas o incontroladas. Se trata, de hecho y en su raíz, de la prohibición del crimen y del vandalismo, en nombre de la sana armonía del grupo; al mismo tiempo que la iniciación en las libertades del placer motor compartido con otro, en una comunicación de raíz en el lenguaje gestual en la que cada uno se complace en concordarse con los demás. Este control de las pulsiones motrices dañinas, esta iniciación al placer de la comunicación basada en el lenguaje y al control de la motricidad, a la mesura y al dominio de la fuerza, empleada en actividades útiles y agradables, todo esto permite al sujeto advenir al cuidado de sí mismo, su conservación, la deambulación en el espacio, y luego la creatividad industriosa o lúdica (es decir, no sólo utilitaria). Al mismo tiempo, queda abierto el camino a otros placeres, que se descubrirán en estadios ulteriores, uretral y vaginal, que lo conducirán, varón o niña, al estadio genital.

Los seres humanos, cualquiera que sea su edad, son capaces de dar esta castración anal a los más jóvenes, tanto por el ejemplo como por la palabra.

¿*Por qué llamarla anal,* si todo cuanto acabo de decir parece indicar una deprivación de placeres agresivos motores que serían perjudiciales para el propio niño o para los demás, y una iniciación al placer de una motricidad controlada, así como al comercio con el otro? Porque aquí se sitúa, en el niño todavía inmaduro motor, la primera motricidad de la que tiene pruebas que es agradable para él mismo y de que en general da satisfacción a su madre, puesto que ella viene a cambiarlo y se lleva lo que él ha producido. Después de la succión-deglución, la motricidad expulsiva uretral y anal provoca siempre una modificación perceptible por el olfato y a menudo una variación de sensaciones en relación con el vínculo con la madre. A través de sus excrementos, el niño rechaza a la madre imaginaria incorporada con la forma de un objeto parcial oral que, después de la deglución que lo ha hecho desaparecer, y después de su recorrido por el tubo digestivo, se anuncia para exteriorizarse en el trasero. El ha comido de mamá por un placer ligado al canibalismo imaginario y expulsa ahora lo que, de mamá, por placer, se des-corporiza de él en excreciones sólidas y líquidas. *Lo que él toma y expulsa, lo que él recibe y da es una mamá imaginaria, mientras que la madre real le ha dado el objeto alimentario parcial y le sustrae el objeto digestivo excremencial.* Objeto del que, para el niño, ella parece apetecer puesto que él no tiene todavía más lógica ni ética que una lógica de incorporación de las cosas buenas: los excrementos

del niño son valorizados en cuanto objetos supuestamente de alimento y placer para la madre. Cuando el sistema motor progresa y la castración oral ha sido simbolígena, los cuidados maternos al trasero del niño van acompañados por palabras, juegos, por toda una relación afectiva durante la cual día a día va progresando el esquema corporal. Pero *el esquema corporal se desarrolla entrecruzado con la imagen del cuerpo*: ligada al don erógeno excremencial y al placer funcional de la fuerza muscular motriz, placer que expresan las jubilosas palpitaciones de sus miembros, su cuerpo, su boca, sus sonrisas, sus borborigmos, sus sueños, sus juegos sonoros, y los gritos, significando a la madre su aflicción o su alegría.

Al practicar estos juegos motores, al andar a gatas, el niño descubre, en sus desplazamientos y en los que él imprime a cuanto objeto circundante pueda moverse que su motricidad pasa a ser para la madre un problema que ella intenta resolver menguando su libertad o, por el contrario, suscitando posibilidades de desplazamiento explorador cada vez más amplias, que son posibilidades de comercio con el niño, fuente de palabras, de placer, fuente de aflicción y de alegría, de restricciones y de autorizaciones concertadas y significadas mediante el lenguaje. *La castración anal se entrega así progresivamente. Ella orienta al niño a dominar él mismo su motricidad, pero no solamente la excremencial.* Es decir que el niño se vuelve continente cuando logra el dominio motor de sí mismo, para su buen entendimiento con el código del lenguaje motor de los seres animados del mundo exterior. *La castración anal es posible, de una manera simbolígena que hace industrioso al niño, sólo cuando hay identificación motriz con el objeto total que representa cada uno de los padres y de los hermanos mayores en su motricidad intencional observable por el niño.*

Cuando la simbolización de la motricidad en actos útiles y lúdicos no puede cumplirse por falta de iniciación, de control, de palabras y de alegría lúdica con el entorno, el niño no puede sublimar el placer anorrectal, el único que se le deja para él mismo; y vuelve a él por falta de desplazamiento de las pulsiones anales, pasivas y activas, sobre otros objetos parciales, situados más allá de su cuerpo, en un ejercicio de la motricidad dirigido a una mayor comunicación con las personas sobre las cuales transferir su relación con su madre. *El niño retorna, por falta de castración anal simbolígena, a la comunicación liminar inicial que tenía con la madre interior*: es decir, jugar a retener, por estreñimiento, o a exteriorizar las heces, eventualmente en forma de diarrea, en cualquier caso de manera incontinente, no controlada. Y después se aburre, a veces se excita con cualquier cosa, y se aburre otra vez. La madre sigue siendo imaginariamente interior, en vez de estar repre-

sentada inconscientemente por todos los objetos exteriores que ella ha nombrado y que ella debe permitir manipular.

Así pues, el estreñimiento puede ser un signo de inhibición de la relación motriz con el mundo exterior: porque el niño no ha sido iniciado por la madre en esta relación porque se encuentra en mala armonía con ella en lo que atañe a la función excremencial. Pero también puede ponerse diarreico cuando los efectos de una excitación motriz no pueden expresarse de otra manera, y son reprimidos en lo concerniente a las acciones de su cuerpo esqueletomuscular sobre los objetos del mundo exterior. Las pulsiones anales se ejercen entonces sobre la imagen del cuerpo primera, es decir sobre el peristaltismo del tubo digestivo, que se vuelve hiperactivo y cuyo hiperfuncionamiento produce la diarrea. La diarrea inicial es una diarrea no infecciosa; pero hallándose el tubo digestivo sometido a una sobreactividad, el canal del tubo digestivo, que ya no manipula un contenido digestivo expulsado demasiado pronto, se excita sobre sí mismo y provoca una infección por efecto de un peristaltismo en vacío, que acarrea el descalabro mucoso. Tal fue el descubrimiento de la señora Aubry, en las investigaciones que realizó en «Parent de Rosan» con niños de esta guardería de adopción. Cuando las enfermeras discutían sobre la cuna de estos niños abandonados, sin padres, cuya imagen del cuerpo estaba ya reducida a la mera bola toráxico-abdominal y al tubo digestivo, yendo de un polo erógeno al otro, y sin que hubiese lenguaje dirigido a sus personas, ellos intentaban ponerse al unísono de este lenguaje violento entablado entre desconocidos que los angustiaban, y su reacción era un hiperperistaltismo reactivo que daba lugar a la diarrea. Diarrea que la señora Aubry descubrió ser absolutamente amicrobiana y que cesaba si, una tras otra, se daban al niño dos o tres comidas, para llenar el canal de su tubo digestivo: él tenía entonces con qué ocupar su excitación peristáltica y esto ya no dejaba secuelas patógenas.

La diarrea no es sino una manera de rechazar un peligro materno imaginariamente incorporado. Significa quizá, desde el punto de vista del niño, que, si él expulsa mucho, la madre oral va a volver a dárselo por arriba, a aportar objetos parciales en la entrada del tubo digestivo: puesto que él expulsa por abajo a la madre «mala» (esto a causa de los decires concernientes al olfato: «Huele mal»), le cabe esperar que por arriba llegará la madre buena, la leche, la papilla: «Huele bien». Así sucedió, por otra parte, en la experiencia conducida por la señora Aubry. A estos niños diarreicos que antes eran puestos a dieta, ella les hacía dar rápidamente una o dos comidas. Claro está que no hay que hacerlo si la diarrea ya es infecciosa y el tubo digestivo está afectado por frotamientos intrínsecos debidos a un peristaltismo exacerbado. Pero todo ello

prueba al menos que, cuando la diarrea se instala en un niño colocado en un ambiente de gran tensión nerviosa, es que no tiene más medios que los digestivos para manifestarse. Si pudiera gritar, ya sería otro recurso: el grito es la expresión de una tensión, de una sobretensión en busca de comunicación con el otro. Si ni siquiera el grito es oído por alguien, y no mueve a alguien a acudir para tranquilizarlo, entrando en lenguaje con el niño, entonces éste dirige la tensión sobre la madre arcaica imaginaria del tubo digestivo: porque en su propio interior sufre de aquello que, en su tubo digestivo, está asociado a esa madre exterior que lo hace sufrir a través de una tensión nerviosa ansiógena.

Para comprender mejor esta dinámica se puede comparar el tubo digestivo del niño con esos gusanos que se ven a orillas del mar y que, en su avance, tragan la arena y la dejan detrás de sí, como si se alimentaran del medio que atraviesan. Por lo que respecta al niño, es su madre quien pasa por su interior, de la boca al ano: su madre, imaginaria, en forma de objeto parcial que él ingiere. Y es la madre exterior real —la que lo acoge y anida, la que le procura tranquilidad— quien, en un fantasma alternado, da a la boca y toma del ano. Cuando el niño expulsa violentamente el contenido de su tubo digestivo, es como si dijera a su madre: «Llénname por arriba». Es decir que reclama una comunicación. Quisiera palabras, pero antes que no tener nada, prefiere el alimento, y esto es lo que está expresando. Lo que demanda es la presencia de la madre simbólica. Y si la madre no comprende que es ella, su presencia, su tranquila ternura lo que él necesita, si sólo le da material digestivo, si sólo le da de beber, de comer, y esto no es lenguaje, un niño así, visto siempre por ella como un tubo digestivo para el cual ella busca lo que le falta y que expulsa la caca de la que ella se apodera sin aportación de palabras, el niño queda inevitablemente inhibido en cuanto a su iniciación en el lenguaje para el futuro. Y esto tiene lugar muy pronto. Cuando el niño comienza a hablar, hace ya nueve meses que es potencialmente hablante, porque él «traga fonemas». Los tragaba por los oídos y debe echarlos por la laringe, es la misma cosa analógicamente para lo sutil como para lo substancial, es una metáfora de lo que acontece en el tubo digestivo.

Decía, pues, que la castración motriz, portadora de la ley de la prohibición del crimen, del daño vandálico tanto a sí mismo como al prójimo y a los objetos investidos por el prójimo como su posesión, es una parte de la castración anal. Y digo que todos los seres humanos, cualquiera que sea su edad, son capaces de dar esta castración anal a seres más jóvenes, siempre que, más desarrollados que el sujeto a castrar, sean modelos para su devenir, por el anhelo que tiene el más pequeño

de imitarlos para valorizarse narcisísticamente, alcanzando una imagen más desarrollada y más armoniosa, más adaptada al grupo que la que ahora posee. Este anhelo se orienta a su desarrollo en sociedad, hacia el *pattern* adulto, de varón o de niña; porque el niño tiene, gracias al lenguaje, el conocimiento de su sexo, pero también lo tiene intuitivamente, por su deseo de imitar a los que siente, sin que sepamos muy bien cómo, como sus semejantes sexuados.

El caso de Francisco

Recibir la castración de un hermano mayor de diferente sexo, sin que se refiera nunca esta castración a comportamientos de su propio sexo, puede desviar el devenir del niño.

«El primer paso para devenir como mi padre, era ser mi hermana», decía un niño que se había sentido obligado a llegar hasta una tentativa de suicidio. Era un varón de trece años, inteligente, que necesitó dos días para salir del estado de coma. Había intentado suicidarse con un cuchillo de cocina abriéndose el vientre. El servicio de cirugía quedó trastornado al oírle decir, cuando volvió en sí: «¡Por qué reanimarme, si volveré a hacerlo!». Cundió la desazón, se pensó en el psicoanalista de la consulta y me llamaron. Lo único que yo sabía era que tenía dos hermanas, una algo mayor que él y la otra más pequeña, que él era el único varón. Y fue lo primero que le dije. Estaba con los ojos cerrados; esperé a que los abriera. El sintió mi presencia. Abrió los ojos, me miró, le dije mi nombre y que era psicoanalista, que la gente del servicio me había llamado «porque les llevó dos días reanimarlo y porque sus primeras palabras fueron: "Por qué reanimarme, si volveré a hacerlo". Así que, póngase en el lugar de los médicos y cirujanos que han sacado del aprieto a un niño moribundo y él les dice: "Quiero morir". Ellos no lo entienden, y por eso me llamaron, a mí que soy psicoanalista, para ver con usted si realmente desea morir, o si desea vivir pero no sabe cómo hacerlo. Así que, si está dispuesto a hablar conmigo, hará...» (él había vuelto a cerrar los ojos) «... hará una seña con los párpados, ya que no puede hablar» (tenía tubos por todas partes) «y si no quiere nada conmigo, bueno, lo entenderé perfectamente, no me haga ninguna seña y me marcharé. Tiene el derecho de tener ganas de morir, pero creo que sería interesante que comprendiera que a lo mejor hay tal vez para usted una posibilidad de vivir, si comprende las razones por las que cree que ya no tiene el derecho a vivir».

Entonces hizo él una seña, que repitió dos veces: abrir y cerrar los párpados. Yo le dije: «Me llamo señora Dolto, usted se llama Fulano, y vengo al hospital el martes. Podremos hablar, pero ¿puede decirme, ya que puede hablar un poco, por qué tendrá que hacerlo de nuevo? —Nunca he sido como los demás.

—Ah, claro, no me sorprende, porque los demás son chicas, ¡y usted es un varón!». El abrió los ojos de par en par, como si mi respuesta lo hubiese dejado atónito. Yo dije: «¡Hasta el martes que viene!».

Fue un tratamiento extraordinario, un tratamiento relámpago, de cinco sesiones a razón de una por semana. A este chico le era imposible alcanzar la madurez: era un niño que reivindicaba el identificarse a un hombre pero que permanecía todo el tiempo fusionado con su hermana, que le llevaba catorce meses. Y había llegado a esta tentativa de suicidio poco después de alcanzar su hermana la nubilidad. En seis meses se había transformado, de niña se había convertido en una jovencita, con su reglas, mutada en comparación con él. Y además todos los varones se interesaban en ella, la llamaban por teléfono; y él, su hermano, siempre contestaba: «No está». Cuando quien llamaba era un varón y atendía él, parecía que ella nunca estaba.

Estos dos niños jamás hablaban uno del otro si no era diciendo «nosotros». «Nosotros dos-Cristina —decía él— queremos esto... pensamos aquello...» Y ella decía: «Nosotros dos-Francisco...». Jamás «Yo», ni el uno ni el otro; eran siempre «el uno y el otro». El niño era anoréxico desde los siete años, pero nadie de la familia se había preocupado por esto. Era longilíneo, muy delgado, deportivo, activo, muy adelantado en la escuela, y los padres decían: «Sí, nunca come grasas ni pan, nunca come azúcar, en fin, se alimenta así desde los siete años»: edad en que había nacido su hermana pequeña. Y de esto me dio él la clave, me dijo que así era desde que su madre esperaba el «fantasma»... Yo le pregunté: «¿Qué es eso del fantasma? —Bueno, usted sabe, los bebés, cuando nacen, se ponen de pie en la cuna y sacuden los velos. Así que yo la llamé "el fantasma". —¿Quién es, el fantasma? —Bueno, fue una niña. —Entonces, ¿es su hermana? —Bueno, no, usted sabe, si hubiese sido un varón yo habría podido ser hermano, pero como era una niña... —Entonces, si era una niña, ¿usted qué era? —Bueno, es mi hermana (pretendía referirse a Cristina) la que era hermana». En su absurda ocurrencia él habría sido hermano si el recién nacido hubiera sido un varón, pero ahora no era nada, era Cristina, que como una falsa gemela, era «mi hermana»... y la pequeña era el fantasma. De hecho, era él quien devenía un fantasma.

Me dijo también que cuando su madre esperaba al «fantasma», el médico de la familia le había explicado: «Debería usted aprovechar para que su marido haga régimen, porque está gordo y eso le puede afectar el corazón». Tanto es así que mientras ella estuvo encinta, su marido, el padre de Francisco, siguió un régimen para adelgazar. Y Francisco añadió: «Usted

sabe, lo gordo de las mujeres da bebés, pero lo gordo de los hombres, eso les aplasta el corazón».

Fue increíble, todo lo que me dijo en unas pocas sesiones mientras engordaba... ¡doce kilos! En la última sesión me dijo: «¿Qué trabajo es el suyo...? ¿Qué hay que estudiar para hacer ese trabajo? ¡Yo quisiera hacer el trabajo que hace usted! —Hay que ser, o primero médico o primero psicólogo, y después psicoanalizarse y aprender ese oficio».

A lo que contestó: «Ah, sí, el psicoanálisis, ya sé, un asunto del complejo de Edipo. Sí, me lo contó papá». (Era en la última sesión, la de despedida. Quiso que su padre estuviese presente.) «¡Oh, fue la historia de un tipo, que lo jorobaba otro que estaba todo el tiempo haciendo *laïus* * (¡sic!) y él lo liquidó!» Yo dije: «Sí, es más o menos eso pero hay otra cosa. —Claro, lo sabes bien —dijo entonces el padre—, ya te dije que fue porque el padre estaba enamorado de la misma mujer que el hijo *(¡también sic!)*».

En cualquier caso, volviendo a la dificultad de sus identificaciones, si nunca más había vuelto a comer grasas era porque quería hacerse hombre y no tener esa gordura que da bebés. De ahí la anorexia, que lo llevaba hasta el desmayo. Pocas semanas antes de intentar suicidarse, en su clase le habían elegido jefe. Al respecto me explicó: «Cuando los muchachos me eligieron yo me dije: pero si no soy una niña, ¿por qué los chicos me buscan a mí?».

Cuando me habló de su pérdida total de apetito, que lo llevaba a desvanecerse, le dije: «¿Cómo fue que empezó? ¿Por la imposibilidad de comer o por la imposibilidad de hacer caca? —Eso, es la imposibilidad de hacer caca. Usted sabe, yo estaba lleno de esos panecillos en forma de supositorios». (Se trataba de unos bocadillos que él había denominado «en forma de supositorios» y que comía en el instituto a manera de almuerzo.) «Me llenaba todo, y no podían salir porque tenía demasiados. Así que no podía comer.»

Es, sin embargo, extraordinaria esta pubertad en cierne provocando una eclosión de todos los fantasmas infantiles. Todos los orificios se confundían con una imagen del tubo digestivo que era como una «cosa» en la que se amontonaba todo lo que ingería. El niño tenía la idea de obstáculo por acumulación. Además dijo: «Usted sabe, es como cuando las tuberías están tapadas; hay que destaparlas». Y por eso él había destapado su estómago abriéndose el abdomen con un cuchillo de cocina. Tenía que matar al fantasma para hacerse real. En su caso, la castración anal había sido dada por la hermana. Vale decir que fue con la hermana con quien se identificó en el

* Este equívoco de la expresión del niño es intraducible. Viene de que *laïus* es término familiar equivalente a «perorata», «discurso», pero a la vez Laïus es Layo, el nombre del padre de Edipo. [T.]

momento de poder adquirir el dominio motor de sí mismo y del mundo que lo circundaba, en una especie de falso gemelo en que se creía semejante a ella. El conocía bien la diferencia sexual, pero no tenía diferencia de comportamiento hasta el día en que el deseo de los muchachos se dirigió a su hermana. Así que estaba perdido, pues su Yo auxiliar lo abandonaba. Hasta entonces no había dispuesto de una real autonomía, a despecho de un desarrollo intelectual muy elevado y de un éxito escolar poco común. La castración anal había sido dada pero la identificación masculinizante era imposible, y el Edipo había tenido lugar sobre una imagen del cuerpo borrosa, que no era la de un varón; se trataba de un deseante-de-ser-varón cuya imagen del cuerpo era asexuada o femenina, asexuada subjetivamente por haber advertido él que no era femenino, pero que quedó secundariamente amenazado (a sus ojos) de feminización, cuando la votación de sus compañeros lo eligió jefe de clase: él les gustaba, como su hermana a los muchachos.

Aquí se observa cómo *la castración anal debe ser dada por aquellos que sostienen, en aquel a quien la dan, lo que nosotros llamamos identificación con su sexo,* el Yo ideal del niño —es decir, el modelo envidiado, aquel al que quiere identificarse—, y que con gestos y palabras le prohíbe comportamientos motores indeseables *según las leyes del grupo: comportamientos que el deseo le sugiere, pero que serían dañinos, bien sea para sí mismo, bien para otro.* Deriva de ello que, si a escondidas o a espaldas del adulto, el niño, curioso por experimentar su deseo, desobedece las prohibiciones verbales que se le habían impuesto y con ello no sólo no experimenta ningún daño sino que obtiene placer sin perjuicio para otro ni para sí mismo, ha descubierto solo el medio de satisfacer su deseo y, con esto mismo, ha experimentado un poder del que el adulto no lo consideraba capaz todavía. Es el momento más importante en la relación educadora del adulto hacia el niño entre los dos y los cuatro años. Cuando la instancia tutelar descubre esta transgresión motriz, debería felicitar por ella al niño que ha desobedecido, en vez de culpabilizarlo por haber desobedecido un decir; puesto que este decir tenía por único propósito el protegerlo de un peligro real, y de ningún modo hacerlo dependiente de una palabra prohibidora de la motricidad. Esta palabra ha quedado caduca por el hecho de que el niño ya no necesita de la prohibición para hallarse seguro, poniendo en riesgo su deseo. *Aquí reside toda la dificultad de la educación del niño de dos a cuatro años, a quien se quiere inculcar, porque es más cómodo, que él o ella no deben desobedecer las órdenes prudenciales de la instancia tutelar*: cuando las transgrede y no le sucede ningún dolo, se debe decir: «Bravo. Yo te lo había prohibido porque no te creía lo bastante crecido como para hacerlo sin peligro, pero dado que lo estás, pues bien, te

felicito, desde ahora tienes permiso; pero no hagas tal otra cosa, de la que no serías capaz, hasta el día en que te sientas capaz de hacerla, pues podría significarte tal o cual problema. Cuida también de que tal niño más pequeño que tú no lo haga hasta que sea capaz de ello».

En cambio, si con ocasión de esta tentativa de transgresión o de una transgresión consumada el niño ha experimentado su impotencia por un dolo sufrido por él, o por un perjuicio no deseado como tal en su proyecto de actuar, la castración anal ha de serle dada nuevamente mediante palabras, al mismo tiempo que se ha de aportar un socorro a su narcisismo, por haber fracasado en este deseo de transgresión, deseo promocionante de identificación con el adulto. Por lo general, observamos que la educación se imparte de una manera muy diferente. El niño ha sufrido por el fracaso de su tentativa de transgresión, y el adulto, angustiado porque el niño ha corrido riesgo de accidente o ha provocado un incidente, lo agrede a su vez, y de una manera a menudo sádica lo celebra verbalmente: «Te lo merecías, has desobedecido y ahí tienes el castigo».[6]

Esta manera de dar la castración anal es rotundamente nefasta, inhumana. Al niño le parece que el propio adulto, con palabras mágicas en las que se expresa su deseo, es el agente de su desventura. Es el adulto quien quiere, en su idea de omnipotencia, imponerle una impotencia motriz, que amenaza derivar ahora del deseo del propio niño, por identificación con el adulto, cuando ansíe alcanzar un éxito en la realidad. Es ciertamente necesario que el adulto verbalice el peligro real, la impotencia en la que se hallaba el niño frente a la acción que quería realizar. Pero el adulto debe explicar que la misma impotencia sería patrimonio igualmente de los adultos, si en su propia escala intentaran acciones como las que el niño probó cumplir y fracasó. En el primer caso, el adulto procura al niño la esperanza de identificarse algún día con él, desarrollándose y observando las modalidades de sus actos; en el segundo, da al niño la prueba de que su impotencia no es mayor que la de sus padres, si se vieran enfrentados, dentro de sus propias condiciones, con los elementos en juego en esta peligrosa actividad. La castración anal coloca al niño en un estado de seguridad, sin dejar de apuntalar su libertad de desear y su esperanza de salir exitoso.

El niño, por experiencia, descubre que las prohibiciones son aseguradoras desde el momento en que, si las transgrede, acarrean para él un sufrimiento real. Esta experiencia le depara confianza en sus padres y en aquellas de sus verbalizaciones que limitan su completa libertad. No obstante, preciso es saber que cualquier contrariedad es para el niño una herida nar-

6. Y llega incluso a decir: «Dios te ha castigado».

cisística, al mismo tiempo que el sufrimiento que puede experimentar ante una contrariedad provocada por un deseo obrado por él voluntariamente, pertenece al orden de la castración. Ello explica la importancia de no prohibir nunca más que de manera temporal todo aquello que puede ser perjudicial para el niño como tal, pero que un niño más grande o un adulto podrá hacer y lograr, según el modo de la ética anal, sin peligro, cuando disponga de su tecnología. Es necesario afirmar siempre al niño que con el tiempo, y con paciencia, observación, una destreza más afinada y la identificación al comportamiento de los adultos en los que puede confiar, su perseverancia y sus esfuerzos serán recompensados: podrá acceder un día a la misma potencia que observa en sus padres, y quizás incluso a una potencia mayor que la de éstos. De todo ello se desprende que los adultos, padres o no, capaces de dar a un niño la castración anal con el máximo de eficacia simbolígena tanto para su poder lúdico, industrioso, artístico y utilitario como para su sentido social y su respeto al prójimo, son aquellos que no proyectan a cada paso una angustia sobre las acciones de los pequeños que tienen bajo su responsabilidad. Son aquellos que están listos para responder a las preguntas que el niño formule, sin ir más allá de lo que él pregunta; y que son aptos para ayudarlo juiciosamente cuando se pone nervioso y se desanima al no alcanzar determinado rendimiento por él ansiado, por no poder utilizar el recurso técnico apropiado.

Son también aquellos que saben decir no al deseo de un niño cuando éste contraría la ley de no-perjuicio, por ejemplo con tomas de posesión —birlar, sustraer, robar los objetos personales de otro en ausencia del propietario—, o bien con actos realmente peligrosos para su edad. Cuando digo que el niño debe aprender a respetar el bien de otro en su ausencia, esto no es posible más que si el niño posee, a su vez, objetos que son un bien propio, y si el adulto no se arroga el derecho de atentar, en su ausencia, contra este bien. Hay, por ejemplo, madres o padres que tiran frecuentemente ciertos juguetes de su hijo con el pretexto de que están rotos. Otros confiscan los juguetes u obligan al niño a confiarles el dinero que les han regalado. No se dan cuenta de que, haciendo esto, socavan la posibilidad de respeto al bien de otro por parte del niño. Al principio, forma parte del juego del niño el despedazamiento de sus juguetes, y nunca una posesión perteneciente a un chiquito debería ser tirada sin que lo decida él mismo. De igual modo, ninguna pertenencia debe serle confiscada al niño por castigo. Si se le retira un objeto, sólo ha de ser porque éste tiene un alto valor real y para ayudar al propio niño, quien corre el riesgo de estropearlo y de echarlo en falta poco después si el precio del objeto, o su seguridad, excluyen un posi-

ble reemplazo. Pero nunca: «Te confisco el muñeco porque has roto el jarrón».

El niño a quien se le ha respetado todo lo que ha metido en su cajón de juguetes, y que —por razones personales— le resulta precioso, respetará naturalmente los objetos personales de otro. Se observa que *la castración anal sólo puede ser dada si los padres son realmente respetuosos del niño y de sus bienes, si lo educan prestando confianza a la inteligencia y a la vida en devenir de este hombrecito o esta mujercita, si dejan amplio margen a su iniciativa,* si reducen día a día el número de prohibiciones que le han sido impuestas, en la medida de su desarrollo y de las experiencias adquiridas: algunas veces, al precio de transgresiones de las órdenes parentales, riesgosas, pero que se convierten en éxitos cuando el niño sale de ellas sin incidente.

Cuando se producen estas transgresiones exitosas, estas desobediencias que acaban siéndole provechosas, el niño se pone particularmente al acecho de lo que le dirán. ¿Le reñirán por haber desobedecido, o se enorgullecerán con su éxito? Si el adulto reconoce haber subestimado las aptitudes alcanzadas por el niño al prohibir todavía aquello que éste ya era capaz de hacer, el pequeño depositará aún más confianza en esa persona mayor que lo vigilaba por su seguridad y no para mantenerlo bajo su dependencia. Cuando se le imponga otra prohibición, pero ahora mencionando transgresiones anteriores exitosas con la aclaración de que, en este caso, la aventura sería demasiado arriesgada y hasta catastrófica, para él o para otro, el niño escuchará y no desobedecerá.

Muchas modalidades educativas, en la etapa de la castración anal —o sea entre los dieciocho meses y los cuatro o cinco años, época en la que están en juego la motricidad, el valor de sociabilidad en el juego con los demás niños, el valor de dominio corporal, fuente de placer y salud—, *son origen de trastornos del carácter en la familia y la sociedad.* Estos trastornos se deben ya sea a la inhibición, ya sea a la inexistencia de respeto por toda regla de conducta. La no socialización del niño proviene de que los educadores no han respetado día a día sus deseos de iniciativas motrices, aun cuando no comportaran ningún peligro real, simplemente porque éstas eran un poco ruidosas, alteraban un tanto la ordenación del espacio y provocaban en los padres angustias fantasmáticas en nombre de las cuales distribuían éstos imaginaciones proféticas de desdicha, amenazas de castigos o de golpes, y palizas: y ello al menor intento de transgresión de prohibiciones absurdas y sádicas, vulneradoras de una sana promoción motriz que en realidad hacía honor al buen sentido del niño.

Por ejemplo: la prohibición de ensuciarse, de hacer desorden, de hacer ruido al jugar, de subirse a los muebles (basta

con fijarlos a la pared), a las ramas sólidas de los árboles, de tocar todo lo que el propio adulto toca, observando bien cómo se las arregla para, a su vez, adquirir destreza. El niño quiere imitar a los adultos, ése es su deber, me atrevo a decir; en este esfuerzo debe contar con el sostén de una atenta solicitud. Las manos de un niño de veintidós a veinticuatro meses, y su cuerpo todo, pueden ser tan hábiles frente al mundo exterior como las manos y el cuerpo de ciertos adultos, aun cuando todavía no sea capaz de controlar sus esfínteres con vistas a una continencia absoluta. A los cuatro o cinco años, educado sobre la base de la confianza, el niño puede ser sumamente hábil, si se le enseña la tecnología y si tiene la alegría de ayudar a su vez al adulto cada vez que éste lo autoriza. El trabajo así compartido, la actividad motriz de finalidad utilitaria, los juegos con los padres, actividades todas en que cada cual obtiene placer intercambiando palabras referidas a lo que se hace y a lo que el niño sabe hacer, todo esto decuplica el placer de la acción en el niño y lo prepara para una progresiva y total autonomía por introyección continua de un saber-hacer conjugado con la palabra, y también con el cariño entre él y el adulto, entre él y los otros niños, cariño que la actividad compartida le permite experimentar.

Indiqué anteriormente que *la castración anal debía su denominación al hecho de que se originaba en el funcionamiento esfinteriano voluntario y en su control,* incluso si su alcance humanizante llega mucho más allá de la sola adquisición que llaman del aseo, y que concierne a la conducta autónoma del niño respecto de sus necesidades, del cuidado de su cuerpo, de la continencia inconsciente durante el sueño profundo. Diré inclusive que *esta adquisición, cuando es excesivamente precoz, lejos de ser educativa, es mutiladora. Por lo cual no opera como castración simbolígena,* la única que hace posibles para el niño los placeres de la sublimación de las pulsiones anales. Como todos los demás mamíferos, el niño es capaz, llegado el momento, de alcanzar una continencia esfinteriana espontánea, haya sido solicitado o no por el adulto tutelar. La continencia esfinteriana es «natural» tan pronto como el desarrollo neurofisiológico lo permite. Si los adultos enfobizan demasiado pronto y/o demasiado intensamente la exigencia de «ser limpio», ello equivale a asignar a las necesidades una valorización que no debería estar referida más que al deseo de comunicación y de intercambios socializantes.

Es así como la conducta de aquellos adultos que evidencian un deseo de controlar las necesidades de los niños acaba pervirtiendo a muchos de ellos, conduciéndolos a utilizar la retención para complacer o disgustar al adulto exigente. Esta actitud valorizante de la caca por la atención que se le dirige suscita

la manipulación de los excrementos cuando son emitidos, actuando entonces el niño a imagen del adulto que obtiene placer en llevárselos... para jugar con ellos, piensa él. Un niño al que nunca se han pedido o exigido excrementos no juega con ellos, y prefiere jugar con otros objetos; salvo que nunca tenga a su disposición ni juguetes ni objetos. El niño toma esto, sus excrementos, porque son el primer objeto parcial (mamaizado) que puede encontrar dentro de su espacio; pero si tiene juguetes, objetos que se interesa en manipular, en meterse en la boca, etcétera no se ocupará de su caca. El niño no pone interés en ésta salvo que sea inducido por una actitud valorizante cotidiana de su madre hacia el contenido de sus deposiciones o del orinal. Una castración anal sanamente dada, es decir no centrada en el pipí y la caca sino en la valorización de la motricidad manual y corporal, permitirá al niño sustituir los placeres excrementiales (limitados) por la alegría de hacer, de manipular los objetos de su mundo, tanto para obtener placer como para promocionarse por la identificación a los hermanos mayores y a los padres. Las manos son, en efecto, lugar de desplazamiento de la zona erógena oral tras el destete. Actúan como boca prensiva sobre los objetos: como los dientes, como la pinza de las mandíbulas, los dedos se hunden en los objetos blandos a su alcance, arañándolos, despedazándolos, palpándolos, apreciando sus formas. Un bebé gusta de jugar a desgarrar con sus manos, con alegría lúdica. Es la utilización de la «boca de las manos». Los bebés experimentan a veces una alegría desbordante cuando consiguen ese dominio sobre los objetos, sobre los elementos, el agua, la tierra; alegría humana de una primera demolición que para ellos es una obra, puesto que es la transferencia, sobre objetos parciales placenteros para las manos, de los objetos parciales alimentarios placenteros para la boca. El deseo de una investigación táctil de los objetos nunca se mitiga. El lenguaje del padre y de la madre concerniente a este «tócalotodo» explorador, aporta una seguridad asistida a las primeras manifestaciones de una observación y de una creación que son preindustriosas, aun cuando, al comienzo, esta investigación sea aparentemente descreativa, y luego depredadora. Sólo más adelante, tras un cierto tiempo de ejercicio aparentemente destructor, la actividad manual se vuelve constructiva y aglomeradora, como, por ejemplo, en el apilamiento de cubos. Entonces, a través de estos juegos de desplazamiento del deseo oral, y después anal, el niño se hace diestro e inteligente, observa las leyes físicas según referencias sensoriales adquiridas por la experiencia, y en particular las leyes de la pesadez, que él aprende a negociar.

Estas adquisiciones motrices y creadoras se verán contrariadas si al «problema» del pipí-caca, y a la continencia precoz del niño, se le asigna un valor estúpido. El niño siempre es

capaz de ella por sí mismo; la educación consiste únicamente, una vez adquirida dicha continencia, en depositar sus excrementos en el lugar destinado a ellos para todo el mundo, niños y adultos, el baño, y entonces se las compondrá con ellos solo, y lleno de orgullo, tan pronto como sea neurológicamente posible. En efecto, el niño cree que los adultos que van al retrete y se aíslan en él son poseedores de una llave simbólica extremadamente valorizada —más aún cuando el niño no los acompaña. Hacer pipí y caca en el sitio reservado a los adultos y de una manera que traduzca la continencia, característica de los mayores, da derecho a alcanzar un nivel ético que brinda, con la autonomía completa para las necesidades corporales, el sello de la dignidad humana en sociedad.

Sólo de los niños a quienes se exigió demasiado pronto la continencia salen los que manifiestan retraso en relación con el esquema corporal en la imagen del cuerpo. Porque para ellos la única manera de seguir siendo sujetos es oponerse a las órdenes apremiantes de la madre, y privarla de este placer que ella encuentra —y que el niño siente incestuoso oral y anal— en ocuparse del pipí-caca y de las heces, esa región a la vez vergonzosa y sagrada donde necesidades y deseos son origen de valores éticos contradictorios.[7] El niño del estadio anal se vuelve civilizado para hacer sus necesidades, y continente durante el sueño, entre los veintiuno y veintisiete meses a más tardar, siempre que no haya existido ningún adiestramiento educativo y que la educación con vistas a una promoción humana en todos los otros comportamientos —dominio motriz, dominio sensorial con su expresión en intercambios de lenguaje, conocimiento ampliado del vocabulario, aceptación de las costumbres y reglas de sociedad, frecuentación de otros niños— haya sido el móvil de las instancias tutelares.

La continencia natural es siempre espontánea en un niño criado sobre la base de confianza, del respeto a su dignidad de hombre, en medio de niños mayores y de adultos con los que tiene derecho a identificarse apenas se configura la respectiva posibilidad neurológica, sin que se le reprenda: «¡Ah, no, tú no, eres demasiado pequeño!». No se presenta naturalmente en los niños que, con el pretexto de que son pequeños, no pueden satisfacer su deseo de actuar a medida que lo experimentan de la manera en que ven hacerlo a los otros.

Un niño que se ha hecho continente en forma espontánea jamás incomoda a los adultos, a menos que éstos sean intolerantes ante sus preguntas, sus demandas, sus pruebas, sus iniciativas de acción. Sus demandas que, a veces, cansan a los

7. Hay madres exhibicionistas y mironas que hablan en público del trasero de su hijo y lo desnudan para cambiarlo esté donde esté y delante de cualquiera.

padres, son siempre inteligentes; y los adultos, cuando le ven impotente para realizar un deseo, más bien deberían alentarlo a reiniciar más tarde la misma experiencia, antes que soltarle: «¡Ya ves, te lo había dicho!». La mayoría de los niños son obligados a quedarse mucho tiempo en lugares públicos o en la mesa, por ejemplo, y porque a los padres les apetece, en una inmovilidad que les resulta nociva. Y, en su propia casa, no se ayuda a estos mismos niños a adquirir habilidad, cosa que todo niño desea. Frecuentemente, su torpeza se debe a la vez a su inexperiencia, a su falta de concentración, a su insuficiente observación, y sobre todo a la falta de palabras explicativas procedentes de estos adultos cuyas actividades él gusta observar. El niño tiene necesidad de comprensión tecnológica, y por tanto de una ayuda verbal de los padres, quienes deben explicarle que, si ellos se hubiesen puesto a la tarea de la misma manera en que se puso él, se habrían llevado el mismo disgusto que él. Pero, una vez más, no es posible arribar a esto, a este placer del «hacer» tecnológico con materiales u objetos, si no es mediante la sublimación del placer excremencial, placer de producir por sí mismo los objetos parciales substanciales pipí y caca, del cual cualquier otro «hacer» es un desplazamiento en su interés afectivo, ideatorio y de lenguaje en el verdadero sentido del término.

Es verdad que, desde su nacimiento, sus excrementos son necesariamente objetos de interés para los padres: ya que su emisión regular y su aspecto satisfactorio permiten al médico y a la madre juzgar, con el funcionamiento digestivo, la buena salud del bebé. Además, el niño ha confundido estos objetos de interés excremencial, al mismo tiempo con referencias táctiles a su lazo connatural con su madre, y con referencias olfativas que él experimenta incluso cuando ella está ausente, si ha defecado en los pañales. Ella es quien, tomándoselos durante la limpieza, suprimiendo por tanto una sensación táctil en el trasero, al mismo tiempo que él percibe un olor característico, añade apreciaciones mímicas (lenguaje) que jamás pasan desapercibidas para el niño. Es ella quien lo inicia en la función de control manual que ella tiene sobre estos objetos parciales de expulsión debidos a la necesidad, y también en la función que el propio niño, por medio de su control, puede cumplir respecto de estos objetos que también sirven al deseo y al placer que el excrementar puede aportarle: placer frecuentemente solitario, tras haber sido compartido con la madre.

Son necesidades, ya lo dije: pero si el «hacer» inicia al niño, después del «comer», en el deseo es por intermedio de todas las relaciones con la madre vinculadas a dichas necesidades. Con el desarrollo de su esquema corporal, el niño se torna naturalmente sensible al hecho de que puede, con sus emisiones o impidiéndolas, experimentar placer local o bien placer

a distancia por la manipulación del clima emocional del adulto a su respecto. El control lúdico de sus excrementos puede, dependiendo de las exigencias educadoras, convertirse en un intercambio valorizado con los otros, intercambio con base en el lenguaje y comercio de objetos. Se ha hablado mucho —demasiado, además— de la caca-regalo: y esto es muy propio de ciertas modalidades educativas que son corrientes en nuestro medio.

De allí la importancia del estilo de respuesta que aportará a ello el adulto, en especial la madre. Si ella concede a la recepción, a la visión o no visión del objeto parcial excrementicial tanta importancia como al niño entero —que parlotea, sonríe, manipula objetos y los intercambia con ella—, da valor de lenguaje a las necesidades, a los excrementos como tales, mientras que para el niño se trata de algo muy distinto. Ahora bien, los excrementos como tales no pueden ser un regalo. Pasan a serlo para el niño si la madre los celebra más de lo que celebra sus actividades lúdicas manuales y vocales. De algún modo el ano se convierte entonces en un sustituto de la boca, puesto que es el significado anal el que resulta valorizado por ella. Esto es lo que hace susceptible a la caca de convertirse —o de seguir siendo— caca-regalo. ¡Vemos así madres que se regocijan, que le cuentan a todo el mundo el pipí-caca de su hijo!... Y él, ya «pervertible», intenta complacer aún más a su madre «mostrándose», exhibiendo su talento. Cuando hay extraños, trae su orinal delante de todo el mundo. Aquí es donde, precisamente, la castración simbólica, y no la represión pura, será bienvenida: «No traigas eso, mejor trae tu juguete, a tu padre o a mí nunca nos has visto trayéndole nuestra caca a todo el mundo». «Trae pasteles, muéstranos los juguetes que te interesan, ven con nosotros si quieres, pero entonces, haz como nosotros.» Es así como la madre ayuda al niño —que, por su naturaleza sociable, quiere despertar interés, participar en el grupo, ser admitido en él— a aportar algo al orden social.

Este enorme valor asignado a la caca es muy reciente.[8] Antes del llamado «lenguaje a la inglesa», la importancia de la excrementación de los bebés y niños no existía. Se originó, en parte sin duda, en la «pereza» de las madres para lavar los pañales. Cuanto más pronto el niño se volvía limpio, menos trabajo tenían ellas, en una época en que no había lavadoras ni algodón en guata. También es cierto que para el niño era una ventaja no mojarse demasiado. Cuando se mojaba, tenía frío; cuando tenía frío, podía sufrir cólicos; constituía esto todo un conjunto ansiógeno, tanto por el trabajo de la madre como por el riesgo corrido. Cuando yo era pequeña no había bragas

8. Ciertos libros de recomendaciones a las madres, escritos por diversos «psi», parecen entender que la admiración del regalo fecal forma parte de la panoplia de actos atribuibles a una «buena madre».

de goma, había pañales de lana, pero el niño mojado podía coger frío, y la mortalidad infantil era, justamente, la gran obsesión de las madres.

De cualquier manera, si los medios substanciales de intercambio privilegiados siguen siendo estos objetos parciales uretral y anal que son los excrementos, y en la medida misma en que estos objetos parciales brutos son producidos inconsciente y fatalmente por su cuerpo, el niño será habilitado a creer que su obediencia pasiva al deseo de que dé sus excrementos en el momento en que el adulto lo quiere, representa una relación interhumana armoniosa. Esto pervierte lo que constituirá el sentido de la creatividad en el niño, y es una desviación compulsiva en devenir que convierte al niño en «la cosa» funcionante de una madre que se pone ansiosa cuando no encuentra en el orinal lo que desea ver en su interior.

Implica esto un grave daño para la humanización futura de niños cuya madre cree tener que consagrar, con el pretexto de la educación, toda su atención a la obtención de un adiestramiento: o sea, después de la aceptación de la comida tal como la madre la impone, la excrementación a su gusto. Todo adiestramiento es una incitación perversa a la pasividad, a una interparasitación prolongada; con ello la madre retrasa, por el solo hecho de sus exigencias y de la regularidad que pretende imponer a los ritmos de las necesidades, el interés del niño por la actividad lúdica motriz, el acceso a la marcha, la agilidad corporal y manual. Estas dos actividades exigen una relajación muscular que, obligatoriamente, es fuente de «accidentes en la braga». El niño todavía no es apto, debido a su insuficiente desarrollo neurológico y anatómico (antes de los veintiuno a los veintiocho meses) para controlar a la vez lo que ve, lo que oye, lo que sus manos realizan de manera lúdica o industriosa, y sus esfínteres. A esta edad no le es posible estar a la vez «en el horno y en el molino». Felizmente, las madres, en muchos casos, se cansan de no obtener lo que quieren y se interesan también en todas las demás manifestaciones del desarrollo de su hijo, dejando para después ese adiestramiento que a ellas las extenúa y que es fuente ininterrumpida de choques emocionales con el pequeño, si éste tiene carácter: lo cual es mejor presagio para el futuro que si en este terreno es obediente a su madre.

Para el niño de nueve a diez meses, como muy temprano, la entrada en el estadio anal activo del placer motor de todo su cuerpo supone el advenimiento del deseo y del placer de los descubrimientos motores voluntarios: primero del tronco, de los miembros superiores, después de la pelvis, de los miembros inferiores, que se forman capaces de deambulación voluntaria, sentado o a cuatro patas, de una destreza manual cada vez

más satisfactoria para él. Finalmente, hacia el año, a veces más tarde, el niño se incorpora para la marcha. Feliz del niño que ha descubierto la marcha él solo y a quien nunca se sostuvo de pie ni se intentó hacer caminar, como se ve hacerlo con excesiva frecuencia mucho antes de que él descubra sus posibilidades por sí mismo. Momento de alegría extraordinaria para un niño es aquel en que, por vez primera, se le revela su posibilidad de avanzar solo sobre sus dos pies; y es ciertamente deseable que descubra esto sin la presencia cercana del adulto.

En cualquier caso, si el niño da sus primeros pasos es por deseo de ir hacia su madre, o de ir hacia algo que lo atrae. Cuando camina por primera vez, está completamente sorprendido. Si cuando comienza a andar surge algún incidente, no puede volver a intentarlo antes de uno o dos meses, asociado como está para él el incidente a este descubrimiento.

En mi experiencia de mamá, yo ocupaba la posición de esa madre que, discretamente, asiste al advenimiento de la verticalidad y descubre la sorpresa en el rostro de su hijo. Es emocionante asistir al extraordinario y radiante júbilo del hombrecito o de la mujercita que inventa de nuevo la postura erecta.

Ahora el niño puede desplazarse por el espacio. Este desplazamiento motor, que se efectuó primero a gatas o sobre el trasero, él lo repetirá gateando aunque sepa caminar; y las madres tienen que comprender hasta qué punto es necesario, para el desarrollo del tórax y de los músculos de la espalda, riñones y hombros, que los niños anden el mayor tiempo posible a cuatro patas, aun cuando sepan marchar de pie. Después, le place al niño utilizar un soporte estable que él empuja por delante de sí, lo cual le proporciona goce y control de su cuerpo, al mismo tiempo que el placer de ir hacia su madre y de dejarla por sus propios medios; mide así a su capricho su espacio de seguridad, dentro de la autonomía que su madre, ella misma tranquilizada, le deja, para explorar la casa y el espacio que lo circunda.

El desplazamiento de objetos exteriores y su propio desplazamiento autónomo por el espacio, es para el niño una metáfora de lenguaje —en la dimensión de la expresión motriz, merced a las posibilidades de su esqueleto y de sus músculos— del peristaltismo digestivo, que encaminaba el objeto alimentario de la boca al ano.[9] Así se explica que un niño que anda solo por vez primera soltando todo apoyo, vuelva gateando al lugar donde se había puesto en pie y del cual había partido, y ello varias veces antes de descubrir que caminando puede llegar más lejos. La motricidad ha de haberse desprendido de su modalidad primigenia para que pueda ser asumida como práctica de un sujeto motor, y no ya dependiente de las con-

9. Tal vez esto explique la relativa anorexia de ciertos niños cuando descubren la marcha.

diciones del espacio exterior.[10] A esto se asiste en el primer inicio de la marcha. Lo repetimos: las condiciones que acompañaron la marcha hacia un objeto son como la metáfora del peristaltismo que iba de la boca al ano, y el niño retorna, pues, al lugar espacial donde descubrió la posibilidad de incorporarse y andar, para reiniciar esta experiencia. El niño que descubre la marcha no puede realizar inmediatamente la experiencia al revés, es decir, volver caminando desde el punto al que había llegado tras dar algunos pasos, al cabo de esta primera audacia, cuando ha caído al suelo sobre el trasero. Cuando anda, nunca se da la vuelta para regresar. Va siempre en línea recta, es decir que se desplaza cierto tiempo todavía por un espacio que podríamos caracterizar como el del esquema oral (metáfora del trayecto de un orificio del cuerpo al otro).

Los cambios de plano o, dicho de otra manera, subir y bajar, son un nuevo descubrimiento que puede preceder a la marcha y surgir ya en la época del gateo. Pero el niño que ha subido peldaños todavía no puede bajarlos solo. Es también extraordinario presenciar la experiencia primera de subir a un banco con barrales de los dos lados, en ambos costados de un pequeño descansillo; en sí, bajar es igualmente fácil, pero después de haber subido de un lado, el niño quiere bajar del otro, hacia el que adelanta la cabeza, movimiento que provoca su caída. Así como, tras unos pocos pasos de marcha, no cree posible girar sobre sí mismo y volver andando, tampoco puede bajar reculando antes de un prolongado aprendizaje. Hay un sentido en el orden de las cosas. El otro sentido sería, para él, desordenado. Es como si en sus primeros descubrimientos de la deambulación marchara hacia atrás. Esto es impensable para él. Sólo algo más adelante, cuando se ha hecho dueño de la marcha, se opera una mutación del comportamiento del pequeñín, mutación que le hace desear actuar «sólo» como lo «*hacen*» los grandes, mientras que antes se valía de la ayuda de los grandes para «jugar» a simular actuar como ellos. A partir de este momento quiere ser grande de veras, y no fingir serlo. La palabra grande, palabra farfullada muy precozmente, pronunciada «gande» (grande) o «tolo» (solo), pasa a ser sinónimo de promoción y de meta narcisizante. «Mira, mamá, mira, papá, yo gande, yo tolo...» Es magnífico ver ese rostro, ese orgullo del niño que quiere intentar superarse solo, para conquistar su identificación con los grandes. Sus tentativas por imitar a los adultos y hermanos mayores hacen comprender al niñito, que es incapaz de ello, que su debilidad está en la pelvis y en la falta de dominio de sus miembros pelvianos. Sus manos estaban investidas ya por una oralidad transferida sobre objetos de agresión dental: despedazar, tirar, desplazar,

10. Ciertos niños saben caminar en su casa pero en ningún otro sitio.

juntar, separar. Ahora son los pies los que están investidos de la agresidad y la tactilidad reservadas hasta aquí a las manos. Es sabido cuánto gustan los niños de explorar los dedos de sus pies, sus talones, sus piernas, y hasta la raíz de sus miembros, la ingle y el sexo, el ano, la región de las nalgas. Les gusta pellizcarse, cosa que sigue siendo privilegio de las manos, originado sin duda en el desplazamiento de la pinza de la boca sobre la de las manos, que, por lo demás, se abre y se cierra como un esfínter gracias a la oposición del pulgar a los demás dedos. Además, las nalgas continúan siendo privilegio de las manos del adulto tutelar, pues antes de los treinta meses el niño a veces no tiene el brazo lo bastante largo como para alcanzar a todas las partes de su cuerpo (sólo a los seis años puede la mano derecha, pasando el brazo por encima de la cabeza, tocar el lóbulo de la oreja izquierda). Pero si el niño tiene que descubrirlas también es porque ignora la forma táctil de su hendidura nalgatoria y de la región anal. Así pues, todas las manipulaciones de su cuerpo deberían ir acompañadas de palabras que designaran las diferentes partes, muy lejos de que la madre, viéndolo actuar, le impida tocarse. Desde los primeros lenguajes, desde la época en que tenía pocos meses, por poco que el niño hubiere conseguido atrapar la región genital por casualidad —cuando sus manos aún no eran otra cosa que pincitas que apretaban todo lo que encontraban y que atraían todo cuanto se podía atraer—, el bebé, si entonces no recibió palmaditas en las manos por su madre, pudo localizar allí sensaciones muy diferentes de las que podía tener en otras partes, y diferentes también de las que su madre, al asearlo, provocaba.

Obtenidos por fin la destreza del estadio anal y el control muscular generalizado, el niño realiza un descubrimiento mucho más preciso del conjunto de todo lo que, de su cuerpo, conocía, en la tactilidad que hasta ahí su madre había impuesto. Ahora el centro de su interés son sus propios descubrimientos. Necesita palabras para especificar todas estas regiones de exploración sensible de su cuerpo; y es preciso que estas palabras le hagan comprender que él está hecho como todos los otros seres humanos. Porque tiene necesidad de vocabulario para conocer la geografía de su cuerpo, en particular la región urogenital y el funcionamiento excremencial activo y sensible, pasivo y retentivo, funcionamiento al que gusta entregarse sin saber aún poner palabras en este placer.

Sus expresiones verbales: «pipí, caca», son muy interesantes para él, no sólo porque implican el dominio de la palabra (oralidad), sino también porque son valorizantes en la realidad, desde el momento en que al decirlas puede también gobernar la porción respectiva de su cuerpo. Se trata aquí de un dominio concertado de las palabras y la función, mientras que cuan-

do el niño dice la palabra «comer», no puede comer al mismo tiempo. Cuando dice «pipí», puede hacerlo o no hacerlo. No puede comer al mismo tiempo que habla, pero sí defecar al mismo tiempo que habla.

Aquí reside toda la diferencia entre la defecación y lo que sucede en la boca. Y esto explica también el que la prohibición de hablar de ello lleve al niño a creer que le está prohibido sentir lo que acontece en esta región tan copiosamente inervada, y que le está prohibido sentir la articulación inteligente entre, por una parte, el control a conquistar, a semejanza de los adultos y hermanos mayores, los funcionamientos de su cuerpo —con los placeres que los acompañan— y, por la otra, los placeres sensuales de diferente nivel que los del comportamiento promocional.

No se entenderá la importancia que es preciso asignar a la puesta en juego de la castración anal, si no se comprende que ella es quien permite la obtención de un dominio adecuado y humanizado de la motricidad, así fuese en la forma, entre otras, del aprendizaje de la marcha.

El carácter decisivo —para el porvenir del niño— de la castración anal, estriba, en síntesis, en que ella es el desfile que va a permitir (o no) la sublimación de las manifestaciones excrementiciales bajo la forma del *hacer industrioso y creativo.* Al mismo tiempo, la fase relacional del niño de la que aquí nos ocupamos es también aquella en la que tiene que dominar su motricidad, y en la que le es preciso tomar nota de comportamientos sentidos por él como insólitos, los de los otros seres vivos, animales, adultos y niños, que su autonomía en el espacio le permite observar y que al principio son nuevos, ajenos a su mundo tutelar habitual. Cuando aún no había alcanzado la autonomía deambulatoria, el niño observaba sin riesgos, rodeado por un nimbo de seguridad familiar. Esta seguridad que ahora le falta, el niño necesita más todavía que antes tenerla imaginariamente, a través de las palabras conservadas en la memoria, sostén de enseñanzas relativas a los nuevos seres que habrá de conocer: palabras portadoras de conocimientos tecnológicos sobre el mundo del que forma parte y que él descubre día tras día, palabras que lo inician a la manipulación de las cosas por su permanencia en el recuerdo cuando la presencia tutelar le falta. Con estas palabras explicativas que el niño rememora, es como si la presencia tutelar fuera su iniciadora en el comportamiento de seres y cosas aún desconocidos para él.

Estas enseñanzas le permitirán considerar el espacio desconocido por descubrir cada día, lo sostendrán en la exploración del ámbito familiar, por todas las habitaciones de la casa y sin peligro fantasmático. El niño puede llevar a cabo esta conquista gracias a ese saber verbalizado que le permite promocionarse para ella. Entonces, siente que se valoriza en las pri-

meras pruebas a que se ve sometido su narcisismo, cuando no se las estigmatiza como otras tantas «tonterías», y en sus éxitos reales cada vez que puede actuar como ve hacerlo a los grandes.

Es fácil, en esta etapa intermedia entre el niño pequeño que es y la persona grande que desea ser, introyectar el fracaso y el éxito como efectos mágicos debidos a la malicia de las cosas; a un deseo dañino de las criaturas animales o vegetales o incluso de las cosas inertes, que el niño antropomorfiza según el modelo de su madre omnipotente. El niño de este estadio proyecta intenciones antropomorfizadas de devoración, o de rechazo, o de daño, sobre todo lo que le resiste, sobre todo lo que lo angustia, con razón o sin ella, en sus contactos con los objetos.

Ejemplo: un niño de nueve meses que gatea con gran rapidez recibe de su padre, que le ve poner los dedos en un enchufe, la prohibición de hacerlo; si lo hace, muy mal le irá, y su papá le prohíbe terminantemente meter los dedos en los agujeros de los enchufes. Como cualquier niño de nueve meses, éste, que es inteligente, intenta transgredir la prohibición. Y en un momento en que nadie lo ve, comete el acto prohibido. Grita, y llegan los mayores. Felizmente, el día de esta experiencia el perjuicio no es muy grande; pero el niño muestra el enchufe y dice, aterrado: «¡Papá, ahí!». Tres días después, sus abuelos vienen de visita y él hace señas a su abuelo para que lo siga. El lo precede gateando. Le muestra el enchufe, de lejos, y vuelve a decir: «¡Papá, ahí!». En resumen, la persona que enunció la prohibición está para él presente allí donde, habiendo transgredido la prohibición, recibió la descarga eléctrica desagradable.[11]

Toda herida narcisística impele al niño a replegarse sobre placeres conocidos y por tanto nada riesgosos para su esquema corporal. A esta edad, todos los placeres corporales se focalizan esencialmente en el cavum, la boca, el ano; en cuanto al varón: la verga; en cuanto a la niña: la vulva y el clítoris; placeres que se producen por intermediación de sus manos. Prohibiciones en exceso numerosas de tocar objetos exteriores a su cuerpo obligan al niño a considerar sus manos como peligrosas; y si se le prohíbe tocar su propio cuerpo, acaba creyéndose en su cuerpo —todo o parte— un objeto de peligro, seccionable, devorable, y creyendo que su sexo está expuesto al peligro de sus propias manos, las cuales son inquietantes por

11. Es lo que hacemos nosotros, adultos, cuando transgrediendo el orden de las leyes inscrito en la realidad mal aprehendida de las cosas pensamos «Dios o los dioses se oponen». Igualmente, cuando nuestros procesos neuróticos nos conducen al fracaso o a la enfermedad, buscamos al responsable perseguidor, a la mala suerte o, en síntesis, al «enemigo».

sí mismas para ciertos niños a quienes se les dice sin parar: «¡No toques!».

Sus ganas de despedazar, de desmontar, de tocarlo todo, son para él una manera de descubrirse manos capaces, a semejanza de las de los adultos, de ocuparse en otra cosa que en su boca, su trasero o su sexo. Desarrolla el niño una habilidad manual, un conocimiento visual, auditivo y táctil de los objetos; al mismo tiempo que al dominarlos domestica sus peligros, experimenta su lado utilitario o su lado agradable; en resumen, se concilia con el mundo aprendiendo a conocerse y a conocerlo,* a familiarizarse con él.

Un contratiempo técnico, cuando coincide con una reacción de burla, descontento o angustia por parte del adulto, quien a veces añade sentencias como: «Este niño me mata», o bien «Se va a matar», «Este niño no hace más que tonterías», o incluso: «Te lo mereces, esto te enseñará a desobedecer», proyecta de un tirón, para un niño precoz, su deseo en las dimensiones desestructurantes de una soledad petrificante en medio de los peligros que acechan bajo cualquier cosa atractiva, peligros que lo amenazan y con los que los padres están de acuerdo, siendo por tanto cómplices y perseguidores. Cualquier atractivo hace surgir en la imagen del cuerpo la imagen funcional motriz. Inteligentemente utilizado, el deseo lo promocionaría a buscar un placer que, si él lo obtuviera, lo iniciaría en una autonomía mayor.

Ante un fracaso, el niño siempre necesita palabras que le expliquen su causa, sin censurarlo, y lo reconcilien así con su intención, «desmagicizando» el peligro que ha corrido y que creyó puesto ahí intencionalmente por sus padres. Es necesario establecer claramente con el niño la tecnología de su fracaso; tecnología a la cual los adultos están tan sometidos como él, porque se trata de las leyes de la realidad de las cosas.

Ante sus fracasos, el niño se siente humillado a sus propios ojos y pide consuelo, bien sea gritando, bien yendo a quejarse a su madre con tono llorón y regresivo. Sin embargo, muy a menudo este niño que viene a pedir socorro a los adultos porque ha cometido una torpeza, siendo incluso que quería promocionarse, recibe una actitud de rechazo, con respuestas agresivas: «¡Cállate, déjanos tranquilos!». O incluso el adulto lo estupidiza con su propia angustia, recogiéndolo en sus brazos en vez de ponerlo de nuevo ante el obstáculo y de mostrarle con sus propias manos o con sus pies, a la par que se la explica en palabras, la manera en que habría podido llevar la experiencia a buen término. Digamos también que si los adultos hacen por él lo que él no pudo hacer, lo que él no consiguió, es tan grave como si no hicieran nada, porque al pro-

* «Apprenant à se et le con-naître», en el original. [R.]

porcionar el resultado inmediato se suprime el deseo de la experiencia. De ahí una dependencia mayor, siendo que el niño intentaba hacerse independiente de su madre.

Ya cuando el niño, para su placer, gusta de permanecer sentado manipulando pequeños objetos, y después, cuando deambula a cuatro patas o sobre el trasero, y más aún cuando camina y gusta de explorarlo todo, la manera en que se comporta el adulto presente es decisiva para el desarrollo de este niño. El papel de esta presencia adulta es garantizar la seguridad en el medio circundante, a fin de que el niño se sienta lo más libre posible de actuar como está tentado de hacerlo. Hay que aceptar el desorden, los objetos desacomodados, los que el niño tira al suelo y allí deben quedar. Todo esto implica una tolerancia que muchos adultos no tienen, sobre todo en las viviendas pequeñas. ¡Y aun así! Si los adultos supieran cómo dañan la inteligencia sensorial y mental, la confianza en sí y en los demás, cuando no toleran el ruido y el desorden causados tanto por los bebés sanos como por los pequeños de hasta tres o cuatro años, estoy segura de que abandonarían las jaulas (corrales de juego) y la educación del «no tocar», y que descubrirían la precoz inteligencia expresada en esta actividad continua y en apariencia desordenada.

La presencia del adulto ocupado en sus labores domésticas y profesionales, mientras vigila discretamente al niño, le permite brindar a éste, a veces perplejo o descontento por no lograr sus fines, una educación tecnológica mediante el ejemplo y las explicaciones verbales; basta con que sume la palabra a los gestos eficientes, operativos, que el niño quiere observar.

Preciso es añadir también el estímulo de frases amistosas, desprovistas de angustia; y no asustar nunca a un niño con algo que él desea (salvo peligro real e inevitable). Dejarlo percatarse de su impotencia y, ante ésta, prometerle que cuando crezca será capaz de esto o de aquello; pero no hacer nunca las cosas por él, en su lugar, ni engañarlo con una ayuda física que supone hacerle trampa a la dificultad.

Por tanto, es muy importante comprender lo que es la educación a esta edad. La limpieza esfinteriana, naturalmente, forma parte de ella, y todos los niños que a los cuatro o cinco años no la han adquirido son niños cuya educación motriz no ha tenido lugar, sino que ha sido «engañada», por así decir, con una actitud de ayuda excesivamente amplia y puerilizante. De ella resultan socorridos de por vida, que no salen (salvo cuando duermen o en los momentos de desatención) de aquella época en que no tenían el control de sus esfínteres. En realidad, la educación del niño pequeño, a partir de la edad del «tócalotodo», que es la edad de la marcha, equivale a suponer la demanda: «Explícame cómo podría hacerlo todo solo tan bien como tú».

Este narcisismo que impele al niño a identificarse con los adultos por él admirados se expresa en el hecho de que se ha vuelto capaz de «maternarse» a sí mismo cuando tiene hambre, capaz de darse de comer, de servirse, de ponerse alguna ropa, de ponerse los calcetines, aunque todavía no pueda enrollarlos o anudar sus cordones. Es capaz de resguardar su cuerpo de disgustos, exactamente como lo habría hecho su madre: de salvar tensiones y necesidades siempre que, evidentemente, haya comida a su disposición. También puede ayudar a un niño más pequeño que él, imitando el papel de madre y padre de manera adecuada. Se conduce entonces frente a este objeto humano en forma tal de evitarle peligro y sufrimiento (cuando ha superado los celos, por supuesto, y sobre todo cuando se trata de un niño de otra familia que le es confiado momentáneamente). En psicoanálisis, nosotros decimos que este niño ha elaborado ya un pre-Superyó concerniente a todo lo que se relaciona con el cuerpo y con su supervivencia, tanto los suyos como los de otro. Salvo estados emocionales perturbadores, el niño ya no supone riesgos para el prójimo, como tampoco puede olvidarse de comer o de ir al baño. A lo sumo, presta a cualquier otra persona los mismos deseos que los propios: lo cual provocará incidentes que, precisamente, serán útiles para lo que atañe a la castración anal.

En efecto, *la diferencia entre lo imaginario del hacer-con-otro* supuestamente semejante a él, *y la realidad donde el otro no tiene nada de ganas de comportarse como él esperaba, instruye al niño de lo siguiente: de que su deseo imaginario no corresponde al deseo imaginario de cualquiera.* Si el otro se niega a ser su objeto, o su colaborador, por ejemplo para jugar con él, para el niño significa una contrariedad. Pero si la instancia tutelar le explica que cada cual tiene sus deseos, y que sólo hay placer para ambos cuando los deseos coinciden, el niño habrá descubierto la clave de la vida en sociedad. Por desgracia, muy a menudo los adultos obligan a un niño más grande a jugar con uno pequeño, siendo que esto no les causa ningún placer y no tiene nada de necesario para el más joven. *Nunca es sano enseñar a un niño a obtener placer al precio del displacer del otro.* Habrá que inculcárselo con palabras o darle el ejemplo.

Otra situación frecuente: el niño por el que el adulto tutelar se «deja hacer», como se dice, como si fuera un muñeco, y satisface todos sus deseos, es un niño que se encuentra en peligro y que después, en la sociedad de los niños de su edad, será frágil. ¿Por qué? Porque no estará castrado de la castración anal en cuanto ésta lleva a la distinción entre lo imaginario de una actividad motriz soportada, o ejercida sobre otro, y la realidad del encuentro con un otro cuyo deseo no se aviene

para nada a esa manipulación de los demás a la que sus padres le habituaron.

Lo mismo sucede cuando un hermano mayor recibe el consejo pervertidor de darle el gusto a su hermanito o hermanita, con el pretexto de que es pequeño; o de dejar que éste lo invada cuando él está sumido en ocupaciones de muy distinto interés, en su tiempo y en su espacio. Esto se ve constantemente en las familias: estos consejos, esas órdenes pervertidoras tanto para el mayor como para el más pequeño, pero a quien más perjudican es al más pequeño, que no recibe la castración anal. Esta ética perversa en la época del estadio anal perseguirá de manera neurotizante al niño en el estadio genital.

Por «castración anal», entiendo la prohibición de hacer lo que se le ocurra, por placer erótico. Han de imponerse a los actos prohibiciones limitativas si este «hacer» pudiese provocar displacer o peligro para los demás, si el uso de la libertad en realidad turba la libertad de actuar de otro.

La castración anal debe enseñar al niño la diferencia entre lo que es su posesión, de la que es enteramente libre, y lo que es la posesión de otro, cuyo uso para él debe pasar por la palabra que demanda a otro prestarle objetos de los que él querría disponer, y que acepta que este otro se los rehúse. Más allá de la pulsión de la posesión de objetos parciales, el respeto por la posesión personal de un objeto por parte del otro induce al niño a comprender que su propio espacio se prolonga hacia el mundo exterior, pero que también debe respetar el que el espacio de otro se prolongue en sus propios objetos personales, sobre los cuales él no tiene derecho de acción, únicamente los de una *negociación por el lenguaje.*

La educación de las pulsiones a partir del estadio anal debe, además, dejar libre al niño de dar o no a otro un objeto que le pertenece y que otro desea, o de hacer un trueque, a menudo desfavorable para el ingenuo que procura hacerse amigos, o bien si le tienta un objeto porque lo posee otro.

Los intercambios de baldes, de palas, en el parque, se iniciarían tempranamente y serían muy socializantes si las madres no vinieran a «poner orden»: «¡No dejes que te cojan tu balde!».

Cuando el niño crece, se asiste al don tal vez irreflexivo, al trueque tal vez desventajoso o ventajoso en exceso (según el valor monetario del objeto recibido a cambio): a condición de que se trate de objetos que sean propiedad de los niños que participan en el trueque, está claro que esto no se debe prohibir sino explicar. *No hay reglamentación implícita para el don, y sí la hay para el trueque.* Pero si a los ojos de un niño tiene más valor un cochecito que el precioso juguete recibido en su cumpleaños, esto es cosa suya. A algunos padres les resulta muy duro admitirlo, pero para un niño —e incluso para muchos adultos— el valor de las cosas es más afectivo que mone-

tario. Lo formativo es discutirlo con el niño, pero nunca que los padres continúen sintiéndose poseedores de lo que han dado a su hijo, como tampoco que no aprecien el valor afectivo que éste asigna o no a un regalo.

¿Sadismo anal?

En mi opinión, cuando se habla, en todos los escritos psicoanalíticos, del sadismo anal, como si el placer de dañar estuviese normalmente ligado a las pulsiones de este estadio, se comete un grave error. De lo que se habla es de niños que fueron educados de una manera perversa, sin el respeto debido a su persona. Porque el niño que recibe, a medida que se manifiesta su deseo de motricidad, limitaciones por razones de auténtico perjuicio (para él o para otros), a la par que se ve sostenido y consolado por una instancia tutelar que le asegura que más adelante saldrá exitoso, este niño, apoyado más allá de su sentimiento de impotencia con palabras reconfortantes, no desarrolla en absoluto un deseo de destrucción sobre el otro, como tampoco comprendería que exista placer en destruir. El niño no tiene sadismo nunca, salvo muy al principio, en los inicios de su primera dentición. El sadismo es oral, no anal. La ética pervertida en un estadio por causa de una castración inexistente o mal dada (aquí, el destete), puede contaminar de perversión el estadio siguiente del desarrollo. *Toda conducta coercitiva del adulto sobre el niño es iniciación en el sadismo e incita al niño a identificarse con este modelo.*

Puede así observarse que la castración anal no es otra cosa que la prohibición (tanto para el propio niño como para los demás) del deterioro tanto como del rapto de los objetos de otro, y de todo daño en detrimento del cuerpo: no sólo del cuerpo de los seres humanos, sino el daño gratuito, por el mero placer de quien utiliza así su fuerza y su poder sobre el cuerpo de los animales, sobre los vegetales estéticos o utilitarios, sobre los objetos usuales necesarios para las actividades de todos en la familia o en la sociedad: el vandalismo. La verbalización de estas prohibiciones por parte del adulto, quien da el ejemplo ajustando sus actos a estas prohibiciones, es también castración anal.

Un chiquillo de veinticuatro a treinta y dos o treinta y tres meses, que se encuentra de lleno en el apogeo de la edad anal, y por tanto de la motricidad voluntaria, tampoco recibe la castración anal, que debe ser simbolígena en el sentido psicoanalítico, si todo le está prohibido y si su libertad de buscar, de manera intensiva y autoerótica, el placer de sus movimientos, de su acrobacia, de su manipulación desplazadora de los objetos que puede manipular, no tiene cabida en el tiempo de su jor-

nada ni en el espacio del lugar en que vive. No puede sublimar sus pulsiones de una manera social si tampoco tiene un compañero con quien jugar. *Sólo gracias a compañeros de su misma edad, algo mayores o algo menores que él,* en un aprendizaje por la experiencia, logra el niño evitar tanto los episodios desagradables causados por la fuerza de otro, si se trata de niños más grandes, como los que él mismo causaría a los más pequeños únicamente para disfrutar de su fuerza sobre ellos.

La castración anal es esta prohibición de dañar a otro impartida día a día, desde la edad de la marcha, por la atención tutelar, que permite un impacto útil y agradable de la actividad muscular dejada a su libre iniciativa, controlada a distancia, y asistida educativamente con gestos y palabras al mismo tiempo que con el ejemplo continuo. Esto, una sana actitud frente a pulsiones marcadas por la castración anal, es lo que conviene dar a un niño. *Es de desear que toda actividad libremente emprendida por él en aquello que le place sea respetada por el adulto cuando no perjudica a nadie; y, cuando el niño juega con interés, es importante que el adulto no lo moleste nunca. Así como tampoco tiene el niño derecho a molestar al adulto ocupado.* Aquí es donde el ejemplo es más eficaz que las palabras.

El adulto, sea masculino o femenino, padre, hermano mayor o delegado extrafamiliar, si da juiciosamente esta castración, la cual se continúa por varios meses y hasta por dos a tres años, y si no utiliza sus verbalizaciones sobre los actos del niño como intervenciones sádicas orientadas a su exclusiva comodidad de adulto intolerante con el deseo del niño, este adulto, el único sanamente educador, no se muestra ni angustiado, ni tenso, ni rezongón, cuando prohíbe un acto. Por el contrario es, en una palabra, afectuoso, y respetuoso del niño. Y si éste le formula una pregunta relativa a la prohibición, él sabe explicársela, sin contentarse con decirle que si lo priva de algo es por «su bien». Intenta explicar cuál es la razón de la prohibición y, por ejemplo, que el acto amenaza con perjudicar al niño, pero no comete tergiversaciones utilizando argucias o el chantaje del «para darme el gusto». Nada es más humillante en el verdadero sentido del término, para un niño, que una prohibición del estilo: «¡Porque yo lo digo!», «¡Porque mando yo!», sin que el niño sienta que hay una razón justificada en un peligro para él, es decir, que se lo ama en su desarrollo mismo, y no como un animal sobre quien se manda y que debe reducirse a la obediencia. El adulto educador evita todo aquello que puede angustiar inútilmente a un niño, y por tanto hacerle reprimir sus pulsiones. Evita asimismo todo lo que va a sobreexcitarlo por efecto de una anticipación sexual. El educador de la primera infancia es aquel que comprende rápidamente qué tipo de carácter tiene ante sí con determinado niño:

aquellos a los que hay que estimular, aquellos a los que no se debe, al tiempo que se vigilan sus progresos, prestar excesiva atención para que no se vuelvan exhibicionistas y en quienes, por el contrario, se trata de desarrollar el sentido de la promoción en lo que tiene de auténtico, y no para que se pongan a exhibirse ante un espectador.

Es educativo, en la actitud y los decires del adulto tutelar, todo lo que va a propiciar el encuentro del esquema corporal, ahora completado, con la imagen del cuerpo, mucho más que lo que impulsará una dependencia del niño respecto de las pulsiones escópicas, auditivas y lisonjeras del entorno inmediato.

Para ocuparse adecuadamente de los niños y llevar de verdad el título de educador, título que se asigna a los padres pero cuyas cualidades raras veces ejercen éstos con sus propios hijos (pero que pueden ejercer con otros), es preciso tomar en serio el papel cívico que pueden desempeñar los hermanos mayores en el desarrollo de uno más pequeño, cualquiera que sea su índole,[12] siempre que esta connivencia entre los niños no sea explotada por los padres como medio para esquivar su papel.

Las personas mayores ejercen una importante tarea cívica en el desarrollo de un pequeño, pues cuando un niño pide que lo miren cuando ejecuta lo que cree una hazaña, le es necesario contar con la confianza del adulto, y estar seguro de que éste lo autoriza a estas proezas.

Ello explica el que el exhibicionismo de un niño dure cierto tiempo antes de que pueda renunciar a la admiración que pretende suscitar. Todo niño necesita que su madre lo mire cuando hace algo. Esto ha de acabar alguna vez, pero al principio existe siempre. De lo contrario, el niño crece sin sentido cívico. Se desarrolla únicamente para sí mismo. También es preciso que el adulto comparta y ratifique lo que él hace, diciéndole: «Está bien, y lo harás aún mejor...». Y cuando el niño quiere asumir riesgos, es importante que el adulto sepa decirle: «Hazlo si te sientes capaz, pero yo no quiero mirarte porque me da miedo. Tú mismo debes juzgar si eres capaz».

Es entonces cuando el niño va a asumir o no el hacer, sin ser visto, algo de lo que por su parte se siente capaz. Lo importante es que la instancia educadora lo sostenga en el acceso a experiencias personales, cuyo fruto le permitirá adquirir los medios de autonomía y de valorización en sociedad de los niños de su edad. Al mismo tiempo, el educador debe responder a todas las preguntas que el niño le haga y no decirle nunca: «esto no te incumbe», puesto que, precisamente, si el niño demuestra interés por algo, es porque ese algo «le incumbe».

12. Estar en un grupo con chicos más grandes y ser cuidado por ellos (sin molestarlos), escucharlos, observar cómo juegan.

O, para ser más exactos, porque él lo ha observado y aspira a una explicación sobre eso que ha observado. Este sostén de la curiosidad de los niños, en lugar de limitarla o prohibirla —mientras que se trata de la más fundamental de las pulsiones, la pulsión epistemológica—,[13] constituye el punto clave en una educación de las pulsiones orales y anales desprovista de sadismo. La prohibición a un niño de interesarse en algo es antieducativo y hasta nocivo: interesarse en algo nunca es perjudicial. Así pues, con palabras, cada vez que el niño hace preguntas hay que contestarle verídicamente lo que se piensa, lo que se sabe, o confesar la real ignorancia. Así quedan neutralizadas las bases del sadismo. Habrá quizá sadismo más adelante, en la época del estadio uretral, pero no en la del estadio anal. El sadismo es entonces una regresión de las pulsiones uretrales o genitales sobre el estadio anal. Pero, en el estadio anal, no lo hay cuando el niño cuenta con un sostén para realizar su actividad motriz, y para, cuando ésta no es realizable, hablar de ella y recibir una autorización a término, en beneficio del futuro, «cuando sepas hacer tal o cual cosa...». *Sostener y valorizar la curiosidad unida a la observación forma parte del principio mismo de la educación humanizante.* Si sus miras encuentran apoyo en la castración simbolígena, es que la propia persona que limita a un niño el acceso directo y conocido a su deseo es para él el representante de un ser humano más evolucionado, poseedor de un poder y de un saber que él quiere alcanzar, poder y saber que esta persona está dispuesta a delegarle y transmitirle en palabras y anticipándole una experiencia próximamente autorizada. Este es todo el trabajo, decir: «Pronto podrás, no está prohibido».

El tratamiento psicoanalítico se basa precisamente en este permiso para hablar de su deseo. También invitamos a dibujar todas las cosas que los niños fabulan; incluidas, por cierto, las expresiones sádicas. Esto significa que estamos de acuerdo con el deseo en sí, que aquí se expresa en fantasmas de una exagerada violencia. A partir del momento en que el niño lo realiza en y por el diálogo en situación de transferencia analítica, ya no tiene deseo efectivo de dañar en la realidad, por placer. Es algo probado por la experiencia. La expresión simbolizada en lenguaje, en una relación en cuyo transcurso el sujeto es reconocido como válido —y por tanto narcisizado por alguien que no desea al niño pero que está al servicio de su desarrollo, respeta su persona y las de quienes son amados por él, padres, educadores, y no apunta a separarlo de ellos—, es ya una sublimación para el deseo. La simbolización aleja progresivamente al sujeto del recurso al placer del cuerpo a cuerpo, que eclipsa la relación de sujeto a sujeto. Todo representante de pul-

13. Que impulsa al ser humano a saber. En síntesis, la curiosidad.

siones ajeno al cuerpo propio del deseante es ya una mediación en el camino del dominio del deseo y de su valorización humanizante, en acuerdo con la ley de vida entre humanos. Todo ser humano es naturalmente social, a condición de que lo social no invalide un deseo que está en pos de su cumplimiento en el placer. Cuando es compartido por otros, el placer se incrementa: otros tanto más numerosos cuanto que el lenguaje les permite comunicarse lo que experimentan.

De ahí el valor simbolígeno de las castraciones que permiten a las pulsiones una expresión distinta del mero e inmediato goce del cuerpo, el cual hacía desaparecer la tensión del deseo, suprimiendo al mismo tiempo la búsqueda enriquecedora del otro destinada a comunicar y compartir las emociones del corazón y los cuestionamientos de la inteligencia.

El espejo

Lo que permite al sujeto la integración motriz por el sujeto de su propio cuerpo —integración que sanciona, en la relación con el otro, la castración anal—, es aquel momento narcisístico que la experiencia psicoanalítica permitió aislar como estadio del espejo.

Por otra parte, hablar de estadio es en sí abusivo, pues más bien se trata de una asunción del sujeto en su narcisismo; asunción que permite y recubre el campo de la castración propia del estadio anal y que deja sentir sus efectos más allá, en la realización de la diferencia de sexos (castración primaria, como se verá más adelante).

Yo añado que a menudo se valoriza la dimensión escópica de las llamadas experiencias especulares: erróneamente, si no se insiste cuanto es debido en el aspecto relacional, simbólico, de estas experiencias que puede cumplir el niño. No basta con que haya realmente un espejo plano. De nada sirve si el sujeto se confronta de hecho con la falta de un *espejo de su ser en el otro*. Porque esto es lo importante.

Lo que puede ser dramático es que un niño al que le falta la presencia de su madre o de otro ser vivo que se refleje con él, acabe «perdiéndose» en el espejo.

Como esa niña que se volvió esquizofrénica a los dos años y medio porque fue instalada en una habitación de hotel donde todos los muebles eran de cristal y las paredes se hallaban recubiertas de espejos. Vivía en los Estados Unidos y hasta los dos años y medio era una niña perfectamente sana, que reía, jugaba, hablaba; en Francia, al cabo de dos meses de hotel, con una persona contratada para que se ocupara de ella y a quien ella no conocía, se la convirtió en una niña esquizofrénica. Se perdió, dispersada, en el espacio de aquella habitación

desconocida, en trozos de cuerpos visibles por todas partes, en los espejos, en el cristal de las puertas, en los de las patas de la mesa; fragmentada por todo el espacio y sin presencia amiga. Sus padres se dedicaban a visitar París, dejándola con una guardiana desconocida para la niña y para ellos y que no hablaba inglés.

Ciertos niños pueden caer así en el autismo, por la contemplación de su imagen en el espejo, trampa ilusoria de relación con otro niño. No estoy hablando de los que se fragmentan en cantidades de cristales, sino de los que tienen un espejo a su disposición. Esta imagen de ellos mismos no les aporta más que la dureza y el frío de un cristal, o la superficie de un agua durmiente en la cual, atraídos al encuentro del otro, como Narciso, no encuentran a nadie: una imagen, solamente. Es, en el niño, un momento de invalidación del sentimiento de existir. El estadio del espejo, que puede ser simbólico para el niño de su ser en el mundo para otro en tanto que él es un individuo en medio de los otros, puede asimismo ser des-simbolígeno para su imagen del cuerpo, por la visión de esa cosa que es su cuerpo propio si no lo reconoce como el suyo.

Intentemos, pues, abordar nuevamente lo que ha de entenderse por la individuación del sujeto niño en el espejo. ¿Cuál es el alcance de esta experiencia para el narcisismo primario, del que emergerá, después de la castración edípica, el narcisismo secundario? [14]

Se ha dicho ya que el niño puede, por medio de imágenes (fantasmas anticipatorios), suplir provisionalmente la ausencia del otro dilecto, que es indispensable para su supervivencia. Si este otro llega a faltar por un tiempo excesivamente largo, hay obligatoriamente esbozo de regresión, sólo observable entonces en una exagerada somnolencia del bebé. Si se trata de una regresión traumática, surgen en la imaginación del niño pulsiones disociadas de todo fantasma de imágenes de funcionamiento. Entonces comienzan a predominar las pulsiones de muerte del sujeto. A la inversa, el pre-Yo del niño se origina en la dialéctica de la presencia-ausencia materna, dentro del continuo asegurador de una percepción progresivamente asociada a la presencia prometida, esperada y reencontrada, en el seno del medio espacial y temporal del ser en el mundo, y por la memorización en lenguaje. El niño oyente se conoce él mismo por quien le habla; y, día tras día, ese reencuentro lo personaliza, representado como está, auditivamente, por los fonemas de su nombre pronunciado por esta voz, por estas percepciones que él reconoce y que constituyen la especificidad de esa persona (la madre) repetitivamente reencontrada. El retorno de la madre sobre fondo reconocido es siempre fuente de

14. Véase más adelante, págs. 125 y sigs., págs. 132 y sigs.

nuevos descubrimientos. Y las percepciones nuevas toman sentido humanizado del lenguaje mímico y vocal materno que las acompaña.

Así pues, la imagen del cuerpo se ha elaborado como una red de seguridad con la madre fundada en el lenguaje. Esta red personaliza las experiencias del niño, en cuanto al olfato, la vista, la audición, las modalidades del tacto, según los ritmos específicos del *habitus* materno. *Pero no individualiza al niño en cuanto a su cuerpo*; porque los límites espaciales de sus percepciones con base en el lenguaje son imprecisos: él es también su madre, su madre es también él; puesto que ella es su paz, su aflicción o su alegría. Podemos decir que las cesuras, las particiones (las castraciones orales y anales, como las hemos designado) que representan el destete y la motricidad autónoma, han operado ya una relativa individuación que permitió al esquema corporal del niño separarse del de su madre y, por sustitución, ligar su propio esquema corporal en elaboración con su imagen inconsciente del cuerpo. *Esta vinculación del sujeto al cuerpo se cumple mediante la elaboración de un narcisismo preyoico,* garante a la vez, para el sujeto, de su existencia y de su relación continua con su cuerpo, a través de una ética que perenniza la aseguración tras la prueba ansiógena que toda castración implica.

Pero la noción de individuación propia de este narcisismo preyoico, referida para cada cual a los límites de la piel, en su realidad cohesiva, táctil y visible, emana de otra clase de experiencia, la del espejo. Esta experiencia de la imagen que él ve en el espejo, cuando la intuye como suya, lo coloca bruscamente ante una plusvalía de las pulsiones escópicas sobre todas las otras pulsiones, plusvalía que no cae por su peso y que choca con los valores de cambio como con los valores narcisísticos de las otras pulsiones: olfativas, auditivas, táctiles. Recordemos que, *en la constitución de la imagen del cuerpo, las pulsiones escópicas ocupan un lugar muy modesto, incluso totalmente ausente para la organización del narcisismo primario.* El espejo va a aportar esta experiencia: la apariencia de un otro desconocido, la imagen de un bebé como el sujeto ha podido ver otras en el espacio y que él ignora como suya; esta imagen escópica debe entonces superponerse para él a la experiencia, ya conocida, del cruzamiento de su esquema corporal con su imagen del cuerpo inconsciente. Quiero decir que el niño ve ahí una imagen de la que, frente al espejo, aprende que él solo es la causa, puesto que no encuentra más que una superficie fría y no a otro bebé y, además, si se aparta del frente de esta fría superficie, la imagen desaparece. El lenguaje mímico y afectivo que el niño ha establecido con el mundo ambiente no le aporta ninguna respuesta acerca de esta imagen que encuentra en el espejo, contrariamente a todas las expe-

riencias que tiene del otro. Ello explica que si la madre, o una persona conocida, no está cerca de él, dentro de su espacio, hay riesgo de que a causa del espejo su imagen del cuerpo desaparezca sin que la imagen escópica haya cobrado un sentido para él. La imagen escópica cobra sentido de experiencia viva tan sólo por la presencia, al lado del niño, de una persona con la cual su imagen del cuerpo y su esquema corporal se reconocen, al mismo tiempo que él reconoce a esta persona en la superficie plana de la imagen escópica: ve el niño desdoblado en el espejo lo que él percibe de ella a su lado, y puede entonces avalar la imagen escópica como la suya propia, pues esta imagen le muestra, al lado de la suya, la del otro. Se descubre entonces con la forma de un bebé como otros a los que ve, mientras que hasta ahora, su único espejo era el otro con quien él se hallaba en comunicación: lo cual podía inducirle a creer que él era este otro, pero sin que sepa o sepa realmente que este otro tenía una imagen escópica, y él lo mismo.

Unicamente la experiencia del espejo posibilita al niño el choque de captar que su imagen del cuerpo no bastaba para responder de su ser para los otros, por ellos conocido. Y que, por tanto, su imagen del cuerpo no es total. Lo cual no significa que la imagen escópica responda de él. A esta herida irremediable de la experiencia del espejo se la puede calificar de agujero simbólico del que deriva, para todos nosotros, la inadaptación de la imagen del cuerpo al esquema corporal, cuyo irreparable daño narcisístico muchos síntomas apuntarán en lo sucesivo a reparar. La repetición de la experiencia del espejo vacuna al niño del primer estupor que por ella ha experimentado, y le asegura, con el testimonio escópico, que, pase lo que pase, él nunca es despedazable: puesto que para los otros que se reflejan como él, el «rapto» de sus apariencias no los alcanza en la integridad de su ser entero, que él sigue encontrando como antes al calor de los intercambios, de las oposiciones o concordancias de deseos entre él y los otros, que el lenguaje —en el sentido total del término— significa, pero nada o muy poco el aspecto visible de los cuerpos.

Al hablar de este agujero, de esta hiancia, me refiero a un «blanco», a una relación escópica extraña, discordante, que sirve como máscara viva, siempre más o menos traicionera, para lo que es sentido por el sujeto. El sujeto descubre entonces, con respecto al otro, que él no es auténtico más que en su imagen del cuerpo inconsciente que, asociada o no al esquema corporal, según que sea en lo imaginario como él piense a este otro o que, en la realidad, este otro esté ahí, le permite discriminar la diferencia entre un encuentro en la ausencia o en la presencia. Entre un fantasma y un hecho. El espejo permite al niño observarse como si él fuera otro al que nunca encuentra.

El «se» ve, pero aquí todo su deseo de comunicarse con otro se frustra.

Imaginemos a un ciego de nacimiento que se encuentra con un espejo. Para él es sólo un caso particular de pared, un espacio frío dentro de un marco limitado que le proporciona referencias de percepción táctil, y eso es todo. Para un niño vidente el efecto es por completo distinto, ya que tiene, en esta extraña ventana, el señuelo de un otro a quien él no conocía, a quien no conocerá nunca y que, en lugar de un ser que presenta volumen y calor, es una superficie plana y fría. Su imagen desaparece de esa superficie cuando él no está frente al espejo y aparece cuando vuelve a situarse ante aquél. Esa imagen pasa a ser para él una experiencia concomitante de su presencia, pero una experiencia únicamente escópica, sin respuesta, sin comunicación. Su llamada, su gesto, en el espejo son los mismos pero al revés. Su llamada le habla a esta imagen, pero el niño no oye más que su propia voz, no hay otra que le responda. En este sentido esta imagen es alienante, si no hay, en el espacio, una persona por él conocida y que, con él, frente al espejo, le muestre que también ella responde a estas mismas curiosas condiciones de reflexión sobre la superficie plana y fría.

He aquí una experiencia de ilusión del encuentro de otro, con el que puede llegar a satisfacerse, un poco como si se satisficiera con el objeto transicional: cayendo en su trampa por el aburrimiento de estar solo, por falta de encuentros con otras personas, por ausencia de juguetes, de distracciones, como se dice. En este caso la trampa puede llegar al punto de devenir goce óptico, que quita valor a las relaciones intersubjetivas: cuando éstas no tienen para el niño sentido de placer compartido. La trampa puede constituir una fascinación mortífera para la propia imagen del cuerpo inconsciente: por tornarse la imagen escópica un sustituto consciente de la imagen del cuerpo inconsciente, y provocando en el niño el desconocimiento de su verdadera relación con el otro. Se aboca el niño a no considerar ahora sino la apariencia del otro y a no dar en su relación con el otro más que la apariencia de un placer causado por el encuentro. Su propia imagen puede ser suficiente para gozar; hace muecas dirigidas al otro como se las hace a sí mismo en recuerdo de su propia imagen: desde entonces ya no se expresa en su verdad. Esta es la trampa que crea una apariencia. Trampa de lo que no es un ser vivo, sino una apariencia parcial, un maniquí y una máscara de ser vivo. Si el niño puede quedar fascinado por esta apariencia repetitiva de ser viviente, es porque ella ejerce un efecto tranquilizador sobre

los fantasmas fóbicos de vivir únicamente con objetos inanimados; pero, al mismo tiempo, es rotundamente adinámica.[15]

Todo bebé que ve su imagen de lejos en un espejo, sobre todo la primera vez, experimenta una jubilosa sorpresa, corre al espejo y exclama, si sabe hablar: «¡Un bebé!», mientras que, cuando habla de sí mismo, ya se nombra pronunciando los fonemas de su nombre. Es decir que no se reconoce. A partir de aquí será llevado a descubrir su apariencia y a jugar con ella; hasta aquí, cuando existía la imagen del cuerpo en la relación del sujeto a lo deseado, era siempre inconsciente y se hallaba en intuitiva referencia al deseo de otro.

Aquí es donde *los ciegos de nacimiento en análisis pueden permitirnos situar la diferencia entre ellos y los videntes en cuanto a su narcisismo primario: diferencia debida a la ausencia, en ellos, de la experiencia escópica del espejo.* La mímica afectiva de los ciegos es de una autenticidad tan conmovedora como la de los bebés antes de la experiencia del espejo. Jamás disfrazan lo que sienten, y se lee sobre su rostro todo lo que experimentan al contacto de aquellos a quienes encuentran. Pero no saben que el otro lo lee. Por tanto, no pueden y tampoco saben esconderse; lo que prueba a las claras que nosotros, videntes, nos escondemos y escondemos al otro lo que sentimos debido a que hemos hecho la experiencia del espejo. La visión de su imagen en el espejo impone al niño la revelación de que su cuerpo es una pequeña masa al lado de tantas otras masas de diferentes dimensiones y sobre todo de la gran masa de los adultos. El no lo sabía. También hay esto de nuevo: el descubrimiento de un rostro y de un cuerpo desde ahora inseparables el uno del otro. Por tanto el niño ya no puede, en la realidad, a partir de la experiencia escópica compartida con otro, confundirse ni con el otro ni con el otro del otro, quiero decir: ni con el padre, ni con la madre, ni con un hermano mayor, lo que gustosamente hacía antes. Tampoco puede confundirse en la realidad con los fantasmas narcisísticos que lo llevaban a imaginarse tal como desearía ser: porque el niño imagina fácilmente que es un autobús, un avión, un tren, un caballo, un pájaro; se advierte esto cuando juega a las onomatopeyas, traduciendo de manera sonora su supuesta identidad; a veces, interpreta un personaje y cree serlo de veras. A partir de la experiencia del espejo, las cosas ya no serán como antes. El niño sabe que ya no puede confundirse con una imagen fantasmática de él mismo, que ya no puede jugar a ser el otro

15. Esa fascinación del niño dejado solo puede detener su búsqueda de comunicación sobre una falsa respuesta, en apariencia menos terrorífica que la soledad, pero respuesta repetitiva de una imagen fijada de sí mismo, fetiche de un otro. Se lo ve adoptar posturas, jugar a hacer muecas, sonreír, hacer como que llora, todo aquello que puede ejercitarlo en la expresión de sentimientos no experimentados. Es el «hacer como si».

que falta a su deseo. *En estos juegos imaginarios en los que gusta fantasmatizar una identidad diferente, aparece en su hablar el «condicional»*: «Yo sería un avión» «Tú serías...».

Para comprender aun mejor este complicado proceso del espejo que exige ser dialectizado para que el trauma que implica quede superado, citemos esta historia, documento que me proporcionó una madre de gemelos univitelinos (es decir, copias exactas uno del otro en su apariencia, pero no en su «naturaleza» ni en su «carácter», según su madre). Estos gemelos, que no se habían separado nunca, nadie es capaz de distinguirlos ni siquiera los parientes cercanos, con excepción de la madre y de un hermanito nacido después que los interpela ya con ayuda de fonemas distintos, discriminándolos sin error. Un día (concurren ya al jardín de infancia), como uno de ellos está resfriado, su madre decide que se quede en casa. Lleva al otro a la escuela. Vuelve, se dedica a sus tareas, y de pronto oye que el hijo que jugaba solo en la habitación está suplicando. El tono de súplica asciende y se torna angustiado, y sin embargo el niño no llama a su madre. Se acerca ésta a la puerta entreabierta, y ve al chico suplicando a su imagen en el espejo del armario que tome el caballo de madera y se suba encima. Su angustia va en aumento. La madre, entonces, entra y se deja ver, llamando a su hijo, que se precipita en sus brazos y, con tono reivindicador y depresivo, le dice: «X...[16] no quiere jugar al caballo». La madre, turbada, comprende que el niño ha tomado su imagen en el espejo por la presencia efectiva de su hermano. Se acerca ella al espejo, con el niño en sus brazos, toma el caballo con ellos y habla de la imagen que se ve en el espejo, que es la de ellos pero que no es ni ella, ni el caballo, ni el hermano ausente. Aquel cuya imagen se ve es él. La madre le recuerda que esa mañana estaba un poco enfermo, pero no su hermano; que ella lo dejó en casa y llevó a su hermano a la escuela, y que lo irá a buscar allí. El niño escucha con intensa atención.

En este caso particular de gemelos tan parecidos, el espejo, que sin embargo estaba colocado sobre la puerta del armario de su habitación, jamás había planteado al niño, todavía, la cuestión de su apariencia. A no dudarlo, cuando se veía en él el niño admitía, y sin duda su hermano hacía lo mismo (tenían más de tres años), que veía a su hermano, sin extrañarse de la bilocuidad de éste. Cuando el hermano gemelo volvió de la escuela, la madre reinició la experiencia con los dos niños, y colocándolos a sus flancos ante el espejo, hizo ver a cada uno su imagen como la de él, y la imagen del otro como la de su hermano. Les explicó que se parecían, que eran hermanos ge-

16. Nombre de su hermano gemelo.

melos, nacidos el mismo día. Sus explicaciones, atentamente escuchadas, planteaban visible y silenciosamente un grave problema a sus hijos.

Antes de la experiencia del espejo plano, era el esquema corporal de la madre, su cuerpo en la realidad, el que daba sentido a las referencias del narcisismo primordial o fundamental de su hijo y las sostenía. Sólo después de la experiencia del espejo es cuando la imagen del cuerpo del bebé da forma a su propio esquema corporal, según el lenguaje que constituye la imagen del cuerpo para el sujeto, en referencia al sujeto madre. El niño sólo descubre su aparente integridad o no, su carácter euforizante o no, si su narcisismo se satisface con la imagen que ve en el espejo [17] y que cualquier otro podría ver.[18]

Este es el momento de la aparición clínica de la identificación primaria: origen del narcisismo primario, el cual sucede al narcisismo primordial que llamo también fundamental. El narcisismo primario no viene a reemplazar al narcisismo fundamental. Está empalmado con él, en el sentido analógico de injerto. Viene a sumarse a él, extendiendo así el campo relacional del niño. La imagen del corazón de la cebolla envuelto en sus túnicas ilustra claramente la relación existente entre narcisismo fundamental y narcisismo primario. Este se superpone a aquél. Primero hace falta el narcisismo fundamental, después el narcisismo primario, con la *reflexión* mental concerniente a sí mismo, referida a la experiencia de la imagen que el espejo *refleja*. Antes, el narcisismo del niño se informa por el inconsciente de la madre y se pone en concordancia con ella, se conforma según la manera en que ella lo mira. Su ser vivo (su «vivancia») en el sentido vegetativo (pasivo), y su «vitalidad» en el sentido animal (motor), su sexo, se adecuan inconscientemente a las emociones que él suscita y que sienten las personas que, al ocuparse de él, reviven la historia de su propio narcisismo, que el niño les hace rememorar. El narcisismo del niño, esta vez como sujeto, se construye así en su relación, día por día, con los deseos de la elegida de su deseo y con sus familiares, con su padre genitor o cualquier adulto que, por ser el compañero habitual de su madre, cualquiera que sea su sexo, cobra a sus ojos valor de cónyuge de la madre.

Reflexionemos: hasta ahora, el niño no ha visto, con sus propios ojos, más que la cara anterior de su cuerpo, tórax, abdomen, miembros superiores e inferiores. Ha sentido los volúmenes de su cuerpo, agujeros, saliencias, relieves, rostros, cue-

17. Imaginemos que, situados frente a un espejo, no viéramos nuestro reflejo. ¡Qué angustia! Pero no habría nada de angustia si esto sucediera antes de la experiencia primera del espejo. A partir de ésta, ninguna superficie reflectante podrá ser considerada como superficie neutra.

18. De aquí procede el gusto por el disfraz, por el maquillaje.

llo, espalda, por el contacto con las manos de su madre primero, después por el contacto de las suyas con aquellas partes de su cuerpo que pueden alcanzar, y por sensaciones de placer o de dolor. Pero, hasta ahora, no se conocía rostro ni expresividad propia. Se palpaba la cabeza, sabía señalar con el dedo orejas, ojos, boca, nariz, frente, mejillas, cabellos, en esos juegos que las madres gustan de practicar con sus hijos; pero no sabía que su rostro es visible para otro como lo es para él el rostro de los demás. Esto lo aprende sobre todo por el espejo, como demostraba yo más arriba, contrariamente al ciego que lo sabe pero que no lo ha «visto».

Sin embargo, *el niño se siente cohesivo ya antes del estadio del espejo,* gracias a las referencias viscerales: por ejemplo, las sutiles sensaciones peristálticas continuas de su tubo digestivo, en el cual siente el itinerario del objeto parcial oral, señalando su estómago cuando ha encontrado buena la comida. Después, lo que percibe del tránsito abdominal; le gusta tocarse y acariciarse el vientre. A continuación, el objeto parcial anal y su expulsión, que lo referencian a sensaciones táctiles y olfativas específicas. Todo esto constituye un continuo cohesivo, interno, limitado al conjunto de su revestimiento cutáneo, que sensaciones táctiles han delimitado en ocasiones como los cuidados maternos y al transporte. Con ello se expresa hasta qué punto la madre, o la nodriza, son realmente el garante del narcisismo fundamental del lactante y ello hasta la marcha, y aun hasta la experiencia adquirida gracias a los retornos reparadores a la madre, luego de las dificultades relacionales con los otros en sociedad. Por ello el reencuentro, de la madre, que sigue el ritmo de referencias específicas, es necesario para la perennidad de la cohesión narcisística del niño. Sólo tras la experiencia especular, que el niño repite experimentalmente con sus idas y venidas deliberadas frente al espejo, comienza en cierto modo a apropiarse de su propio cuerpo, tendiendo así a su narcisismo una trampa, narcisismo que, desde este momento, llevará el nombre de primario. *El parecer se pone a valer, y a veces a prevalecer sobre lo sentido del ser.* En particular su propio rostro, que el espejo le revela y que desde ahora será indisociable de su identidad, solidario de su cuerpo, tórax, tronco, miembros, convence al niño de que es semejante a los otros humanos, uno entre ellos. El descubrimiento de la talla relativa de su cuerpo dentro del marco del espejo no es una cosa obvia. ¿No es acaso ésta la razón por la cual durante tantos siglos predominaron en el arte la ausencia de perspectiva y una dimensión no proporcionada del cuerpo humano respecto del marco arquitectónico?

Así como el niño descubre por la observación del espejo la realidad visible de su ser en el mundo, de frente e inmóvil o casi inmóvil, así la observación de la desnudez de los otros

niños, que él sabe semejantes a él y a quienes ve de espaldas, cabellos sin rostro en la parte superior y nalgas en la parte inferior, le interesa mucho más después de la experiencia escópica que antes. Poco después de la aceptación de los frutos de la experiencia del espejo, el niño descubre que si todos los niños tienen en la parte superior de su cuerpo una cabeza con una cara adelante y cabellos detrás, si en la parte superior de sus piernas tienen, detrás nalgas (si los niños, de espaldas, son todos iguales), de frente, en cambio, no son iguales. Vistos del lado de la cara, algunos tienen abajo una hendidura,[19] como si tuvieran ahí unas pequeñas nalgas, y otros una prolongación. ¿Y entonces qué pasa con su propio cuerpo? ¿Ha visto bien? El niño sufre entonces lo que nosotros llamamos castración primaria, efecto del descubrimiento de la diferencia de sexos; y ésta, naturalmente, es asociada al rostro, pues éste siempre es visible de frente, como el sexo, y con sus orificios, ojos, nariz, boca, delimitado por la masa de los cabellos que referencian el rostro a la cabeza. *Este descubrimiento de su cuerpo por referencia al de los otros niños no puede producirse antes del estadio del espejo. Es su experiencia reiterada lo que permite que la castración primaria sea integrada en la convicción de ser humano,* y no vivida como un fenómeno de animalidad. Verse desnudo, conforme a la desnudez de los otros niños, le permite saber que, así desnudo, se hará hombre o mujer adulto, y no seguirá siendo un perro esa otra criatura cualquiera que antes de la experiencia escópica tal vez creyó. Porque ese momento es precisamente el de las identificaciones animales, sin rostro humano, pues el niño se identifica con todo lo que ve y le interesa. Pero se identifica de manera dominante con su propia imagen en cuanto ha podido reconocerse en el espejo, valorizado por la palabra, aunque sorprendido primero, pero promocionado a ser un humano en medio de los otros, yendo-deviniendo hombre o mujer.

La identificación con el animal, si no es compensada por el conocimiento de sí en cuanto hijo de hombre, hará que las percepciones sentidas en su sexo se eroticen según la manera en que se le habla de ellas, en que se responde a sus preguntas, y que le hacen asociar su sexo positiva o negativamente al narcisismo de su imagen especular. *Hay casos en que el niño no puede integrar con orgullo la particularidad de su sexo, varón o niño.* «Yo» [*Moi-Je*] * no se siente valioso por ser varón

19. Curiosamente, los niños no hablan más que de la «raya» del trasero, esa línea oscura que separa de espaldas el modelo muscular. Es una palabra que habla de lo visible y no de lo *táctil*, como la palabra hendidura, que los niños no utilizan nunca.

* Ante la imposibilidad de traducir este *Moi-Je* en términos castellanos estrictamente equivalentes, se opta por consignar «Yo» [*Moi-Je*], pudiendo remitirse el lector a lo aclarado en la N. de T. de pág. 9. [T.]

o por ser niña, a causa de una referencia al falo propia de su familia, a causa de su lugar en la serie de hermanos o de la importancia relativa del padre o de la madre dentro de la familia (si el padre de su sexo le parece desvalorizado por el otro, o en relación con el otro, en las conversaciones que oye o por los intercambios y comportamientos que observa). En estos casos, los niños se sienten o bien con un rostro correspondiente a lo que son, varón o niña, pero con un sexo anatómico cuyas sensaciones deniegan (posteriormente las reprimirán), no aceptando más que el placer de los funcionamientos de necesidad —estreñimiento, encopresis, presunta cistitis o enuresis—, o bien, por el contrario, con un sexo que corresponde cabalmente al suyo pero que su manera de hablar, de comportarse, no asume. Estos niños no pueden, en sociedad, hacer concordar su rostro y su sexo.[20]

Se crea o superpone al servicio de pulsiones libidinales que el sexo no valoriza un «Yo» [*Moi-Je*] animal, al servicio de las pulsiones de una zona erógena parcial, asociada al sexo antes de la castración primaria; y hay disparidad sentida del rostro humano correspondiente a este sexo, el suyo. En estos casos, el niño siente o bien un rostro, o bien un sexo, domina el uno o el otro pero no se corresponden. Cuando el niño se siente sexuado, se siente animal cuando habla, se siente humano, pero de sexo indeterminado. Entre estos dos modos de su expresión, el sujeto es frágil, no cohesivo. El éxito escolar, al valorizarlo entre los demás niños, puede ayudarlo a guardar las apariencias; pero en estas imágenes de alternativas se fijan psicosis o enclaves psicóticos que permanecen sigilosamente en la estructura neutralizada del niño en cuanto a su sexo, y que a veces se revelarán posteriormente. Porque, sobre esta base disociada, no puede ni adentrarse realmente en el Edipo, ni resolverlo. Es particularmente después de la pubertad, durante las crisis provocadas por difíciles pruebas narcisísticas, sobre todo las tocantes al fracaso de las sublimaciones, cuando se despierta la angustia de las castraciones pregenitales (las derelicciones de los mal vistos).

Es sin duda para desembarazarse de estos resabios pregenitales del deseo que no han pasado por la castración humanizante por lo que son útiles las mímicas, máscaras, disfraces, humanamente desrealizantes, espontáneamente necesarios en los juegos de todos los niños, sanos o neuróticos; pero ignorados por los niños psicóticos que, sin máscara, viven emociones no humanizadas. Probablemente, las fiestas grupales y sociales en que los rostros se cubren con máscaras permiten así a cada uno liberar pulsiones reprimidas y no todas sublimadas en acuerdo con la ética del deseo castrado. Ellas autorizan, en

20. Origen pregenital de la denegación del valor de su propio sexo.

fechas fijas, un desquite colectivo, que desculpabilizan sin duda a los adultos por enclaves que datan de la época en que había incompatibilidad de ciertas pulsiones sexuales con su rostro humano.

O rostro humano, o derecho al sexo: esta contradicción procede de lo que no pudo ser castrado y simbolizado en el momento de las diferentes castraciones, y en particular de la castración primaria, en la época del estadio del espejo.

La castración primaria, en tanto que en ella deben conjugarse a la vez la experiencia, iniciática para lo imaginario, del espejo, y la asunción simbólica del sujeto, cuyo rostro es garante de un deseo en concordancia con su sexo y con el porvenir tal como él lo intuye, merece que le prestemos brevemente nuestra atención. La castración primaria llega después de la integración mental consciente de las leyes éticas orales y anales —prohibición del canibalismo, del vandalismo y del asesinato— que articulan al narcisismo del niño el orgullo o la vergüenza de un actuar, según que sea ético o no ético (humano, sin sexo determinado).

Para introducir el estudio de la castración primaria que vamos a emprender, digamos que hace de puente entre, por un lado, la castración anal a la que está ligada y, por el otro, la castración genital edípica que le sucede directamente. Digamos también que sólo después de la experiencia del espejo, con la dialéctica que conduce a la asunción simbólica del sujeto, experimenta el niño ese sentimiento de vergüenza que lo incita al pudor: no mostrarse desnudo ante quien sería peligroso, o esconderse para ver a los otros desnudos, o no atreverse a mirar a la vez el sexo y el rostro de aquellos que para él son Yo Ideal. Para el niño hay una persona modelo en la realidad, que es el referente de su Yo Ideal. Con el Edipo, se revela para el niño el sexo de esta persona. La vergüenza o el orgullo que se manifiestan tras el descubrimiento del rostro y del sexo correspondiéndose entre sí, se expresa por el porte de la cabeza, la mirada directa o no, la gracia del cuerpo en su prestancia y movimientos, o, por el contrario, en una actitud ladeada, suerte de máscara que puede adoptar de manera crónica el *habitus* de alguien que tiene vergüenza de su sexo, y no sólo de su sexo sino también de sus deseos no castrados: deseos que su rostro no puede asumir sin correr el riesgo de perder su apariencia. Porque, después del estadio del espejo y de la castración primaria, las muecas, las máscaras, los disfraces, se convierten en recurso para negociar, camuflándolos, los sentimientos de impotencia o de vergüenza que el niño experimenta al sentir pulsiones que podrían hacerle perder las apariencias, o denegar el valor de su sexo genital.

Cuando la experiencia del espejo queda integrada, sea cual

fuere el modo de esta integración, las representaciones de personas se modifican. La intuición que el niño poseía de su verdad y de la primacía de su imagen inconsciente del cuerpo, del orden de lo invisible pero que él representaba en sus dibujos y modelados, da paso a representaciones de imágenes conscientemente valiosas y visibles. El niño dibuja personajes que son como él querría que el espejo le devolviese la imagen de su cuerpo: en una apariencia acorde con su narcisismo. Presta a las figuras humanas características reconocibles y atributos simbólicos masculinos o femeninos si él está orgulloso del sexo que posee.

Si su pertenencia a su sexo lo hace desdichado, sus dibujos traducen, mediante referencias arcaicas, el modo de educación oral y anal que recibió en lo relativo a la aceptación de su rostro, de su cuerpo y de su sexo. En cualquier caso, después del estadio del espejo los dibujos enfatizan, mucho más que las imágenes inconscientes del cuerpo, las representaciones de los artificios vestimentarios y los objetos parciales, accesorios asociados a sus personajes y destinados a valorizarlos.

Los niños se proyectan en estos personajes, y estos atributos de poder y de rol a desempeñar prueban que el sexo, por sí mismo, siempre es un problema; esto durará todo el período preedípico y luego el período de latencia, y este rasgo caracteriza de hecho los dibujos de niños a partir de la castración primaria, aun cuando ésta sea exitosa y otro tanto sucede con la castración genital ulterior.

En efecto, *la ética que desde nuestra primera infancia centra nuestro narcisismo, garante de nuestra cohesión, tiene como momentos cruciales aquellos en que nos defendemos de la pérdida de las ilusiones que se refieren a nuestro cuerpo, a nuestro rostro, a nuestro sexo, o a nuestra potencia, siempre asociados a la angustia de castración.* La identidad, subyacente en cada uno de nosotros, de quien asume plenamente nuestras emociones, nuestras palabras y nuestros actos, plantea serios problemas. El narcisismo es necesario para defender la cohesión del sujeto en su relación con su Yo (su cuerpo), y a través de él, con la apariencia que ofrece, la cual, en ciertas situaciones relacionales, debe desdeñar en mayor o menor medida su identidad deseante subyacente (imagen del cuerpo inconsciente), para no exponerse a riesgos de retorsión. Todo esto plantea serios problemas. En el curso del Edipo, y aun durante toda la vida, nos complacemos en conquistar identificaciones sucesivas y en perseguir su exaltación. *Estas identificaciones proceden, sencillamente, del desplazamiento del valor atribuido al falo; pero ninguna de estas identificaciones puede responder de nuestra identidad deseante* desconocida que, por su parte, después de la castración primaria, ¡carece de imagen inconsciente del cuerpo! Esta identidad desconocida de cada uno de noso-

tros, tanto varón como niña, sin duda está amarrada a la liminar y luminosa percepción del primer rostro inclinado sobre el nuestro. ¿Brillaba esta mirada con expresión de amor al acogernos, a nosotros que éramos el nuevo huésped desconocido en el hogar de nuestros padres? ¿Era el rostro de un técnico profesional en partos? En cualquier caso, la mirada de este rostro humano es el primer punto de referencia para nuestra identidad-valor.

✳ La castracion primaria a veces llamada castracion genital no edipica

Se trata del descubrimiento de la diferencia sexual entre niñas y varones.

Hemos visto al niño llegar, después de los treinta meses, al nivel de desarrollo que le permite la motricidad, la deambulación, esté bien o mal educado, hable o no. Debido a que tiene manos y una laringe, manifiesta en sus juegos, en sus intercambios con los otros, las suficientes sublimaciones concernientes a las pulsiones de la época oral —olfato, gusto, vista, oído, tacto— como para realizar observaciones y experiencias sensoriales personales.

Ciertamente, ha conocido el espejo y observado todas las regiones corporales homólogas a las suyas en el prójimo, se le hayan procurado o no las palabras que las significan.

Así, la visión del trasero de otro niño le aporta la revelación de las formas nalgatorias en lo que tienen de visible, mientras que, salvo eventualmente y muy rara vez por juego de espejos, no ha conocido, en su forma, más que la cara anterior de su propio cuerpo. Unicamente sus sensaciones táctiles le permitieron, por placer o molestia, sentir la región posterior de su pelvis, por ejemplo cuando lo limpiaban.[21]

Como corolario, la cara anterior de la pelvis, que sirve para la micción urinaria y caracteriza al sexo, sólo es observada por el niño en lo que respecta a su diferencia de formas masculina o femenina en general después de los treinta meses. (Asimismo, mientras que en casa ve a los adultos, padres, hermanos y hermanas desnudos, cuando es pequeño no repara en el sistema piloso corporal de las demás personas.) De hecho, sólo una vez que ha conocido la cara posterior del cuerpo del otro

21. Pienso en esos niños que cuando hacen una tontería reciben una paliza en el trasero: ahí, pues, es donde madre y padre sitúan el origen intencional del deseo en su hijo. Por qué no habrán de creerlo los niños, tan inocentes, que gozan diciendo escandalosa y salazmente «pipí» y ««caca», ¡pero que lo crean también los adultos, y que encuentren chocantes estas palabras! ¡Y que imaginen que valorizando el trasero están educando!

se interesa el niño por la cara anterior de la pelvis: tanto la suya, en el espejo, como la del otro.

En cambio, esta cara anterior ya le ha supuesto un problema cuando, sentado en las rodillas del adulto, comparaba el pecho de las mujeres con el tórax de los hombres. ¿Por qué él mismo, niña o varón, al mirarse en el espejo y palparse el tórax, comprueba que no tiene senos? ¿Por qué no los tiene su padre? Los niños de esta edad verbalizan todas estas preguntas, cuando tiene libertad para usar palabras relativas al cuerpo. Y las palabras que se les dicen en lo que concierne a estas diferencias del cuerpo los incitan a suponer, sobre todo si son varones, que la protrusión palpable de su sexo y del sexo de los hombres es de la misma naturaleza que esta otra protrusión, palpable en el tórax de las mujeres: los pechos. No es raro que los niños, y no solamente los muy pequeños, no tengan más palabras para calificar los pechos de las mujeres que las de «lolo» o «pi»,* nombres que, por extensión, dan a su sexo propio: en la lengua francesa ** la palabra «pi», duplicada, pasa a ser «pipí», así como en francés «lolo» es la repetición del fonema del elemento vital que, como la leche del pecho de la madre, calma la sed: el agua.*** La palabra «pi», onomatopeya de chorros sucesivos, que se les da para las ubres de las vacas o cabras ordeñadas a mano, se redobla para significar lo que llaman el «grifo» («canilla») de los varones, o sea el pene, término éste que rara vez se utiliza con los niños. Al suscitarse este interés por los pechos y el pene, interés que el niño traduce con las palabras que se hallan a su disposición, el niño, mujer o varón, se plantea la cuestión de la diferencia de formas entre el cuerpo de los hombres y el de las mujeres, entre el de los varones y el de las niñas. ¿Cómo puede ser que los varones tengan uno abajo, los papás también, las mamás también (esto es obvio), y que las mamás tengan dos arriba, mientras que las niñas no tienen nada tan bello ni tan funcional, ni abajo ni arriba?

No hay duda de que la diferencia ya está expresada en las frases: «Eres una niñita», «Eres un niño», pero aún no ha sido referenciada al cuerpo; a lo sumo a «maneras» conformes con lo que se espera de una niña o de un varón. El niño descubre la diferencia a través de preguntas relativas al cuerpo diferente que presentan sus padres; pero, para eso, también es preciso que advierta que del lado posterior del cuerpo *no* hay diferencia entre chicas y varones. Esto trae aparejada la curiosidad por la delantera diferente. Cuando los padres se limitan a emplear el término «trasero» o «popó» para designar

* Denominaciones familiares intraducibles. [T.]
** Y castellana. [T.]
*** *Lo* es homófono de *l'eau*, «agua». [T.]

la pelvis del niño, indistintamente respecto de la parte anterior como de la posterior, lo complican todo, aun si, discriminando la zona por su funcionamiento, añaden a «popó» o a «trasero» el adjetivo «grande» o «pequeño».* La primera visión clara, para un niño, de lo curioso que es el sexo de una niña, significa un choque, así como la primera visión clara, para una niña, del sexo de un niño. No hay caso en el que, si los niños pueden hablar con libertad, no reaccionen abruptamente a esta primera visión. El chico piensa que las nenas tienen un pene, pero que está escondido, momentáneamente, para adentro; y las niñas, todas, realizan de inmediato un gesto raptor, irreflexivo. Cuántas de ellas, según los testimonios de los padres, dicen: «Eso es mío, me lo has quitado». No hacen preguntas, raptan, ¡convencidas de su derecho! En cuanto al varón, este interés le desconcierta, o bien suelta una carcajada y corre a decírselo a quien quiera escucharlo. Precisamente en conexión con esta experiencia del descubrimiento y las preguntas indirectas o directas tocantes a la diferencia sexual, deben darse respuestas verdaderas al niño de ambos sexos, que confirmen el acierto de su observación y lo feliciten por haberse percatado de una diferencia que siempre existió. *Las palabras verdaderas que expresan la conformidad de su sexo con un futuro de mujer o de hombre, proporcionan valor de lenguaje y valor social a su sexo y al propio niño*; y preparan un porvenir sano para su genitalidad, a una edad en que las pulsiones genitales no son aún predominantes. Desde pequeño, el niño oye que es varón o chica; pero se trata de una referencia puramente verbal, que no halla correspondencia con su observación del cuerpo. Es una palabra que contiene juicios éticos bastante vagos, según las familias y, encima, ideas desagradables o agradables para las mamás o los papás que habrían deseado o no, al nacer el pequeño, un hijo de sexo diferente al suyo. En las conversaciones corrientes de la vida, se dice que las niñas son coquetas y los varones bruscos. Las niñas lloran, los varones no deben llorar. Las niñas son delicadas, y los varones supuestamente temerarios. ¡Cuántas afirmaciones ociosas no oirán los niños, referentes a una diferencia no obstante sexual, mucho antes de saber cómo referirlas a los genitales! ¡Y cuántos niños quedan abandonados sin explicaciones a esta observación, fundadora de su inteligencia general y de su afectividad! Porque ella es la base de todas las discriminaciones significantes que dan sustento a las comparaciones, las diferencias, las analogías, la inducción, la deducción y al vocabulario del parentesco, de la ciudadanía, de la responsabilidad.

* Denominaciones también de uso familiar, sin equivalentes exactos en el habla castellana. [T.] Tal vez la palabra «cola» —en español— sea tributaria de esta indistinción. [R.]

Es indispensable que los niños, cuando expresan su curiosidad o sus dudas sobre sus observaciones, o cuando a veces, por prudencia, acusan a otro niño de interesarse por ver o mostrar esa región, o incluso cuando sostienen lo falso para conocer lo verdadero, reciban en ese preciso momento no la orden de callarse ni palabras que los ridiculicen, sino las palabras justas del vocabulario referentes a su observación, a las formas fisiológicas de su sexo, del de los otros: formas que hacen que, desde su nacimiento, un bebé sea inscrito en el Registro como varón o mujer, y que, al crecer, se haga hombre como su padre o mujer como su madre. Palabras verdaderas, justas y simples: ¡qué difícil parece ser esto! O bien escuchan una clase magistral, acompañada de moralejas, de advertencias; o bien, más a menudo, una negativa: «Este no es el momento, es demasiado importante para contestarte ahora». ¡Como si hiciera falta un cara a cara, en última instancia erotizado, y términos botánicos o zoológicos! Fuera de que casi siempre sólo se proponen términos de funcionamiento, que confirman la ilusión de una forma de utilidad urinaria, para confundir las pistas de la curiosidad relativa al placer que el niño conoce ya y a su cuestionamiento: para qué sirven la erección, el sexo (que se observan), o para qué sirve lo que se siente con eso, tan interesante, tan emocionante, sobre todo cuando se trata de las niñas, que no tienen, o que no pueden, hablar de la erección peniana, y que en el lugar donde sienten no se ve nada.

Muchos adultos —los psicoanalistas los oímos, en el diván, y los médicos también pueden atestiguarlo— siguen sin tener, para designar sus órganos sexuales, más que palabras infantiles, en las cuales la función sirve para denominar el órgano, o motes en definitiva peyorativos, picarescos o argóticos. De aquí proviene sin duda, de genitores a engendrados, de padre a hijo, de madre a hija, la imposible información dada por los padres a los niños, quienes sin embargo lo esperan todo de sus explicaciones. Esperan sobre todo que no se dé muerte al deseo ni al placer: porque esto es lo que más le importa al niño, que lo ha descubierto mucho antes de advertir la distinción entre el placer que acompaña a la liberación excremencial y el que él siente ya sea por manipulación de esta zona, ya sea en ciertos momentos emocionales de cuya explicación carece. *Hacia los treinta meses*, acabando el período anal —pero puede ser más tarde—, *la pulsión epistemológica del niño sitia en el «para qué sirve»* y respecto de lo que fuere, buscando respuesta sobre lo útil, lo inútil, lo agradable o lo desagradable, a corto o a largo plazo; en síntesis, sobre lo que suministraba ya los criterios de satisfacción o de renunciamiento ante los peligros de las pulsiones orales y anales. Uno de estos peligros, bien corriente, es disgustar a mamá, y este displacer el niño lo constata en torno al placer que a él le procuran sus excrementos.

La constatación de este displacer es uno de los medios con que cuenta el niño para discriminar lo que corresponde a lo sexual en relación con lo excremencial, mientras que al principio ambos están confundidos. Confundidos sobre todo en el varón, dado que hasta los veintiocho o treinta meses no puede orinar sin erección. Sólo después las erecciones independientes de la micción hacen de este órgano, que se mueve solo y sin finalidad funcional, un problema. No tiene entonces la posibilidad de descifrar él solo el sentido de lo que experimenta. En cuanto a la niña, muy tempranamente la función urinaria pierde relación con el placer de las sensaciones clitoridianas y vaginales. Además las niñas son más precoces, pero quizá, como sus órganos en erección, es decir, cuando experimentan su sensación de variancia, no se ven, tienen más dificultad para hablar de ello. Se trata de sensaciones íntimas, sin correspondencia visible con el testimonio que de ellas podrían dar.

Para cualquier niño sus padres son los poseedores de todo el saber, y sus dichos tienen autoridad, después del destete, en todo cuanto incumbe al tomar, al actuar, al hacer del niño que tienen bajo su tutela.

Con la maduración neuromuscular, el desplazamiento del interés —que del tránsito digestivo se dirige a la deambulación por el espacio— hace que el niño registre, respecto de los dichos y de los actos, el carácter agradable o desagradable que percibe de ellos tanto en su propio cuerpo como en la armonía de sus relaciones emocionales con su entorno. La castración brindada por la instancia tutelar con palabras (y también con el ejemplo, en los mejores casos), es decir, las prohibiciones que limitan la libertad del niño, conciernen a lo bueno y lo malo para su cuerpo y para el del otro, para las cosas y los seres vivos, las plantas y los animales, en acuerdo o en contradicción con el placer experimentado al llevar a la práctica sus deseos o al frenarlos por sujeción a los del otro. El niño es iniciado por los adultos tutelares en lo posible y en lo imposible, según la naturaleza de las cosas, según lo prohibido o lo permitido que a ellas se refieren, y que en ocasiones dependen de un saber tecnológico experimentado relativo a la edad, el tiempo, el espacio, los dichos del adulto, más aún que a la experiencia directa que tiene el pequeño de lo posible y de lo imposible. «Más adelante, cuando seas grande», se le contesta a veces. El criterio de lo imposible, que él intuye y que se le enseña (verídico o no, según la ansiedad de la instancia tutelar), tal es el auténtico peligro, a corto o largo plazo, y, su corolario, la prohibición de dañarse o de dañar a otro a sabiendas. Golpearse, lastimarse, enfermarse, envenenarse, cortarse, mutilarse, quizás incluso morir, éstas son las palabras que ha oído y que le plantean un problema a propósito de todo aquello que

lo tienta y que se le prohíbe. Lo bueno y lo malo se relacionan con el cuerpo; pero lo feo, lo ruin, con lo visto por el otro. El bien y el mal son algo muy complicado con respecto a lo bueno y a lo malo, porque lo bueno, tomado en exceso, puede hacerse malo, y está mal desobedecer a la instancia tutelar tomando en exceso lo que es bueno. A veces está bien no actuar, aunque tiente hacerlo, porque este hacer sería bueno pero estaría mal para otro o si fuera observado por la instancia tutelar.

Todo lo realizado por el trabajo mental discriminativo del niño inteligente, desde que es introducido en el lenguaje, le hace elaborar un sistema de valores, una ética concerniente a lo imaginario y a la realidad, mientras que él se encuentra, porque es un ser viviente, a la búsqueda del placer, siempre meta del deseo, inconsciente o consciente. Está el placer «por decir» o en broma, el que se siente hablando; y también el placer «de verdad», «de veras», el que se siente al realizar lo que se desea. Ello subtiende todas las sublimaciones de las pulsiones en los niños de ambos sexos. Por introyección de las palabras del adulto, de las conductas del adulto que el niño observa y de las que depende para sobrevivir, la imagen inconsciente del cuerpo (recordemos que es triple: basal, funcional y erógena) se estructura desde la primera castración umbilical, luego el destete y luego la independencia motriz. Se estructura informando el esquema corporal con los dichos parentales en cuanto que limitan las iniciativas del niño (pre-Superyó), porque éstas pondrían en peligro la cohesión del sujeto y de su cuerpo por la que se mediatiza su relación con su objeto de amor: madre, padre, persona tutelar. «Mamá-Papá» o «Papá-Mamá», instancia bicéfala en cuanto objeto familiar a manipular y, en cuanto relación matizada con cada uno de ellos, a adular diferentemente según el caso, pero siempre, fatalmente, proyectando sobre los dos el narcisismo del hijo.

El niño, hacia los tres años, según la iniciación verbal y los ejemplos recibidos, conoce ya su apellido, su dirección, su pertenencia familiar. Sabe automaternarse lo suficiente como para no morir de hambre o de frío si tiene qué comer y con qué abrigarse dentro del espacio que lo circunda, sabe encontrar interés y placer en todo cuanto lo rodea sin excesivos riesgos, y si conoce el espacio en el que sus familiares lo han introducido, sabe ya conducirse, es decir, autopaternarse. Este niño, nena o varón, crece deseoso de identificarse con los adultos tutelares, progenitores y hermanos mayores. Y es entonces cuando su observación y su deseo de saber —pulsión fundamental de todo ser humano que le lleva, respecto de todo, a investigar para qué sirve, de qué está hecho, cómo funciona y por qué— le permiten descubrir claramente la diferencia sexual, sorprendente descubrimiento inmediatamente referido al pla-

cer específico que esta región, al ser excitada, procura. Es bueno, es agradable, ¿por qué? ¿Para qué sirve? ¿Acaso no estará bien? ¿Por qué?

«Porque eres muy chiquito —se le dice con aire incómodo—, cuando seas grande lo sabrás. —¿Y cuando sea grande, seré como tú?, dice el chico a su mamá o la chica a su papá. —Vamos, no digas tonterías —se le contesta—, serás como. . serás... no lo sé. Hablemos de otra cosa.»

De manera que hacer estas preguntas tiene algo, misteriosamente, de malo, de prohibido. Lo que sucede es que los padres, adultos que han olvidado por completo la manera de pensar y sentir de su primera infancia (cosa que Freud descubrió y que denominó represión) se sienten cuestionados en lo más íntimo de sí mismos; y quedan pasmados, y se sienten casi molestos al revelárseles que su hijo experimenta un placer que ellos creían reservado a los adultos, en relación con emociones que imaginaban ligadas a un sexo completamente desarrollado, en un cuerpo de caracteres sexuales secundarios enteramente visibles. Para un adulto, el deseo y el amor antes de la pubertad son impensables; y la posibilidad de un orgasmo sexual aún más. El adulto interrogado piensa, pues, que es inútil responder a preguntas que les parecen desprovistas de fundamento. Pero el niño comprende el malestar de los padres de una manera bien distinta.

El niño que ve que el sexo de otro es diferente del suyo tiene el fantasma de que se trata de una anomalía o de una mutilación: ¿padecida?, ¿aceptada?, ¿efectuada por los padres? Es el mismo fantasma que en ocasiones despierta demasiado precozmente al niño a su genitalidad. Los padres lo han olvidado. Pero el malestar que el niño constata en el adulto le confirma que sin duda fueron ellos quienes hicieron eso con él o con otro, ellos quienes lo quisieron, y ¿por qué? De aquí una angustia absolutamente inútil, que se agrega a la primera angustia de despertar, inevitable y necesaria, dado el modo de razonamiento del pequeñito hasta entonces, bien sea por su lógica de las formas (parecido-no parecido, grande-pequeño, más-menos, bueno-malo, posible-imposible), bien sea por su lógica de los funcionamientos de su cuerpo, siempre acompañados por apreciaciones de las personas tutelares (es bonito o feo, ha comido bien o ha comido mal, ha estado muy enfermo, mira cómo te has puesto, etc.).

Así pues, el inconveniente de las no respuestas o de las respuestas inadecuadas a las preguntas del niño sobre el sexo es el de confirmar su hipótesis: fueron los padres los que cortaron algo o tramaron aquello. Opinión más creíble aún para el niño cuando es testigo de disputas entre padres que ya no pueden hacer concordar su deseo sexual y su amor. Hay un malentendido inherente a la edad respectiva del que pregunta y del que

responde; pero también hay un no-entendible en ciertas preguntas de los niños, porque tocan a lo más profundo del sufrimiento afectivo y psíquico de los adultos, es decir, a sus propias angustias de castración y a sus difíciles y actuales trances de impotencia.

En la mayoría de los casos —que evolucionarán saludablemente gracias a un entorno educativo que posibilite al niño la inteligencia de lo que observa, y que ame al niño como futuro hombre o futura mujer—, la aceptación de la castración primaria implica para el niño de ambos sexos la valorización del pene en cuanto forma bella y deseable. Esta bella forma del pene se inscribe en la continuidad de la bella forma del pecho. En cuanto a la niña, sólo en un segundo tiempo y después de la reflexión admite que para su cuerpo es más válido no tener pene para hacer pipí: dado que, por una parte, ella puede hacer pipí (no de pie, ciertamente, pero puede); y, por la otra, hurgando en la zona con la idea de que tal vez tiene uno o le crecerá, ha descubierto el clítoris, y éste al fin y al cabo le procura muchas satisfacciones; finalmente, al aprender que su madre y las mujeres hechas como ella están conformes, deduce de esto que ésa es la condición para ser mamá, para tener o hacer bebés (concebir no es algo todavía pensable) y gustar a los papás.

¡Entonces, bien está no tener pene! Aceptemos este agujero y este botón (la vagina y el clítoris), como ellas los llaman. Y además están los otros dos botones del pecho. «¿Cuándo se convertirán en pechos para dar de mamar a mis bebés?» Pregunta de niña. Que conforta a la imagen del cuerpo de la niña, imagen inconsciente, y conforta a la niña, conscientemente, en la aceptación de su esquema corporal. Ella acepta más fácilmente que el varón la castración uroanal, es decir, el renunciamiento al placer erótico con el objeto excremencial. La continencia esfinteriana va seguida de la sublimación de las pulsiones táctiles en la destreza manual, tal como la niña la observa en el hábil desempeño de las mujeres en el hogar. Asimismo, el placer motor muscular se desplaza mucho más rápidamente en las chicas que en los chicos, del narcisismo del peristaltismo erógeno y de la manipulación del cuerpo en la región vulvar, sobre el placer procurado por las labores seudodomésticas de mantenimiento de la casa, de cuidado de las muñecas, sustitutos de hijos, y sobre la pulcritud de su cuerpo, el arreglo de su peinado, sobre su vestimenta; en síntesis, sobre la coquetería, la preocupación por sus vestidos, el gusto por los pliegues, los botones, bolsillos, cintas, nudos...

Observemos a los niños de esta edad que pasan bien este período. Las chicas, que no tienen pelos en la lengua, niegan a los varones el valor de su pene, sin creer demasiado en ello, felices, cuando pueden, de verlos «hacer pipí», de contemplar

lo «fuertes» que son cuando se pegan, pero: «¡Ustedes no, nosotras las chicas sí seremos mamás y tendremos bebés!». De ahí el jugar a las muñecas, clásico juego de nena, o al menos considerado como tal, mientras que es, en efecto, juego de nena pero juego erótico en lo que respecta al hijo fetiche fálico anal, como para el varón el juego de los autitos: desplazamiento del objeto parcial excremencial sobre un objeto fetiche anouretral que él mismo conduce, del que es amo y al que adora. Así como los juegos con armas corresponden al desplazamiento del fetichismo del objeto parcial peniano, cuando el niño ha aceptado el control de la continencia. Como podemos observar, la niña se dedica a juegos de desplazamiento de objeto parcial anal con los que se ejercita en la maternidad, y el niño a juegos de desplazamiento de objeto sexual parcial anal y uretral (interno y externo —el pene—) donde expresa su virilidad en devenir. El varón experimenta una contrariedad ante esta presunta superioridad de las niñas que no poseen pene pero que tendrán bebés, salvo si se les enseña, al mismo tiempo que a las chiquillas que de este modo creen triunfar sobre su presunta superioridad en la diferencia sexual aparente, que una mujer no puede tener hijos sino a condición de que un hombre, el padre del niño, dé a la mujer, en la unión sexual, la posibilidad de concebirlo.

En este preciso momento debe hacerse saber con palabras que el padre y la madre están tan implicados y son tan responsables el uno como el otro en la fecundidad, es decir, en la concepción del niño. Todo niño de tres años y más, cuando pregunta «¿El sexo, para qué sirve?», debe oír claramente expresado lo que constituye la fecundidad de los seres humanos, es decir, la responsabilidad humana de paternidad y maternidad en la unión de los sexos. Esto es perfectamente posible, y los padres que encuentran dificultad con estas respuestas pueden hacerlo tras haber hablado de la cuestión con un psicoanalista. Cuando el niño no conoce a su genitor, o más raramente a su genitora y es criado por un padre solo o con la ayuda amistosa de un o una reemplazante, para los padres es mucho más difícil responder. Y, sin embargo, es indispensable.

Responder claramente la verdad se traduce por una alusión implícita o, mejor, explícita, a la unión sexual de los genitores, acto deliberado o no durante el cual el niño ha sido concebido, y a menudo a espaldas del deseo consciente o del goce de los genitores. Todo niño conoce algo del placer sexual y es sensible a la forma en que los adultos, sin nombrarlo, se refieren, al mismo tiempo que a su concepción, a su amor recíproco, a su propio placer, o su no-placer. El tiempo transcurrido entre la concepción y el nacimiento, que enfatiza el papel materno, da también a los progenitores la posibilidad de ofrecer al niño su status de sujeto. Es él quien, una vez concebido, ha asumido

cada día su parte en la simbiosis fetomaternal. Esta respuesta clara acerca de la concepción abre la posibilidad de una palabra verídica del adulto sobre el placer sexual, que no siempre está forzosamente al servicio de la fecundidad. Si no se les dice esta verdad, los inocentes imaginan el acto sexual como estrictamente funcional, animal, zoológico, «operacional». «Lo habéis hecho dos veces» (si hay dos hijos). Y con ello se los induce a una incomprensión total y cada vez mayor, al crecer, de sus emociones sentimentales y de los deseos experimentados en su cuerpo, al evocar y/o ver a aquellos o aquellas a quienes desean y aman.

Que la llegada al mundo de un niño sea asunto de un deseo y de placer recíprocos de sujetos que se buscan, se hablan y, en el encuentro concertado, han llamado hacia sí al ser que han concebido, sabiéndolo o no (esperándolo o pretendiendo evitarlo), esto es lo que, dicho con palabras que el niño percibe como verídicas, le revela la humanización de la sexualidad genital, lenguaje de vida y no sólo proceso funcional.

La filiación y la parentalidad responsables de este niño, de las que también hay que hablarle, dan su sentido fundamental a su vida tal como ella se ha inaugurado: fácil, difícil o imposible de asumir por sus genitores. Y esta verdad hablada lo humaniza definitivamente, en relación con lo que ha podido ver y saber acerca del celo, los acoplamientos, la maternidad entre los mamíferos, entre los pájaros, y la camaradería parental que practican. Por lo general, a los niños no se les explica claramente la fecundación en los animales. Aun cuando hoy en día no se elude informarlos sobre la tecnología de la fecundación y del parto entre los animales, casi siempre se lo hace empleando términos ambiguos: por ejemplo, el acoplamiento para la inseminación de un animal doméstico es llamado «casamiento», el celo instintivo y estacional de los animales se verbaliza en términos de deseo y de amor, como si se tratara de seres humanos.

Sin una explicación verbal de la responsabilidad en la concepción y la crianza del lactante, y posteriormente en la educación del niño, procedente del genitor o de un reemplazante paternante, de la genitora o de una reemplazante nodriza, el niño no puede comprender el vocabulario del parentesco, en particular el vocabulario relacional entre los adultos familiares y él. *Sólo el conocimiento de la unión sexual le permite comprender el sentido simbólico de las palabras de la parentalidad de cuerpo, de la parentalidad afectiva o de corazón, y de la parentalidad social*, es decir, la nominación por un patronímico legal, inscrito en el Registro del estado civil, patronímico que el niño lleva toda su vida. La diferenciación de estas acepciones del término parentalidad —acepción paterna y materna, carnal,

afectiva, legal— posibilita al niño la inteligencia de las relaciones simbólicas.

Se me dirá que el niño de entre tres y cuatro años no comprende nada de todo esto. No es verdad; él intuye su sentido, si las palabras acotan una realidad que él ha experimentado; palabras justas para el adulto, y que él siente justas, lo construyen como ser humano. Tiene necesidad de saber que su padre, como él, fue concebido por la unión sexual de un hombre con su abuela paterna, y que el hombre que dio su apellido a su padre es su abuelo paterno. Sus tíos y tías paternos también fueron concebidos por el mismo hombre o, en todo caso, fue el mismo hombre, el abuelo paterno, quien les dio su apellido y se mostró, ante la Ley, responsable de ellos, a través de su madre, la esposa, que es para él la abuela paterna. De igual manera, necesita saber que su madre fue concebida del abuelo materno y de la abuela materna, esa que él conoce u otra de quien su madre le habla. Sus tíos y tías del lado materno lo son porque son hermanos y hermanas de su madre, lo cual significa que nacieron de la misma madre que su madre, o del mismo padre que su padre, o bien de la unión sexual de este mismo abuelo con esta misma abuela. Comprende entonces que sus tíos y tías sean más jóvenes o de más edad que su madre. El es su sobrino o su sobrina, los hijos de ellos son sus primos o primas; lo mismo del lado del linaje paterno. Y si, por la razón que fuere, el niño no tiene parentesco legal del lado de uno u otro de sus padres, se le debe proporcionar la explicación verídica de ello. Esta explicación del vocabulario del parentesco carece de sentido si la unión sexual no es mencionada como origen del nacimiento y de la filiación del niño, asumida por quien le ha dado su apellido, y que después lo ha criado o no.

El varón —que goza ya en su imagen del cuerpo de su valor erótico peniano, tanto por la imagen funcional anouretral de la excrementación como por la masturbación, en parte sublimadas sobre objetos lúdicos y utilitarios que es preciso dominar, y que con ello se narcisiza como varón— es despertado así a la conciencia no sólo del placer que experimentará como hombre en la unión sexual de los amantes, sino también de lo que habrá de ser su valor social de compañeros, tal vez de marido de una mujer a la que amará; y sobre todo del valor procreador de su padre y de su abuelo a quienes, hasta entonces, sólo veía como satélites, compañeros, cómplices, comparsas, agradables o no, de la madre o la abuela. Todo niño de padre desconocido no para hasta saber de quién lo concibió su madre. He visto muchos hijos de madre soltera manifestando numerosos y diversos trastornos del comportamiento como efecto de no respondérseles a una pregunta implícita o indirectamente explícita referente a su padre: «¿Para qué lo necesi-

tas, acaso no somos felices?». «¿No tienes a tu tío, a tu abuela?». Estas son las palabras que un niño oye cuando plantea la cuestión, tan sólo indirecta: «¿Por qué los demás niños tienen papá?». Veamos, por ejemplo, un niño mestizo con los cabellos tan crespos como los de un africano y cuya madre era rubia; como él se le quejaba de las preguntas que le hacían sus compañeros sobre el color de su piel, ella respondió: «Te has bronceado en tus vacaciones, en la montaña, eso es todo. —¿Y por qué me llaman "negro"?». La madre no encontró nada mejor para decir que esto: «Son unos groseros, unos maleducados».

Cuando se trata de niños aún no muy crecidos, entre los tres y los cinco años o incluso un poco más, pero cuyo problema es éste, el de su genitud,[22] una respuesta verdadera de su madre puede restablecerlos en el orden de un comportamiento humanizado. En ocasiones es necesario que ella trabaje con un psicoanalista en la comprensión de lo que sucede, para poder decir esa verdad con las palabras más simples. Esto es lo que el niño precisa conocer y, de pregunta en respuesta, comprender. Y esto es lo que le da las bases sanas para el reencuentro de lo que no sé denominar de otro modo que como su orden. Pero para eso no es indispensable ir a ver a un psicoanalista. Toda madre, si supiera cuán importante es esto, podría responder a su hijo. En muchos casos similares vi tan sólo a la madre. En algunos, fue inútil introducir a una tercera persona, el psicoanalista, en el trabajo de información humanizante del niño. La madre podía bastar, con sólo que hubiese comprendido sus resistencias. Pero la verdad sobre la genitud del niño puede ser dicha también por el abuelo, por cualquier persona que quiera al niño y que conozca su historia, y que pueda entonces contársela con respeto por la unión sexual que lo engendró, sin censurar a uno u otro de sus genitores. Es necesario decir la realidad de los hechos y, de ser posible, aportar precisiones sobre el apellido, sobre la familia misma del genitor, sobre las razones que llevaron a los padres a unirse y después a separarse. Este ser humano, el niño, es él mismo el origen de su propia vida: su deseo lo hizo encarnarse, permanecer en la matriz un día y otro, con esa mujer que era feliz de llevarlo en su seno o que tenía dificultades para ello. Todo esto su cuerpo lo ha vivido, y todo, pues, puede ser hablado para que todo se humanice, para que nada permanezca en una seudoanimalidad y organicidad, porque *nada es únicamente orgánico en el ser humano, todo es también simbólico.* Al conocer la verdad de la unión sexual de sus padres, que ha sido origen de su vida, la inteligencia de los niños hace eclosión, reforzada por el conocimiento de su filiación, permitién-

22. Con este término significo, a la vez, las potencias físicas de la procreación y la asunción del deseo bajo la propia responsabilidad.

doles dar sentido a los sentimientos que les inspiran su madre, su padre y sus respectivos linajes, si tienen la suerte de tenerlos. Pero para la mentalidad de un niño se trata de un deseo que no es más que verbalmente genital por el momento. La responsabilidad, aceptada o esquivada, de sus padres, de asumirlo parcialmente, totalmente o nada en absoluto al traerlo al mundo, esto él todavía no puede comprenderlo, y además no hay discurso moral que hacerle oír actualmente sobre los hechos verídicos de su historia. Ser papá o mamá es para el niño una representación funcional y sin duda erótica, pero para él se trata de funciones de zonas erógenas parciales del cuerpo, cuyo supuesto placer es del orden del que él se procura a través de la masturbación, con el añadido de fantasmas de felicidad de a dos, el chico con su madre o una princesa, la nena con su padre o un príncipe encantado, pero sin la sombra de una rivalidad. Aún no es el Edipo. Si el niño no comprende lo que sucede en cuanto a la responsabilidad y la mutación narcisística que implican la maternidad y la paternidad para sus padres, esto, para él, no se halla en contradicción con lo que cree fue su dicha ante su nacimiento: ellos están contentos de «tenerlo», y de desempeñar a su respecto el «rol» de papá y de mamá. Para él, aferrado a su propia vida, es obvio que amor y alegría van a la par con «tener» un hijo; y tener un hijo es algo que confiere un «poder discrecional». Y este último, para él, es enteramente compatible con el afecto que ellos le inspiran cuando es pequeño, sea cual fuere el comportamiento de sus padres.

Pero, podría decírseme, si las condiciones emocionales del nacimiento del niño han sido desventuradas, o aun catastróficas, ¿hay que decírselo? Por supuesto, puesto que él ha sobrevivido. Si el niño está ahí, después de las dificultades atravesadas por su madre, su padre, la familia, por él mismo, es porque tales dificultades fueron compatibles con su supervivencia y por tanto dinámicamente positivas para él, y forman parte de lo que ha de decírsele en palabras, felicitándolo por haber superado todo aquello. La vida es el bien más valioso, y él vive. Uno se hace cargo de sí mismo con palabras de otro, que liberan el sentido y la fuerza del deseo por la verdad así dicha sobre las dificultades que ha tenido uno que enfrentar.

Pero, añadirán aún tantos padres, si los niños saben el supuesto secreto de su concepción, jugarán sin tregua con su sexo o incluso contarán a cualquiera la verdad de una filiación que las personas del entorno ignoran. Estos son pensamientos de adultos, y no tienen nada de cierto. E incluso es precisamente lo contrario. El niño, apaciguado en cuanto a las preguntas que se ha hecho, entra en un período de inteligencia de la relación triangular y de la vida en su conjunto que lo con-

duce al complejo de Edipo. Y éste no consiste, como piensan los padres, en jugar sin parar con su sexo.

Otros padres dicen: «Si informo a mi hijo, él se lo repetirá a otros niños, y entonces, ¿qué van a pensar de mí?». ¡Siempre el problema de los padres que piensan que está mal que un niño sepa que el origen de su vida estuvo en el deseo y en el amor de su padres! Si él está ahí, representa una unión sexual, y entonces ¿por qué no tendrá derecho a saberlo con palabras, cuando esta verdad lo ha construido como es? «Pero en la escuela, si habla de ello...»

Hablemos, pues, de *la escuela a los tres años* y de *su misión*. En su funcionamiento, la higiene de los cuidados que el niño debe aprender a conocer para ocuparse de sí mismo podría ser impartida en las clases, en los jardines de infancia, y retomadas luego en la escuela primaria. Lo mismo en lo que respecta al sexo masculino y femenino y al papel del deseo asumido, en conformidad con las leyes: sin por esto desdeñar la existencia de deseos que los niños expresan y que no integran la Ley, que ciertos adultos también realizan y que los hacen caer bajo el peso de la Ley, llevándolos a la cárcel: los deseos prohibidos de canibalismo, de asesinato, de robo, de daño, de exhibicionismo, de violación, prohibiciones que justamente redoblan las castraciones orales y anales que estos adultos han transgredido. La escuela debería enseñar a los niños a discriminar entre las necesidades que son irreprimibles y los deseos que son domeñables, y que esta distinción es la que singulariza a los seres humanos en relación con los animales. *La vida social de los seres humanos implica el dominio de los deseos según la Ley, la misma para todos*; y a partir de los tres o cuatro años, en la escuela se puede verbalizar perfectamente que no es posible casarse con el padre o con la madre, entre hermanos y hermanas, al mismo tiempo que los niños juegan y siguen fantaseando, porque el complejo de Edipo se vive y se resuelve en fantasmas, sostenido por el saber consciente de su prohibición en la realidad. *La única ley común a toda la especie humana, y de la cual la escuela no habla nunca, es la prohibición del incesto, homosexual y heterosexual.* En la escuela se debería enseñar a los niños que esta prohibición se aplica tanto a su deseo respecto de sus padres como al de sus padres respecto de ellos, así como a las relaciones sexuales entre hermanos.

Todas las otras leyes referentes a la sexualidad genital, es decir, las reglas de validación e invalidación del matrimonio y las que atañen al reconocimiento legal de los hijos nacidos de una unión extramatrimonial, así como lo referente a los divorcios, a la guarda de los hijos, a la pensión alimentaria, todas estas cosas de las que los niños suelen oír hablar o que los conciernen directamente, obedecen a leyes diferentes según

los países. Los niños deberían, en la escuela, ser puestos al corriente de todo esto en la etapa en que despierta su interés, es decir, entre los cinco y los ocho años.

Por añadidura, en las escuelas de Francia se plantea actualmente el problema de los días de la Madre y del Padre. ¡Cuántos horrores tienen que vivir los niños a causa de estas celebraciones! Los niños experimentan hacia su madre y su padre sentimientos íntimos que no pueden coincidir en absoluto con las melindrosidades que se les dicen en clase a este respecto. La «mamá querida», Dios sabe que estas palabras, en ciertas familias, son totalmente inadecuadas (porque la madre está enferma, o es depresiva, o se ha marchado, o ha abandonado el hogar, o ha muerto o... qué sé yo): qué hacen todos estos pobres niños con este día de las Madres que no consigue más que enclavar el problema, mientras que con esta ocasión, precisamente, y preparándola, podría tratarse de la fiesta del propio niño, de su deseo de haber nacido de la unión sexual de sus padres, que ha tenido un sentido y que siempre tendrá uno, el sentido de su deseo de vivir que lo liga a dos estirpes a través de quienes le concibieron. Ciertos niños dicen en clase: «Pues yo, tengo tres papás. —Es cierto —puede contestar la maestra—, algunos tienen tres papás, pero cada uno de nosotros tiene nada más que un padre de nacimiento y una madre de nacimiento. Uno puede tener treinta y seis papás, que son los compañeros de mamá; ellos pueden cambiar, pero cada uno de nosotros tiene un solo padre, aquel que dio el germen de vida a nuestra madre, la que nos llevó en su seno varios meses antes de que naciéramos. Todos nosotros hemos sido concebidos por nuestro padre y nuestra madre en su unión sexual. Algunos padres se quieren mucho tiempo o toda la vida, otros se separan o se divorcian, pero esto no cambia su parentesco con su hijo».

Esta debería ser la enseñanza de la escuela, si su objetivo es la educación. A todos los niños se les podría decir la verdad. Todos los niños, hoy en día, oyen hablar por la radio, por la televisión, de las leyes relativas al aborto. Oyen a sus madres hablar de la píldora, de métodos anticonceptivos. ¿Por qué no pueden plantear estas preguntas? ¿Y por qué no les iban a responder la maestra o el maestro? Con toda naturalidad, como debería hacérselo en familia. Y con ello, el vocabulario del parentesco empezaría a cobrar sentido. ¿Qué es una madre, qué es un padre? ¿Qué es un tío, una tía, un abuelo, una abuela? ¿Cómo llegar a explicarlo si el niño no es informado de la genitud y de la unión sexual que hace que sus antepasados sean los padres de sus abuelos, sus abuelos los padres de sus padres, y él el punto focal del encuentro entre dos linajes que, a través de él, tal vez se continuarán?

La representación tipo de un árbol genealógico en la escue-

la sería sin duda una de las tareas más interesantes, e invitaría a cada uno a trabajar en ella junto con su padre, con su madre, con sus hermanos y hermanas mayores, si los tiene, con sus abuelos. Bien que se da a los niños horrendas planchas conteniendo dibujos que deben colorear. ¿Por qué, en los grados primarios, no darles el esquema de un árbol genealógico? Quienes proceden de familias de diferentes regiones, o aun de diferentes países, pondrían muchísimo interés en oír a sus padres hablarles, y al maestro hablar con ellos, de las costumbres diferentes de sus abuelos y colaterales parentales, según sus regiones de origen. Si pertenecen a etnias diferentes, y con la inmigración los hay cada vez más en las escuelas francesas, hacerles tomar conciencia del origen de sus familias, observando el mapa y hablando de las costumbres, hábitos, del clima, de las familias de las que proceden; familias quizá diferentes, del lado de su padre y del de su madre, cuando éstos se han conocido en Francia: todo esto, a mi entender, es tarea de la escuela, desde que sabemos, gracias al psicoanálisis, que *la manera en que el adulto creíble responde a las preguntas del niño, explícitamente manifestadas entre los tres y los cinco años, determina la apertura o no de una inteligencia humana, quiero decir de una inteligencia ligada a la ley social.* Antes, la inteligencia del niño está al servicio de la astucia, por desconocer la Ley vigente para todos.

Cuando no ha obtenido respuesta a las preguntas sobre su vida, sobre su genitud, el niño deja de preguntar, al menos en el ámbito de la familia. Cuando llega a la escuela, se las debe promover de nuevo, a fin de instruirlo, responderle y hacer de él no un cachorro anónimo de la especie humana sino un sujeto a quien se restituye la responsabilidad de su historia y de su deseo, al mismo tiempo que se reconoce su deseo en sus miras masculinas y femeninas lejanas, «cuando yo sea grande», con las leyes de este deseo en las sociedades humanas y particularmente en aquella de la que el niño forma parte.

Si hago mención al papel de la escuela en la información y educación sobre la genitud y la sexualidad de los niños, es porque cada vez entran estos más tempranamente en la vida social, primero en el jardín de infancia y luego en la escuela, y en estos ámbitos puede ser paliado todo lo que no se ha hecho en la familia. Ahora bien, vemos llegar a unos pobres pequeñitos que ni siquiera saben de quién son hijos, que ni siquiera saben de qué manera, por obra de quién, para quién tienen sentido su vida y su supervivencia, que no conocen el sentido de las palabras que utilizan: abuelo, abuela, madre, padre, tío, tía, hermano, hermana, etc. Es misión de la escuela ofrecerles el sentido del vocabulario, y *la educación sexual consiste finalmente en explicitar el vocabulario del parentesco.* Desde Freud, sabemos que las psicosis se forjan en el curso de los estadios

pregenitales, es decir antes de la entrada en la castración primaria, que es el descubrimiento de los sexos; y que la respuesta a la pregunta por la sexuación de cada niño es una de las más importantes para que éste pueda amar, cuidar y respetar su cuerpo, amar su propia vida y hacerse cargo de sí mismo en la familia que lo cría, sea o no la propia.

El niño vive cada etapa de su vida según las palabras que le informan claramente acerca de sus difíciles vicisitudes. Por añadidura, cada etapa se vive según la manera en que fue vivida y superada la etapa precedente. Los niños de hoy, sobre todo en las ciudades, reciben tan poca enseñanza de sus padres que este papel educativo incumbe cada vez más a los maestros. Por otra parte, ¿acaso la Instrucción pública no ha pasado a ser Educación nacional?

La castración primaria, es decir el descubrimiento de su sexo por el niño y de que sólo a este sexo pertenece y de lo que ello significa para el futuro, puede fallar completamente en cuanto a sus efectos simbolígenos a causa de la falta de información, de las reprimendas, que acompañan las reacciones de los adultos ante las preguntas que el niño formula respecto de lo que ha observado, oído decir, sentido.

En la escuela, todas las preguntas de los niños deberían ser válidas. Muchas escuelas han comprendido esto y ayudan a los niños a observar a los seres vivos y a cuidarlos: vida de los vegetales, crecimiento de los granos, cuidado de animalitos pequeños dejados en clase bajo su responsabilidad. Todo esto está muy bien, pero no es una educación para la propia vida del niño, no es suficiente para entenderla y conocerla. Para un niño, cuando descubre la diferencia sexual y ésta le es explicada, lo extraordinario está en que es la primera noticia que tiene de una ley que no depende de sus padres ni de los adultos, de una ley que es un hecho natural y que, a algunos, les trastoca su mundo. Esto produce un efecto simbolígeno de valorización de su persona, pero también puede tener efectos contradictorios. En tal caso, es importante que la escuela sea capaz de ayudar al niño a remontar la desventaja que lo afirmado en la familia, o los valores inculcados por ésta, imponen a su sexo. En ocasiones este mismo niño, varón o mujer, querría pertenecer al otro sexo por razones que él conoce y que podría expresar, y que no le molesta enunciar cuando alguien está dispuesto a escucharlo. Cuanto más reflexiono sobre el problema de la prevención de las psicosis en niños de dos años que presentan todavía un comportamiento sano, y de las neurosis en aquellos que comienzan a tener dificultades a partir de la edad escolar, más me digo que lo que no se encuentra a punto es el papel informador y educativo de la escuela en lo que respecta a las preguntas referentes al cuerpo y al sexo de los niños, ahora que éstos frecuentan la sociedad tan tempranamente, aho-

ra que las familias son cada vez menos numerosas y que los niños tienen tan poco tiempo para hablar con sus padres. Por lo demás, todo lo que oyen y ven en los medios de comunicación, en la televisión, se suma a la confusión de lo que sienten: impulsos pasionales que inducen a conductas criminales, relaciones amorosas exhibicionistas. Todo esto, que incumbe a las relaciones de sus padres y a su propia existencia, suma imágenes a las preguntas que los niños se plantean. La escuela debe cambiar, la escuela debe responder con un vocabulario preciso a todas las preguntas del niño, en particular: «¿Por qué aquel niño lleva el apellido de soltera de su madre, o el de su padre genitor que no es el mismo que el de su madre o el de su hermano, o el de un amante de su madre, casado después con ésta y que lo ha reconocido pero que no es su padre?». Todo esto debería ser aclarado en la escuela, ya que es en la escuela donde todo esto se le aparece. Cuando pasan lista, ¡cuántos niños escuchan por primera vez un apellido que ignoraban y que sin embargo es el inscrito en el Registro civil! [23]

Complejo de Edipo y castración genital edípica (prohibición del incesto)

El período que sucede al momento en que los niños han descubierto su pertenencia a un sexo es aquel en el cual ingresan en lo que el psicoanálisis denomina complejo de Edipo.[24] Desde que el niño tiene conocimiento de esta definitiva pertenencia a un solo sexo, la imagen de su cuerpo cambia para él; esta imagen ya no es inconsciente, sino que es conscientemente aquella que debe, en la realidad, ponerse en concordancia con un cuerpo que más tarde será el de una mujer o el de un hombre. En cuanto al sujeto, y al deseo que éste tiene en lo que

23. El deseo de saber más acerca de su origen por respuesta verbal verídica de los responsables actuales de su supervivencia (sus padres tutelares), es signo de la inteligencia de un niño. Burlarse de este deseo, sustraerse a responder, prohibir este cuestionamiento por incongruente, o engañar al niño contestándole en términos del funcionamiento fisiológico de una madre parturienta, es atontar al hombre o mujer en devenir que hay en el niño que pregunta sobre su vida, cuyo secreto —piensa él— los adultos poseen. Lo que hay que expresarle a un niño que pregunta a la madre, el padre o a un adulto cualquiera sobre su origen, es el deseo de alianza carnal entre un hombre y una mujer, sus genitores, estuviesen dispuestos o no a asumir su consecuencia, la vida de un nuevo ser humano concebido por su unión sexual. Lo que las palabras del adulto deben significar es la triangular alianza de los deseos de padre, madre y niño —mujer o varón—, revelando así al hijo su parte propia de deseo: a ser concebido, después a nacer, y desde entonces a sobrevivir.

24. Véase el capítulo sobre el complejo de Edipo en *Au jeu du désir*, *op. cit.*

respecta a dicho futuro, es un deseo de identificación al ser que más ama en ese momento de su vida. Y por eso es tan importante, a causa de su función —ejercida o no— de iniciador en la Ley, como espero haber demostrado ampliamente, que el niño haya obtenido respuesta en lo que atañe al papel que le cupo a su padre en su concepción y después en su nacimiento: rol de acuerdo con la naturaleza en la unión sexual, según la Ley en el reconocimiento del niño ante el Registro civil, y papel afectivo en la toma a cargo del niño. El padre le ha dado o no su apellido, ha ayudado o no a la madre a criarlo. El niño puede o no contar con él como guía, como ayuda para hacerse hombre o mujer adulto.

Si su genitor falta, otro hombre, compañero de su madre, puede servirle de padre tutelar. A partir de la entrada en el Edipo se desarrolla en el niño una visión de sí en el mundo donde su vida imaginaria está dominada por su relación actual con los dos progenitores, en cuanto ligada al proyecto —que él acaricia— de su porvenir adulto, según su sexo, seductor y exitoso. El Edipo puede resultar, o bien sanamente conflictivo, o bien patológicamente conflictivo a causa de la derelicción de pertenecer al sexo que tiene. Esto puede suceder cuando la madre no ha podido o querido decir la verdad sobre la filiación del niño, mujer o varón. Pero también puede ocurrir si a causa de continuos dramas entre los padres el niño se ve obligado a sufrir por su madre debido a la actitud del padre, a juzgar mal a su padre, o a la inversa. Se dirá: ¿qué se puede cambiar de la vida de un niño que tiene la desgracia de hallarse entre una pareja desavenida, de ser criado por un hombre o una mujer solteros, o de que sus padres estén divorciados, etc.? Hay mucho que hacer, poniendo palabras justas sobre la situación de hecho, y ayudando al niño a decir lo que él cree culpable oír, a decir lo que cree culpable pensar; porque un niño piensa siempre cosas positivas sobre su padre y su madre, incluso si piensa cosas negativas, incluso si tiene pruebas visibles de su desinteligencia y sufre por la actitud educativa, a veces terrible de soportar, de ciertos padres. Los hijos siempre encuentran cómo disculparlos. Lo importante, puesto que el niño vive, es sostenerlo, ayudarlo a hacerse cargo de sí mismo y a hablar sin vergüenza de lo que sucede. No es cómodo ni agradable. Sus padres le causan problemas; pero para poder seguir desarrollándose acorde con el orden de su genitud, debe ser sostenido, esforzándose por confiar en él como su hijo o hija. Es lo que yo llamo en psicoanálisis «sostener el narcisismo de este niño», su narcisismo primario, el gusto por la vida, y su narcisismo secundario, el interés por sí mismo, como alguien que va-deviene adulto en el sexo al que pertenece: bien sea tomando como modelos a las personas que conoce, bien sabiendo que, aun con modelos que él no querría imitar, hay en

él un deseo que busca un modelo para hacerse adulto del sexo que es el suyo.

Supongamos que el niño cuente con condiciones suficientes de entendimiento de la pareja parental como para proseguir su evolución. En este momento hay una diferencia entre la niña y el varón. El varón quiere identificarse con su padre, como también la niña. Cada uno quiere actuar como los dos padres. Pero el varón, que por obra de su intuición viril tiene la iniciativa sexual, decide que quiere casarse con mamá. También la niña, en el momento en que va a entrar en el Edipo, dice querer casarse con su madre. Lo que sucede es que todavía cree que la madre produce digestivamente a los hijos y que, si se hace amar por su madre, ésta le dará, en todo o en parte, lo que su marido le ha dado a ella misma, es decir, con qué tener hijos; porque para ella, en sus fantasmas, la concepción y el parto son cosas exclusivamente femeninas y tienen aún algo de mágico. Con qué hacer un bebé anal, esto es lo que ella querría recibir del adulto amado, hombre o mujer. Papá, si está en la casa, de todas maneras sería y seguiría siendo el papá, de ella misma y de sus hijos. El varón está mucho más directamente en el Edipo. Si estima a su padre y si siente que su madre estima a su padre, está orgulloso de él, quiere parecérsele, busca identificarse totalmente con él y, naturalmente, gozar de las prerrogativas de que su padre disfruta con su madre en la intimidad. Es aquí cuando *el padre puede y debe dar a su hijo lo que llamamos, en psicoanálisis, la castración*; declararle: «Siempre será imposible que un hijo ame a su madre como otro hombre la ama. No porque tú eres pequeño y yo grande, sino porque tú eres su hijo, y un hijo y su madre jamás pueden vivir la unión sexual y engendrar niños».

El varón

¿Qué imagen del cuerpo está en juego para el niño que entra en el Edipo? Hablemos del varón. Las pulsiones genitales activas, que como hemos visto se arraigan en lo uretral, siguen siendo pulsiones parciales penianas, de sentido centrífugo en dirección al objeto del deseo. Se trata de las pulsiones que el varón traspone sobre los objetos parciales que representan, a su vez, imágenes parciales de su cuerpo, el sexo peniano en particular, que él desplaza sobre todos los instrumentos percutientes, las armas destinadas al ataque, a la agresión penetrante, en juegos balísticos, en acciones sádicas, de reventamiento, orientadas a las niñas y supuestamente para matarlas. Proyecta él aquí, hay que decirlo, bien sea su deseo de lanzar un líquido mortífero (los excrementos son aprehendidos como malos, puesto que el cuerpo los rechaza), bien sea su deseo de lanzar algo

con lo que hacer bebés, cuando ya sabe que esto va a suceder alguna vez en la vida, porque lo dicen los adultos o compañeros de escuela más grandes. Esta alternativa no tiene nada de contradictorio. Los niños que juegan a matar pretenden rotundamente que acto seguido el muerto resucite. Es decir «lo hacen por decir», «en broma»; * las pulsiones, en fantasmas, no son «realidad».[25] Y encima, oye hablar del nacimiento de un bebé: ¿de dónde vino? ¿Y la muerte? Ella toca a personas del entorno del niño. ¿Adónde vamos? Cuando el niño está en pleno período edípico, la vida y la muerte son la cuestión más importante. Renunciará entonces a sus juegos agresivos penianos, al menos a los que no están reglamentados en juegos casi sociales. Y ello gracias a la prohibición del incesto, que debe ser pronunciada tanto en relación con los hermanos como con las hermanas, es decir, tanto homosexual como heterosexual. Los varones trasponen la agresión peniana de tipo centrífugo, inconsciente o preconscientemente deseada, sobre la actividad manual, la actividad intelectual, la actividad de todo su cuerpo, lúdica e industriosa. Por la palabra del padre y su ejemplo de respeto a las mujeres, a su mujer y a sus hijas, el varón capta la diferencia entre su deseo uretroanal de adueñarse del cuerpo del otro, de palmearlo agresivamente para sentirse viril (algo semejante al celo de los animales), y el hecho de dar un día la vida, llegada la elección del amor asociado al deseo; con el sentido de la responsabilidad que compromete a los amantes entre sí y después a los genitores, aquellos que han traído al mundo un niño y que se comprometen, uno y otro, a educarlo hasta su mayoría de edad. *Cuando esto es dicho por el padre a su hijo, se trata de la iniciación del hijo para la vida humana. La castración edípica es eso. «Te prohíbo tu madre, porque es mi mujer y te ha traído al mundo. Las dos cosas son importantes. Tus hermanas te están prohibidas sexualmente igual que tu madre.* Por mi parte, no me he casado ni con mi madre, tu abuela paterna, ni con tus tías, que son mis hermanas; tu madre no se ha casado ni con su padre, tu abuelo materno, ni con sus hermanos, etc.» [26]

De este modo el niño oirá lo que va a introducirlo en el orden de la humanización genital. Aquí la escuela también tendría que desempeñar un papel, hablando de la diferencia entre la pulsión genital humana, ligada al amor y el celo fecundador de los animales, que obedece a un instinto ciego de acoplamiento entre macho y hembra, sin amor, sin sentido de la responsabilidad y del compromiso, aunque ciertos animales observen

* «Pour de dire», «pour de rire», en el original. [R.]

25. No son «de veras».

26. Es importantísimo decir y repetir esto al hijo de madre soltera, cuyo patronímico puede parecer, por comparación con el de los demás niños, el de su padre.

un tiempo de emparejamiento para el sustento paterno y materno de las crías, hasta que sepan procurarse solas su alimento.

Carencia del padre, inepto para dar la castración. Si el padre, o alguien, no imparte esta educación en el dominio del deseo prohibiendo el incesto, el varón puede seguir toda su vida con la idea de una elección exclusivamente narcisística del objeto elegido, que tal vez no sea su hermana o su madre pero que estará destinado exclusivamente a sus placeres parciales genitales: objeto elegido eventualmente para ser mantenido bajo su dependencia por intimidación y violencia. La sumisión del padre a la ley de respeto, de no agresión a su cónyuge, que es la madre del niño, despierta al varón al hecho de que la vida relacional de los adultos no es de tipo uretroanal como él suponía partiendo de su manera de sentir y según su narcisismo infantil, sino de otro tipo que aquella que a su edad le apetece. De ahí el papel perturbador de un padre violento, o de la ausencia total de padre. Los que son agresivos, los que en la familia son odiosos para convivir, o se emborrachan, los que cuando vuelven a casa pegan a su mujer, los que son irresponsables y no hablan con sus hijos, ninguno de estos los forman con vistas a su desarrollo afectivo. Asimismo, hombres que no procuran ninguna alegría a su familia sino a quienes sus hijos ven poseyendo violentamente a la madre, son patógenos, porque de cualquier forma el hijo joven los admira. Son machos que le parecen de una potencia fantástica, y que para él son modelos animales mucho más que humanos. Padres así, con la sumisa complicidad de su esposa, dan a sus hijos el ejemplo mismo de comportamientos masculinos irresponsables. Su conducta «viril» aparece ante los niños, cuando son pequeños, como mágico, podemos decir: narcisista, oral, anal, fascinante. Es lo que hallamos en los ogros de los cuentos, en los monstruos de los mitos. La reivindicación de dominación, y hasta de desprecio del varón por la niña,[27] que para él forma más o menos parte, momentáneamente, de su desarrollo normal desde la castración primaria hasta el final del Edipo, es dada en estos casos por el ejemplo de la conducta del padre respecto de la madre.

Si el padre continúa siendo el único que hace la ley en la casa, dentro del registro de sus pulsiones orales, anales y uretrales, satisfechas en el etilismo o en el comportamiento paranoico, el hecho de que el niño vea a este hombre amo absoluto de una mujer amedrentada y haciéndole bebés a cada paso, confirma, al varón que lleva el apellido de este hombre, que si el hombre es ciudadano valioso en la sociedad es gracias

27. Los niños del otro sexo también hacen alarde de esta dominación y este desprecio; al menos algo muy frecuente entre hermanos y hermanas (forma de subrayar la represión de las pulsiones incestuosas que son corrientes).

a las pulsiones uretroanales. Grande es entonces la sensibilización del chico a la homosexualidad: bien sea a la homosexualidad pasiva, por identificación a la madre a veces depresiva pero valiosa, porque es la única protectora de los niños ante el padre; bien sea homosexualidad activa, estructurada en la relación con el padre, cuyo ejemplo lo incita a pensar que hacerse hombre, en el verdadero sentido del término, es eso. Así se fabrican hombres de comportamiento paranoico, violadores de mujeres y de normas tan pronto como su deseo impulsivo e indominable resulta mínimamente contrariado. Son adultos que, en su infancia, no han planteado nunca completamente el Edipo, o que nunca han recibido castración de su padre. Han sido sólo individuos masculinos, no del todo humanizados, guiados por sus pulsiones más que dominándolas a ellas, habladores, pendencieros, hacedores de la ley, la suya, a menudo inteligentes, lógicos, y —el niño lo ve a las claras en el café— apreciados por sus amigos. De hecho, en sociedad, son modelos de vida afectiva homosexual; y en casa, en su relación con su mujer, animales siempre en celo. Es evidente que las mujeres forzadas a aceptar una situación semejante también han nacido en familias que en su juventud las abrumaron con situaciones difíciles. En estos casos es importantísimo el papel que pueden cumplir los adultos del entorno, los adultos de la escuela, los médicos que conocen a los niños: no separarlos de su medio familiar pero hacerles comprender la falta educativa que dio origen a las dificultades de su padre. No lo amarán menos por ello, pero será menos nocivo como modelo de identificación. Además, cuando los niños eran pequeños, tales padres han estado, con frecuencia, perdidamente enamorados de su mujer, pero tanto en su condición de hijos como en la de amantes; son hombres cuyo Edipo ha transcurrido muy mal, y que, muy a menudo, lo reviven en los celos que los agobian respecto del afecto y el interés que su mujer dirige a sus hijos, y más especialmente a los hijos varones. Un médico conocedor del psicoanálisis y al corriente de lo que es una vida familiar como ésta, puede dar muy bien él mismo la prohibición del incesto al varón y decirle que tiene que dejar de mimar a su madre, que ni siquiera debe hacerlo para consolarla cuando la ve desdichada con su padre: él ya es grande, debe trabajar en la escuela, respetar a su padre y a su madre y dejar de comportarse como un amigo exclusivo de mamá. Su padre no siempre fue como él lo ve en casa y, por otra parte, la madre puede decirlo al médico en presencia del niño. El padre ha caído en este estado a menudo por razones de depresión, de cansancio, de las dificultades de la vida material. Todo esto ayuda mucho al niño a relativizar los dramas de que es testigo; y, de una manera diferente, ayuda a los dos padres a través de su hijo. Cuando un varón ha alcanzado un nivel edípico imposible a causa de un padre patógeno, el trabajo con-

siste en hacerle entender que aprenderá mejor en clase, que triunfará mejor, si deja el hogar familiar y pide él mismo ingresar en un internado, si ello es económicamente posible; y, si no lo es, con la ayuda de la sociedad. Pero la petición ha de provenir del niño. No porque la situación sea difícil se debe, salvo excepción, separar al niño de su familia. Hay que esperar a que el propio niño lo pida. Es en el seno de la familia donde ha de resolverse el Edipo.

La niña

Hablemos ahora del Edipo de la niña, del que decía que al principio es tanto homosexual como heterosexual, puesto que la chiquilla entra en la vida genital con la finalidad de seducir a alguien que la haga madre igual que su madre. Para ella, que se remite al falo, los hombres tienen pene y las mujeres tienen niños, está claro. Su deseo de identificación a su madre conduce a la niña, si la pareja parental se entiende, a desear disponer de las prerrogativas que el padre reconoce a la madre. Pero la niña sólo puede entrar en el Edipo a condición de que intente transgredir la prohibición del incesto, haciendo caer a su padre en la trampa de su seducción. La niña no tiene las pulsiones activas centrífugas penianas del varón. Con relación al falo, sus pulsiones son centrípetas. Ella atrae hacia sí. Acecha el objeto que para ella representa la potencia y que quiere tomar para sí misma. En fantasmas, la transgresión de la prohibición del incesto por su padre o un hermano da valor a su persona y a su filiación. Ser tomada, ser penetrada como mamá lo es por papá, y hasta sometida por la fuerza a esta potencia seductora, esto es lo que explica sus sueños de persecución, rapto y violación por un señor cuya cara no ve pero que tiene tales características de su papá o de uno de sus hermanos. En la realidad, lo que desea es gustar.

Este deseo la lleva a desarrollar cualidades femeninas que puede utilizar para el éxito social: aprender sus lecciones, hacer bien sus deberes, portarse bien, obtener buenas notas y demostrar cualidades femeninas en el hogar, con las cosas domésticas, con la vajilla, en todas las actividades que ve que hacen los adultos, tanto la madre como el padre, en las que ella se aplicará para gustar a ambos y, de ser posible, para gustar más al padre, a fin de que éste la considere tan valiosa como su mujer y, por qué no, más valiosa aún. De aquí resulta que la actitud «perversa» de las niñas es más manifiesta y visible que la de los varones, en el Edipo. Las niñas son «perversas» en el sentido de seductoras, para desviar al otro de la ley luego que ésta les ha sido significada. Por eso es importante que esta ley sea claramente significada. «Si lo complazco real-

mente, si soy más valiosa que mamá, él verá que soy yo quien mejor lo comprende, que su mejor esposa sería yo»; a lo cual se añade el hecho de que esta expresión de deseos hacia el padre toma a menudo un cariz embustero, artero, calumniador, más o menos ostentoso respecto de la madre. Por ejemplo, cuando el padre llega a casa: «Oh, mira, mamá ha salido, no sé donde está, no sé si volverá para la cena». Otras chiquillas fantasean hasta la mitomanía haber gustado a hombres que se han permitido intimidades sexuales a su respecto, fantasmas que nunca verbalizan ante su madre: están destinados a despertar los celos del padre, para que él haga otro tanto con ellas, otro tanto si no más que esos supuestos hombres que ellas dicen haber logrado seducir. En suma, las actitudes perversas de la niña son mucho más verbalizadas que las actitudes perversas del varón, que son mucho más vividas sin ser verbalizadas. Ya se sabe, las niñas tienen la lengua muy larga, y su astucia al servicio de su fin (o «hambre»,* siempre más o menos oral en su genitalidad).

Esto se debe a que *las niñas han descubierto que su poder de seducción reside en su aceptación de no tener el pene y en su deseo de que otro se lo dé: no para tener el pene, sino para ser dueñas* ** *de quien lo tiene y puede así satisfacerlas.* ¿Qué blanco mejor que su padre, o el amante de la madre, aquel que satisface a su madre? ¿Cómo discriminar entre estos fantasmas contados por las chiquillas, y la realidad? En los periódicos leemos continuamente historias de seducción sexual y recibimos muchas en las consultas. ¿Cómo discernir lo verdadero de lo falso? Es muy simple. Hay una enorme diferencia entre la manera en que habla, con detalles realistas, una chiquilla que ha sido verdaderamente objeto de un seductor, y la que mitomaniza. Por desgracia, estos fantasmas engañosos para los adultos implican en ocasiones secuelas sociales traumáticas para todos; y todos los psicoanalistas han tenido que tratar mujeres cuyos fantasmas edípicos verbalizados habían promovido la credibilidad del entorno, y trastornado y estropeado su vida. O, por el contrario, niñas que, sometidas por obra de su imprudencia seductora a los asaltos de hombres familiares o parafamiliares, no han podido hablar de ello a tiempo, porque se sentían a la vez culpables y orgullosas de despertar la atención de un adulto. Una vez más, pienso que *sería muy importante el papel de la escuela en cuanto a dar a los niños la ley de la prohibición de relaciones sexuales entre adultos y niños*, a fin de que puedan distinguir entre sus fantasmas y la realidad y de que, si el niño se ve sometido realmente a una situación tan

* *Fin*, fin, y *faim*, hambre, son homófonos. [T.]

** «Maîtresse»: en francés, tanto «dueña» como «amante». La autora se refiere a ello en la nota 28 de este capítulo. [R.]

perturbadora para él, sepa decir al adulto: «Es que está prohibido»; en general, carecen de palabras para esquivar los avances de los perversos, porque nunca se les ha hablado de ellos antes de una experiencia que los encuentra completamente desarmados.

El decir de la prohibición del incesto saca al varón del Edipo y, al contrario, introduce en él a la niña, sobreexcitando su lenguaje y las sublimaciones orales y anales del decir y del hacer que le permiten transgredir la prohibición o más bien conseguir que la transgreda el adulto. Su coquetería suscita el apreciado don de pequeños objetos, anillos, pendientes, collares, destinados a brillar, a atraer la atención de los hombres sobre su apariencia, y a que las otras niñas la envidien. El padre y los varones siguen teniendo para ella un valor predominante y quiere gustarles. También ella, mucho más que los varones, queda atraída por el espejo en el cual mide la seducción de su apariencia. En realidad, el narcisismo de las niñas respecto de la femineidad que tienen que mostrar se vive mucho más en superficie que el de los varones, cuya vivencia del Edipo es mucho más profunda, tanto en las emociones que experimentan respecto de su madre como en la rivalidad que sienten respecto de su padre, al que aman. La actividad fálica de la niña, como expresión activa y espectacular utilizable donde sea, en casa, en la escuela, es enorme; así se explica el fácil éxito de las niñas durante el período edípico, y después durante el de latencia, tras la resolución del Edipo, sobre todo si conservan la esperanza de gustar, con sus actividades fálicas, tanto a las mujeres como a los hombres. La prohibición del incesto despierta en la niña sublimaciones de las pulsiones pregenitales, mientras que en el varón provoca sobre todo el despertar reforzado de pulsiones epistemofílicas. Lo que para él está en juego es la cuestión del saber, que se puede oír y escribir como «eso-ver».* El quiere comprender cómo está hecho el mundo, cómo devenir jefe, quiere conocer las leyes que regulan los derechos entre los humanos; mientras que, para la niña, se trata de «eso-ser», de «parecer»,** de gustar, de conquistar todo cuanto se pueda para ser valiosa ante las instancias maestras. Maledicencia y calumnia son entonces armas contra las otras niñas, en sociedad.

Varón o mujer, el niño se fragiliza en el momento de la resolución sana del Edipo, porque, haga lo que haga, al varón no le es posible seducir a la madre ni a la niña al padre, pues estos dos adultos tienen sus deseos ocupados por objetos sexuales que están en otra parte, el cónyuge o una persona ajena

* *Savoir*, saber, y *ça-voir*, eso-ver, son homófonos. [T.]
** «Ça-être», «paraître», en el original. [R.]

al hogar, la querida de papá,[28] como dicen los niños que oyen a sus madres quejarse de ella a sus amigas. No por ello ha disminuido la necesidad que aún tiene el niño de la protección de sus padres, en todo caso de la protección de adultos que lo sostengan; tiene necesidad de tutela educadora para las dificultades que van a surgir ante él en la sociedad. La prohibición de su deseo genital en familia lo catapulta a un deseo de jugar con los niños de su edad; hacia amistades auxiliares con seres humanos de su sexo, marcados por la misma dura prueba que él en relación con sus padres. Entre los humanos del otro sexo, ansía conquistar objetos de los que, enamorado, estará orgulloso de obtener familiaridades sensuales y sexuales, y si es posible un amor compartido; pero entonces chocará con la rivalidad de los de su mismo sexo por el mismo objeto. El desplazamiento social del Edipo matiza la vida social de los niños, en particular en la escuela, aunque se encuentren en fase de latencia en cuanto a la preocupación sexual genital como tal. Las preocupaciones afectivas sexuadas y la búsqueda narcisista de placeres parciales no ceden jamás.

Muchos niños han vivido mal su Edipo o su salida del Edipo por falta de una castración, quiero decir cuando queda sin verbalizar la prohibición de la realización del deseo sexual en familia, la cual libera el deseo para su realización fuera del medio familiar. Por falta de ocasiones frecuentes de estar con otros niños, cuando en los días festivos los padres los retienen consigo, procuran tener animales domésticos, tanto para amarlos como para colocarlos bajo su dependencia. Gatos, perros, animales de compañía, hamsters, e incluso también, ahora, caballos que gustan mucho a los niños cuando son mansos. Por otra parte, esto no significa que tales niños, con el tiempo, no irán a «salir del aprieto» y resolver su Edipo; pero esto ocurrirá más adelante, porque los animales son como sus objetos transicionales de antaño, que los enlazaban imaginariamente a su madre-pecho. Estos animales a los que gustan mimar, acariciar, y cuyo afecto se granjean, sobre los que mandan o por los que se hacen temer, son para ellos objetos transicionales de su relación sensual difusa con los padres previa a la resolución del Edipo: antes de haberse dado cuenta de que con los padres amados no había esperanza del lado del porvenir fecundo y del deseo genital. Este apego a los animales puede, además, convertirse en meta de sublimaciones que, más tarde,

28. Hay muchas equivocaciones imaginarias, sobre todo en las niñas, en lo que concierne a la palabra «amante» [*maîtresse*], cuando sus madres la emplean en su presencia refiriéndose a su rival en el corazón de sus esposos. En efecto, el término «*maîtresse*» ha suplantado al de «*institutrice*» en el vocabulario escolar. [*Maîtresse* es, asimismo, «maestra». Pero el término tradicionalmente empleado en Francia para designar a la «maestra» era *institutrice*. T.]

se continuarán en una vocación ligada al mundo animal. No quiero decir que toda buena relación con los animales sea para los seres humanos el signo de una imagen del cuerpo no salida de la relación edípica. Pero sí, si esto sucede cuando se trata de animales a los que el amor de su amo aísla de sus congéneres, por la necesidad narcisista del niño de contar con un confidente afectivo y mudo.

Después del Edipo, en el período de latencia, el papel de los adultos, padres, educadores, radicalmente diferente del de los amigos y compañeros, sigue siendo muy importante para los niños en las situaciones de fracaso, de contrariedades narcisísticas, de difíciles trances en sus amistades y amores. Cuando el niño se siente afligido, la manera de reaccionar de los adultos puede ayudarlo o culpabilizarlo. El niño es sensible a la escucha discreta de la presencia casta, sensible del adulto que, sin reproches ni discursos moralistas, lo escucha. Ganar confianza en sí mismo, incluso en y por sus fracasos, es posible para el niño cuando sus padres son atentos y compasivos, y sobre todo seguros de sí mismos. Un padre que dice a su hijo: «Lo conseguirás, porque eres mi hijo y el hijo de tu madre, y porque somos buenas personas, por lo tanto tú también eres una buena persona, aunque en este momento para ti sea difícil», no es un padre que «sermonea» [«*faire la morale*»] sino un padre que sostiene el ánimo [«*soutenir le moral*»]: y el niño tiene necesidad de esto tanto como de ser felicitado sinceramente. Lo mismo para la niña que se mortifica y se queja ante su madre: «Los chicos no me quieren, soy fea, nunca encontraré marido. —Sí, cariño —responde una madre compasiva—, encontrarás un excelente marido porque eres una excelente hija. Tu padre es estupendo y tenemos una hija estupenda. Por el momento has fracasado, pero la próxima vez te irá bien, porque eres una excelente muchacha». Y acto seguido le expone las cartas de triunfo con que ella cuenta en el juego de la vida. Sólo por el reconocimiento de los padres de sus propios valores y, al mismo tiempo, por el amor y la confianza que le demuestran, el niño se siente valorizado y sostenido para superar sus fracasos con confianza en sí mismo, ligada precisamente al hecho de ser el hijo de estos mismos padres.

Esta confianza, este afecto y este interés casto, podemos decir, de los padres hacia su hijo, son irremplazables después del Edipo. Porque el afecto de sus padres es de toda necesidad para el niño en el momento mismo en que, sabiendo que la intimidad sexual y sensual con ellos está prohibida para siempre, cree que ya no tiene ningún valor a sus ojos, que ya no lo aman y que incluso lo rechazan. El discurso moralizador, tanto como las intimidades de una ternura consoladora, serán nocivos a corto o largo plazo, porque el niño debe desprenderse cada vez más de la dependencia parental. El difícil papel

de los adultos es contribuir a este progreso liberador por mediación de su auténtico afecto.

La aportacion narcisista de la castracion edipica como liberadora de la libido

¿Qué es, tras el Edipo, del narcisismo, y por tanto de la ética y de la relación del sujeto con su cuerpo? ¿Qué ocurre con la imagen del cuerpo inconsciente?

Para indicar a las claras los efectos narcisísticos propios del choque del deseo con la ley de prohibición del incesto, es decir, cuando es aceptada la castración genital edípica, se denomina narcisismo *secundario* al nivel de relación consigo mismo que el sujeto alcanza en el momento en que ha franqueado esta etapa estructurante de la última de las castraciones. Esta última castración es iniciadora en la vida social. Es procurada por los padres cuando pueden y saben hacerlo, sostenidos como están, en esta difícil prueba, tanto para ellos como para su hijo, por su Ideal del Yo parental y su amor casto por sus hijos.

Es indudable que los padres que en su niñez han recibido en el momento apropiado la castración edípica por parte de sus propios padres, es decir, los abuelos del niño, tienen mucha más facilidad que otros para asumir este trabajo educativo. Por eso es importante el papel, en sociedad, de los educadores y maestros como auxiliares de los padres, para *sostener al niño en su superación de los modos preedípicos y edípicos de razonamiento y afectividad.* Especialmente para iniciar y sostener al niño cuyos padres, mal castrados edípicamente, viven ambiguamente su relación de amor con su hijo: relación que puede ser fílica o fóbica (caricias o golpes), sentida por el niño como incestuosa a causa del interés que sus padres dirigen a su cuerpo y de las emociones que ello le procura. Examinemos nuevamente toda la evolución de este narcisismo desde la infancia.

1. El narcisismo primordial está ligado a la asunción de hecho, por el recién nacido, de la castración umbilical. A saber, que haya podido zafarse del riesgo del nacimiento descubriendo su autonomía respiratoria y cardiovascular, acompañada por la olfacción y por el peristaltismo del tubo digestivo en su totalidad.

2. El narcisismo primario resulta, por su parte, de la experiencia del espejo que revela al niño su rostro. Esta experiencia del espejo es concomitante o viene adjunta al conocimiento de su cuerpo como sexuado, masculino o femenino, y ello de una manera definitiva, creando la distinción entre lo posible y lo imposible no dependientes de la voluntad de los padres.

3. Lo que la prohibición del incesto agrega, prohibición que

es fuente de un narcisismo diferente que hemos llamado secundario, es el impedimento, para las pulsiones sexuales en sociedad, de persistir sin una ley humanizada: de resultar, por así decirlo, animales y como instintivas (el «¡No lo hice a propósito!» del niño). En lo sucesivo, el niño deberá controlar sus deseos y hacer la diferencia entre el pensar y el actuar. Aprende a actuar en nombre propio, lo cual constituye su identidad de sujeto en el grupo social. Su responsabilidad queda comprometida en sus conductas. Se siente obligado a ella por sí mismo, a riesgo de perder las apariencias a sus propios ojos si no es amo de su deseo y si actúa por efecto de impulsos que lo acometen sin que comprenda sus motivaciones.

A partir del momento de la castración edípica, el niño debe saber *conscientemente,* en la realidad, que su deseo, en lo que tiene de genital —como el de todos los seres humanos, adultos y niños, sin distinción de raza ni edad—, así como el placer de la intimidad cuerpo a cuerpo sexual y de fecundidad con los parientes cercanos, le están vedados definitivamente y para siempre. Debe renunciar a sus primeros objetos heterosexuales y homosexuales, padre, madre, abuelos, hermanos, hermanas, que son objetos incestuosos, como ellos mismos renuncian también a la realización de sus fantasmas sensuales a su respecto. Ahora bien, preciso es saber, y todo niño lo siente, que *lo que le ha sostenido no es sino un fin incestuoso, durante todo el tiempo de su promoción humanizadora.* Después de su nacimiento, sus deseos y motivaciones estaban focalizados por la madre, el padre y los parientes cercanos. Pero ahora desemboca en tan grande angustia de rapto y de violación eviscerante, o de castración y asesinato, según su sexo, según la dominante pasiva o activa de sus pulsiones, según su ideal también y los placeres sensuales esperados de la receptividad o de la emisividad, los de la violencia de sus propias pulsiones, que, para sobrevivir, debe renunciar a la erótica y a la ética incestuosa de su narcisismo primario. En efecto, lo que hasta entonces caracterizaba la dinámica del deseo de los niños que mezclan fantasma y realidad, era el ser sostenidos sin saberlo por su deseo incestuoso, dirigiéndose, sin saberlo, hacia la exclusividad del deseo genital del padre del sexo opuesto, sin renunciar por ello ni a su narcisismo fundamental de sujetos ni a su destino futuro de fecundidad como individuos.

Cuando, sin percatarse los padres, las pulsiones eróticas incendiarias del niño obtienen satisfacción en un cuerpo a cuerpo que él se ingenia en conservar, ya sea con caricias o acostándose en su cama, situación tan perturbadora eróticamente como los castigos corporales que él los fuerza a aplicarle, el niño corre el riesgo de una regresión y de no mantener la cohesión entre la imagen del cuerpo y el esquema corporal correspondiente a su edad, esa cohesión que le permite a la vez

seguir siendo sujeto de su historia y conquistar su status de humano. Este status de humano, las crías de hombres lo conquistan a semejanza de sus padres. Pero no comprenden que la única semejanza humanizadora es la aceptación de las leyes que rigen el ejercicio de las pulsiones en el actuar entre humanos. Creen que esta semejanza humanizadora consiste en imitar, mimetizar las maneras de los adultos, como si los adultos interpretaran un papel que ellos mismos tienen que reproducir por su cuenta. ¿Procederá esto de las trampas del lenguaje verbal por lo que tiene de estereotipado, abarcando todos los roles, y de la de los gestos de la civilidad?

Las palabras pronunciadas por los adultos son las mismas que las utilizadas por los niños, pero, siendo diferente su experiencia, no significan una vivencia de idéntico nivel. Sólo a través de la imagen del cuerpo que subyace bajo las verbalizaciones del niño (y que él nos procura en los dibujos hechos en sesión, y sobre todo en los comentarios que formula a su respecto) es posible comprender este fenómeno de ambigüedades y malentendidos entre niños y adultos.[29] Hay millares de ejemplos. Citemos sólo uno: «amar» para un niño en la edad oral, es poner en la boca como se hace con el alimento; después, a partir del destete, «amar» se significa no por el canibalismo o la mordedura, sino por su mímica, el beso. Bien educado, el beso del niño se impone el hacerse silencioso, y el niño, utilizarlo ritualmente en familia. En cuanto a los besos llamados de nodrizas, aplicados ruidosamente sobre las mejillas o las nalgas del chiquillo, ¿quién osa pensar que son, para ellas y ellos, una alusión a los goces del canibalismo al propio tiempo que del flato que preludia a la defecación? Otro ejemplo: me acuerdo de una reunión mundana en que, tras haber ido los niños a saludar a los invitados, dos de ellos intercambiaron sus reflexiones: «Pues oye, la señora que llaman la generala, ¡cómo moja cuando besa!». Con toda naturalidad, esta señora les había dado un beso mojado a causa de su dentadura. Pero un padre horrorizado reaccionó: «¡Callaos, no sabéis lo que estáis diciendo!». ¡Malicia de las palabras! *

En su lucha por conservar a su manera la semejanza con el adulto, por conquistar su status humano, *el neurótico reprime las pulsiones no castradas de los diferentes estadios, sin poder ni actuarlas ni fantasmatizarlas, hasta aplastar con ellas el deseo mismo. Ello constituye, a la vez, su sufrimiento y su dignidad.*

Aquí reside también la diferencia con los psicóticos, cuyo

29. Un niño de ocho años que lo ignoraba, informado por su madre sobre la forma en que había nacido, reaccionó horrorizado: «Nacer no es decente, ¡se las ve todas desnudas!» (*sic*).

* *Baiser*, besar, se emplea vulgarmente para denominar el acto sexual genital. [T.]

narcisismo ya no sufre de la pérdida de una semejanza humana concerniente al placer de actuar sus pulsiones. Para él ya no juega la distinción entre fantasmatizar y pensar, fantasmatizar y actuar en la realidad.

Si por narcisismo, al producirse las diversas castraciones el niño renuncia a las maneras primeras de goce para satisfacer sus pulsiones, ello también se debe a que los humanos adultos son para él, cuando es pequeño, una imagen de él mismo valioso; digo bien: los adultos de ambos sexos, antes de la castración primaria; después, el adulto modelo de un solo sexo. Cuando el niño se encuentra en la castración edípica, la imagen de lo que él creía tener que devenir para afirmar su identidad, deja de ser la semejanza y ahora es una total identificación al padre de su sexo, tomando su lugar, poderes y prerrogativas. Advierte entonces que, hasta ahí, se había engañado. *A lo que tiene que identificarse es a la identificación de la sumisión del progenitor a la Ley, y no a la imagen del progenitor ni a su modo afectivo de presentarse ante los otros y ante él mismo.*

Es de otro sujeto, castrado como él en relación con sus deseos incestuosos, de quien el sujeto niño debe recibir el reconocimiento anticipatorio del valor erótico —a sus ojos momentáneamente eclipsado— de su cuerpo, de su sexo, de su persona, de su dignidad de hombre o de mujer en devenir: porque, haga lo que haga, no puede cumplir sus deseos, hasta entonces incestuosos y para él inseparables del hecho de amar a sus padres o de ser amado por ellos. Ya no sabe, ya no comprende lo que es el placer de amar y de ser amado.

Ahora bien, la castración edípica sobreviene en la vida de los niños en el momento de la caída de los dientes de leche. Cuando se miran en el espejo se juzgan desastrosos, y muy a menudo se les dice: «¡Oh, qué feo estás así!».[30]

La caída de dientes en los sueños de adultos es una forma imaginaria común de la angustia de castración. La caída de los dientes, esos dientes mediadores de las pulsiones orales activas y sádicas, ha signado en el esquema corporal la aceptación

30. Es necesario que alguien, ajeno a la familia, le asegure que su rostro y su persona siguen siendo capaces de despertar amor y deseo. No ser como su madre para una niña, o como su padre para un varón, no llegar a tener una apariencia semejante a la de ellos, confiere al niño su status de sujeto y le asegura que se convertirá en el hombre o la mujer que su nacimiento presagiaba. Es importante explicárselo bien (también esto sería misión de la escuela); porque hasta entonces, los niños viven con la ilusoria esperanza de ser en el futuro una copia exacta de su modelo, y esta esperanza ellos la han volcado en su rostro de niño o en sus conductas, siempre validados por el placer o el displacer que suscitaban en sus padres. Ahora es cuando se les puede revelar el sentido a veces contradictorio que implica el honrar a sus padres y amarlos o ser amados por ellos, cuando amar no tiene sino el sentido de «gustar» [«*faire plaisir*»] a quienes uno ama. Sin la integración de la prohibición del incesto, «gustar» es ambiguo y puede resultar perverso.

edípica, la mutación del narcisismo primario en narcisismo secundario. Antes del Edipo, la regulación de la economía libidinal inconsciente podía ser descrita como una homeostasis entre el Ello, el Yo y el Yo ideal, preservada por un pre-Superyó; esta economía se modifica, porque el Yo ya no tiene Yo Ideal: un Ideal del Yo, que no está representado por una persona existente, ha ocupado el lugar del fin a alcanzar que daba sostén a las motivaciones conscientes e inconscientes del deseo. Si su persona continúa existiendo, creciendo, ya no es por un pre-Superyó emparentado con la entidad tutelar que velaba por controlar los actos del niño y de la que él dependía. Ahora, es un Superyó articulado sobre los fantasmas que el niño mismo se creó en el momento de su deseo imposible hacia el objeto incestuoso, fantasmas castradores o mortíferos para el varón («¡la bolsa o la vida!»), fantasmas de hombres raptores de su cuerpo o de violación evisceradora de su sexo para la niña, violación que puede tener por ejecutora a una mujer cómplice de un hombre. Este Superyó, heredero inconsciente a la vez del pre-Superyó y de los fantasmas provocados por la prohibición del incesto, tiene el efecto dinamizador de impulsar al niño a salir del círculo estrechamente familiar para conquistar en la realidad social objetos lícitos, o más bien no prohibidos a su deseo amoroso y sensual de connotación genital. Que este deseo no sólo no está prohibido, sino que es lícito y válido si no se aplica a la persecución de objetos incestuosos, he aquí lo que se debe verbalizar a los niños.

A estas conquistas que los valorizan frente a los varones y chicas de su edad se aplicarán los años de latencia en los niños que han recibido la castración. La adolescencia, con el empuje fisiológico de la pubertad, relanza el deseo en sus manifestaciones a nivel de los genitales y de los afectos de amor por objetos deseables. Esto confirma, reforzándolo, el narcisismo secundario que incita al muchacho o a la jovencita a valorizarse en sociedad: a la vez para reforzar su propia imagen y para conquistar el derecho de un encuentro cuerpo a cuerpo con el objeto de amor, triunfando sobre los rivales. Este fantasma de salir exitoso en cualquier eventualidad de relación amorosa y sexual no incestuosa sostiene el narcisismo secundario del sujeto a partir de la fase de latencia y más aún después de la pubertad.

Así pues, es la barra bien puesta por el padre y la madre sobre el deseo de su hijo o hija como incestuoso lo que libera las energías libidinales del niño para su vida fuera de la familia. Esta prohibición, a la que ellos declaran estar sometidos tanto como el niño, a un tiempo ennoblece al niño y lo coloca en el mismo nivel que todos los ciudadanos. Le permite el libre juego de sus pulsiones en sociedad, a partir del momento en que se expresa dentro de las reglas. Desde este momento los juegos,

con sus reglamentos, pasan a ser importantísimos; y también la aceptación de que el juego es mucho más divertido si no se hace trampa, aunque a veces no ganar sea terriblemente duro, cuando resulta que bien la suerte, bien la destreza, hacen que el que gana sea el otro. Esto se manifestará aun de otra manera. El placer se dirige hacia el esfuerzo, el trabajo, el aprendizaje de todo lo que permite entender el mundo, las personas, las leyes naturales, las leyes del comercio entre los hombres, y todo lo que valoriza al niño entre los de su misma edad, que ahora son para él mucho más importantes que papá, mamá, hermanos y hermanas. Aquí es importante que papá-mamá soporten el haber perdido mucha de su importancia para su hijo. Si quieren enseñar a su hijo el respeto que éste les debe, sólo lo conseguirán dándole el ejemplo de respetar su persona. Su hijo, en cualquier caso, no les «debe» nada. El (o ella) —una vez convertidos en padre o madre— harán a sus hijos lo que sus padres hayan hecho por él (o por ella).

Si, en cambio, los padres reivindican, en el período de latencia y más aún en la adolescencia, una deuda de amor y de reconocimiento, hay perjucio para su hijo; y, por los efectos a largo plazo de esta culpabilidad, perjuicio para sus nietos. Ciertos padres pervertidores hablan sin cesar de los sacrificios que habrían hecho por sus hijos: estos «sacrificios» son inherentes, en realidad, a su responsabilidad de padres, y no generan por tanto ninguna deuda de sus hijos a su respecto.

El período de latencia comprende primeramente una latencia fisiológica. El volumen de las zonas genitales, proporcionalmente tan importante en el recién nacido, como lo es la cabeza en relación con el cuerpo, sigue siendo el mismo para el cuerpo de una niña o varón de ocho o nueve años. El empuje puberal, acompañado por el rápido desarrollo de los órganos genitales y de los caracteres secundarios de la sexualidad, trae nuevamente a lo imaginario las representaciones del deseo conocidas en el momento de la inminente castración edípica: como si él y la adolescente tuvieran que revivir en unos pocos días o semanas las etapas significantes de su evolución desde la infancia hasta el Edipo.

Las aptitudes tecnológicas y culturales, adquiridas durante el período de latencia para el placer narcisista y también, en ocasiones, para triunfar sobre un o una rival, se reestructuran y se orientan hacia lo que llaman vocación. Es el deseo de meta más lejana de consagrar sus fuerzas o de armarse para desempeñar un papel en la sociedad. «Salir» es la palabra mágica de los adolescentes.

Desearían asumir sus necesidades y vivir fuera del hogar familiar, no sólo para estar disponibles y ser libres de frecuentar amigos de su sexo y del otro sin vigilancia, sino también para tomar parte en la vida cívica y social. El valor del trabajo con-

tinúa siendo estimado según el placer con él obtenido, sea cual fuere el esfuerzo que exige; pero el dinero que labores y esfuerzos, incluso displacientes, permiten adquirir para fines inmediatos de liberación de la tutela parental, también empieza a contar; es el trabajo alimentario, como se dice. Ello explica el que las dificultades económicas actuales en nuestros países de importante desempleo resulten dramáticas para los jóvenes, y muchos regresan por ello a un narcisismo pregenital. La imposibilidad lícita de escapar a los padres ganando dinero con el propio trabajo socava el sentido de la vida inherente a las pulsiones genitales, y contradice las pulsiones anales del hacer que valorizarían al adolescente entre los de su edad si encontrara trabajo. Esto explica en gran parte la pequeña delincuencia juvenil que parece generalizarse, y traduce las difíciles circunstancias que atraviesa nuestra juventud. ¿Cómo disponer de dinero para vivir bajo un techo personalizado y poder llevar a él al objeto deseado, vivir de a dos, en pareja, si no es posible trabajar? ¿Cómo obtener el placer necesario para conservar el propio narcisismo si sólo están autorizados los deseos pasivos —de paciente espera—, cuando no hay trabajo? El deseo pasivo no honra al varón que quiere conquistar a una jovencita, y tiende a privilegiar la mera apariencia atractiva en ésta. Los deseos pasivos articulados con las pulsiones pregenitales, por ejemplo el erotismo olfativo, son el pegamento, el éter y, más cara, la cocaína; el erotismo oral es beber, la droga; el erotismo anal, la imaginación falsamente creativa en vacío, y muchos son los jóvenes sumidos en estas regresiones pasivas.

Felizmente, hay aún posibilidad de utilizar pulsiones activas, socializadas: la música, el baile, el amor y el descubrimiento de la naturaleza, los deportes; pero esto también cuesta dinero, y de ahí la enorme dificultad actual, incluso para jóvenes que han pasado las horcas caudinas de las diversas castraciones y que han sido humanizados por la educación, pero que al llegar a la adolescencia se encuentran sin intereses culturales ni escolares y, jóvenes adultos ya, viven en medio de una dificultad social que no les permite asumir su propia subsistencia ni su desarrollo sexual, con el sentido que les daría formar pareja, aun parejas transitorias. Ahora bien, la regresión de las pulsiones activas anales, con la angustia de la desesperanza, conduce a la violencia.

3. PATOLOGIA DE LAS IMAGENES DEL CUERPO Y CLINICA ANALITICA

PRIMEROS RIESGOS DE ALTERACION DE LA IMAGEN DEL CUERPO

Podemos partir de lo que aquí equivale a una suerte de ley general. Un ser humano que no presenta anomalías neuromusculares o neurovegetativas, puede haberse encontrado con la imposibilidad de estructurar su primera imagen del cuerpo e incluso de sostener su narcisismo fundamental. Basta con que haya padecido rupturas dañinas del lazo precoz con su madre, sea en el curso de la vida fetal simbiótica, sea en el de su vida de lactante, período en que el equilibrio de la díada madre-hijo es esencial para su devenir humano.

Durante el embarazo

Parecería extraño que puedan producirse tales rupturas en el curso de un embarazo que ha sido fisiológicamente sano y que ha estado bajo el control del médico. No obstante, esto es lo que en ocasiones se presenta del lado de las premisas arcaicas de las estructuras de niños o adultos paranoicos. Por ejemplo, puede producirse en un bebé durante cuya gestación la madre ha perdido a un ser querido, si este choque le ha hecho olvidar, durante algunos días, su embarazo: de este olvido, que sólo ella recuerda, es muy posible que ulteriormente se encuentre una marca en reacciones paranoicas del niño. Esta observación no ha sido posible sino en el curso de ciertas curas psicoanalíticas y sin duda no es posible generalizarla. Debe comprenderse que lo que afecta el vínculo simbólico vital al que

me refiero no es una hostilidad consciente de la madre contra el feto, consistente en que ella no querría tener el niño o en que dicho feto la parasitaría. Tampoco se trata de los clásicos vómitos incoercibles; porque estas actitudes de cuerpo incómodo o de conciencia afectiva incómoda durante el embarazo, estas manifestaciones y estos afectos, por negativos que puedan parecernos, no dejan de probar que el lazo simbólico libidinal madre-feto no sólo no ha sido olvidado por el consciente de la madre sino que se mantiene en su inconsciente y moviliza hasta en su afectividad consciente sentimientos destinados al niño.[1]

La sustentación de este vínculo inconsciente de deseo entre el feto y su genitora, y viceversa, es lo que permite al niño vivir sanamente su vida fetal. Ya no es lo mismo si, como he indicado, la madre olvida que está encinta. En efecto, este olvido es imposible en cualquier mujer en gestación, y ello hasta cuando duerme. Para toda mujer, semejante olvido parece antinatural. En realidad, se trata de un poderoso traumatismo psíquico en la gestante que ha sacudido hasta el sentido de su vida; quizás incluso, para haber tenido efecto sobre el feto, como observamos en algunos, le ha hecho también olvidar su propia existencia, e incluso a su marido o amante. De estos traumatismos psíquicos en el curso de la gestación —a veces totalmente olvidados por madres que han traído al mundo niños psicóticos de nacimiento— hay algunos que sólo se muestran con ocasión de un trabajo psicoanalítico. Son casos indudablemente excepcionales; al menos, es raro que el feto no muera por aborto o por las complicaciones de un nacimiento prematuro.

En el parto

Algo semejante se produce en los niños cuya madre sufre una hemorragia al dar a luz. Este peligro amenaza a los niños que nacen sin cesárea con placenta *proevia*,[2] y que sobreviven. Están como en ruptura del vínculo simbólico con su madre, y ella de su vínculo simbólico con ellos, durante las horas en que la madre se halla en peligro de muerte y el propio niño en reanimación. La ruptura del vínculo con la madre se experimenta con posterioridad. Si sus dificultades psicosociales lleva a estos niños a la cura psicoanalítica, se descubre que viven como si hubieran muerto al nacer. La cohesión sujeto-imagen del cuerpo-esquema corporal no ha podido constituirse, porque, para ellos, ir hacia la vida era correr el riesgo de morir. Algo

1. No olvidemos que, negativos o positivos, los afectos, en el sentido libidinal, son vivos, y por tanto operativos, dinámicos.

2. Se trata de una placenta implantada a nivel del istmo y del cuello del útero, región que en el parto se tiene que dilatar.

se quebró en el vínculo simbólico de la madre con su recién nacido, debido a que en el momento del nacimiento la alegría dio paso a la angustia de una muerte inminente. A este «blanco relacional» de la genitora con su bebé, que a veces llega hasta la ignorancia de su sexo antes de caer ella en estado de coma, suelen añadirse, procedentes del amante de la mujer, del genitor del niño, fantasmas mortíferos para con este recién nacido que ha causado un peligro mortal a su madre.

Si la madre muere finalmente de las secuelas del dramático parto, tras mantener algún tiempo intimidad con su bebé, ello puede tener el efecto de vedar al niño su estructuración en un narcisismo primordial cohesivo. Estos dos choques sucesivos para el niño —parto de alto riesgo y luego muerte de su madre— provocan la ruptura del primer vínculo humanizador, que hasta mucho tiempo después no encuentra la manera de desplazarse y luego de reconstituirse con las otras personas de la familia; sobre todo si una de ellas es la que toma el relevo de la madre fallecida. En efecto, en este caso suele ocurrir que el duelo familiar culpabiliza al niño de haber matado a su madre. Desde luego, la persona en cuestión no se lo dice; pero su manera de estar con el niño, de considerarlo y de mirarlo, las amargas palabras que rodean su cuna, crean un clima depresivo que el recién nacido percibe, dada su extrema sensibilidad a todos los afectos que le conciernen. Es como un asesino y un incestuoso a la vez: violador, pues, inconsciente, de los dos grandes tabúes de la humanidad, que todo niño tiene que construir después del destete y de la castración anal (que es, recordémoslo, la deambulación autónoma).

Para el lactante cuya madre, que lo amamantaba y se ocupaba de él, muere precozmente a causa de un accidente, lo que sucede es que la madre se lleva, como si siguiese enganchado a ella, ese pecho que, por la concepción que un niño puede tener de él, ha partido con ella. Y al mismo tiempo que este pecho se lleva, a espaldas de todos, si desaparece sin poder verbalizar ella misma al niño que lo confía a otra persona, la boca relacional y de lenguaje del bebé, algo de su nariz, de sus labios, de sus bronquios, de su lengua, de su audición, de su olfato, imaginariamente solidarios de aquel pecho desaparecido con la madre: su voz, su olor, su tactilidad vital. La muerte precoz de una mamá que se ocupaba totalmente de su hijo suprime el lugar del vínculo en el cuerpo del niño, que hacía la mediación del niño con el lenguaje y con la existencia humana que este único adulto le procuraba. Sigue existiendo como mamífero, pero ha perdido lo que, humanamente, de manera única, lo animaba: su madre. Lo que come en él es «eso»; pero las mamadas ya no son reencuentro del placer conocido y reconocido, él-ella, ella-él. El narcisismo de este lactante, niña o varón, queda profundamente herido, fisurado, podríamos de-

cir, y muy fragilizado para el futuro. Hay aquí dos niveles de heridas:

1. Una herida en la relación del sujeto con su cuerpo propio, debido a que la imagen del cuerpo es amputada de una zona erógena que se ha marchado con la madre, y que era el olfato, la deglución del bebé. Esta imagen del cuerpo puede serle devuelta si se le trae nuevamente, por así decirlo, material o sutilmente, el olor de su madre conservado en sus ropas. Lo que recobra vida entonces es su cuerpo. Es su imagen de base, de cuerpo propio; es la imagen de funcionamiento, la posibilidad de succión; mientras que, sin el olor de la madre, el niño ya no sabía, por ejemplo, mamar ni tragar.

2. La otra herida, el trauma más profundo, es la pérdida de la relación interpsíquica que existía ya, a veces de gran intensidad, entre el lactante y su madre. Esta herida no puede ser reparada o más bien superada sino mediante palabras verdaderas, pronunciadas por alguien que el niño conoce como de acuerdo con su madre y con su padre, y que le habla de la difícil prueba que han vivido ambos, él y su madre. Este trabajo psicoanalítico con lactantes precozmente separados de su madre, por las razones que fueran, muerte, enfermedad o abandono, demuestran que, más allá del hiato de la imagen funcional erógena, hay un hiato de la relación de sujeto a sujeto. Sólo la palabra puede restablecer, de manera simbólica, la cohesión interna del niño; pero si se quiere ayudar al niño a superar la prueba, no se le puede ahorrar el dolor. Los niños, bebés, lactantes, comprenden las palabras, es asombroso, no sabemos cómo, cuando son dichas para comunicarles una verdad que les concierne; palabras que relatan lo que se conoce de los hechos, sin juicio de valor.

Cuando el bebé sobrevive a esta inminente muerte simbólica que le ha amenazado en sus zonas erógenas y hasta en su ser de deseo de comunicación, la consecuencia residual mínima de estos acontecimientos traumáticos y mutiladores es el retraso y los defectos de lenguaje, los tropiezos de la lengua con el paladar que imposibilitan todo o parte de la pronunciación de los fonemas. Hay entonces gritos que son expulsiones continuas de sonidos; o, por el contrario, ausencia total de sonorización, por muerte simbólica de la laringe como lugar de placer activo por las modulaciones de comunicación.[3]

3. Esta muerte simbólica parcial, clasificable sin duda como síntoma histérico precoz, no debe ser confundida con las pulsiones de muerte del individuo, porque el lactante todavía no está individuado, y por tanto el sujeto —presente desde la concepción— no puede haber investido su cuerpo propio de su deseo unificado. Su cuerpo es parte constituyente de una díada madre-hijo. Lo cual se asemeja, en este caso particular, a las pulsiones de muerte del sujeto deseante que él es; perdiendo el uso de la laringe, el lactante salva la individuación futura del bebé. Es como si este lugar de la comunicación sonora con su madre se hubiera mar-

El periodo oral
antes de la edad de la marcha y de la palabra
el destete, sus fracasos

Una enseñanza de valor general que puede desprenderse de estos estudios de traumatizados precoces es que siempre se trata de secuelas de efectos nocivos de un destete no efectuado. *No ha habido destete,* es decir, separación del contacto cuerpo con cuerpo hasta allí constante para todas las comidas: separación experimentada como dolorosa por una y otra parte, y significada, seguida por el retorno de la madre que hace cariños y verbaliza el destete, pero que ya no da de mamar. No ha existido ese «trabajo» que es el destete, ha existido separación brusca y, además, sin explicaciones. Asimismo, siempre son dificultades relacionales con la madre, pero dificultades negociadas con ella en torno a la adquisición de la marcha y de la autonomía, las que ayudan al niño a desarrollar su narcisismo individual. En el transcurso de este período (llamado de castración anal), pueden producirse traumas. Cuando, por ejemplo, la madre se aboca a una educación esfinteriana severa, sin permitir la mediación del desplazamiento del placer excremencial sobre el placer de manipular todos los objetos no peligrosos que estén al alcance del niño. Las castraciones, el nacimiento y la cesura umbilical, el destete y la alimentación por vías distintas al cuerpo a cuerpo con la madre, la autonomía y la satisfacción de las necesidades de una manera autónoma cuando el niño adquiere la respectiva posibilidad motriz, todo esto debe mediatizarse —palabras, pequeños incidentes, complicidades, alegrías y penas—, efectuarse lentamente y sin brusquedad: ni sin ningún conflicto ni sin ninguna palabra. Estas incidencias *sin* (conflicto, palabra) provocan graves trastornos de no estructuración en la personalidad del niño.

En el caso extremo de un destete cumplido por abandono o muerte de la nodriza-madre, aquello que puede subsistir en el lactante de sujeto deseante se manifiesta por una regresión del comportamiento, debida a la remanencia de fantasmas anteriores al trauma de lo que yo llamaría un destete salvaje, en lugar de un destete humanizador. El origen arcaico de lo que ha contribuido a constituir la imagen prensiva de la boca y de la lengua, en la comunicación de deseos tanto como de necesidades, puede así reaparecer de una manera que hace involucionar las posibilidades del esquema corporal enlazado hasta entonces a la imagen del cuerpo inconsciente en comunicación

---

chado con ella. ¿Será un desplazamiento de las secundinas sobre la laringe, como algo que ha quedado de la placenta al nacer, primera etapa de la individuación?

con la madre. La laringe y el cavum pueden perder, como acabo de recordarlo, las aptitudes de sonorización que el bebé había adquirido anteriormente.

Hay entonces entrada en un mutismo psicógeno sin daño de la audición. Pero también puede tratarse de la aparente pérdida de reconocimiento de las voces familiares del entorno del niño; éste se vuelve no sólo mudo, sino no oyente psicógeno. Ya no oye las voces humanas, las palabras, sino únicamente los ruidos ambientales. Anula lo que se dice, pero recibe las referencias que son útiles para su supervivencia suprimiendo de su atención a los seres humanos que lo rodean. En cuanto a la imagen del cuerpo más arcaica, la imagen respiratoria, sobre la cual se articulan los ritmos cardiovasculares vegetativos y la paz del sueño, puede verse alterada por el sufrimiento afectivo nacido del doloroso menoscabo del vínculo bebé-madre. Cabe explicar la corriente patología del malestar respiratorio bronquítico y de la obstrucción del cavum visible en esas tranquilizadoras velas que tantos niños tienen necesidad de conservar bajo la nariz, como una tentación de retorno a la imagen prenatal en que esta región, el cavum y las vías respiratorias, no erotizadas todavía, estaban sumergidos en el líquido amniótico, que aseguraba la imagen del cuerpo fetal. En cuanto a los niños llamados psicóticos, enmudecidos, inestables, amurallados en la incomunicabilidad o en el sufrimiento psíquico, raramente tienen alterado su funcionamiento orgánico. El sujeto, que ha estado en el origen de su encarnación en el momento de su concepción y que ha sobrevivido al momento del nacimiento, parece ausente. Pero, ¿dónde se encuentra? En cualquier caso, no asume, por mediación de la imagen del cuerpo, un esquema corporal que vive a solas, como un espécimen anónimo de la especie. Cuando el sujeto se desolidariza de su cuerpo, se trata de lo que yo, personalmente, denomino pulsiones de muerte del sujeto. Las cuales no han de ser confundidas con el deseo de dar muerte a otro cuerpo, y ni siquiera al suyo. Es solamente como una retirada del deseo del sujeto, que tiende a descansar del trabajo de vivir con su cuerpo en la realidad; como si se redujera a un punto focal en que los ritmos de mantenimiento vegetativo del cuerpo se conservan perfectamente, conservando la perennidad del sujeto momentáneamente en «vacaciones» de libido. Muchos de estos niños viven olfateándolo todo y sin hacer nunca nada con el objeto olfateado, al que a veces recogen para seguidamente dejarlo caer. Olfatean los cuerpos, los pies de las personas que se acercan. Se diría que están a la búsqueda obsesiva de un olor: quizás el de las vías genitales de su madre, madre arcaica; quizás el de su nacimiento, que les permitiría reencontrarse como sujetos de deseo, de comunicación interpsíquica. A veces, al verbalizárseles la hipótesis que hemos elaborado en cuanto al sentido de su bús-

queda, vemos —en una mirada intensa que el niño dirige al fondo de nuestros propios ojos— que algo verdadero relativo a su aflicción lo ha despertado por un instante a una relación humana, que queda sin continuación.

Tales disociaciones bruscas y duraderas de la imagen del cuerpo y del sujeto, sin reparación posible, se encuentran frecuentemente a raíz de hospitalizaciones precoces y de cambios sucesivos de nodrizas antes de la edad de la postura sentada y de la deambulación voluntaria, es decir, antes de los cuatro meses, y aun entre los cuatro y los nueve o diez meses. El niño regresa a un estado en que sus necesidades vitales son satisfechas por un entorno con el que ya no tiene intercambios sutiles, de lenguaje, ni mímicos ni motores. Se vuelve autista. Sus pulsiones de deseo quedan desprovistas de salida, se simbolizan teratológicamente en alucinaciones de peligrosas mandíbulas en algún punto del espacio. ¿Se tratará de su propia boca, que él habría perdido y, en forma de vocalizaciones aterradoras, alucinadas, no serán sus propios gritos, lanzados al espacio, los que permanecerían allí fuera del tiempo, de manera alucinatoria? Todo lo cual configura el cuadro de una sintomatología fóbica mayor en el niño mutista y psicótico. El fantasma o la memoria de su cuerpo llevado en los brazos de la madre desaparecida se manifiesta como una demanda, como una tentativa de comunicación de boca a pecho, no enlazadas a una imagen inconsciente cohesiva, demanda irreconocible a priori por el observador. Este sujeto inconsciente ligado quizá todavía a un pre-Yo mutilado de su madre, de su «Tú», parece quedar reducido a algo de la imagen erógena y funcional de la pinza mandibular, como lo es sin duda su balanceo perpetuo, sin placer y sin gritos. Se toma a veces de sus propios brazos, antebrazos o manos, fetiches ahora del pecho materno en su cuerpo, únicos recuerdos garantes de una relación de amamantamiento asociada al pecho y a los brazos maternantes que significaban el amor. La clínica de los niños psicóticos tiene que habérselas con estos niños autodevoradores, cada vez que experimentan (¿pero dónde?) más que de costumbre la mordedura de su desamparo, de una imposible comunicación perdida y de una aterradora soledad psíquica de inválido de todo lenguaje.

Toda fobia corresponde a imágenes parciales arcaicas que utilizan pulsiones del sujeto actual que él no conoce por suyas, y que se proyectan en el mundo circundante. Esta sintomatología fóbica precocísima y defensiva invade de más en más toda la libido del niño. Aunque consiga utilizar, traducir, fijar la angustia, y aunque la imaginería fóbica, si pudiese ser compartida y comprendida por el adulto, tranquilice al niño, cuando el estado fóbico es tan precoz la angustia no permite la expresión de estas pulsiones, ni que alguien del mundo exte-

rior las comparta humanizadoramente. El autismo se agrava entonces de día en día, apuntando a yugular las fobias, vedando al deseo toda tendencia de objetos, y sin poder llegar a ello porque en el ser humano el vivir va sin cesar acompañado por una función simbólica, y ésta, en sus imaginerías abandonadas por objetos parciales carentes de intención, se torna cada vez más aterradora.[4] La fobia se vuelve perseguidora y el niño cae en estados psicóticos graves. El autismo traumático que acabamos de describir puede presentarse sin que sea posible referirlo claramente a un incidente ocurrido en la realidad. Puede haber sido una separación precoz y brusca de la madre. No obstante, siempre se debe a un trauma simbólico, sumado a una dura prueba en la realidad o acompañándola. Estas pruebas, siempre asociadas a castraciones, han resultado no simbolígenas, y el niño sufre de ello. Por añadidura, la dura prueba vivida por el niño a menudo es concomitante de pruebas vividas por la madre-nodriza, quien, por este hecho, está poco atenta a su bebé, salvo para los cuidados materiales urgentes —alimentación, cambios—, pero sin palabras, ni caricias, ni afinada discriminación de lo que le sucede y que en otro momento la alertaría. ¿Es que se trata, en realidad, de ausencia de estructuración, causante de mutilaciones parciales de la imagen del cuerpo? Es tarea del psicoanalista, por la transferencia aceptada de las pulsiones de muerte sobre su persona, en estos casos de inicio de psicosis, descifrar su sentido humano ético pervertido comparado con el primer sentido humano ético que es el deseo de comunicación. Se trata, en el psicótico, de un deseo prudencial preventivo frente a la angustia de toda relación en la realidad. Como si el sujeto, en este niño, razonara diciendo: «Si yo soy no, no, no, a toda presencia» (peligro eventual de comunicación y por tanto eventual arrancamiento secundario doloroso), «no estoy presente, no soy mira de nada, por lo tanto ya no arriesgo nada». Claro está que si digo esto es para comprender mejor la aparente no transferencia del niño sobre el terapeuta. Pero a partir del momento en que el terapeuta comprende la aguda inteligencia de un niño psicótico y su modo de resistencia ante el sufrimiento, es posible hablarle de ella, sin culpabilizarlo por la máscara con que se viste: indiferencia, mutismo, accionar animal. Se lo ayuda así a reencontrarse como humano y como sujeto de su deseo, se lo ayuda a aceptar de nuevo su humanidad herida en su esquema corporal y a reconstruir, gracias a la transferencia, una imagen del cuerpo en relación con el esquema corporal, que así queda como desembrujado.

El niño psicótico es el asiento de un verdadero tumor de la simbolización, digamos de un tumor imaginario construido

4. El deseo obliga al sujeto a disfrazar sus necesidades, como si fueran el deseo de un otro invisible.

por *una función simbólica que ha funcionado al vacío* [«*marcher à vide*»] *y sin ninguna posibilidad de relación con otro ser humano.* Porque el ser humano al que las pulsiones del niño apuntaban estaba ausente o, si su cuerpo estaba presente, estaba psíquicamente fuera de alcance para un niño desde ese momento como solitario.

Son fenómenos poco más o menos similares a los que se encuentran en lo que, siguiendo a Spitz, llaman hospitalismo. Sobrevienen en niños que conocen numerosos cambios, de nodriza o de instituciones, durante los primeros dieciocho meses de su vida, pero sobre todo durante los seis primeros meses, que son decisivos. Puede hablarse también de hospitalismo burgués, en que el lactante es dejado por sus padres al cuidado de mujeres mercenarias sucesivas, a menudo de sexualidad frustrada por la vida, que lo crían como un animal o como una planta, sin otras palabras dirigidas a su persona que las que corresponden a las necesidades, sin estima por sus padres, a veces incluso con una hostilidad a su respecto que el niño hereda.

En todos estos niños crónica o sucesivamente traumatizados precoces, las pulsiones orales y anales pasivas se satisfacen solitariamente, de una manera que se debe calificar como masturbatoria imaginaria invisible, y por tanto en forma no observable; puede ser olfativa, óptica (el estrabismo, por ejemplo), labial, glótica, lingual, rectal o miccional, características del erotismo de regiones parciales en la época de estos estadios precoces. Este erotismo les hace elaborar fantasmas de un cuerpo a cuerpo con la madre ausente que su propio cuerpo-cosa les sirve para presentificar, en la soledad de la cuna. La succión del pulgar, corriente en la mayoría pero que en ciertos bebés pasa a ser casi una pasión inveterada, es ciertamente aquí una de las manifestaciones menos graves, pues es compatible con el desarrollo ulterior hacia una neurosis corriente. Es que la imaginación del bebé, sostenida por todos los deseos normales para su edad, no tiene aquí como referencia estable más que los momentos de aportación de alimento o de recusación de excrementos, así como los cuidados del aseo y las manipulaciones de su cuerpo como objeto del adulto. Este modo de crianza, cuando no incluye ni alegría compartida ni palabras, cosa que sucede con ciertas madres, hace del niño un objeto y no permite al sujeto de deseo, y sobre todo al pre-Yo del lenguaje verbal que él es virtualmente, construirse por intercambio de percepciones cómplices con el otro. Si de tal modo este niño se desarrolla en solitario hasta el descubrimiento de la prensión manual, su necesaria actividad masturbatoria, asociada a la succión del pulgar, se fija a un objeto innombrable que él mantiene bajo su nariz, chu-

pándolo, respirándolo, y su ser en el mundo queda totalmente absorbido en las sensaciones que, con ello, se procura.[5]

Este objeto innombrable constituye un fetiche arcaico de su relación con la madre lactante que fue indispensable para su seguridad, y este fetiche es metáfora, para el niño, de él-su madre, como prometido el uno al otro en el cuerpo a cuerpo, así como en una mamada interminable. La ausencia ocasional de este fetiche, único símbolo del sujeto en relación de continuidad con su medio circundante conocido, asegurador, referido a las entidades tutelares del espacio maternante, sume al niño en la mayor de las angustias. Conocemos la angustia de los niños que al acostarse no tienen su pequeño objeto transicional; pero si la madre está presente y los consuela, y les permite cumplir la regresión con ella, cuanto más hable de la pérdida de ese objeto con ellos, más rápidamente saldrán de la regresión reactiva a esta pérdida. Lo grave es cuando los niños no tienen más que este objeto perdurado de su pasado, y ninguna otra cosa, ninguna relación por la cual tomar el relevo de su relación con su madre, ni juegos variados, ni canciones, ni palabras. Estos niños se hallan en un gravísimo peligro, por poco que pierdan su fetiche. Poco tiempo después caen progresivamente, sin que nadie se dé cuenta de ello, en un autismo, éste secundario. Mientras tenían su fetiche, se hallaban relativamente en relación con el mundo. Desaparecido el fetiche, entran progresivamente en un autismo que hace pensar en una especie de sonambulismo. Las pulsiones arcaicas orales no pueden ser relevadas por pulsiones anales y pregenitales en las relaciones con la nodriza o con otras personas. El sujeto pierde ciertas componentes de su imagen del cuerpo que religaban su deseo a su cuerpo, y acaba presentando trastornos somáticos (sobre todo el insomnio) y trastornos digestivos, acompañados de aflicción. Este estado provoca en los padres fantasmas de mala atención por parte de la nodriza en cuya casa el niño ha caído enfermo. Le ponen en el hospital, en observación, y aquí aparecen las reacciones en cadena de niños traumatizados por la pérdida del objeto que venía a reemplazar a la madre; la pérdida opera como si fuese una separación precoz respecto de la madre misma tal como la he descrito precedentemente. Todos estos trastornos precoces de la comunicación siempre dejan secuelas, aun si el niño logra superar la prueba. Siempre quedan algunas anomalías del lenguaje en el sentido amplio del término. El esquema corporal, correspondiente a su edad, no se

5. Winnicott ha dado su nombre a este «objeto transicional», y estudió su función aseguradora en la crianza de los niños. Se lo puede comparar con los jokers de los juegos de cartas, que sirven de reemplazantes a todas las cartas faltantes, particularmente referenciados a la carta de triunfo [*l'atout*] (aquí la madre, «la Todo» [*la Tout*] para su bebé).

ha entrecruzado con las mediaciones necesarias para la elaboración de una imagen del cuerpo correspondiente, y de ello se sigue un retraso psicomotor y un retraso de lenguaje.

¿En qué consisten, pues, las mediaciones simbólicas necesarias? Ya lo hemos visto: son las percepciones auditivas, visuales, táctiles, informadoras, venidas de la madre reaccionando ante su hijo, atenta como está al gozo y al padecimiento de su bebé, y que le habla. Aparte de los indispensables cuidados corporales, alimento y cambios, que se dirigen de las manos de la madre al cuerpo del niño, aparte del portar el cuerpo del niño por el cuerpo de la madre, son las palabras de ésta, sus canciones, sus meceduras, sus caricias, sus regaños, todo el lenguaje de la inteligencia del corazón de las madres, cuando la neurosis no ha esterilizado, por la angustia de ser mujer, las vías de acceso de la intuición materna.

Cada bebé, al nacer, suscita en la mujer a la que crea como madre la fuente familiar, resurgida de la relación olvidada con sus propios madre y padre, desde el fondo de su primera infancia, que alimenta su relación de madre a hijo o hija, sobreimpresionada por su relación actual de amante con el hombre que es o no el genitor de su hijo. Este bebé, niña o varón, suscita en esta mujer, su madre nutricia, palabras que son las de su propio corazón, que despiertan la sonrisa y el corazón del niño, y que despiertan su espíritu para que se abra a la escucha: de la misma manera en que, al abandonar la matriz del cuerpo de esta mujer, suscitó la subida de la leche, la leche de él, y que le conviene, para continuar su desarrollo. Esta dialéctica cuerpo-corazón-espíritu del feto, y después del lactante con su madre, tiene raíces en la fisiología; pero en el ser humano, como todo es simbólico, se elabora una componente psíquica interrelacional que constituye su metáfora. Es así como, para cada ser humano, su relación con su madre, fuente de su propia existencia, parece hundir sus raíces en lo que a falta de otra palabra llamamos lo «sagrado». Se trata de una evidencia sentida, a la vez ética y estética, por todo ser humano al contacto de la naturaleza y de su belleza. Este sagrado, él lo nimba con la luz del rostro que se inclinó sobre el suyo en las primeras horas de su vida, en los primeros días de sus difíciles pruebas.

Toda madre es, al mismo tiempo, modelo de la mediación pacificadora de las necesidades y también, a causa de la articulación de los deseos con las necesidades, fuente de la confusión entre necesidades y deseos. Según lo que la madre ha sido en las particularidades emocionales que su hijo ha captado e intuido en las primeras amarguras y alegrías olvidadas de su vida, centradas en ella, se ha elaborado una sensibilidad reactiva, sensibilidad umbilicada en el sueño de existir, sueño

primeramente inducido por la madre y que, día tras noche, por reaparecer y proseguir, pasa a ser realidad.

Se oye decir habitualmente: «Esa mujer no es una buena madre». Esta afirmación es absurda. Ninguna madre puede ser llamada buena o mala. Esa mujer es la madre, y por lo tanto es aquella en quien este ser humano se ha arraigado válidamente, puesto que no ha muerto y ha sobrevivido a la supuesta mala madre. Que haya sufrido por su causa, ésa es otra cuestión; pero, una vez más, no hay ni buena ni mala madre, hay madres que sostienen más o menos el narcisismo en la superación de las castraciones, que son para cada uno las pruebas necesarias para la construcción de su identidad.

Alrededor de las primeras percepciones de nuestra madre, tal como la sentimos y que para nosotros era la vida —aun si sufríamos o si vivir era difícil— se umbilicó nuestro sueño de existir. Este sueño, este prolongado sueño de nuestra primera infancia, a medida que íbamos creciendo fue siendo retomado por nuestra razón amarrándose en unos cuantos flashes a los colores de recuerdos, en referencia a la mirada, a la escucha, a las palabras, a los acontecimientos que, para nosotros, están asociados a la idea de madre. Este gusto por lo «sagrado», ligado a la idea de madre, es para cada uno de nosotros una instancia tanto masculina como femenina. Parece algo extraño de decir, puesto que toda madre es mujer. Y sin embargo, basta pensar en las construcciones con que el ser humano rinde culto a la providencia para ver que las remata con formas de referencia fálica, bóvedas y cúpulas que aluden a los pechos, torres y flechas que aluden al pene. Son formas corporales, objetos parciales «sagrados» del cuerpo de nuestros padres, percibidos como gigantescos. Nuestras propias pulsiones activas y pasivas se proyectan en las formas genitoras y tutelares de estos adultos mágicos que nos remiten a la fuente viviente de nuestro ser, podríamos decir a ese coito inicial en nuestra concepción que asocia la permanencia de la conciencia de sí al fruto vivo de una jerogamia; unión fecunda y permanente de pulsiones sexuales activas y pasivas sublimadas, desde las más arcaicas hasta las más actuales. Para decirlo de otra manera, cada uno de nosotros, cuando bebé, totalmente dependiente del adulto, no puede sobrevivir sino aplacada su sed y su hambre, y protegido de los peligros del mundo exterior. Estas dos condiciones son aseguradas por la madre, con su pecho, y por el padre, que la protege con su vigilancia armada. En cuanto al bebé, está pendiente del pecho vital y de la fuerza protectora. El bebé se halla en una posición libidinalmente pasiva frente a estas dos instancias parentales que él siente, una y otra, como activas a su respecto. Mientras que él es fatalmente pasivo en su cuerpo, vive en su corazón un amor ardientemente activo por esa instancia

parental de doble aspecto protector a sus ojos. Estos todopoderosos amos del espacio, estos dos cuerpos fálicos deambulantes como obeliscos animados, él los percibe dotados de prolongaciones acariciadoras y palpadoras que reinan como mágicamente sobre un espacio en el cual él es totalmente impotente, librado a su buena voluntad y a su poder discrecional. A su rostro iluminado por el timbre de sus voces que le hablan, y por las estrellas brillantes de sus ojos, su seguridad amarra su frágil espíritu, que sin su presencia amante y aseguradora se extraviaría en la indiferencia de los elementos naturales constitutivos de su cuerpo, un cuerpo que, sin ellos, carecería de referentes de tiempo y de espacio. No ha de extrañar el que, ya adultos, siempre impotentes ante la creación, los seres humanos eleven sus templos con las formas de belleza fálicas masculinas y femeninas.

La madre es también la primera informadora creíble acerca de los peligros, y la mensajera del amor que, dado por ella, por ella no puede ser retomado. Pero ella es todavía quien puede dar la muerte. El hombre no es el representante de la muerte para el inconsciente. La mujer lo es, porque de ella vienen los goces que hacen olvidar su cuerpo al sujeto y su ser al niño. Cuando, hambriento, ella lo ha calmado, cuando, angustiado, ella lo ha consolado, él siente que se ha vuelto ella, pero es también a ella a quien debe renunciar, tanto la niña como el varón. Ella no retoma lo que ha dado, pero el niño, por su parte, debe hurtarse a su solicitud a partir de cierto punto de su desarrollo, y rehusarle el placer que ella le pide a partir de cierto momento, que es, como muy tarde, el del Edipo. Por eso pienso que la madre puede ser el símbolo de la muerte tanto como de la vida.

Tal vez sea ésta la razón por la cual los niños psicóticos tienen miedo de su madre, cuando se la vuelven a encontrar, porque aquella a quien reencuentran no es la que buscan, la madre arcaica, ni la percepción que de ellas esperan para reencontrarse a sí mismos. Entre el momento en que han sido separados y el momento en que la ven, ya no es la misma. Hemos visto cómo la separación precoz y prolongada de ciertos niños respecto de su madre, entre los cinco y los nueve meses, puede introducirlos en el autismo. Estos pequeños temen reanudar lazos con su madre, como si para ellos encarnara a la muerte. La persistencia del sujeto en la búsqueda de un goce arcaico perdido hace de él un ser humano inadaptado a su edad, sin lenguaje con el otro, sin complicidad de la mirada, sin reencuentro de los juegos motores previos al trauma. A veces, en cambio, el niño se agita sin tregua y sin meta, es inestable, como se dice. A veces permanece completamente inmóvil, fijado, estuporoso. No acepta que se le aparte de su *habitus* estereotipado más que por la mera tensión de

sus necesidades excrementiciales, o por la necesidad de comer, cualquier cosa. Jugar con sus excrementos sería la única distracción que parecería tener algún sentido para él. En realidad, sobrevive como el niño no destetado de una madre espectral, la muerte, que lo amenaza y con la cual, para conjurarla, se mimetiza, como si olvidándose, se convirtiera en otro, tal como su madre cuando, siendo él pequeño, lo había sosegado. Cada uno de nosotros, guarda en sí uno de estos niveles más o menos arcaicos, y estancados por más o menos tiempo, de un resto del modo de relación con el mundo y con la madre anterior al nivel narcisístico del Yo-Tú y del lenguaje hablado, y después del «Yo» [*Moi-Je*].[6]

Ciertos retrasos del habla son en realidad retrasos de lenguaje, debidos a una invalidación del deseo de comunicarse que, por desdicha, sólo es reconocida a partir de la edad de la marcha. Se me dirá: ¿a partir de qué edad se puede hablar de retraso del habla? Pues bien, desde el inicio de la vida todo niño se encuentra en estado de habla, él mismo no puede hablar verbalmente pero posee el entendimiento de las palabras y está constantemente a la búsqueda de comunicación con el otro, salvo mientras duerme. Y tiene necesidad de ser rodeado de comunicación, constantemente, prueba de su participación en el mundo; e incluso mientras duerme, la palabra no le molesta. La no estructuración o la desestructuración de la imagen del cuerpo oral y anal aparece clínicamente de manera indudable sólo cuando el niño ha alcanzado la edad de la deambulación individuada; es entonces cuando el entorno social alerta a los padres que no habían advertido nada en un niño cuyo *habitus*, no obstante, era el de un animal doméstico que ni siquiera se comunicaba con sus amos. Sin embargo, habría sido fácil poner remedio a su desamparo si la madre, el entorno, el pediatra, al que ciertas madres alarmadas alertan a veces en vano —«Usted se ocupa demasiado de él», «Esto se arreglará solo, cuando el niño vaya a la escuela»— hubieran sabido comprender y detectar los primeros signos de indiferencia por los que se traducían las primeras dificultades. La ausencia de sonrisas, de mirada, de lalaciones, la ausencia de búsqueda de la madre por parte del niño, de comunicación constante con ella, de llamadas, el silencio de un chico tranquilo o, por el contrario, los gritos continuos estereotipados, he aquí los signos que el niño ofrece a la observación de quien esté atento a ellos; un niño que no mantiene una comunicación cómplice, elástica, y que no entabla una auténtica relación con su mamá.

Este bebé pasivo, indiferente, a quien nombran como tran-

6. ¿No es la conciencia de esto en cada uno de nosotros lo que se califica de núcleo psicótico?

quilo, plácido, como le llaman, pero que no reacciona ante su madre y sus familiares, que carece de expresiones, de prensión lúdica, en apariencia siempre satisfecho, que duerme cuando su madre lo pone a dormir, que come todo lo que se le da, este bebé es, sin embargo, motivo de inquietud. Pero no para muchos médicos. Con tal de que engorde, de que haga lindas deposiciones, de que le salgan los dientes... «¿Qué más quiere usted? —dicen a la madre—. ¡Está estupendo!» Y es así como se van preparando las psicosis, sigilosamente, o las neurosis precoces, en niños a los que se podría haber ayudado perfectamente de haberse advertido a tiempo su sufrimiento y su pérdida de comunicación, y la falta de expresión de este mismo sufrimiento. A la edad del desarrollo en que el esquema corporal debería ser mediador con otro para la imagen del cuerpo, las pulsiones de dominantes activas están sometidas a las meras satisfacciones de las necesidades naturales de tales niños. Son estas pulsiones las que dan expresión a todos sus deseos, disfrazados de necesidades insaciables de beber o de comer, no verbalizadas. El niño se lo mete todo en la boca, los objetos pequeños, los guijarros, los excrementos, todo lo que se presenta. De haberlas, las únicas manifestaciones reconocibles de este desorden son las del sueño y las del tubo digestivo. «¡Come tantas porquerías!», se dice. Rara vez hay diarreas, pero sí vómitos o estreñimiento. El niño hace cuanto puede por conservar dentro de sí un poco de su espacio de seguridad, localizado así con mínimo esfuerzo.[7] Pero este espacio deshumanizado que él engulle y a veces vomita, no habla, y no lo alimenta ni psíquica ni afectivamente. Al crecer, este niño prepsicótico actúa sus deseos de una manera compulsiva. En ocasiones llega a los extremos: por ejemplo, alocadas carreras en las que huye de su casa, se pierde, se mete en el agua hasta ahogarse; no tiene discriminación ninguna del peligro. Comete actos depredadores y destructores, es peligroso para sí mismo, para su propia conservación, y para el otro. Agrede a las plantas, a las flores, a los animalitos, y en cualquier caso hace imposible su aceptación en un pequeño grupo de niños: justamente lo que la madre esperaba para sacarlo de sus dificultades. Y esto es lo que a menudo se hace notar, por desgracia, como testimonio de una «inadaptación» que, en el espíritu de los padres y de muchos médicos, concluye en una internación, es decir, en la segregación en un medio para «niños así». Una educación que llaman especializada se propone, en efecto, a lo sumo, adaptar a este marciano al comportamiento de los terráqueos de su tiempo y de su edad aparente, pero no puede promover a este sujeto. Para ello haría falta dejarlo con su familia, y ello el tiempo necesario para

7. Véanse más adelante los casos clínicos de págs. 185 y 190.

preparar el relevo de la familia por otro medio portador, y ocupar este tiempo en un trabajo psicoanalítico con el padre y la madre. Sólo en una situación triangular integrada por el psicoanalista, el papá-mamá o alternativamente uno y otro, y el niño si éste lo acepta, puede emprenderse una psicoterapia psicoanalítica. La psicoterapia psicoanalítica de un niño psicótico solo, siendo que su familia existe, es inútil. Supuesto el caso de que, en una familia de trasplante o de colocación, por decirlo así, y ayudado por una psicoterapia, el niño recobrara conciencia de sí mismo, el trauma de la separación con los padres, sin trabajo de palabra entre el niño y sus padres apoyados por el psicoanalista, impide el reencuentro del sujeto anterior al trauma. Hay una laguna irremediable. Por eso mi insistencia en que ningún trabajo con un niño psicótico comience con él solo; primero hace falta un trabajo con los padres y después con los padres y el niño, antes de pensar en cualquier otra solución educativa.

Además, no se trata de una educación ni de una reeducación, sino de recobrar una autenticidad, de distinguirla de la vida imaginaria materna respecto del feto, luego del bebé, y de la vida imaginaria del padre frente al niño, y después de la vida imaginaria del niño frente a sus padres, según los acontecimientos relatados por los adultos y que han vivido los tres. Están en juego, para la madre, las rémoras de su filiación, como he demostrado en todos los casos de maternado; y, asimismo, en el padre, la rémora de su filiación con su madre o su padre, según que ahora se trate de una niña o de un varón psicótico. El trabajo psicoanalítico con un niño psicótico no consiste sino en volver a poner en circuito una comunicación entre las tres personas —padre, madre, niño— de su escena primaria. La transferencia del psicoanalista sobre su hijo ayuda a los padres. Su modo de trabajo, la búsqueda del interlocutor encerrado en la prisión que su hijo se ha construido modifica, a veces ante sus ojos, el hábito estereotipado del niño. Interrogado cómo es su hijo por esta persona diferente, el psicoanalista, que se interesa realmente en su vida y en su historia, los padres pueden constatar que una relación diferente se establece entonces entre este adulto y él. Lo cual vuelve a despertar en ellos la esperanza de una relación humana con su hijo. Habían ido perdiendo día a día esa esperanza, ante la gravedad de un estado del que, hasta entonces, nadie comprendía nada. Esto no quiere decir que ahora el psicoanalista lo comprenda más. Pero lo importante no es eso. Lo importante es que el propio niño se reencuentre a sí mismo. En este trabajo psicoanalítico los padres pueden comprender, a partir de lo que ellos mismos experimentan, las interferencias, en la dura prueba que el niño psicótico constituye, de su relación con él, y la dura prueba que él significa para los demás miembros de la familia, en

particular sus hermanos y hermanas, si los tiene, mientras que, hasta ese momento, no se habían percatado de ello en absoluto. Y, con seguridad, no es una de las menores ventajas y frutos de una psicoterapia de niño psicótico, aun si no se logra restituirle la alegría de vivir como ciudadano libre y autónomo, el que las otras personas de la familia, sus hermanos y hermanas, no conserven de por vida la huella traumática de los sufrimientos padecidos a causa de este niño.

En cuanto al propio niño psicótico, el tratamiento comienza a mostrar sus frutos en torno al reencuentro de las primeras relaciones, las de un bebé muy pequeño con sus padres. La dificultad estriba en que los niños psicóticos, para salir de una angustia generalmente taponada, tienen que pasar por un miedo pánico a vivir de otra manera. Al comienzo del tratamiento psicoanalítico, y sobre todo en cuanto comienza a ser operativo, estos niños pasan por períodos agresivos en los que su comportamiento y sus *habitus* viscerales se desordenan, lo cual suele resultar en la suspensión del tratamiento, al interpretarse tales perturbaciones como una contraindicación para el tratamiento psicológico o como una enfermedad orgánica. Hospital, exámenes, etc., el ciclo angustiado de los adultos recomienza. De nuevo se aísla al niño, en vez de continuar el tratamiento a pesar de las perturbaciones ocasionales, funcionales o somáticas, que el psicoanalista debe procurar comprender junto con el niño como un lenguaje reactivo a su angustia de curarse. Angustia que él comunica a sus familiares, a su madre y a los internistas.

Estos desarreglos del funcionamiento somático en relación con el *habitus* estereotipado, fijo, de buena salud del niño antes del tratamiento psicoanalítico hablan, por el contrario, en favor de la prosecución de éste. Prueban que el sujeto, en este niño psicótico, está intentando recobrar la comunicación; pero que antes de poder expresarlo en afectos y palabras, en representaciones, dibujos, modelados, mímicas, juegos comienza por reaccionar con el lenguaje funcional del cuerpo, ese pre-Yo inconsciente. Lo ideal sería que hubiese muchos médicos informados del psicoanálisis, que los psicoanalistas fuesen pedopsiquiatras. Tiene que haber internistas o pediatras que asuman el tratamiento médico funcional de estos niños, al tiempo que alientan a los padres y al propio niño a que prosigan el psicoanálisis a pesar de los diversos desarreglos por los que el sufrimiento se expresa. El que se ocupa del cuerpo del niño no puede ser quien asuma su psicoterapia; pero es posible que el uno cuente con el sostén del otro, para que el niño pueda continuar este trabajo, ciertamente difícil pero que merece la pena: por lo mismo que los niños psicóticos generalmente son seres humanos particularmente inteli-

gentes, precoces y sensibles, detrás de su máscara despersonalizada.

Muchos niños presentan actualmente este tipo de problemática de inadaptación precoz para la que el diagnóstico vacila entre neurosis y psicosis. Podemos decir que la psicosis infantil aparece en familias en las que ambos padres han tenido que superar, cada uno en la propia familia, un episodio traumático inconsciente en sus relaciones con sus propios padres previo a la edad del Edipo. Este episodio, que en ellos fue reprimido, se expresa en su hijo de una manera ilocalizable, salvo mediante el psicoanálisis. No obstante, podemos ver niños calificados de psicóticos en base a sus síntomas, cuyo estado no corresponde en realidad más que a perturbaciones precocísimas de su historia particular, sin que hayan entrado en resonancia traumas infantiles de los padres.

Edad oral, anal y periodos ulteriores hasta la castracion primaria

Antes de abocarnos a la presentación de ejemplos clínicos y para que cobren su pleno sentido de ilustración de mi objetivo, que es la articulación, una y otra vez, de la imagen del cuerpo con el esquema corporal, es necesario resumir las grandes líneas del proceso de regresión o desestructuración paulatina de las imágenes del cuerpo, proceso inverso al de su estructuración. No olvidemos que estos procesos de la imagen del cuerpo dependen siempre, para desarrollarse, de una relación afectiva, mientras que el esquema corporal puede desarrollarse hasta en condiciones de desamparo afectivo.

Pido disculpas por la aridez abstracta de ciertos cuadros clínicos, pero ellos son una referencia necesaria para comprender lo que acontece con la patología humana. Cuidémonos de no desembocar apresuradamente en un determinismo, que en última instancia sería casi organicista; porque es por la relación de lenguaje entre el sujeto niño y su entorno, por lo que la generalidad del proceso de articulación de la imagen del cuerpo y del esquema corporal se configura como personalización narcisística defensiva del sujeto. También mediante la transferencia, tanto del paciente como del psicoanalista la reversibilidad será o no posible en el curso de los aconteceres de una psicoterapia. Veamos, pues, las generalidades que permiten la comprensión clínica de la patología por las imágenes del cuerpo.

Recordemos, a título indicativo,[8] que la imagen del cuerpo es trinitaria: imagen de base, imagen funcional e imagen de

8. Véase cap. 1, pág. 42.

zona erógena, todas sujetas a representaciones sensoriales fantasmatizadas y comunicables entre sujetos. Los niños nos revelan la existencia, bien sea asociada a esta imagen trinitaria, representable en el dibujo o el modelado, bien sea disociada de ella, de una imagen dinámica, ésta sin representación, con excepción de un esbozo de espiral o de una línea en última instancia punteada; imagen dinámica cuyas potencialidades de representación el deseo, enclavándose en ella, absorbe. Esta imagen dinámica, solidaria del sujeto en estado de vigilia y en el sueño ligero, al parecer, deviene puntiforme en el sueño profundo, dejando a las pulsiones de muerte, apoyos del esquema corporal en ausencia de toda complicidad del sujeto, el gozar sin afecto de falta cualquiera, y sin representación de la paz vegetativa de los órganos.

El caso de Nicolás

Me acuerdo de Nicolás, niño considerado psicótico, que tenía casi seis años cuando lo conocí. A los tres días de nacer, se produjo la evacuación de París. Se quedó sin leche, sin posibilidad de cambio de pañales durante más de dos días, pero felizmente al lado de su madre. Uno y otra sin comida ni agua, solos en un vagón abandonado por todos.

Nicolás era el menor de una familia de cinco niños; los cuatro mayores, mujeres y varones, habían permanecido perdidos varias semanas, separados de su madre; los cuatro habían sido evacuados a raíz del bombardeo del tren que los llevaba a todos al encuentro del padre, ya evacuado al sur de Francia con su administración. La madre y el bebé debían ser derivados a un hospital, pero resultó que los llevaron a una ciudad diferente de la prevista. Además, muy pronto el tren quedó detenido en pleno campo a causa de un bombardeo de la vía férrea que impedía alcanzar la estación anunciada. En las granjas vecinas no quedaba nadie, ni personas, ni vacas, ni agua. Todo el mundo había sido evacuado y los conductos de agua habían saltado. Esta mujer, separada de sus cuatro hijos mayores e inquieta por ellos, quedó sola con el bebé, vacío su pecho de leche después de una subida en apariencia normal pero que la angustia había interrumpido. Vivió cuarenta y ocho horas espantosas, asistiendo a la muerte de su chiquito por inanición y sed, sin poder siquiera cambiarlo pues ella misma se hallaba completamente extenuada e impotente. Finalmente las cosas se arreglaron, y ella y su bebé fueron socorridos; Nicolás se salvó de la muerte por deshidratación y creció normalmente. Esto es lo que ella me contó respecto del niño. Cuando lo vi, tenía más de cinco años y era psicótico; pudo salir adelante gracias al psicoanálisis. No me es posible relatar aquí el desarrollo de esta cura, pero insisto en mencionarla pues en la historia de este caso, considerado de psico-

sis, no había nada patológico en las relaciones del padre o de la madre, durante su infancia, con sus propios padres. La guerra había pasado sobre ambas familias sin desgarramientos ni duelos importantes. Los cuatro hijos mayores habían superado el choque de la evacuación, y todo el mundo se encontraba bien. Residiendo en zona libre, en el campo, mientras duró la guerra, los niños, en particular Nicolás, no habían sufrido carencias. Sólo que este niño parecía salvaje, indiferente, aunque no rehuía la mirada. Lo primero que sorprendía en su aspecto —y lo menciono como indicación clínica— era la pelambre que recubría su cabeza, unos cabellos imposibles de peinar. Tenía la voz ronca, se lo veía angustiado, vagaba sin dirección fija, como sus cabellos, yendo, viniendo, con los codos plegados y las rodillas medio flexionadas, deshablando; no malo, nunca mal intencionado, pero imprevisible. No era que jugara verdaderamente. «Trajinaba», aquí y allí, desplazando objetos. Había que vigilar todo el tiempo para que no se produjera un incidente o un accidente.

Esto sucedía en 1946, yo tenía poca experiencia. El único signo dado por Nicolás de que sus visitas al dispensario donde me veía tenían importancia para él, fue que, aquella mañana, a las seis se había puesto en pie, trató de vestirse y esperó a su madre junto a la puerta. Una de las cosas más curiosas fue ver de entrada el cambio que se produjo en el sistema capilar de este niño. Entre tantas anomalías y conductas caprichosas, la madre ni había pensado en hablarme de ésta, que sorprendía al primer golpe de vista. Los efectos del tratamiento empezaron por cambiarle el cabello, que se puso flexible y peinable, para gran sorpresa de su madre, quien en ese momento me lo comentó, al mismo tiempo que el niño encontraba un sueño de ritmo normal, jamás instalado anteriormente; después, poco a poco, la continencia diurna, después la nocturna, la marcha con el cuerpo vertical, el placer de jugar, la expresión de tiernos sentimientos hacia su madre y, por último, la palabra, primero gramaticalmente pobre pero adecuada a lo que sucedía.

Toda invalidación de una imagen funcional, sean cuales fueren su razón y naturaleza, cuando el sujeto está animado por un deseo, estimula primero la intensidad de este deseo. En cambio, si la invalidación no cede hay resurgimiento de una imagen del cuerpo pasada, de un pasado en que el goce ligado al aplacamiento de las tensiones fue conocido y del que el narcisismo continúa informado. El sujeto puede, por un tiempo más o menos prolongado, vivir del fantasma de una satisfacción arcaica, mientras su vitalidad real, en el esquema corporal, agota en vano sus fuerzas.

La representación de la muerte real, representación del cuerpo convertido en cosa inanimada, arcaica, como si fuese

un objeto caca, o una cosa, empuja a todas las pulsiones actuales a focalizarse en el reencuentro de la imagen funcional y de la imagen erógena en busca de un objeto; siempre articulado, éste, con un primer objeto perdido en la realidad sensorial pero no en lo imaginario.[9] En caso de no satisfacción, en caso de no adecuación de ningún objeto al deseo, en estado de falta de la persona como objeto total, a falta de un objeto parcial asociado a ella, la imagen dinámica, tras haber intentado una sobreactivación finalmente inútil en el lugar mismo de la zona erógena, se desplaza sobre una zona erógena que corresponde a una imagen del cuerpo erógena o funcional anterior. Si esta zona regresiva ha perdido toda relación con su objeto arcaico, o si se trata de una imagen funcional, que no procura ningún placer, la imagen dinámica pone en tensión a la imagen de base, la cual, por definición, está desprovista de zona erógena. El sujeto se pierde, por no tener un objeto para su deseo, y

9. Esto queda bien ilustrado por el final de la cura de Nicolás: tras unos cuantos meses de sesiones semanales, la curación del estado psicótico de Nicolás se anunció por varias sesiones en las que parecía mimar su muerte. Se echaba cuan largo era en el piso, con mayor o menor brusquedad, permanecía así un rato y después volvía a empezar. Recuerdo, fue quizás en la última o en una de las últimas sesiones (yo tomaba notas), el más elaborado de sus fantasmas: antes de echarse señalaba sobre su propio cuerpo su zona toráxico-abdominal, alrededor del ombligo, como si un bulto la ocupara. Yo: «¿Qué hay ahí?». El: «Piedra». [«*Caillon*»]. Después, como si este peso lo desequilibrara, caía hacia adelante cuan largo era. Se quedaba así un momento, luego se ponía a cuatro patas, gateaba un poco, volvía a ponerse en pie y recomenzaba. «¿Haces un dibujo?» A la ligera, Nicolás dibuja: «casa, ventana, un muñeco» (se señala), un enorme manchón negro sobre el cuerpo. Delinea un trazo balístico: el cuerpo que ha caído al suelo desde la ventana. Aquí, pasó a ser no ya cabeza, tronco, brazos, sino un impreciso rectangulito con tres prolongaciones, «patas» (como si fuera un indefinido perro sin cabeza ni cola), en el suelo, rodeado de grafismos más o menos cerrados, «hojas». Respecto de las hojas, «¿esto qué es?». El señala su cara, sus manos, como fragmentadas en «hojas» en torno al «cuerpo defenestrado». «¿Quién es?» Nicolás se señala y dice: [«*Vis eux mord lo pas la, va las, fi, ni moi y a plus*»] «Caído, viejo, muerto, no hay agua, ahí está, se terminó, no estoy más» [*Tombé, vieux, mort, l'eau pas la, voilà fini, ma l'a pu*]. Lo que podría escribirse: ¿Se trataba del trauma inicial? Esta escena no se dirigía «a mí», pero yo era testigo. Suerte de mímica sonorizada, ejecutada con firme pasión, suerte de juego de Misterio de la Edad Media. El dibujo, realizado no obstante por sugerencia mía, no me era mostrado, ilustraba el mimodrama de este sonámbulo. Yo, joven psicoanalista, estaba ahí, aceptaba, casi no comprendía. Ni «buenos días» ni «hasta la próxima». El niño entraba, impaciente, tenso, y salía cada vez más contento de reunirse con su madre. «Ello» se estaba curando. Nicolás se mantenía erguido sobre sus piernas, la espalda derecha, la cabeza libre sobre el tronco, en vez de arremeter como un jabalí como al comienzo de la cura. Muy pronto recuperó el dormir, el apetito, como un ser humano, después la continencia diurna esfinteriana y luego la nocturna urinaria. Hablaba mejor, con palabras gramaticalmente conectadas. Nicolás besaba ahora tiernamente a su madre y a su padre, actuaba de manera coherente. En él también se ordenában sujeto, verbo, complemento.

por no tener en su cuerpo la representación de una tensión para este objeto. Su malestar se presenta entonces como somático: ni la conciencia ni la emoción lo toman a su cargo. Así se generan las perturbaciones del dormir, bien sea el sueño profundo súbito, bien la crisis epiléptica, bien las ausencias.

Cuando la imagen de base se disocia de las imágenes funcionales y erógenas, lo cual no puede producirse sin un cierto pánico liminar, tenemos el esquema que Freud había hallado en las neurosis a propósito del narcisismo secundario, y que explicó en *Inhibición, síntoma y angustia.* En las situaciones por él descritas demuestra de qué manera los síntomas del estadio genital proceden de las pulsiones pregenitales que no pueden expresarse más que por mediación de imágenes del cuerpo pregenitales. Por ejemplo, en lugar de poder efectuar el coito, el sujeto hombre se ve atacado por diarreas; en lugar de gozar, la mujer padece calambres uterinos o náuseas. El síntoma deviene anal u oral, el estrechamiento, como un esfínter que se contrae, vaginismo, o los vómitos, rechazo de un objeto parcial fálico, oral, el alimento. Las que están en juego son imágenes del cuerpo orales o anales, desviando el deseo, y rehusando incluso el placer de estas pulsiones regresivas hacia las cuales se ha desplazado una libido que rehúsa la imagen del cuerpo genital. Todo sucede a propósito del lugar genital de los partícipes, pero con imágenes fóbicas orales o anales. Todo esto que, observémoslo, es fácilmente interpretable en los términos de la imagen del cuerpo inconsciente, no tiene validez más que para individuos que, al menos en principio, han alcanzado la posibilidad de una asunción genital de la imagen relacional de su cuerpo, es decir, el estadio del espejo, al que me referí en un capítulo anterior.[10]

Pero cuando se trata de un niño antes de la castración primaria, es decir, antes de la inteligencia de tres años y por tanto antes del conocimiento de su sexo, y más aún cuando se trata de un niño antes de la marcha, antes del completamiento neurológico del esquema corporal, si al menos no tiene a su disposición la succión del pulgar salvador, las frustraciones de aplacamiento de tensiones no tienen para él como lugar de angustia más que lo que le sirve como vínculo con la madre, con, en particular, síntomas de desorden que podemos llamar vegetativos: del tubo digestivo o de las salidas del cavum, encopresis, enuresis o bien rinofaringitis, otitis. Cuando las zonas erógenas, rostro, boca y ano, nalgas, ligadas a las pulsiones orales y anales, ya no se encuentran integradas al placer ni en relación de lenguaje con la madre nutricia (incluso cuando ella no está), ni con las imágenes funcionales (siendo la imagen funcional oral el peristaltismo no perturbado de la boca al ano), ni con la

10. Véase pág. 119.

imagen de base correspondiente (el vientre, estómago, intestinos), hay regresión del sujeto hasta imágenes cardiorrespiratorias y peristálticas perturbadas. Puede haber llamada a un retorno imposible de la madre fetal, en caso de no reconocimiento olfativo de sí mismo por el niño, o llamada en vano a la madre táctil y vocal, lo que provoca ciertas crisis de asma, los espasmos del sollozo, las laringitis estridulosas. Suele ocurrir que estas angustias, y sobre todo los sucesos que las desencadenan, pasen desapercibidos para la madre o bien que, por el contrario, la alteren al máximo. Ella no puede entonces tomar al niño, tranquilizarlo, acunarlo, es decir, devolver a su bebé, por no estar alerta o por hallarse demasiado angustiada, los ritmos de la vida al menos fetal, después oral, aérea, de los primeros días, llevándolo en sus brazos, acunándolo, hablándole de lo que sucede y tranquilizándolo. Este niño sufre y ya no tiene la seguridad de su relación de sujeto con el objeto total que es su madre a través de un objeto parcial específico de ésta, como su voz o su olor. Entonces la imagen del cuerpo de este niño, a quien no se le verbalizan las expresiones de su cuerpo enfermo, no tiene ocasión de ser significada, en su sufrimiento por no haber sucitado palabras y gestos de compasión por parte de la madre. La imagen deviene muda para él, y lo reduce a un esquema corporal en lucha con las pulsiones de muerte. Esto es lo que sucede con los aislamientos en el hospital, en cámara aislada, sin presencia frecuente de la madre para las comidas y los cambios, con el hospitalismo que puede resultar si la dura prueba se prolonga: ese hospitalismo al que ya he aludido y que seguidamente veremos en el caso de Sebastián. Resultan entonces, al menos entre los que escapan a la disociación entre sujeto e imagen del cuerpo, graves perturbaciones del carácter cuya desaparición lleva largo tiempo y que nunca se presentan sin regresiones.

Más allá de estas angustias, reforzadas por el silencio de la madre o de la persona asistente si ésta no le habla al niño de los acontecimientos traumáticos que ha vivido o está viviendo, los traumas psíquicos precoces a ellas ligados alteran duradera o definitivamente el desarrollo de la imagen del cuerpo, sobre todo si los síntomas reactivos secundarios entrañan, con el no reconocimiento de este sentido somático, con base en el lenguaje, que cobra el desamparo psíquico, la prolongación de la estancia del niño en el hospital, consumando la ruptura de la díada madre-hijo que, por mediación de síntomas regresivos, intentaba reconstruirse fantasmáticamente en el niño. Tal es el origen de la mayoría de estos casos de niños con traumas precoces en su imagen del cuerpo que son los psicóticos; en particular los que han visto lesionada su imagen de base del estadio fetal u oral, y menos gravemente su imagen de base

del estadio anal (siendo la imagen de base del estadio anal la cohesión cabeza, tronco, miembros).

Este cuadro de conjunto reviste una importancia capital para la comprensión de lo que sucede en pediatría, en la guardería o en el hospital. Ha de retenerse en particular que la imagen de base está siempre asociada, en el origen del sujeto, a la imagen fetal previa a la castración primera umbilical que sigue al nacimiento, y que ella remite, pues, a la escena primaria, la escena concepcional del niño, y a la cuestión del deseo original de este ser humano en sus genitores y en el propio niño, no sólo para su concepción en el momento del deseo recíproco de los amantes, sino para la supervivencia del niño y, asimismo, para la aceptación de su sexo.

El caso de Sebastián: una entrada en el autismo a los cinco meses

Para hacer más perceptibles los precoces efectos de las dificultades psicotizantes de la imagen del cuerpo, intercalemos aquí el ejemplo de un lactante de cinco meses, Sebastián, cuyos padres se vieron forzados a mudarse tres veces en una semana. Estos padres, joven pareja de quien él era entonces hijo único, esperaban una vivienda definitiva que no estaba lista. El niño había sido alimentado al pecho hasta los cuatro meses, y la madre lo destetó en el intervalo entre los cuatro y los cinco meses. Las cosas habían ido bien, ella contaba con volver al trabajo para pagar la instalación de la nueva vivienda, y buscó una mujer de reemplazo que vendría a su casa a cuidar al niño. Como en pocos días tuvo que cambiar de casa dos veces y la vivienda que le prestaban era sólo temporal, en espera de la definitiva, también había tenido que cambiar la persona que cuidaba al niño, pues estas diversas casas se hallaban en barrios distantes entre sí. En pocos días, pues, el niño había tenido ya dos alojamientos diferentes, y dos cuidadoras diferentes. Para ahorrar al chiquillo una tercera deambulación cotidiana, la madre decidió buscar una mujer que pudiera cuidar al niño en su propia casa hasta que ellos se hicieran, por fin, con su vivienda. Ni la madre, ni el niño, ni el padre conocieron a la nueva cuidadora hasta la mañana en que el bebé fue depositado en su domicilio, mientras la madre, llegado por fin el momento, reanudaba el trabajo para el que se había comprometido. Esa tarde, cuando pasó a ver a su hijito antes de volver a su casa, la cuidadora le dijo: «Su niño está en el hospital, tuvo una diarrea verde a las once. Yo ya tuve un bebé que murió de eso, así que enseguida lo llevé al hospital». Naturalmente, en el hospital aceptaron al bebé como caso de urgencia; sin embargo, cuando la madre llegó, le dijeron: «No hemos visto diarrea pero déjelo en observación».

Así llegó a mí el testimonio materno sobre el inicio de la separación hijo-madre. Y tuve que tratar este caso cuando Sebastián, esquizofrénico mutista, tenía ya siete u ocho años. No se sentaba nunca, como si sentarse lo hiciera sufrir. Vivía de pie o acostado. Descubrí entonces, con preguntas a la madre, lo que ella llamaba su estreñimiento y que refería a lo declarado por el médico del primer hospital, al salir de él Sebastián. La madre mencionaba frecuentemente a los médicos la palabra «estreñimiento», pero, decía, sin interesar a los varios que había consultado. «Póngale supositorios», decía uno. «Este otro medicamento», decía otro. En realidad, al niño le aterraba defecar. Más o menos cada quince días, aullando de dolor, expulsaba un enorme escíbalo que, decía su madre, ni siquiera lo aliviaba. El médico que aconsejé consultar a la madre diagnosticó una fisura anal, la trató y luego, apreciando el riesgo que la hospitalización implicaba para el pequeño, practicó en su consultorio, bajo anestesia general y en presencia de la madre, la extracción de un fecaloma del tamaño de una cabeza de bebé. Las dependencias del consultorio se impregnaron de un olor a putrefacción tan insoportable que el médico tuvo que suspender las demás visitas del día. El niño llevaba esta putrefacción fecal, este cuerpo extraño fecal, desde hacía años, desde hacía más de cuatro años. Sólo que, cada tanto, hacía una enorme «caca» gritando de dolor. La madre decía a los médicos: «Está estreñido, eso es todo». Sebastián rehusaba todo alimento susceptible de estreñirlo, como el chocolate que madre y abuela —¿por qué?— creían que le haría bien. Además, el chocolate que Sebastián rechazaba era ocasión para que las dos mujeres se pusieran a discutir. Desde que su peristaltismo quedó restablecido, primero por la intervención médica y luego por el tratamiento emprendido conmigo, que le verbalizaba todo lo sucedido, y ello en presencia de su madre, Sebastián pudo sentarse y encontrar placer comiendo de todo. No con ello, por desgracia, curó de su psicosis. Pero su vida se había vuelto más agradable, el niño estaba menos angustiado.

Volvamos a la génesis de esta psicosis. Como decíamos, colocado a los cinco meses, sin explicaciones —él que era muy despierto—, en casa de una cuidadora a la que no conocía. Sebastián había sufrido el desajuste de su imagen peristáltica digestiva, secundariamente, sin duda, al hecho de verse rechazado y depositado sucesivamente en casa de tres mujeres diferentes en una semana. La tercera había tenido a su cuidado un bebé que había muerto de toxicosis, iniciada con una diarrea en casa de la mujer. El primer día que lo tuvo con ella, una deposición diarreica de Sebastián, a las once de la mañana, la trastornó por completo. Lo había recibido a las ocho.

Lo condujo al hospital, donde lo aislaron para tenerlo en observación. Ahí fue donde esa tarde, alarmada por la cuidadora, fue a verlo su madre, sin que se le permitiera entrar donde estaba su hijito ni hablarle. En esa cámara aislada Sebastián, en pocos días, llevó a cabo una profunda regresión, agravada secundariamente por una bronconeumonía contraída en el hospital. Y el pediatra dijo a la madre: «No he visto la diarrea, parece más bien estreñido, se encuentra bien pero lo tendremos unos días, por precaución». La madre se quedó tranquila, más aún cuando todavía no les habían entregado el apartamento prometido. Claro, el niño tenía cinco meses, para ella era muy duro separarse de su bebé; pero tenía que trabajar, y le habían dicho que en ese sitio estaría tan bien como en casa de una cuidadora desconocida. Y además ella no se daba cuenta de nada. Fue hablando de este período cuando recordó el desamparo del pequeño en su cámara de aislamiento. Detrás del cristal, en pocos días quedó irreconocible. Al poco contrajo la bronconeumonía. ¿Qué la había causado? A su imagen respiratoria le faltaba el olor y la presencia de la madre. El la buscaba, cuando la divisaba tras los cristales del recinto; al comienzo gritaba, pero al cabo de tres, cuatro días, se había puesto indiferente. Su imagen respiratoria pulmonar estaba privada del olor de la madre, que había abandonado su zona erógena olfativa. Sus ojos, sus oídos que ya no oían a su madre, sus pulsiones de muerte se habían movilizado sobre la imagen funcional respiratoria, abandonada por el sujeto del deseo. Hay siempre en el aire microbios que, criaturas vivientes como son, no piden más que precipitarse para pulular sobre un cuerpo cuyo funcionamiento circulatorio no es óptimo. El esquema corporal se ventila mal cuando el niño sufre, en la imagen del cuerpo oral olfativa, por no reencontrar el olor de la madre amada. En cuanto a la imagen peristáltica, pues de eso se trata en el estreñimiento, la imagen funcional del tubo digestivo regula el trayecto del contenido alimentario según el esquema corporal del tubo digestivo: esta imagen funcional se había inmovilizado, como había dicho el médico. «En vez de diarrea, su hijo parece estreñido, pero está bien. Póngale supositorios y después lléveselo, se aburre»: esto dijeron al curar al niño de la bronconeumonía. Pero no, no podían llevárselo, el piso no estaba listo. Así fue como este bebé de cinco meses, espléndido al llegar, tuvo que permanecer seis semanas en el hospital. De risueño precoz que era, este niño que reconocía perfectamente a su madre, padre, abuelos, se había vuelto triste, apático, perdido, no se fijaba en nada ni jugaba. Cuando la madre, que había empezado a instalar su piso, vino a buscarlo pensando que todo se arreglaría en cuanto se lo llevara, Sebastián no mejoró y poco después se tornó progresivamente autista. ¿Cómo reconocerse, en este apartamento nuevo que

sus padres esperaban, esta vez con una cunita que a ellos les parecía perfecta pero que ya no era su cesto (su objeto parcial, asociado a él-su madre, conocido antes de los cinco meses)? Esta madre, que había interrumpido momentáneamente su trabajo más para instalar su vivienda que para ocuparse de él, no le pedía nada, y él no le pedía nada. Estaba muy ocupada y él, como dice, era muy bueno.

Si se quiere generalizar partiendo de un ejemplo tan dramático pero desgraciadamente nada excepcional, digamos que, sin palabras dirigidas al niño, palabras a través de las cuales él pueda oírse reconocido como sujeto, la función simbólica corre peligro de verse perturbada y resultar de ello desórdenes fisiológicos, éstos debidos a efectos descreativos mortíferos que actúan cada vez más sobre la desorganización y la pérdida de las imágenes del cuerpo, que van de la imagen actual a las más precoces, las cuales son «carnalizadas» por su entrecruzamiento con el esquema corporal.

Por desgracia, todo desorden fisiológico les parece a los adultos exclusivamente del dominio del cuerpo, único enfermo: lo cual angustia, no sin razón, a los padres y al médico. La dialéctica de la imagen del cuerpo trinitaria se cierra sobre el narcisismo del niño, y éste, en cuanto sujeto que expresa el lenguaje preverbal, sufriendo por no ser comprendido ni reconocido en su afectividad y en su amor por su madre, efectúa una regresión. El deseo de comunicación sutil de sujeto a sujeto resulta así reprimido del lado del niño, y se torna imposible después a causa de un trastorno funcional que no es interpretado en su carácter de lenguaje. Del lado del adulto, lo que hay es angustia ante el trastorno somático del niño, y por tanto de este cuerpo-objeto, único reconocido como representante del niño. Como consecuencia, la angustia y su cuerpo parecen ser todo lo que, del niño, es reconocido por el entorno. El sujeto ya no es reconocido en lo que intenta decir. De lo que se habla es de los síntomas del niño, pero a su persona, lamentablemente, no se le habla más.

La madre recuerda, en efecto, que en el nuevo apartamento no le hablaba a Sebastián. Le había hablado mucho durante los primeros cuatro meses, cuando lo alimentaba, y también durante el destete, el mes en que estuvieron juntos, cuando ella se angustiaba por tener que volver a su trabajo. Y después tuvo que ocuparse de tantas cosas, y él se enfermó, ella lo veía tras los cristales de la cámara en que lo habían aislado. El se puso inerte, indiferente, ella ya no le hablaba, ni de él ni a él. De Sebastián les hablaba a los demás diciendo «el pequeño», ya no era «Sebastián». Y lo miraba con ojos tristes, angustiados. Después de esas catastróficas jornadas con cambios sucesivos de vivienda, de cuidadoras, y finalmente el aislamiento en el hospital, la observación-colocación hospitalaria, que el

médico juzgó temporalmente cómoda para unos padres en dificultades, había sido rotundamente mortífera para la relación del niño con ellos, y por tanto de Sebastián consigo mismo y con el mundo. Y esto sin que nadie lo advirtiera. Ahora bien, Sebastián tenía cinco meses, la edad más frágil, justo después del destete, para el desencadenamiento del autismo, cuando se produce una separación entre el niño y su madre y no sólo entre el niño y su madre sino aquí entre el niño y su espacio de seguridad conocido con la madre y el padre. Este cambio en el hábito de vida de un niño que hasta entonces ha dependido exclusivamente de una persona, precisamente en el momento de un destete bien realizado —como en este caso, el paso del pecho a la alimentación variada y al biberón— exige extraordinarios cuidados y mediaciones. Al niño han de explicársele todas las modificaciones de lugar, de hábitos de vida. El comprende. Sufre, pero no se vuelve loco. Es importante decirlo, ahora lo sabemos: tal vez entre quienes lean esta observación haya pediatras que la recordarán y sabrán prevenir trastornos similares, advirtiendo al bebé de las cosas que van a cambiar para él, explicándole las razones de los actos de sus padres, forzados a confiarlo temporalmente a otros.

El síntoma como equivalente de lenguaje destinado a los padres

El síntoma convertido en medio de expresarse a través de una disfunción ansiógena destinada a los padres es también lo que encontramos en el llamado mericismo, cuando el bebé vomita la leche a su madre sin haberla digerido. En todos los casos que he podido observar, la relación bebé-madre se encuentra perturbada porque ella se ausenta en cuanto le ha dado el biberón, o incluso mientras se lo está dando, siendo que el niño, precoz, inteligente, desea un intercambio conversacional, de rostro a rostro. Querría después de cenar una relación interpersonal, cómplice, afectiva y animada. En general se trata de niñas, más raramente de varones. En el caso de los varones, los vómitos precoces del lactante, en chorros característicos, vienen, es sabido, de una ligera malformación del píloro muy fácil de tratar. Pero aquí no hay mericismo, que es cuando los vómitos no obedecen a ninguna causa orgánica. En el mericismo encontramos más a menudo a una niña, inteligente, precoz, cuya madre parece menos sagaz que su hija y que generalmente entra en depresión después del parto. No le habla a su bebé, sólo le preocupan las horas y las dosis, el peso y la duración del sueño; no está atenta a las manifestaciones de este pequeño ser humano, y no establece relación festiva, cómplice, con su bebé. Cada vez que el niño llama, ella inter-

preta que es para comer o para que lo cambien. Pero cuando lo cambia, el bebé no ve su rostro de la misma manera que cuando le da el biberón. Tanto es así que el niño acaba comprendiendo que la única relación interpsíquica pasa por la comida. Entonces, el niño devuelve lo comido o lo bebido, puesto que se trata de biberones, para que ella vuelva a empezar; porque así, al menos, el intercambio dura más y ella sigue presente, gracias a este subterfugio. Al comienzo se trata de un error de dirección, que se instala de manera crónica. En lugar de sonoridades procedentes de la imagen funcional pulmonar, con el aire pasando por la laringe, el lactante se confunde entre la laringe que, para el esquema corporal sano, funciona en ambos sentidos, y la faringe contigua, que sólo ha de funcionar en un único sentido; más aún cuando se da el hecho de que su madre no le canta ni le habla. Se sirve entonces del objeto parcial de la necesidad, la leche que ha llegado al estómago, para devolver esta leche por la faringe, cuando en verdad lo que él desearía prolongar son sonoridades suaves y acariciadoras, la presencia tranquilizadora de su madre. Lo que le apetecía en ese momento era que lo llevara en sus brazos; y escupir su leche era intentar, torpemente, significárselo.

En vez de obtener de la madre mimos y palabras, esta regurgitación constante angustia a ésta y, a continuación, al médico. Ahora ella no se atreve a levantar ni a mover a su hijo. Le aconsejan dejarlo en observación en el hospital. Así sobreviene la separación, que no hace más que agravar y provocar la manifestación en cadena de una relación perturbada con la madre, que se culpabiliza por ella. Hay sobrevaloración de la boca vomitadora que se ha tornado chillona, del funcionamiento bucal tan pronto como no queda nada más para tragar y vomitar. Es la expresión de un sujeto reivindicando en vano el rostro definitivamente perdido de esa madre que lo había acogido al nacer. La vomitadora pasa a ser una chillona, al mismo tiempo que sigue siendo una vomitadora. Para esta boca, enorme abertura cuadrada, ruidosa (a los tres años) y que no habla, todos los objetos parciales son buenos, caca, tierra, todo lo que, innombrable, es asociado a una madre que no la nombra sino como «la pequeña». Todo lo que puede ser zampado y vomitado comienza a reemplazar, en cuanto la niña puede hacerlo, una relación madre-hija que ya no tiene nada que enseñarle. La madre, en su narcisismo de mártir extenuada, es repetitiva y estereotipada. «La pequeña» traga lo que fuere, se mete cualquier cosa en la boca. La madre se lamenta y «después grita». Estos mericismos se prolongan a veces de dos a tres años durante los cuales la niña come y lo devuelve todo, y sin embargo engorda, crece; pero en realidad son neurosis graves, experimentales, podríamos decir, provocadas por el hecho de que no ha sido reconocida una demanda del sujeto a

su madre sujeto, una demanda de palabras, de comunicación psíquica y de afectividad. Esta demanda se expresa entonces por el único lenguaje al alcance de la niña, es decir, los vómitos de leche no digerida, apenas ha terminado el biberón, para que la relación perfusante de la madre con el bebé continúe; quizá se trate del desplazamiento de la perfusión del cordón umbilical.

Cada vez que hay mericismo entre un bebé y su mamá, como cuando hay anorexia del lactante, el tratamiento debería consistir en conversaciones de la madre no con un psicólogo, sino con un psicoanalista, hallándose presente el bebé y siendo reconocido como interlocutor al mismo título que la madre, en los brazos de ésta. En vez de eso, el médico, alarmado por la angustia de la madre, se deja llevar al círculo infernal de los tratamientos orgánicos, de las observaciones, de los calmantes, y a la denegación del sujeto (el niño y su deseo) que hace que sólo sea atendido su cuerpo objeto. El cuerpo pasa a ser la única cosa de la que se habla, por no haber sabido hablarse a la persona del lactante, dirigiéndose a él a través de su nombre cuando era necesario, y por no haber sabido que un lactante, varón o niña, es ya un sujeto, algunos más precoces que otros para manifestarlo pero todos receptivos a la palabra verdadera que les es dirigida en lo que atañe a su historia y a su intento de hacerse comprender. Aun es preciso para ello estar en condiciones de tener una escucha apreciablemente aguda de los niños y de los bebés, como lo demuestra el ejemplo siguiente.

Lo que hablar de su mal puede querer decir

El caso de Pedro

Pedro es un niño de tres años que llega a mi consulta después de todo un periplo por consultorios de neurólogos, pues se queja de dolores de cabeza y ello desde el mes siguiente a su entrada en el parvulario. En la primera entrevista, veo aparecer un niño completamente atontado, de rostro congestionado, ojos hundidos y medio ocultos bajo los párpados superiores, y que repite con tono monótono: «Me duele la cabeza, me duele la cabeza, me duele la cabeza». Me sorprende, primeramente, que un niño de tres años diga: «Me duele la cabeza», sin tocársela. En general, un niño de tres años dice, tocándola: «Me duele *mi* cabeza». No dice «la».

Ante esta manera de expresarse que me intriga, le pregunto: «¿Dónde es que te duele la cabeza? Muéstrame dónde te duele la cabeza». Pedro muestra su ingle, cerca de la entrepierna o del pubis, quizá su pene. «Aquí», dice. Yo: «¿Te duele ahí, en la cabeza de quién?». El: «La cabeza de mamá». Todo

esto ante dos padres completamente estupefactos. Pregunto entonces a la madre: «Señora, ¿tiene usted a veces dolores de cabeza? —Sí, es verdad, tengo migrañas catameniales. Desde joven, cda vez que tengo la regla me pasa eso, debo quedarme en casa dos días, y como trabajo de secretaria en una empresa en la que estoy hace siete años, desde antes de nacer Pedro, ya me conocen, puedo interrumpir mi trabajo por dos días y después lo retomo. —¿Y cuándo empezó el dolor de cabeza de su hijo? —Hacía poco tiempo que iba al jardín de infancia, donde estaba muy contento, cuando una mañana fue su padre el que lo llevó, yo no me sentía bien, y mi hijo volvió, traído por una empleada de servicio con una nota de la maestra: "Su hijo está enfermo, se queja de la cabeza". Por suerte yo estaba en casa. Me había quedado, precisamente, a causa de la regla y de mi dolor de cabeza».

Gracias a su dolor de cabeza, la madre no concurría a su trabajo. Dado que el niño iba al jardín de infancia, sabía que ella había vuelto a trabajar tras la interrupción motivada por su nacimiento. Trabajo de mamá, escuela para él, esto era algo acordado entre ellos bastante tiempo atrás, y Pedro era un niño muy inteligente. Pero ese día comprendió. A los tres años, conocía bien a su madre. Era el día de su regla, su olor lo denunciaba. No iría a trabajar. Entonces, ¿por qué iba a ir él a la escuela? El quería quedarse con ella, puesto que ella se quedaba en casa. Entonces pronunciaba esas palabras, esos fonemas mejor dicho, para él de efecto mágico, los que hacían quedarse en casa a mamá. ¿Por qué no él? «Me duele la cabeza.» Aunque, ¡caramba!, esos fonemas, esa serie de palabras habían sido tomados como expresión de un dolor de la cabeza de él, lo habían llevado al hospital, lo habían tenido en observación y, búsqueda tras búsqueda, después de todos los exámenes somáticos posibles, como no se encontraba nada orgánico, lo habían enviado a un psicoanalista. ¿La cabeza, dónde? Ahí, en su sexo. ¿La cabeza de quién? La cabeza de mamá. ¿Qué cabeza era ésta? La cabeza, claro, o la mamada,* que se había cortado sin duda cuando ahí hubo sangre, como este niño inteligente no había podido dejar de observar cuando su madre se acostaba, y él junto a ella, los dos días de sus reglas.

Esta pequeña historia estuvo destinada a mostrar que *escuchar a un niño es importante, siempre que se comprenda lo que a su edad quiere decir hablar.* Y esto depende de la imagen del cuerpo, que es un lenguaje, y un lenguaje que no es un lenguaje en nombre del niño hasta después de adquirida la autonomía completa, y sobre todo hasta que no ha tenido lugar la castración edípica. En ese momento, en el niño que

* Juego de palabras intraducible entre *tête* y *tétête*. [T.]

ha pasado bien el trance, «su» palabra asume lo que «él» siente. No es que ahora pueda decirlo, pero lo que el niño asume es lo que siente, y no ya las verbalizaciones, consignas o palabras de efecto mágico sobre otro.

La cohesión de las tres componentes de la imagen del cuerpo, ligadas entre sí por la imagen dinámica, es sinónimo de seguridad. Su disociación, por el contrario, permite a las pulsiones de muerte alcanzar preponderancia sobre las pulsiones de vida. Y ésta es una señal de alarma para la integridad narcisística del Yo o del pre-Yo.[11]

Hay peligro de organicidad patológica cuando la disociación hace que ya no haya referencia a la historia del sujeto; entonces las pulsiones de muerte se ponen a prevalecer, lo cual mantiene cuando menos la vida, digamos, vegetativa del cuerpo. Cuando se atiende muy bien al niño en lo que atañe a su cuerpo, a sus necesidades, pero sus deseos particulares, sus placeres, sus actos, su sexo, no son referidos a su relación con su padre y su madre, con su futuro, con su historia desde que nació, para él es como si su único valor fuese orgánico. Si los que hacen que se lo atienda son su cuerpo y sus necesidades, se ve entonces inducido a fingir, a interpretar el rol que se le presta, el de no ser más que un objeto. Por ejemplo, lo acometen necesidades imperiosas, o bien le falta algo material, o bien tiene que sufrir para que se ocupen de él, para que le den o hagan lo que fuere. Lo que el niño dice es estereotipado, siempre caramelos, siempre un juguete, siempre hacer pipí o caca. En ciertos casos particulares de madre-hijo, es el dolor de oídos, el de estómago o cualquier pantomima, con tal que se ocupen de él. Aquí su esquema corporal es el único sostén del niño en una suerte de narcisismo de los intercambios metabólicos. Si aparece un dolor auténtico, puede reintegrarle, con su aislamiento afectivo, la ilusión de que él existe como sujeto, y volverlo atento a ese percibido diferente que él es el único en percibir. Su narcisismo primordial se disocia del estado de bienestar sensitivo para ligarse a un estado patógeno, ese dolor que pasa a ser una compañía, por falta de una persona junto a él. *El malestar fisiológico puede convertirse así en el significante específico del status relacional imaginario del sujeto con todo otro,*[12] *por falta de un otro.* La imagi-

11. Recordémoslo. El pre-Yo designa la conciencia del sujeto en su esquema corporal y en su imagen del cuerpo previamente a la castración primaria (imagen del cuerpo todavía no conscientemente sexuada, pero ya erógena, debido a la erectilidad local; esquema corporal percibido como erógeno en relación con los objetos deseados: pene eréctil para el muchacho, clítoris y vagina eréctiles para la chiquilla).

12. *¿Todo otro?* [*¿Tout autre?*] ¿Es decir, voces? ¿Olores? ¿Imágenes táctiles antropomorfizadas que justifican, sin que ellos puedan decirlo, las fobias precoces de los bebés?... También los dioses y los demonios. En el adulto «razonable», se observa la existencia de este período no

nación hace que una parte de su cuerpo sea como un otro, y que ambos se ocupen el uno del otro, él de su malestar y su malestar de él, consagrándole esta parte de su cuerpo.[13] Así es como debe comprenderse el fundamento simbólico de la hipocondría, que es una neurosis que linda con la psicosis narcisística, completamente distinta de la histeria: el histérico no tiene más propósito que manipular a otra persona, mientras que el hipocondríaco se manipula a sí mismo. Cuando tiene dinero y visita a muchos médicos, los deja impotentes para atenderlo, pero esto no le procura placer. Ellos son los testigos de su coloquio interminable con el mal dentro de su cuerpo, que es imposible de curar, y con motivo. Sucede como con ciertos neuróticos y ciertos enfermos psicosomáticos para quienes la curación no debe darse completamente: lo único que necesitan es alivio; la curación sería símbolo de pérdida narcisística, de muerte amenazadora para ellos. Están demasiado solos. Estos achaques crónicos, poco graves según el diagnóstico médico y que no ponen en peligro la vida de los enfermos, perturban considerablemente su existencia y sus relaciones, pero les son necesarios. Son una forma de amor por sí mismos, donde ellos son a la vez la mamá y el niño (¿acaso no es éste el tema de la canción: «El placer de amor dura tan sólo un momento, el sufrir por amor dura toda la vida»?). Es un amor que ocupa.

Decir que *la imagen del cuerpo es la encarnación simbólica del sujeto* significa que en ella no se inscriben sino las emociones simbolizadas, es decir, las que tienen un sentido de lenguaje, de comunicación interhumana, en cualquier caso las que han cobrado este sentido para el sujeto. La simbolización de la que aquí se trata es en realidad una presimbolización. La simbolización propiamente dicha no interviene sino con la castración edípica y el acceso al orden simbólico de la ley, la misma para todos, sin prerrogativa para ciertos sujetos respecto de otros que estarían exceptuados de ella. En efecto, sólo después de la castración edípica puede el sujeto decir «Yo» en su propio nombre, «Yo» hijo o hija de X..., nombre que significa su filiación y justifica la prohibición del incesto. Se sabe individuado, nacido de sus padres, pero diferente de su padre y de su madre, de los que ha salido, y ligado por ellos a dos familias de origen. Accede a la responsabilidad de sí mismo en la sociedad bajo el nombre que le fue dado por sus padres y el apellido que recibe de ellos, pero que rige también su genitud según la ley del país del que son ciudadanos. *En cuanto*

---

cumplido del narcisismo primordial sostenido por un dolor crónico psicosomático: «Otra vez mi hígado haciendo de las suyas». El hígado es el «todo otro» que no es uno.

13. Véase el caso de Tony, pág. 287.

a la forclusión del nombre del padre,[14] concepto lacaniano, pienso que se instala muy precozmente en el niño, mucho antes de la castración edípica, al comienzo de la castración primaria, pero no he estudiado en particular la elaboración de esta ausencia de presimbolización patógena para la economía psíquica. La forclusión del nombre del padre produce un enclave psicótico, pero este mismo enclave es el garante de la conservación del narcisismo del sujeto y sobre todo de una ética oral, garante ella misma de la conservación y cohesión de las primeras imágenes del cuerpo, respiratorias y digestivas.

Patología de la imagen del cuerpo en la que sólo ha fallado el destete

El destete ha fallado si no ha conducido al niño a una relación de comunicación con su madre más rica aún que cuando estaba al pecho; y no sólo con su madre presente sino con una madre imaginada, cuando ella está ausente; una madre con la que él se halla en constante conversación en las lalaciones que emite al jugar, en el intento de poner fonemas sobre todas sus observaciones y sensaciones táctiles, como si fuera con su madre con quien estuviese en coloquio permanente.

Repitámoslo, los efectos del destete mal simbolizado pueden dejar su marca en terrores de devoración que, por otra parte, encontramos más o menos en estado de huella en muchos de estos niños. Si se encuentran a oscuras imaginan lobos o cocodrilos que podrían devorarlos. Como si zonas erógenas orales que no fueron suficientemente simbolizadas pudieran pasearse por el espacio y tomarlos, a ellos, como objeto de su deseo. Esta patología del destete se desarrolla a causa de errores maternales cometidos al efectuarlo, por falta de palabras oídas de labios de la madre explicando al niño la razón de la privación. También, quizás, a causa del sufrimiento que experimenta la madre al privarse del placer de ser mamada por su bebé. Otra situación de destete que no permite la simbolización de las pulsiones prohibidas, bajo la forma del canibalismo respecto de la madre después del destete, se presenta cuando hay un paso brusco del niño que mama a otro espacio que lo separa, por el tiempo de varias mamadas y de varios cambios de pañales, de su madre, siendo ésta reemplazada por otra persona asistente. Cuando, por ejemplo, la madre retira al niño de su pecho el mismo día en que lo confía a una guar-

14. Esta forclusión es correlativa, me parece, de una ausencia no formulada, de una denegación o una derelicción del lazo filial con su propio genitor, que es coexistencial al narcisismo de por lo menos uno de los dos padres del psicótico.

dería o a una nodriza, su bebé no puede conservar en su integridad la imagen del cuerpo adquirida. Queda ésta amputada, al menos en parte, de la imagen de la zona erógena, e incluso de una parte de la imagen funcional del cavum (olfato, audición, imagen linguopalatal) que se ha marchado junto con su madre. Para que la zona erógena oral mantenga su vivacidad más allá del duelo del objeto parcial, el pecho, es indispensable que el niño conserve una relación sensorial con la madre, que su madre objeto total siga presente, que retorne según ritmos de bastante frecuencia y que el pecho del que se lo priva permanezca en su memoria. Ello exige que la madre se ocupe de su bebé, al que ya no tiene al pecho, por lo menos tanto como antes. El niño debe proseguir en la construcción de su imagen del cuerpo, la zona oral, en lugar de mamar y tocar el pecho, descubriendo todas las otras tactilidades, gustos y olores de funcionamiento alimentario, dentro del clima conocido de su relación con su madre, alternativamente presente-ausente y retornando, hablándole y mimándolo, despertándolo a todas las percepciones nuevas alimentarias sobre el continuo conocido del olor, de la voz, de la mirada y de los ritmos, que son sus manipulaciones específicas.

El paso a otra persona, a otra voz, al mismo tiempo que la pérdida del pecho y de los cuidados de aseos por la madre, aún más si esto se produce en un espacio distinto de aquel en que el niño vivía desde hacía meses con su madre, puede bastar para provocar un traumatismo, una ruptura en la imagen del cuerpo, amagando un comienzo de psicosis en un niño sensible e inteligente.[15] Como efecto del destete defectuoso puede haber también, a largo plazo, solución de continuidad en la imagen del cuerpo en cuanto a la relación entre la boca (lengua, paladar) y la laringe, faringe; con lo cual la laringe resulta ser heredera, por contigüidad de esquema corporal, de la deprivación de la faringe, que deglute la leche materna, al mismo tiempo que la respiración de su olor. La laringe puede, por ausencia de imagen de placer, desinvestir el placer de la sonorización de los fonemas; el niño grita todavía, pero ya no «charla», solo en su cuna o en brazos de su madre. Esto provoca, posteriormente, trastornos tales como el tartamudeo, el retraso de lenguaje o la ineptitud para el aprendizaje del habla, debido a una suspensión de imágenes de esta región a la vez funcional y erógena, suspensión que pasó desapercibida durante las semanas que siguieron al destete mal efectuado, es decir, brusco y no mediatizado por palabras de amor que ocuparan el lugar del cuerpo a cuerpo, y sobre todo, repitámoslo, cuando hay privación del pecho al mismo tiempo que ausencia de la madre y pérdida del espacio conocido. Aprovecho para dar una

15. Véase el caso de Sebastián, pág. 190.

indicación sobre el *tartamudeo*: que, en mi opinión, proviene de la brusca desestructuración de un tabú que databa de la edad oral, tras un destete sin problema aparente, en el cual la sublimación consiste en el apetito por todos los otros alimentos que no son el proveniente del pecho materno, y la elaboración de una nueva ética inconsciente construida sobre el tabú del canibalismo. Este tabú guarda relación con las pulsiones fálicas; el síntoma del tartamudeo expresa el desasosiego del niño, invalidado en su orgullo fálico por una imagen o una experiencia real, y que choca dentro de sí con la imposibilidad de regresar a la imagen activa de devoración oral no solamente del pecho, sino del objeto total, substrato vivo físico del sujeto madre.

Para que se me entienda mejor, citaré el caso de un muchacho de quien me ocupé cuando tenía dieciocho años. Llamémoslo *Joël*. Su tartamudeo apareció cuando tenía tres años. Se hallaba entonces en un salón de té con su madre y su tía, hermana de su padre. Las dos mujeres se reunían cada ocho días en ese lugar con él. Ambas, ese día, según acostumbraban, se pusieron a hablar en tono burlón de las extravagancias del padre del niño, su esposo y hermano respectivamente. De pronto, Joël resbaló de su silla y desapareció bajo la mesa. Había perdido el tono de su esquema corporal por invalidación de su imagen fálica del cuerpo. De estar sentado en la silla, comiendo, acabó hallándose bajo la mesa, sin que nadie entendiera el porqué. Lo incorporaron, volvieron a sentarlo a la mesa, regañándolo, por supuesto. Según parece, se mostraba apabullado. Todo esto lo rememoró posteriormente la madre cuando, en su análisis, Joël recordó la escena del salón de té, habló de ella a su madre y ésta le confirmó la exactitud de su recuerdo. Pues bien, aquí había comenzado el primer tartamudeo, un tartamudeo que después no cesó nunca, asociado al pastel de chocolate que Joël comía mientras las dos mujeres se desternillaban de risa burlándose de su padre. Recuerdo encubridor que apareció como representante, a la vez, de una derelicción del padre y del tartamudeo del hijo. Puede decirse que Joël sobredeterminó el falo en cuanto amo esténico motor de la imagen del cuerpo vertical, hasta el punto de que no pudo conservar la postura sentada, y que perdió el control de la fonación, sublimación del falismo oral en cuanto compatible con un futuro de varón. Ha de decirse también que el chocolate es, por analogía de color, una imagen del excremento anal. Hubo invalidación de las posibilidades de transferencia fálica uretral y anal sobre el habla, que estaba adquirida, y sobre la escansión de la columna de aire. Joël presentaba un tartamudeo particular: en vez de emitir los sonidos, hablaba tanto al aspirar como al expirar. Esto caracterizaba su tartamudeo. El muchacho aspiraba la columna de aire en el momento en que quería

pronunciar los fonemas, e inflaba de tal modo su tórax de aire que ya no conseguía sostener su respiración. El aire que había aspirado tartamudeando volvía a salir, como ajeno a la escansión de las palabras que él procuraba ligar en una expiración a la vez ventosa y sonora. Ninguna reeducación, desde su infancia, había logrado ayudarlo, y Dios sabe que las había hecho (no tartamudeaba cuando leía en voz baja ni al recitar poesías de memoria). La cura psicoanalítica, al remontar la historia libidinal, lo liberó totalmente de sus trastornos de fonación, tras haber liberado su imagen del cuerpo anterior a los tres años.

Aparte de los diversos trastornos del lenguaje, la importancia de la época oral y de la castración a ella asociada, con la nueva ética del tabú del canibalismo (la represión de la mordedura), hace que sea en los fracasos que la marcan donde se originan las neurosis fóbicas, como largamente indiqué más arriba. Para esta neurosis fóbica muchos niños hallan corrientemente un paliativo en el objeto transicional, auténtico fetiche táctil y oloroso asociado al mamar de uno o dos dedos. Este fetiche está destinado a ser soporte de las pulsiones, tanto pasivas como activas, cuya satisfacción es interrumpida por la pérdida causada por la ausencia de la madre sin mediación suficiente de palabras por parte de ésta. Tal pérdida, para muchos, acabó afectando el interés vocal auditivo o afectivo hacia el lenguaje verbal, insuficientemente investido en reemplazo del cuerpo a cuerpo, reemplazo que ha de tener lugar en la relación del niño primero con su madre y después con su padre. Después del destete, el padre, más aún en los varones, es el referente como objeto total que sostiene la imagen inconsciente del cuerpo en su desarrollo, y, en las niñas tanto como en los varones, el narcisismo es sostenido por la relación con el padre tanto como con la madre; a veces, la imagen que sirve de Yo Ideal es una superposición, una suerte de entidad bicéfala, la mamá-papá o el papá-mamá.[16]

El objeto transicional, una vez investido, no puede abandonar al niño sin que éste caiga en una angustia extrema. Traduce el deseo del niño de conservar una sensación liminar táctil del pecho con su boca. Por desgracia, es un pecho desierto de palabras y de lenguaje significantes. Si el niño pierde este objeto, es como si perdiera definitivamente no sólo su boca y su lengua, sino también una parte más o menos importante de la entidad Yo Ideal, que para él está asociada a toda completud de imagen del cuerpo. Perdería también, de este modo, su cohesiva certeza de ser, asociada a la imagen de base de la imagen inconsciente del cuerpo (en la época del destete, entre los cinco y los siete meses, es el abdomen, el tórax la imagen

16. Véase «Mots et fantasmes», en *Au jeu du désir, op. cit.*

respiratoria y cardiovascular), una certeza de contar con una vida vegetativa segura.

Patología de imágenes del cuerpo
que han permanecido sanas después del destete,
en el período de la analidad y de la deambulación
individuante del niño.
Patología de la castración anal

La etapa de aprendizaje de la marcha y de la autonomía corporal en el espacio puede ser origen de la destrucción de una imagen del cuerpo hasta entonces sana, vale decir que la dificultad de estructuración interviene sobre la base de una buena relación entre el niño que mama y su madre, habiendo evolucionado el niño, en cualquier caso, sin dificultades hasta los dieciocho meses. Al decir «imagen del cuerpo sana» me refiero a una imagen del cuerpo que permite la comunicación interhumana, la manipulación lúdica y utilitaria de los objetos, asociada a cierta intencionalidad, creadora de complicidad en relación con todo lo que sucede, la relación fecunda entre el niño y las personas de su familia, creación y fecundidad productivas en relación con el estadio de evolución de este niño. Una imagen del cuerpo que, en suma, permite al niño desarrollarse «yendo-deviniendo de acuerdo al genio de su sexo», con un narcisismo bien instalado, dentro de la comunidad humana que el niño integra.

La desestructuración a que aludo sobreviene en un niño cuyas experiencias y descubrimientos propios de la edad de la deambulación no son balizados por palabras alentadoras, prudenciales sin duda pero que le explican bien, deseoso como está el niño de nuevos rendimientos, las manipulaciones necesarias para el descubrimiento sin incidentes graves del mundo de las formas. Antes de la marcha, el niño, a causa de su atención visual y auditiva, participaba ya por identificación fantasmática en lo que miraba, en todas las actividades de los adultos y hermanos mayores a quienes veía desplazarse. Hacía, cabría decir, experiencias por personas interpuestas. Era una anticipación de su futuro cercano. Con la marcha, para él se trata, a través de dificultades y fracasos, a veces de incidentes y dolores físicos, de reducir la imagen del cuerpo —que él ha fantasmatizado al modelo de la imagen omnipotente de las personas grandes— a las meras dimensiones de aquello que es realizable para su pequeña persona que acaba de verticalizarse y que se ha hecho autónoma gracias a la marcha. Se trata de reducir, esta imagen, a la realidad de las experiencias posibles para su esquema corporal de niño torpe aún con su pelvis, con sus miembros inferiores, a causa del completamien-

to tardío del desarrollo de la médula espinal en el ser humano (de los veintiocho a los treinta meses), retraso responsable de la prolongada incoordinación motriz en las crías de hombre y de la incontinencia excremencial infantil.

La experiencia de la realidad

El niño descubre, a fuerza de experiencias a veces penosas, los límites del espacio de seguridad que lo rodea, espacio definido porque puede desplazarse por él sin demasiados riesgos, y los determinantes de una temporalidad que, en su duración, ya no sigue exclusivamente el ritmo de las apariciones-desapariciones de su madre. Ahora es él mismo quien, gracias a su poder de desplazarse y de desplazar objetos, puede modificar las apariencias del marco amueblado que lo rodea, y buscar la presencia de la madre o sustraerse a ella. Preciso es comprender que la adquisición de este nuevo poder, que habitualmente desemboca en la autonomía, es un período difícil para el niño y también para las madres, sobre todo si éstas son ansiosas, y para muchos padres que a veces lo son más todavía que las madres. A partir de la marcha espontánea, de pie, entre los doce y quince meses, hasta los treinta, el modo de crianza y las palabras dichas o no dichas al niño acerca de sus actividades, los cumplidos o reproches que recibe de su madre respecto de las iniciativas que lo hacen actuar sin su ayuda, la atención que ella pone o no en aceptar su participación a veces todavía torpe en las ocupaciones en las que quiere ayudarla, los estímulos o las puestas en guardia ansiosas que recibe de la instancia tutelar, una libertad controlada sólo desde la mirada con una ayuda cada vez menos necesaria o, por el contrario, la limitación de su libertad física por su encierro en una jaula o en un espacio reducido y desprovisto de sorpresas, todo esto ejerce influencia sobre toda su vida de ser humano. Dieciocho meses, son el período que se puede denominar del «tócalotodo», muy dificultoso para las madres. Los cuatro a seis meses que siguen son los más importantes para la educación si se los emplea para el enriquecimiento del lenguaje asociado a las experiencias motrices libres en una relación de confianza en el adulto. Verbalizar lo que interesa al niño, lo que él mira, intenta alcanzar, toca y manipula, crea en él la riqueza del vocabulario, no para ahora sino para ocho o diez meses más tarde. El niño «transportado» por este lenguaje informador, y hasta iniciático, que la madre le brinda para conocer el mundo que lo rodea, puede renunciar al auxilio del transporte. Ahora pesa mucho y puede renunciar progresivamente a la asistencia física de su madre para sus necesidades. Llegado a los veintidós meses, si desde la edad de la marcha (doce a catorce me-

ses) ha podido ejercitarse en hacerlo todo como los adultos, el niño es enteramente capaz de comer solo con pulcritud, de tomar hábilmente lo que necesita, de servirse de utensilios de mesa, de servirse en el plato, todo esto a imagen de los adultos, si él «desea» tomar sus comidas con ellos. Si día tras día se deja libertad para ello, le enorgullece hacer solo sus necesidades en el mismo lugar que es utilizado por todos, limpiarse solo si, evidentemente, se le ha enseñado a hacerlo asistiéndolo durante el tiempo necesario, y progresivamente lavarse, vestirse, desvestirse solo. Acostarse solo cuando tiene sueño y dejar dormir a los demás cuando él no duerme. Jugar con todo lo que encuentra, escuchar canciones y cuentos, hacer preguntas y más preguntas, seguro de que se le contestará, y de este modo convertirse rápidamente en un niño seguro de *sí mismo y de su autonomía.*

Autonomía del niño

Esta autonomía del niño en relación con las instancias tutelares y dentro de un espacio de seguridad equivale a la conquista del sentimiento de libertad, sentimiento inseparable del de ser un humano. Depende esencialmente, para cada niño, de la tolerancia que a su respecto ofrezcan el narcisismo posesivo materno o el de la persona encargada de su vigilancia. Depende también de la introyección de esta tolerancia por parte del niño. Cierto es que un niño que en casa está siempre en su jaula, al que se desplaza siempre en brazos o en cochecito, que no puede intentar explorar según su propio ritmo el espacio que lo rodea siendo que hace ya varios meses que ha alcanzado el desarrollo muscular que se lo permitiría, se encuentra en un gran peligro: porque no hace más que experiencias visuales, imaginarias, por procuración, identificándose con otro, sin ninguna experiencia real de su propia masa corporal, la de un objeto parcial del espacio cuando se lo separa de su madre que, antes, lo paseaba, llevándolo directamente o con un coche. Es evidente que un niño criado como si fuera un prisionero, tan pronto como puede escapar al exterior o fuera del corralito en casa, correrá el riesgo de sufrir accidentes: no tiene ninguna experiencia de su cuerpo ni del espacio, lo cual hace que la madre, que ya antes era intolerante con su libertad, se vuelve cada vez más ansiosa, y lo introduce una y otra vez en su corralito «para estar tranquila»; así se va instalando un círculo vicioso. El niño se encamina hacia una inexperiencia total de su esquema corporal, al mismo tiempo que desarrolla el fantasma de omnipotencia de una imagen del cuerpo puramente narcisista oral, sin experiencia motriz, que lo volverá cada vez más inhábil, más inexperto; el peligro se incre-

mentará el día en que ya no exista un impedimento exterior que, para la madre, supone una seguridad, pero que, para él, es una cárcel patógena. Dentro de esta cárcel, sus pulsiones anales sin exutorios, reprimidas sin palabras y por tanto no simbolizadas, se refuerzan y se aplican, en el registro oral imaginario (de dos dimensiones), a fantasmatizar una omnipotencia asociada a un esquema corporal ignorado, no invalidado pero que se experimenta casi como tal por carecer aún de relaciones con la imagen funcional del cuerpo que el niño construye no por experiencia, sino identificándose con los demás, mirándolos ponerse en movimiento y dominar el espacio. En su imaginación, presta su imagen del cuerpo inmovilizada a las imágenes de la deambulación de los otros, que él observa y memoriza. No se convierte en «Yo [*Moi-Je*], él es Tú, Yo-tú [*Moi-Tu*]. Además, muchos de estos niños hablan de sus deseos poniéndolos en segunda persona: «Tú quieres esto, tú quieres aquello», es como si hablaran de sí siendo el otro. Son niños muy inhibidos desde el punto de vista motor. Tras un destete bastante bien vivido, porque el niño se hallaba en una buena relación con su madre y toleraba lo que ella le imponía, lo que falló es la castración anal. El cordón umbilical imaginario, podríamos decir, que liga aún a la madre con su hijo, limita o libera al niño según que la madre lo tolere corto o muy largo. Pues bien, hay madres que no toleran ninguna libertad para su hijo, y otras que saben eliminar todas las ocasiones de accidente grave alrededor de su hijo y, en esta área de libertad, dejarle tomar iniciativas y hacer experiencias. El lenguaje comportamental, emocional y verbal de la instancia tutelar, combinado con las experiencias lúdicas y utilitarias que el niño gusta de realizar, permite a éste memorizar todo lo que la madre le ha explicado respecto de los objetos a su alcance y de la tecnología adecuada para conseguir su manipulación; para que ello tenga lugar sin incidentes ni fracasos. Esto es lo que contribuye a la adquisición de la autonomía. Para el niño, sólo de este modo se construye un pre-Yo limitado por un prudente pre-Superyó que sostiene y estimula el deseo. Este pre-Superyó no es sino la voz interiorizada de la madre o del padre, el Tú al que el niño se remite yendo-deviniendo Yo. Esta voz, si no tolera sus iniciativas, inhibe la relación de la imagen del cuerpo con el esquema corporal. Si por el contrario tolera sus iniciativas y verbaliza los diversos aspectos del éxito o las causas de un fracaso, el sujeto asume arriesgar su deseo por la aplicación de su esquema corporal a las incitaciones que motivan este deseo en el mundo exterior. Esta voz introyectada, memorizada en él, es como si le dijera ante nuevas iniciativas de acciones: «Ve, lo puedes hacer, mamá (o papá) lo permitiría si estuviese aquí». O, por el contrario: «No, no puedes, es peligroso, mamá (o papá) lo diría, ella (o él) lo ha

dicho». Esto explica, además, por qué lo que para cierto niño puede ser una transgresión, no lo será para otro. Cada niño desarrolla su autonomía en función de las palabras, de los fonemas, de su sonoridad, del timbre de la voz tensa o divertida, inquieta o alegre, con que la madre ha acompañado sus primeras iniciativas. Mamá estaba allí, vio, dijo que sí o no dijo nada, y por tanto la próxima vez puedo llegar más lejos. Mamá me vio y se enfadó, por tanto no debo hacerlo más. Esta audición interior, interiorizada, coloca al niño en seguridad o en inseguridad según que haya sido controlado con o sin angustia, amado o rechazado en sus experiencias cotidianas motrices, según que las palabras prohibidoras de la madre y su estilo, griterío, amenaza de pegarle, o amenaza con el padre, con el policía, con el hombre del saco, etc., hayan estado o no en relación con la realidad de un peligro que el niño podía correr. En efecto, si un día, por casualidad, o por un impulso violento, el niño transgrede esa palabra prohibidora y los muros artificiales erigidos a su alrededor, y sale victorioso sin tropezar con ninguna de las desgracias anunciadas, entonces pierde todo Superyó y en consecuencia también todo criterio de seguridad, y, por tanto, toda prudencia. Si mamá se había equivocado o lo había movido a error, ya no hay mamá en el sentido de instancia tutelar de referencia. Y ya no hay necesidad de ocuparse de la seguridad. Serán entonces un incidente, o una persona exterior a la familia, o, hecho más perjudicial, un accidente, los que aportarán bien sea la restricción verbal, bien la barrera de la ley, la de la naturaleza de las cosas, a este niño que ya no está bajo control y que, sin saberlo, por sano deseo de vivir, se halla en peligro, habiendo perdido la confianza en sus padres. Puede observarse que del niño inhibido al niño prudente y al niño incontrolado, que constituye un peligro para sí mismo y para los demás, los matices de comportamiento traducen una imagen del cuerpo que procede del modo de crianza y de educación a que sus padres lo someten.

Simbolización de la realidad

En las relaciones del niño con su madre, la realidad se simboliza según dos grandes dimensiones, el espacio y el tiempo. *El espacio de seguridad* es el dejado a su libertad y que la madre ha investido con palabras. Estas palabras memorizadas lo asisten como permisivas y auxiliares en todas las ocupaciones que puede el niño hallar en ese espacio cuando ella está ausente. Por el contrario, si expresiones verbales relativas al tocamiento, al actuar, a la motricidad y a una limitación de su libre espacio de vida reducen el espacio de seguridad, el niño siente que sus deseos e iniciativas son ansiógenos para su ma-

dre. *La duración de la separación con la madre* o con cualquier persona tutelar es también una referencia para su seguridad. Tal duración puede ser o no compatible con el ritmo necesario para reencuentros eufóricos después de los momentos de eclipse: esto depende de los niños, pero también de la frustración que para la madre supone la separación y que ellos perciben. En el mejor de los casos, esta separación es el signo de la libertad del niño respecto de su madre: no se trata de abandono, desde el momento en que ella le ha avisado y él se halla seguro con personas conocidas. Se reúnen con alegría si, por lo menos, la madre no está ausente demasiado tiempo y si esto no conduce al niño a experimentar una angustia que inhibe su ansia de libertad. La autonomía no puede conquistarse más que dentro de la seguridad ligada a la amante atención de la instancia tutelar. Todos los conocimientos del niño, algunos adquiridos por deseo de transgredir cosas desconocidas anteriores, otros adquiridos dentro de la atmósfera confiada de la instancia tutelar, todos estos conocimientos experimentados jugando le aportan sensaciones nuevas, agradables o desagradables. Y esta percepción organiza *la imagen del cuerpo entrecruzada en el tiempo y en el espacio con el esquema corporal,* como lo están la trama y la urdimbre en un tejido. El tejido de estas relaciones entre su deseo y el mundo que lo rodea, que él llega a dominar o no, estructuran lo que he denominado su *narcisismo primario.* Todo esto acaece durante el período en que se completa el desarrollo neurológico de la médula espinal. Ella aporta la capacidad sensoriomotriz, que el niño experimenta con placer, de sensaciones finas de las plantas de los pies, del perineo y de toda región uroanogenital, y por tanto de las referencias sensoriales de la continencia esfinteriana asumida para su placer. Es la época en que el niño juega a retener o expulsar voluntariamente sus excrementos, incluso si ya era relativamente aseado, como dicen las madres, es decir, continente por virtud de la atención que la madre prestaba a sus funciones excremenciales, y el placer asegurador, para un bebé inexperto e inmaduro neurológico, de depender de ella.

La educación en el estadio anal

La continencia esfinteriana aparece espontáneamente en toda criatura humana por el mismo hecho de ser un mamífero superior. Todos los mamíferos son continentes por naturaleza desde su completamiento neurológico. Por lo tanto, la continencia no posee en sí misma ningún valor cultural. Pero sí sobreviene un valor cultural, secundariamente, cuando el niño descubre que la continencia, cuando él juega a dominarla, sir-

ve para su placer, y también que le permite satisfacer o manipular a su madre, quien reacciona vivamente a lo que ella llama accidentes en la braga y que ya no son, a partir de los treinta meses, accidentes, sino pruebas del placer bruto obtenido por el niño con sus pulsiones anales. Por identificación con los adultos y por placer de hacerse «como ellos», el niño, ahora neurológicamente bien capaz de control esfinteriano, desea ir, como los padres, a los excusados dispuesto para la excrementación de todos, pequeños y grandes. Esto él siempre lo había observado; y si fue respondido en cuanto a lo que los adultos iban a hacer solos en el retrete, también él, un buen día, alrededor de los treinta meses pasados, querrá conducirse como un adulto. Así, en dos días, la continencia esfinteriana queda adquirida y para complacer a nadie más que a sí mismo.

Las madres que prohíben al niño la libertad esfinteriana únicamente para que no se ensucie, y antes de que alcance la posibilidad anatómica, sensorial, sensoriomotriz de controlar neurológicamente sus esfínteres y de experimentar el placer ligado o este control, es como si le prohibieran individuarse con respecto a ellas, conocer la paz del cuerpo e interesarse en aquello que lo cuestiona y que él tiene los medios físicos de dominar, para su placer.

Dejar que el niño cumpla sus progresos según sus propios ritmos es una de las claves de la crianza de los niños, si se quieren prevenir trastornos futuros de las relaciones consigo mismo (es decir, trastornos narcisísticos) y trastornos de las relaciones con los demás. Una madre que con palabras coarta las necesidades de su hijo, le impide satisfacerse a su propio ritmo, una madre que regaña a su hijo por orinar o defecar, lo fuerza al mismo tiempo a inhibirse, aunque no fuera esto lo que ella se proponía. Lo que ella tenía en vista eran el pipí, la caca, y esto toca de manera global a la destreza, física y manual, a veces incluso a la destreza de palabra, a la habilidad para expresarse. En la época del «tócalotodo», el niño precisa, para todos los objetos que desea tocar, que se le enseñe la técnica para hacerlo, a través de las palabras de la madre o de otra persona de la familia, mostrándole que tiene manos, como las tienen los adultos, sin duda más pequeñas pero que pueden ser más hábiles aunque sean menos fuertes. Si el niño utiliza sus manos con inteligencia obtiene los mismos resultados que los adultos. Si hace cualquier cosa y de cualquier manera, no logra sus fines. Esta enseñanza del tocamiento mediante palabras que acompañan los intereses manipuladores del niño, constituye una educación mucho más importante que la del aseo esfinteriano; es la educación en la simbolización de las pulsiones uretrales y anales por desplazamiento del objeto parcial sobre todas las cosas. Pero, para muchas madres, nada más que el aseo esfinteriano y el comer prolijamente forman

parte de la educación. Intentan desinteresar al niño, lo más bruscamente posible, de la caca y del pipí (objeto parcial anal), sin pasar por la transposición del interés esfinteriano sobre las manos, que en otro tiempo eran manos-boca y que ahora se han vuelto manos-ano, y que, mediante el tocamiento y la manipulación de objetos diversos, como por ejemplo el agua y la arena, obtienen un placer combinado con el de la inteligencia. Las ideas con que el niño acompaña todo lo que hace con las manos son primeramente representaciones imaginarias; después viene la simbolización gracias a palabras del entorno que el niño encuentra placer en repetir, asociadas a sus actividades lúdicas. Su deseo de «hacer», de «deshacer», de «rehacer», de «arrojar», de acumular, todo este placer físico y manipulador se origina en las pulsiones anales desplazadas desde el placer del peristaltismo respecto de ese objeto parcial sólido y líquido que son las heces, a todos los objetos de manipulación, constantemente a disposición del niño.

No se puede suprimir el interés por el placer uroanal en que se juega —con ocasión de la necesidad repetitiva, asociada al placer de los cuidados de aseo maternos— el deseo de comunicación de sujeto a sujeto, sin que el objeto parcial primero (las heces) sea reemplazado, y mejor aún, por otros.

La prohibición de un deseo, o del placer ligado a la satisfacción (cualquiera que sea) de un deseo, sin que la libido tenga ninguna otra salida para aplacar sus tensiones, pone en peligro la vitalidad, la inteligencia y la sensibilidad del ser humano.

La continencia esfinteriana

Sólo cuando el niño ha conquistado una elevada destreza manual con agua, tierra, todos ellos objetos soportes de sus fantasmas derivados del deseo originado en las pulsiones anales, juegos de agilidad motriz del cuerpo, acrobacias, y se aboca a ellos estando solo o en compañía de otros niños, la continencia esfinteriana sobreviene con toda normalidad, no antes de los veintidós meses y por lo general entre los veinticinco y los veintisiete meses. En las niñas se presenta un poco antes que en los varones, entre los diecinueve y los veinte meses como muy pronto, y por otras razones, que son la completa independencia del aparato excremencial en relación con el aparato genital. (La continencia esfinteriana puede ser pretendida de una niña un poco antes que la de un varón.) Todas estas adquisiciones manuales forman parte del placer de vivir de un niño que ama a la instancia tutelar y que es capaz de anticiparse a sus progresos por dar placer a la madre o al padre. Pero esta anticipación no debe ser excesiva. Si sucede demasiado pronto,

el primer contratiempo afectivo en sociedad supondría el riesgo de perder el niño una continencia esfinteriana adquirida por sumisión y dependencia del adulto, y no por un placer que él mismo, independientemente del adulto, encontraba en ella.

El sentimiento de la dignidad humana es muy precoz. Todo acto y toda verbalización del adulto que no respete este sentimiento, invalida el deseo de autonomía del niño, como si éste fuese culpable de su placer en crecer, dominar solo sus necesidades y descubrir el placer de dominarse a sí mismo en los funcionamientos de su cuerpo en el espacio, lo que le permite día tras día el desarrollo neurológico, completado hacia los treinta meses, de su esquema corporal.

La continencia esfinteriana, la autonomía para la satisfacción de las necesidades excrementiales, forma parte del ejercicio de la dignidad humana. Ni más ni menos que la autonomía para la actividad y el descanso, o el comer solo y por placer con la técnica observada en los hermanos mayores y adultos modelo.

Para conquistar estos medios de autonomía gestual que integran al niño en el grupo de sus familiares como un ser humano entre otros y por ellos respetado, es preciso no ser tratado como un animal doméstico sujeto a órdenes verbales imperativas; es preciso que el placer de la autonomía, que ha de ser descubierto cotidianamente (a riesgo a veces del displacer, del fracaso, cuando no se es aún amo de la coordinación), no sea hurtado al niño a causa del placer que su dependencia procura al adulto: una dependencia de la que él tiene que desprenderse; más aún, el placer de la autonomía no tiene que ser tomado culpable por un adulto que necesita, para su propio narcisismo, la dependencia del niño, su poder sobre éste, y que se muestra ansioso ante esta libertad de vivir que el niño quiere asumir.

Todos los conflictos que rodean, durante la crianza y la primera educación, la adquisición de la autonomía y la disciplina esfinteriana, provienen de estas contradicciones de deseo entre el niño y su madre nutricia educadora; lesiones inconsciente o conscientemente infligidas por las madres al sentimiento de dignidad humana de su varón o de su niña.

La clave es aquí la confusión que ellas inculcan a su hijo, o que ellas no desmontan si él mismo la ha producido, entre su estado de infancia o de impotencia neurológica para dominar sus esfínteres y la vergüenza que él puede o debería experimentar por ellos. Esta vergüenza espontánea del niño testigo de su impotencia, o la vergüenza inculcada y cultivada, ¡ay!, como medio educativo por la madre, se extiende por contigüidad a todas las sensaciones naturales de placer que procura una región que es también la región genital, cuyo valor ético, erótico y estético debería ser conservado, pero

sustraído al control parental que el niño siente intuitivamente como incestuoso.

Volviendo al narcisismo ligado a la imagen del cuerpo en cuanto tiene de funcional, el sentimiento de la dignidad humana está íntimamente articulado con él. Como lo están todas las conquistas de dominio de sí y del espacio, progresivamente posibilitadas al niño que lo está deseando mucho antes de que su desarrollo neurológico terminado (veintiocho a treinta meses) lo capacite fisiológicamente para él.

Hacer sus excrementos como los adultos, es decir, en el mismo lugar y de la misma manera, y solo, no con la ayuda de su madre, es algo que llena de orgullo a todos los niños. La limpieza esfinteriana prematura necesita la ayuda de la madre o de otra persona. Cuando se produce en su momento, el niño se desenvuelve rápidamente solo, y es esto lo humanizante para él.

Un dato para saber si no es demasiado pronto para empezar a solicitar del niño una continencia esfinteriana voluntaria, es la habilidad que muestra, y el placer que obtiene, subiendo y bajando solo una escalerilla doméstica o una escalera, así como el placer que manifiesta permaneciendo largo tiempo en cuclillas mientras juega. Es la prueba de que el sistema neurológico de la médula espinal está lo bastante desarrollado como para dar las referencias a la vez de coordinación y de sensoriomotricidad con vistas al placer propio.

Poner precozmente al niño en el orinal supone un riesgo, el de inducir retrasos psicomotores importantes, o incluso los basamentos de una neurosis obsesiva. De una manera general, es importante que los rendimientos exigidos por los padres sean realizables agradablemente por los niños. Es importante también que padre y madre no den a sus hijos más que prohibiciones progresivamente modificadas en función de su crecimiento y de su coordinación neuromuscular.

Es importante que se estimule a los niños cuando corren pequeños riesgos, que reciban felicitaciones cuando han logrado o intentado algo, si un pequeño incidente les ha hecho fracasar. Los fracasos son formativos, si se los acepta y se reflexiona sobre ellos. Ante una dificultad presentada en ausencia de sus padres, el niño tiene que poder decirse: «Claro, mamá o papá me habían dicho que era un poco difícil»; entonces, ante un fracaso que lo humilla, se consuela como lo haría su madre, si estuviese ahí, por su impotencia actual, prestando confianza en el porvenir. El sabe que, cada día, se va desarrollando. Es un momento extraordinario en el descubrimiento del mundo por el niño, y en el desarrollo de su motricidad, sobre todo cuando constata que, este desarrollo, hace felices a todos.

Errores de juicio, fracasos en las acciones no deben gene-

rar sentimientos de culpa o derelicción. Estos sentimientos depresivos como, por el contrario, el menosprecio de la realidad y el endilgamiento de la responsabilidad a otros, son obstáculo para la inteligencia de las cosas y para la investidura del esquema corporal; uno y otros son fruto de una primera educación ansiosa y culpabilizante del niño ya antes de los veinte meses y en los que preceden a la castración primaria (dos años y medio a tres años).

La castración anal y sus sublimaciones

Un niño de muy corta edad comprende bien que momentáneamente se le imponga una prohibición, pero que próximamente se le dirá: «Ahora puedes, has crecido, antes no podías, ahora sí puedes». O, por el contrario, cuando se trata de un acuerdo social de buena vecindad, por ejemplo: «A los demás no les está permitido, tampoco te está permitido a ti, y a mí mismo no me estaría permitido si yo jugara al mismo juego que tú»; la prohibición emana aquí de los reglamentos de una vida social, no se refiere a la persona del niño, a su torpeza, se refiere a determinado lugar y a determinados reglamentos válidos para todos, o al menos para todos los de su edad, reglamentos que son aplicados en ese lugar por una instancia superior a los padres y que no se dirigen a él personalmente. Cuando a un niño que confía en sus padres se le prohíbe algo, él admite esta contención porque sabe que está destinada a evitarle un riesgo demasiado grande. Tal vez no sea agradable, pero no es humillante, porque no se lo siente como una medida vejatoria. Cuando algo está prohibido para todos y de una manera duradera, el niño sabe que es por razones de interés general que desbordan el interés particular de cada cual, incluido el de sus padres. Lo importante es combatir el instinto gregario, tan fácilmente explotable en el ser humano, mamífero tribal, y educar su sentido cívico y social, la aceptación de las reglas sin coartar la posibilidad de criticarlas.

En cualquier caso, superado el estadio anal, el niño deberá haber aceptado la prohibición de tomar sin pedir, y después sin devolverlo tras haberlo usado, lo que pertenece a otro, o incluso lo que pertenece al grupo familiar. Si su dignidad humana es respetada con palabras y con actos, integrará perfectamente la prohibición de todo comportamiento que se efectúe en detrimento de otro, la prohibición de dañarse a sabiendas a él mismo o de dañar a otro. *Esta prohibición del robo, del rapto, de la agresión sobre personas u objetos que pertenecen a otro, debe serle verbalmente significada.* El niño comprende y admite perfectamente estas restricciones a sus pulsiones cuando ve que los propios adultos se someten a estas

reglas, sobre todo si no usan a su respecto de la fuerza física, tratándolo como si fuera un animal o una propiedad de la que pueden disponer.

Hasta ahora, su cuerpo propio era fatalmente el «objeto» de sus padres. ¿Qué les sucede a los niños cuando realmente se lastiman mucho? Basta con que la madre aplique un poco de mercuriocromo, con que pase su mano por la zona dolorosa, para que ya no sientan nada; sin embargo esa herida, esa quemadura, tardará varios días en curar. En lo sucesivo, *la prohibición de atentar contra su propio cuerpo o de arriesgarlo peligrosamente, debe serle verbalizada*: es vivificante para el niño, es dar confianza al sujeto que hay en él, a la persona. Ciertos niños, para lo mejor como para lo peor, se consideran un objeto de su madre, de su padre, de la persona tutelar de servicio. Es importante *despertarlos a la responsabilidad de sí mismos. Es una etapa muy importante entre la crianza y la educación.* El cuerpo propio del niño no es, en los hechos, un objeto particular perteneciente a su madre o a su padre, o a otra persona tutelar: es un objeto libidinal, para lo que en él es placer oral (imaginario y sensorial), anal (motor); placer narcisista dentro de los límites de una castración —las prohibiciones que se relacionan con lo oral y con lo anal— que constituye la humanización del niño. *Pero para ello, es preciso que también la madre (y asimismo el padre) haya aceptado ser castrada analmente de su hijo.* ¿Qué se quiere decir con esto? Que no necesita todo el tiempo de su hijo para su placer oral y anal, ni tampoco gozar de su presencia, actuar en función de él, no necesita estar todo el tiempo vigilándolo, besándolo, ni toquetearlo sin parar, manipularlo, vestirlo, desvestirlo, acariciarlo, lavarlo, acostarlo, cuando le place a ella... Por el contrario, el niño está llamado a asumirse él mismo en todos los gestos que puede y día tras día, a descubrir que puede hacer las cosas solo y que desea hacerlas solo. Es necesario que ella se interese por él, que no sea indiferente a sus progresos, por supuesto. Si, tras haber dicho: «Puedes hacerlo todo solo», no se ocupa de él, él se siente abandonado y ya no entiende nada. Entiende de manera autónoma por la mirada de su madre y por las palabras que ella le procura, para entregarle su libertad como una relación de ella con él; y es él quien, entonces, se automaterna, con su autorización, y necesariamente, al comienzo, con su ayuda verbal. El necesita que ella se asocie con palabras a sus alegrías, a sus éxitos, cuando él se los comunica; y que se compadezca y lo consuele, por lo menos con palabras y a veces con mínimos gestos maternales, caricias reconfortantes, si él ha tenido una experiencia penosa pero también rica en enseñanzas. Al mismo tiempo que lo consuela, la madre puede verbalizar los hechos, sin juzgar, sin regañarlo por haber te-

nido un fracaso. Y sin echarle siempre la culpa a otro, si se le dice que el fracaso vino del otro. ¿Ha surgido en la relación de él con otro? Habría que entenderlo, si es posible. Todo esto significa al niño que se lo considera un ser en constante devenir, proyectado al futuro por el imaginario de su padre y de su madre, y que se va haciendo muchacha, muchacho, y muy pronto hombre o mujer; que es reconocido por los adultos tutelares como un sujeto animado de deseo, a quien se respetan su libertad y sus fantasmas. *El niño verbaliza casi todo lo que hace.* No para que el adulto lo oiga, sino porque no puede hacer otra cosa. Verbaliza lo que hace porque así humaniza sus actos; pero si lo que él dice es utilizado en su contra, o incluso para espiar esto que hace o lo que piensa, se destruye la libertad que él estaba construyéndose. Cuando se lo educa como acabo de sugerir, el niño siente que le estiman como un representante viviente del deseo auténticamente genital de los adultos. Se siente su hijo o su hija en sus miradas, y esto prepara la identificación con el adulto de su mismo sexo. Lo cual será posible muy pronto, cuando haya culminado, gracias a su crecimiento neurológico (hacia los treinta meses), la asunción de su ser motor y humanizado. Hasta entonces, el padre y la madre son vistos como un Yo ideal bicéfalo, tutelar (tal vez lo que la escuela de Melanie Klein llama padre combinado).

Efectos patógenos sobre el niño de la erotización oral y anal de sus padres. Su efecto retroactivo sobre el destete con efecto mutilador

Una madre para la cual el cuerpo propio de su hijo es un objeto libidinal, oral, anal, sobre el cual ella hace uso de poderes discrecionales para su propio placer, al que besa y con el que juega como si fuera un muñeco, al que devora con los ojos, con caricias, al que no deja jugar con nada que no la divierta a ella, esta madre evidencia haberse quedado pasivamente en el desarrollo de la prohibición anal y sobre todo genital, y su hijo desempeña para ella el papel de un animal de compañía. El es su muñeco, o bien su caquita, como lo llama mientras lo besa con glotonería. En este caso el niño no puede continuar su desarrollo sin volverse fóbico u obsesivo, y con síntomas relacionados con estas dos *neurosis* infantiles que perturban su adaptación fuera del grupo familiar, los que mueven a llevarlo al psicoanalista (y suerte para él si lo llevan).

La obsesión es un medio para detener el desarrollo libidinal en referencia a una ética anal donde la prohibición con-

cierne a todos los objetos parciales de placer. Frente a las cosas que lo rodean, el niño se ubica como si todas fueran caca prohibida por mamá; más prohibida aún si, llamándolo ella «su caquita», esto prueba que sólo él es caca valedera. Así pues, el niño está investido de una potencia erógena sobre su madre, potencia que lo inhibe de más en más, puesto que es patógeno para un niño ser el objeto erótico de su madre, y sobre todo un objeto erótico arcaico que no tiene como imagen de desarrollo la actitud genital de una mujer frente a su marido y viceversa. Las pulsiones de vida de este niño avivan una dinámica sempiternamente bloqueada sobre el surco del disco: «tomar», comer, o caramelo, «no se toca», pipí, caca; y, para la relación afectiva, «tesorito», si el niño es «un amor», y pan-pan si es «malo» (caca para ella), es decir, si se ha ensuciado. Lo que complica más esta actitud del «no se toca» aquello que a la madre le parece sucio, es que estas palabras también se pronuncian respecto del pene del niño, el cual, en ciertos casos, es tan obsesivo que no puede orinar solo. Si se trata de un varón, es su madre la que debe sacarle la verga del calzón para que orine. O bien tiene que hacerlo sentado como si fuera una niña. En cuanto a la niña, no puede limpiarse sola, porque no hay que tocar, eso es algo que le repugna (al varón también). Se trata de actitudes fobo-obsesivas propiciadas por una madre no castrada, que frustra, en vez de dar la castración simbolígena. Una madre (o una mujer educadora) que educa así a un niño, es alguien angustiado por su propia genitalidad reprimida, se ha entrampado en su regresión a una fijación fetichista a su hijo, bajo el pretexto del amor materno; expresa un erotismo pedofílico. Esta madre se ingenia en retrasar el uso de su inteligencia por parte del niño, por miedo a que éste se vaya a interesar en sus funciones físicas y en su sexo. Culpabiliza en él la curiosidad (la pulsión epistemológica), fundadora del espíritu humano. Cuando él formula preguntas sobre el sexo o los excrementos, ella no responde, o bien: «Cállate, no está bien, no es bonito hacer esas preguntas, de eso no se habla». En cuanto al niño, cada vez que experimenta una iniciativa, inmediatamente aparece este pre-Superyó, como si, ante una intención de movimiento, algo le dijera: «¡Cuidado, no vayas, detén esas manos!». A causa de la sobrevaloración de las pulsiones orales (comer exige despedazar), todo puede ser cortado, troceado, incluso él, todo encubre un peligro; el pre-Yo humano frustrado prohíbe la individuación, se aliena en un rol de animal doméstico amaestrado según el deseo de su amo, el adulto tutelar, y en ello se pervierte; los deseos del sujeto se proyectan entonces al pre-Superyó aludido, imaginando una zona erógena, oral, ávida, devoradora, frustrante de placer, y mutiladora, seccionadora de dedos que se pasearían por algo que mamá ha dicho

que no se toca. En el origen, ningún niño tiene una imagen de cuerpo despedazada. Tiene un funcionamiento oral que despedaza los objetos del mundo exterior —así es como él traga— y un funcionamiento anal que despedaza los elementos del mundo interior para exteriorizarlo —así es como él hace caca—. La experiencia repetitiva de sus necesidades de aporte y de recogida va acompañada por el despedazamiento del objeto parcial (oral y anal), pero esta experiencia de cuerpo no es vivida como relación de sujetos. Para que haya relación de sujetos, hacen falta palabras que aludan a actividades distintas del comercio de objetos parciales del cuerpo, y del cuerpo a cuerpo. Para su hijo, la madre aún no es más que un objeto total, lo he dicho, un objeto que él se representa a veces como bicéfalo, papá-mamá, mamá-papá, con el que el niño se identifica sin saber aún que él es sólo de un sexo, a semejanza de uno solo de estos dos adultos. Por lo tanto, él no está despedazado. Es la madre quien, en ciertas modalidades educativas, induce la inflación imaginaria del despedazamiento dental o anal sobre el objeto parcial, debido a que ella hace de su hijo su objeto parcial. No tiene en cuenta más que las necesidades de su hijo y le deja desempeñar el papel de un cuerpo que funciona, pero no asumirse como sujeto de sus iniciativas; y, aparte de sus necesidades, supuestas y reales, y de los cuidados prestados a su cuerpo, no le habla. Es así como un sujeto puede tornarse ávido de dar goce a su madre, valorizándose a fuerza de despedazarse. Si tiene valor, es por ser un pedacito, de alimento o de caca, y la madre deviene imaginariamente para el niño una boca despedazante por la cual él tiene necesidad de ser constantemente besado (mímica de comer) o mirado (comido con los ojos) o escuchado, o incluso transportado. El niño es su «chiquillín», la niña es su «nenita», su gato, su juguete, su minina, en todos estos casos el niño, mujer o varón, jamás es llamado por su nombre; el niño-objeto lleva cantidades de sobrenombres, en realidad apodos que, para la madre, expresan su ternura respecto de un objeto al que ella le rehúsa, en verdad, la cualidad de sujeto humano. El niño está sometido a un deseo realmente pervertidor y que, de este varoncito o de esta chiquilla, hace un objeto de posesión erótica de su madre.

Si los dos padres se comportan de esta manera, el niño, como ser viviente, tiene prácticamente prohibido disfrutar de su propio tiempo en el espacio de ellos. El niño tiene que vivir en un tiempo detenido. Tiene que comportarse como una larva, como una estatua, como un falo ambulante, sin cabeza ni piernas: porque papá y mamá son verdaderamente para el niño (según su pensamiento anal mágico, que no se experimenta sobre la realidad sensorial y espacial sino sobre un imaginario conservado desde la edad oral) bocas seccionantes

u ojos acechadores. Un niño puede ser «estropeado», en el sentido de haberse abismado en la llamada del deseo de su madre o de su padre (menos a menudo, debo decirlo, del padre, porque por lo general está menos en casa). Esto sucede cuando la pareja cae en la trampa de la fascinación absorbente o rechazante que puede ejercer sobre ella un hijo, se trate de un niño hermoso o de uno desfavorecido por la naturaleza. Cada uno busca colmar su falta en ser [«*manque à être*»] protegiendo a su hijo, exhibiéndolo, divirtiéndose con él, saciándolo hasta el hastío, sobrecolmándolo, a fin de que no amenace ir a buscar en otra parte respuesta a la falta inherente al deseo. Sin él, la pareja no se sostendría. El es para cada uno el señuelo del falo. Ahora bien, en el niño, se lo reconozca o no, el sujeto siempre está, no sabemos dónde, desde la concepción; y, puesto que hay sujeto, hay deseo de articulación vital con el Ello, con el conjunto de las pulsiones que emanan del capital genético, que está representado por el cuerpo presente: tal es el propio fundamento de la posibilidad de un tratamiento psicoanalítico; incluso se puede decir que tal es el artículo de fe previo, consciente o no, para cualquier psicoterapeuta, sin el cual no podría ejercer este oficio. El sujeto está, no sabemos dónde, pero puesto que hay cuerpo, hay un sujeto. Si le es imposible expresarse en su cuerpo, esto es lo que suscita el trabajo de la psicoterapia. Se trata de remontar la historia de este mal-viviente, a fin de ayudar al sujeto a reencontrar el camino recorrido para comunicar con nosotros un deseo propio de él, a través de su esquema corporal, por una imagen del cuerpo que no ha evolucionado sino que ha permanecido narcisísticamente resucitable.

Ahora bien, este deseo a veces no puede ni manifestarse ni hasta ser imaginable para el niño. En ciertos casos el niño es, en su persona, por entero, como un osito de peluche, como una muñeca, objeto parcial de un adulto tutelar. Sin embargo, hay en algún punto un sujeto que tiene un deseo propio, velado, pero que en sus pulsiones pasivas acecha el momento en que será hallado por alguien; o bien es un sujeto que bajo la máscara de una indiferencia prudencial, a causa de un estado fóbico invasor, está animado por pulsiones activas, y desea comunicarse a través de ellas con alguien que acepta ser totalmente pasivo en su presencia, y disponible. Esto mismo, esta disponibilidad para el encuentro con las pulsiones más arcaicas de un ser humano, es lo propio de la transferencia a priori del psicoanalista. Sobre todo del psicoanalista de niños. Hay, a veces, pruebas liminares del deseo de sujeto, fonemas que se arriesga a emitir, que todavía no son gritos ni sonrisas y que por tanto no son todavía un código conocido, ni siquiera fonemas cercanos auditivamente a los de la lengua materna, pero que son quizá como los gritos que imitan ruidos

de la naturaleza, signos que, para él, tienen un sentido, por haberse elaborado y entrecruzado, a causa de la función simbólica, con sensaciones de su vida visceral, en sus momentos de soledad. Así, ruidos de coches, ruidos de sirenas, golpes dados por obreros, o los albañiles que él oye y que, para él, debido a que estas percepciones del mundo exterior se entrecruzan con la percepción de su cuerpo en tensión de necesidades o en fantasmas de deseos, se convierten en sus significantes imposibles de descifrar. Estos significantes sonoros, gestuales, que se han vuelto síntomas compulsivos, es indispensable saber que ya tienen un sentido humano que nosotros no captamos y decírselo. Estos significantes válidos exclusivamente para él, yo creo que él ni siquiera sabe por qué los ha elegido, y después, a fuerza de repetirlos, los ofrece como significantes. Quizá sean mágicamente conjuratorios, necesarios para retener al niño en la realidad mediante una articulación efímera de una percepción llegada del mundo exterior con lo que permanece apegado a ella: restos de fantasmas. La función simbólica, que ya no enlaza a estos sujetos con el mundo de los hablantes, los enlaza no obstante con el mundo cósmico, con la naturaleza, con los objetos que los rodean. Estos niños están muy aislados, los llaman raros, tardan en hablar; en realidad, están en pre-psicosis, que se agrava si se les deja en su aislamiento. Son fracasos de la educación de doce a treinta meses, la fase anal, motriz y ética. En efecto, durante este período, de una manera constante, las familias se encuentran con las mayores dificultades educativas. Al comienzo, el niño tiene inhibido su deseo, o bien se le deja satisfacerlo desordenadamente, según que se trate de padres exigentes o desatentos; lo decisivo, pues, es su conducta respecto del niño, pero en segundo lugar, es él que ya no está en contacto con ellos y, solos, no pueden hacer nada por ayudarlo. Después de algunas desventuradas experiencias, después de algunos fracasos al intentar actuar «como los grandes» que lo rodean, el propio niño puede acabar reconciliado consigo mismo gracias a palabras dichas con generosidad por padres que han comprendido, con la ayuda de alguien (un psicoanalista) a quien le han hablado, qué cosa llevó al niño al aislamiento. También hay veces en que los padres, contando incluso con ayuda, no son ya suficientes. El contacto está definitivamente roto y realmente se hace necesaria una cura personal del niño, que es larga y que sólo resulta posible si el niño está angustiado, cosa que no siempre sucede. Este «marciano», como dicen sus padres, se satisface a veces con su vida imaginaria.

Las tres imágenes del cuerpo: de base, funcional y erógena, que, articulándose a cada instante unas con otras, forman esa cohesión de un ser humano que conserva su narcisismo, pueden haberse disparado como bolas de billar; en vez de conservar valores éticos humanos como los que el niño debía haber adquirido después del destete, y como los que tendrá que descubrir durante la castración anal, el niño puede ignorar o invertir estos valores éticos. Este niño obedece a la ética de fantasmas arcaicos absolutamente inadecuados no sólo a su actual esquema corporal,[17] sino disfóricos con respecto a la imagen del cuerpo propia de la gran mayoría de los niños de su edad. Por ejemplo, padece un estrabismo doble, o todavía intenta tocar y hasta tomar con el dorso de la mano, o únicamente con la boca, o incluso, cuando desea caminar, en vez de abrir la hendidura que permite adelantar un pie respecto del otro, sus pies se cruzan, y por consiguiente no puede caminar, hay que llevarlo. He dado ejemplos de esto en otros trabajos, y todo el mundo conoce muchos en la clínica infantil. El niño querría crecer, sus padres también lo desean, lo expresan, pero, a cada manifestación de sus pulsiones libidinales, cada día nuevas, su palabra apunta a prohibir, a frenar, o incluso algo peor, a desvalorizar su deseo. Sus gestos o verbalizaciones paralizan las iniciativas del niño, así sea, mínimamente, meterse las manos en la boca o poner sus manos en su sexo, lo que ya es algo para un niño que hasta ahora no hacía nada.

De ello resulta que el sujeto niño es inducido a integrarse, a estructurarse, en una imagen narcisística que no lo promociona ya para la adquisición de las potencialidades de su esquema corporal (que le permitirían adquirir una autonomía motriz) porque esta adquisición amenazaría indisponerlo con la instancia tutelar. Lo importante es comprender que el cambio de actitud educativa (si, por ejemplo, los padres alarmados por el retraso psicomotor de su hijo hacen un trabajo psicoanalítico) no impide al niño conservar su *habitus* atrasado. Descubrirse libre de movimientos se ha vuelto peligroso para él, aun si ahora se le autoriza a ello, porque ocurre que el ser humano bebé, y niño pequeño sobre todo, introyecta la imagen de los adultos que se han ocupado de él, sobre todo si es precoz e inteligente, como si estos adultos fueran la presentificación de él mismo, futuro hablante, dueño de sí, viviente vegetativo y viviente animado. Estructura inconsciente intuitiva. Antes de la castración primaria, el proceso de integración del otro como un sí mismo que sabe, se recibe de todos aque-

17. Véase el caso de Pedro, pág. 196.

llos que son más grandes y más fuertes, de ambos sexos. Después de la castración primaria, esta integración se cumple en provecho de las imágenes de los otros, hermanos mayores y adultos, del mismo sexo que el niño, si la castración primaria ha sido bien realizada; y del otro sexo si, por el contrario, la castración lo ha desnarcisizado en su sexo, en vez de narcisizarlo. O bien incluso el niño vive como si no quisiera saber nada de su sexo, y puede entonces regresar al mero funcionamiento uretroanal (encopresis), como expresión asociada a su perineo. Hemos visto el problema en la etapa de la castración primaria. A veces, con el tiempo, ello entraña experiencias peligrosas para el niño y para los demás; porque el deseo, antes de dejarse reprimir por completo, invertir o neutralizar en cuanto al futuro genital —el cual está efectivamente en cuestión en lo que atañe a las cosas de la vida y a su principio «crecer y multiplicarse» (en la medida de lo posible)—, este deseo se acumula a fuerza de ser contrariado. Las pulsiones de vida, agresivas, activas y pasivas, se refuerzan. Surgen actos inconscientes, irreflexivos, imprevisibles, impulsivos: para escapar al status mortífero de objeto, el niño, coartados sus actos, demasiado pasivo primero y después inestable, pasa a ser el niño catástrofe, «semilla de delincuente», se dice, mordedor, violento, predador, demoledor,[18] terror de los parques y los comercios. La reacción de los padres, coercitiva tanto como ansiosa, constantemente en alerta, le confirma día tras día que es como objeto, como cosa perteneciente a sus padres, que él tiene que permanecer cada vez más; a falta de amor y de caricias que su conducta torna imposibles de prodigar, y también porque toda suavidad y ternura exasperan su sadismo inconsciente, parece ingeniarse para provocar a los adultos, para reaccionar a fin de que algo suceda, para no descubrirse en un desierto relacional, blanco de sus solas pulsiones activas o pasivas. Se puede considerar a las instancias tutelares, los educadores, la madre, el padre, como inconscientemente mutiladores, frustradores de este niño, y en segundo término como verdugos de niños. En ciertos casos estos mismos padres, e incluso otros al principio más tolerantes, no pueden reparar los estragos de una castración no dada a tiempo y con amor. El pre-Yo del niño ya no es domesticable por un ser humano que lo ama y al que él ama, un ser humano sanamente educador, que permite la utilización y la simbolización lícitas de las pulsiones prohibidas.

Estos niños, así criados, anulados para el deseo y que han introyectado la prohibición de desear, suelen caer en accidentes psicosomáticos y se enferman, presas de otras criaturas, los microbios, que están listos para ocuparse del cuerpo de

18. Y hasta incendiario.

aquel que ya no se asume, o de ciertos órganos de este cuerpo, mal vitalizados. Si su cuerpo resiste, se convierten en niños peligrosamente caracteriales. Sus noches están llenas de pesadillas o insomnios, porque, aun en lo imaginario, las prohibiciones surgen en una fabulación donde se satisfacen deseos transgresores que los padres introyectados impiden o descalifican. En cuanto a su sueño vigil, para el niño transcurre en guerra continua sin piedad con su deseo y las contradicciones éticas de su imagen del cuerpo, que siguen siendo o han vuelto a ser no castradas.

No intentaré confeccionar aquí el catálogo de todos los casos en que semejante experiencia profundamente distorsionante del narcisismo humano se produce en el período del desarrollo neuromuscular terminal de la médula espinal, es decir, entre los veinticuatro y los treinta y seis o cuarenta meses, entre los dos y los cuatro años. Debo precisar que es siempre en los fracasos inconscientes de la educación, en el sucederse de los enfrentamientos entre la libido del niño y la de sus adultos educadores, con la mejor buena voluntad consciente de una y otra parte, donde se originan estas graves perturbaciones futuras, sexuales y psicosociales, fijaciones perversas o procesos psicotizantes. En muchos modelos educativos, existen momentos de educación fallida. Por suerte, en la mayoría se evidencian por trastornos de salud (psicosomáticos) que constituyen un paréntesis y permiten, merced a un tiempo de regresión, volver a empezar. Pero cuando el cuerpo no paga su deuda con la ley de la castración simbolígena, los fracasos se inscriben en el *habitus* psicosocial y volverán a mostrarse en quienes posteriormente tienen el valor de emprender un psicoanálisis, muy arduo en aquel adolescente y adulto físicamente sano pero cuya desadaptación no permite amor ni creación.

El caracterial. La prepsicosis

El narcisismo de la imagen del cuerpo del niño resulta desolidarizado del esquema corporal de su edad fisiológica, particularmente en el caso en que el deseo libidinal oral de tomar, de saber, de comprender, y el deseo anal de hacer, de actuar, de experimentar, despiertan en la instancia tutelar una reacción tan erotizada o tan reprimida (en el inconsciente es la misma cosa), que la madre es presa de una angustia incontenible, asociada a una reacción expresiva más o menos controlada: «¡Cuidado!», donde el niño percibe siempre lo que encubre. Si ella reacciona ante su angustia con una culpabilidad Superyoica —que se remonta a la época de su infancia—, esta culpabilidad se expresa en miradas de desprecio, en actitudes

hostiles o palabras de censura y de ruptura de amor, que ella cree educativas. Al niño ni siquiera le es posible recurrir a este fantasma de placer arcaico: que ella lo consuele en su difícil trance, reconciliarse consigo mismo identificándose por introyección con la madre acogedora para el bebé aún impotente y a quien ella sabía tranquilizar. Puesto que ya no lo *ama*, y que él le cree, y puesto que a sus ojos ella tiene razón (dado que él no puede juzgarse con otros ojos que los suyos), entonces lo que sucede es que sencillamente ella lo *desea* y, si ya no lo *desea*, entonces es que tiene *necesidad* de él. Todavía le da de comer, pero también al perro se le da de comer. El niño no puede salir de este aprieto. Queda entonces sometido a la introyección de emociones insólitas, sin representaciones, o a veces con, como única representación asociada al sujeto, su nombre, vocalizado agresivamente, a veces también su patronímico, el apellido del padre (de la madre, si se trata de una madre soltera), al cual su madre lo asocia cuando no está contenta con él, en cuanto bebé solamente de ella: «Tú eres (el hijo) Fulano, o (la hija) Fulano». Su nombre, pronunciado con severidad, y el patronímico Fulano que se le añade, son para el niño que así se oye censurado, rechazado, el signo de su emoción más depresiva. Surgen entonces en lo inconsciente los efectos de las pulsiones de muerte, que invisten en todo o en parte tal o cual zona funcional o erógena de su cuerpo, y esto provoca, por ejemplo, anorexia, vómitos, encopresis, enuresis, insomnio. Oímos a madres y padres que creen que son blanco preferido, como si se tratara de retorsiones oposicionales de este niño al que pretenden adiestrar.[19] Cuanto más muestra él síntomas de esta clase, más quieren adiestrarlo, y lo que se genera es una dramática situación libidinal pervertida, entre seres humanos que ya no pueden hacer otra cosa que destruirse. El niño pierde incluso la sensibilidad de sus sensaciones esfinterianas discriminadas, de sus sensaciones de tránsito, queda totalmente librado a las pulsiones de muerte, porque ha sido alertada su imagen de base, la fundamental, que está asociada a la madre, de quien he dicho que es, a un tiempo, la vida y la muerte. Si la madre no posee ya ninguna característica de vida para el espíritu y para el corazón, entonces, para el cuerpo que no puede vivir sin espíritu y sin corazón ella pasa a ser la muerte que llega, o incluso la muerte esperada; y la muerte-madre será su referencia antiexistencial y existencial a la vez. Sin hablar de que el significante «muer-

19. Quién no reconocería estas palabras de cualquier madre: El (o ella) *me* ha hecho una diarrea, él (o ella) se *me* ha enfermado de tos ferina, mientras que los padres dicen, más bien: «El (o ella) me las pone negras, me provoca. No me dejaré manosear por *tu* hijo o *tu* hija. El (o ella) me está tomando el pelo». Las madres sufren en ellas mismas lo que les pasa a sus hijos, los padres se sienten provocados.

te», en francés muerte, morir, muerde, morder,* se inscribe en la imagen del cuerpo: estos niños, llegados al límite de lo viviente y que son sujetos de extrema inteligencia, ya no pueden tragar, ya no pueden masticar: su anorexia, que es una falta generalizada del deseo de amar, del deseo de desear, del deseo de intercambiar, es muy particular y psicótica. Al mismo tiempo, es raro que su garguero sepa todavía beber. Cuando se los quiere ayudar a beber, todo se derrama, estos niños han perdido los referentes de la relación de la zona (erógena y funcional) oral del tragar. La vida no es sino la muerte... Y no obstante, si no hay un testigo humano presente, el niño aún puede tomar comidas solitarias y comer a veces a ras del suelo, porque este modo de funcionamiento esqueletomuscular se asocia para él al de animalitos domésticos que escapan a las prohibiciones que, en su cuerpo, ha introyectado. Estas extravagantes conductas de niños con grandes dificultades, llamados prepsicóticos, no son caprichos. En cambio, muchos niños tienen fugaces caprichos de este tipo que no llegan a instalarse. Todos los niños psicóticos entran así en un estado crónico que puede haber sido vivido, durante unas horas, unos días, unos minutos, un niño que ha podido salir de él y que, a través de extrañas y pasajeras actitudes del cuerpo, decía algo que no podía expresarse de otra manera. Pero el niño psicótico no puede recuperarse. Ha caído preso de pulsiones que, en quienes se desarrollan sanamente, sólo se manifestaron una vez, se trate de pulsiones insólitas provocadas por un fantasma o por un acontecimiento real, o de pulsiones agresivas contra la instancia tutelar. El niño que se vuelve psicótico es raro que se limite a eso. En general, pulsiones de muerte del sujeto de deseo están localizadas en sus zonas erógenas, y la única manera de luchar contra la angustia de su relación con sus padres de hoy es refugiarse en el recuerdo de sus padres de ayer, de un él-mismo arcaico. Se podría decir que también se trata aquí de un proceso de autismo, de un desajuste entre el tren de vida relacional actual y su imagen existencial; de ahí el retorno a ciertas componentes de la imagen del cuerpo del niño que no puede seguir constantemente focalizada en su esquema corporal de hoy, y hacerle corresponder la manifestación de sus deseos de sujeto.

La imagen del cuerpo, lenguaje pasivo y activo de las pulsiones encarnadas de su deseo, hace que el sujeto conserve la convicción narcisizante de un esquema corporal anterior al de hoy, donde sus pulsiones se expresaban de otra manera, por ejemplo el que tenía antes de los quince, diez, nueve, siete meses. Las pulsiones de muerte reinan sobre el resto del esquema corporal actual, que tiene como prohibida la conciencia;

* «Mort, mourir, mort, mordre», en el original. [R.]

la imagen anterior respiratoria, circulatoria, el tránsito digestivo, son lo único que puede subsistir como no prohibido. El niño se siente como poseído por enemigos instalados dentro de su cuerpo, que él no puede dominar. Querría expresar lo que le sucede, pero choca con la ausencia de palabras para expresarlo, y hasta con la ausencia de mímicas; porque sus deseos se reflejan para él sobre una no manifestación humanizada de vida en el adulto tutelar. A tal punto que, de rechazo, la vida del adulto es un corolario de lo inexpresable de la vida del niño. Y como la imagen del cuerpo es cada instante triple, el sujeto disocia una de las componentes de esta triple imagen, ya sea la erógena, ya sea la funcional, ya sea, y esto resulta más grave para la salud o para la angustia, la imagen de base. Un súbito malestar neurovegetativo, o una angustia creciente inexplicable, le hacen provocar sobre sí mismo un accidente; si la afectada es la imagen de base, el niño cae en una enfermedad duradera. La imagen disociada se escabulle del presente del sujeto: el cual, para no quedar mutilado, cosa que sucede cuando la afectada es la imagen de base, y para recuperar su narcisismo, regresa a una imagen del cuerpo anterior, a una ética arcaica del narcisismo, ética pasiva o agresiva. Esta se manifiesta en cóleras clásticas que escapan a su conciencia, lo cual por otra parte es menos grave para el futuro del desarrollo del niño que los estados estuporosos casi catatónicos,[20] debidos a la regresión a una ética pasiva.

En ciertos casos, el niño que anteriormente habrá conocido una vitalidad satisfactoria, conserva un buen dormir a pesar de las pesadillas, y, puesto que de la época oral data una vitalidad fantasmática que subsiste y reaparece en los sueños, guardianes del dormir y de los fantasmas inconscientes, pulsiones de vida que tienen vedada su permanencia en el esquema corporal actual intentan recobrar su focalización, a falta de un esquema corporal actual o incluso anterior que el niño no puede recuperar, y se proyectan, prestándose a ello, en el esquema corporal de otro cuerpo.[21] Incluso este cuerpo puede no ser el de un ser humano: caso en el que el niño fantasmatiza y fabula escenas de goce, de placer y de peligro. Un testigo de estos juegos lo consideraría alucinado. No lo está aún, pero fabula seres extraños, poderosos, amenazadores, sobre todo al atardecer: los objetos de la realidad pierden en este momento sus contornos, y la vida exterior una parte de sus ritmos y ruidos humanos, con lo que el niño puede sentirse cooperador subyugado de una vida imaginaria de la que ya

20. Véase el caso de las dos muñecas-flor, en *Au jeu du désir*, *op. cit.*, y los casos de Pedro (niño loco) y de León, en este volumen, págs. 196 y 229.

21. Este proceso subsiste en los artistas y novelistas, y sirve como «materia prima» para su trabajo, obra de sublimación.

no se siente constructor. Algunos parecen haber «despegado» de la realidad y sus fantasmas pueden ser tomados, y a veces lo son, por alucinaciones; pero, de hecho, cada vez que recibí niños en este estado o que se me reclamó telefónicamente a causa de dramáticas crisis seudoalucinatorias en algunos de ellos, pudo verificarse que si alguien les habla con suma delicadeza, con toda calma, dándoles de beber un alimento que les gustaba de pequeñitos, como un tazón de leche o de cacao o un yogur, y se les habla de las imágenes mismas que los dominan y por las que se sienten invadidos, se les puede sacar de la trampa. Se relajan, porque son comprendidos sin asustar, se les puede explicar que no hay ningún cocodrilo, serpiente, robot, león, lobo, extraterrestre, marciano: son ellos que se lo imaginan, y la persona que está ahí, con ellos, puede tranquilizar completamente a estos novelistas de humor negro, de ciencia-ficción, o a este aduanero Rousseau en cierne, sumergidos en plena selva. No tiene nada de dañino, nada de malo ni de inquietante para los demás decir, representar, imitar lo que uno imagina. Si un niño sumido en este estado encuentra personas que se angustian tanto por ello que acuden a la consulta, o se separan de él poniéndolo en observación o ingresándolo de entrada en un hospital psiquiátrico, el niño no se recupera. Lo mismo si la respuesta es la burla. Su cuerpo, solidario de su esquema corporal agredido por la imagen erógena arcaica, sufre un proceso de despedazamiento, y sus partes fragmentadas se convierten en objeto de estas instancias imaginarias que son sus únicas presuntas compañías. Entonces, dichas instancias imaginarias producen efectos reales. Pueden sobrevenir enfermedades de órganos (siempre hay gérmenes infecciosos listos para ocupar el cuerpo humano, cuando una parte de su imagen funcional hace que el esquema corporal sea alcanzado por inhibiciones reactivas). También pueden organizarse procesos alucinatorios sensoriales, viscerales, debido al duro trance de la soledad en que se deja al niño, a causa de la angustia de su entorno.

Insistamos en que cuando una experiencia de no respuesta de la madre a una manifestación del deseo del niño no llega hasta mortificar la imagen de base, sino que sólo provoca la disociación, respecto de ésta, de la imagen erógena o de la imagen funcional, aparece un fantasma, el fantasma del león, del hombre del saco, del lobo malvado, de la bruja, del diablo que, a los ojos del niño, son los aliados de la instancia tutelar. Si la madre no sólo apoya la credibilidad de estos fantasmas que el pequeño ha recibido por contagio de otros niños, sino que además los utiliza como medios de presión para asustar y aumentar su poder sobre el niño, entonces podemos decir que la educación forja en este hombre o esta mujer una fragilidad mental y, en un período ulterior de dificultades y sentimien-

tos de impotencia, hay riesgo de resbalón de la libido fuera de la realidad en accesos delirantes o alucinaciones.

En el tratamiento de los adolescentes, de los jóvenes adultos que éstos serán, es muy importante que recuperen el recuerdo de estas primeras manifestaciones, debidas a la resistencia del sujeto, en época de libido oral, para aceptar una castración primaria sentida como sádica, o una castración edípica mal efectuada, torpe, desvalorizadora para el deseo genital; porque sólo volviendo a hablar de este período cobrará su sentido el período alucinatorio del adolescente o del adulto, y dejará paso al deseo de experimentarse y decirse en la transferencia. Lo que se había traducido por una invención seudoalucinatoria, se representa como un medio de expresión al deseo del individuo de hoy, que busca, a través de las fracturas de su imagen del cuerpo y en la transferencia sobre su analista, reencontrar experiencias antiguas o arcaicas. Las pulsiones genitales del adolescente o del adulto se expresan en parte en una sintaxis fantasmática y según una ética fálica anal o fálica oral, pasiva anal o pasiva oral. Esto es lo que conduce a los accesos alucinatorios. En la relación del consciente y el inconsciente de los seres humanos que viven, se dice, normalmente y aquellos que son terriblemente desdichados y viven de una manera neurótica o psicótica, los procesos son los mismos. La diferencia estriba en que para quienes pueden caer en estados psicóticos y quedar cogidos en su trampa, se trata de situaciones de economía libidinal no homogénea; y, para los casos de neurosis, de enclaves que, crónicamente, actúan de tal manera que inhiben ciertos tipos de pulsiones y hacen resurgir las imágenes del cuerpo arcaicas, asociadas a relaciones intersubjetivas anteriores,[22] y que se reactualizan en el trabajo de la cura gracias a la transferencia. Así se explica que el minucioso análisis de tales situaciones, con las que el niño se va construyendo en el curso de su desarrollo, sea importantísimo en el psicoanálisis de los adultos.

Cuando en la vigilia el fantasma no puede desembocar en una imaginación clara, expresada en el juego o verbalmente, durante el dormir cobra la forma de sueños, pesadillas, o bien, por el contrario, sueños de satisfacción, satisfacción de matar, por ejemplo, de matar a los seres tutelares en objetos peligrosos antropomorfizados o en animales nefastos. Todo esto resulta favorecido por la sobreinvestidura de la imagen funcional vegetativa que el dormir implica. Esta imagen funcional que yo califico de vegetativa, concierne a lo atinente a la vida de los órganos y a lo padecido en el cuerpo, por oposición a la vida animal, que corresponde a la actividad esqueletomuscular, a la actividad del cuerpo animado en el esquema corporal

22. Véase *Le Cas Dominique*, «C'est préhistorique».

en cuanto domeñable por una voluntad, ya sea exterior, ya sea la del sujeto. La prevalencia posible de la imagen funcional vegetativa, originada en la época oral del predestete, se produce en el sueño; en el sonambulismo, lo que está en juego es la imagen funcional animal de la época anal previa a la prohibición de dañar (o previa al conocimiento de esta prohibición).

Una vez más, gracias a la universalidad de tales procesos es posible el psicoanálisis, debido a que hay regresión de las pulsiones en fabulaciones verbalizadas o mimadas, en los juegos, las asociaciones libres, en el seno de la transferencia durante la sesión de psicoterapia, y en los pensamientos referidos al psicoanalista. La expresión del niño, que utiliza su libido en la relación transferencial, permite un trabajo de retorno de lo reprimido, sin que la regresión sea actuada en el cuerpo o expresada en la realidad social. El terapeuta, por su presencia y porque acepta los fantasmas, sin valorizarlos, pero persiguiendo su origen en la vivencia histórica, desde la más reciente hasta el pasado que se remonta a la niñez de su paciente, vuelve a traer estos dichos y estas imágenes a afectos que son revividos en la transferencia. Estos afectos de la época pasada, cuando fue traumática y ansiógena, se expresan, aquí y ahora, en elementos ideativos, emocionales y relacionales, reactualizados frente al psicoanalista. Inconscientemente rememorados, a menudo deformados, traen a la sesión, del tiempo pasado y de otros espacios, emociones y expresiones que datan de esa época de la relación del niño con los otros. El fruto de una castración no efectuada puede ser dado tardíamente, en la discriminación que realiza el paciente, en análisis, a la escucha de su palabra, entre lo imaginario y la realidad. Los sucesos que acompañaron a la castración no efectuada son revividos frente al psicoanalista, merced al cual, a través de su escucha, son meramente verbalizados, sin otro juicio que el tocante a su inadecuación a la realidad de la supuesta relación del analista con él o con ella (su paciente hombre o mujer).

Para ofrecer una ilustración de todo cuanto acabo de decir, relataré un caso esclarecedor. El lector comprenderá mucho mejor lo que he querido decir a lo largo de todas estas páginas en las que, lo confieso, la exposición del trabajo con las imágenes del cuerpo puede parecer muy complicada.

El caso de León

León es traído por su madre al dispensario por consejo de la escuela y del médico quien, tras cierto número de exámenes, no ha encontrado ninguna explicación neurológica para su extraño *habitus*. León presenta una deambulación muy particular, parece no poder sostenerse, es un muchachote de ocho

años, fláccido, un tanto grueso, de tejidos subcutáneos todavía un poco infiltrados, como los de un niño de menos edad.

Lo veo entrar en el gabinete de consulta y, desde la puerta, costear la pared apoyándose en ella; acto seguido, para venir a sentarse, alarga el brazo, se apoya sobre la mesa y se deja caer en la silla. Acto seguido se desploma sobre la mesa, en la que apoya brazos, codos y tórax, como si, sentado, no pudiese mantener el tronco en posición vertical sobre el asiento. Camina siempre así, agarrándose de los muebles o de las paredes, si está en la calle, de un adulto o de un compañero de escuela, a la manera de un bebé que comienza a mantenerse en pie y todavía no puede cruzar un espacio sin apoyo auxiliar. La escuela aconsejó a la madre traerlo al Centro en el que atiendo, porque el niño no atiende en clase, no juega con los demás. Por otra parte, no presenta ningún trastorno del carácter. En su curso no tiene enemigos, y hasta le ayudan a desplazarse, no molesta. En su casa le quieren. Es un niño casi totalmente pasivo.

Los tests, de cuyos resultados se me informa, le conceden un cociente intelectual de 63. Su cara está desprovista de mímicas, tiene unos ojos redondos, poco móviles, inexpresivos, y su boca siempre está entreabierta. Sólo vive sentado, desplomado. La madre dice que desde su primera infancia tiene una voz afinada, modula todas las canciones pero sin pronunciar las palabras, todas las canciones que oye por la radio. Habla con un *tempo* muy curioso, escandiendo las palabras y separando las sílabas con lentísimo ritmo, en tono monocorde. En respuesta a mis preguntas sobre esta forma de hablar (cuya rareza la madre no había observado), confirma que el niño habla así desde muy pequeño. Su hermana, dos años y medio menor que él, es muy suelta de lengua; desde pequeñita es muy despabilada, y los dos niños se entienden perfectamente, aun siendo muy diferentes.

El marido (al que no pude conocer) habla el francés, dice ella, con fuerte acento extranjero: es de origen polaco. La madre, en cambio, habla a un ritmo enteramente normal, con voz modulada, agradable. A mí me sorprende que León pueda modular canciones con su laringe pero no los fonemas. Digo que León me parece músico. Su madre me responde que, en efecto, despertó la atención de un profesor que, habiéndolo oído cantar y conociendo sus fracasos escolares, propuso enseñarle a tocar el piano. Lo está haciendo desde hace unos meses. Una carta de este profesor, adjunta al historial, relata que el niño muestra particulares dotes y que, contrariamente al estilo habitual de su motricidad corporal, cuando toca el piano, siempre que esté sentado y apoyado sobre un respaldo, sus manos y dedos son muy ágiles. Según este hombre, León posee las dotes de un virtuoso, y por eso le dedica él su interés. Aconsejó

a los padres realizar una consulta. La fatigabilidad de León obliga a su profesor a sostenerle los brazos bajo los codos, o los hombros bajo las axilas. El esfuerzo muscular de los hombros le es tan difícil a este niño como el esfuerzo de la marcha. Por el contrario, se sirve perfectamente de los pedales del piano, provistos de un prolongador y llevados así al nivel de sus pies. Cuando León toca el piano, su profesor lo sostiene, pues, de las axilas, y entonces los dedos del niño revelan una notable agilidad.

Este profesor de piano fue quien alertó a los padres, aconsejándoles llevar a León a un especialista en motricidad. En el hospital de niños le tuvieron unos días en observación y, tras ser seriamente examinado, la conclusión diagnóstica fue que no había nada neurológico. El médico mencionó a los padres un elemento suplementario, una apatía general y una debilidad mental y escolar de su hijo. Más tarde supe que este médico aludió a la palabra «psicoterapia», sin que la madre le prestara atención. Sobre la base de la opinión del especialista, la escuela, tras confirmar por test la debilidad mental de León, aconsejó a la madre que lo colocara en un internado médico-pedagógico. Dice haber quedado muy preocupada pues el niño está muy apegado a sus padres y a su hermanita, le gusta mucho el piano, toma una lección casi diariamente, puesto que el profesor vive en el mismo edificio, y ella considera que en el internado todo esto le faltaría. Por eso ha venido al Centro indicado por el profesor de piano y acepta de buen grado la propuesta de una psicoterapia, recurso que este Centro, recientemente abierto en París, posibilita. El niño acepta, a su vez, venir a verme regularmente, si esto le evitará ir al internado y le permitirá quedarse con su familia, o incluso eventualmente en su escuela.

Cuando veo a León, hace cinco o seis meses que concurre al Centro de consultas. Se lo confió desde un principio a una reeducadora en psicomotricidad, con la que acaba de finalizar una veintena de sesiones. La reeducadora está desalentada; lejos de progresar, el niño parece más ausente que antes, tanto respecto de ella como de la madre y de su entorno. La buena voluntad de León está fuera de dudas, lo mismo que la de su madre. No han faltado ni a una sola sesión, pese a que la madre trabaja y a las dificultades de circulación (estamos en París, en plena guerra). De modo que el director del Centro pensó que se podría intentar una psicoterapia psicoanalítica, ya que la reeducación había fracasado.

Tenemos, pues, el cuadro de un niño de ritmos aminorados para la palabra, para la motricidad, para la ideación y que, sin embargo, canta muy bien, con ritmos digitales y laríngeos normales. ¿A qué se debe, pues, esa debilidad neuromuscular, esa necesidad de sostén físico, de apoyo para su espalda en una

pared o en el respaldo de un asiento? ¿Qué significa esa falta de tono, de origen no orgánico? ¿Por qué la imposibilidad de leer y escribir en un niño de ocho años que da pruebas, en cambio, de tanta destreza manual, pero exclusivamente sobre el teclado de un piano? ¿Por qué su nulidad en matemática, él que ha aprendido el solfeo y por tanto sabe tocar música leyendo (?) la transcripción gráfica de los sonidos y ritmos?

Una carta del profesor de piano, a quien solicité, por intermedio de la madre y del niño, me comunicara su impresión actual sobre éste (ya que su primera carta databa de hacía más de diez meses y de la época de consultas en el hospital por los trastornos de motricidad) me informa que, en efecto, León lee perfectamente la música con la vista pero que no puede nombrar las notas que lee. La prueba de que lee las notas y de que ha asimilado el solfeo es que esta lectura se transmite inmediatamente a sus dedos. El, tan lento, descifra con gran facilidad un trozo musical que no conoce, y lo toca en el *tempo* adecuado. La carta confirma que León está excepcionalmente dotado para un niño de ocho años, y que, si no fuera un impedido, se lo podría considerar un virtuoso. El profesor añade que vive desde hace mucho tiempo en el edificio y conoce bien a los padres, empleados en el taller de la planta baja, que éstos son personas honestas y estupendas y que el niño le interesa. León le ha hablado de mí, y dice que se muestra confiado.

Se trata, pues, de un caso complejo. La escuela lo considera incapaz de leer y yo pienso que no puede ser verdad, pues aunque no puede pronunciar las notas las lee con toda rapidez. Lo mismo debe de suceder con las letras, que su vista leería perfectamente sin que el niño pueda pronunciar los fonemas al hilo de la lectura. León tiene un carácter manso; y, a los ojos de su madre, ello es una contraindicación para ingresarlo en una escuela especializada donde, ella lo sabe y así es, hay muchos niños caracteriales. En la escuela, y en la vida corriente, los niños nunca se meten con él. A veces lo ayudan, dicen la maestra y su hermana; pero ¿en un internado, con niños difíciles...?

Pregunto a la madre sobre los comienzos de la motricidad de León y me entero de que siendo muy chiquito se sentó en la cuna, siendo muy chiquito tendió a chuparse el pulgar pero ella se lo impidió, enganchando sus mangas a la ropa con imperdibles; y también me entero de que, tan pronto como fue capaz de sentarse, ella lo sentó en una silla alta de bebé. Allí permanecía él, tranquilamente, horas y horas enteras, a la altura de la mesa de trabajo de los padres, dedicados a la costura en un taller familiar de confección. El los miraba trabajar con una sonrisa. Más adelante lo sentó en su orinal, a la vez orinal y silloncito bajo, al que lo ataban con un ancho cin-

turón. Y su lugar en la sillita alta fue ocupado por su hermanita. Cuando el niño tenía que hacer sus necesidades, quitaban el cinturón y retiraban una tablilla, el sillón tenía un hueco en el asiento, muy cómodo para él que caminó tan tarde. «No se separaba de nosotros, nunca nos molestó.» León vivió, pues, sentado, atado, sin hacer nada con las manos, mirando trabajar al padre, a la madre, a sus compañeros, durante tres años. Pero cuando teniendo León tres años y medio comenzó a ir por medio día al jardín de infancia, los padres quisieron sentar a la niña en un silloncito hueco parecido al de su hermano y ella se negó, echando el cuerpo hacia atrás y gritando de tal manera que la madre tuvo que renunciar a aplicarle este sistema de contención y dejarla en el suelo sobre una alfombra; por entonces la chiquilla se negó también a permanecer en la sillita alta. Sólo en ese momento liberó la madre al pobre León de su asiento habitual. León nunca gateó. Cuando lo liberó del asiento, al que estaba atado en casa, él permaneció sentado, con la espalda contra una pared. A veces, para acercarse a su hermana se arrastraba sobre el trasero, y cuando se incorporaba se agarraba de un mueble. Empezó a caminar de veras, como le vi hacerlo, al mismo tiempo que su hermanita, es decir, cuando ella tenía catorce meses y él más de tres años y medio. La madre pensaba, lo mismo que sus compañeros de taller, que la frecuentación de otros niños, en la escuela, le haría bien, e intentó la experiencia en 1939, para Semana Santa, teniendo León cinco años. Los sucesos de la guerra interrumpieron la experiencia. Todo el mundo evacuó París y la propia madre se replegó a Bretaña, a la casa de la abuela materna.

Durante las sesiones de psicomotricidad León dibujó repetidamente lo mismo, con trazo negro: una casa cuadrada con un techo aproximadamente trapezoidal, ventanas sin cuadrícula de cristales, vacías, una chimenea que no despide humo y una puerta. Entre la casa y el borde superior de la hoja hay una especie de «n» muy desplegada, «el cielo». El borde inferior de la casa coincide con el de la hoja, y por tanto no está subrayado por una línea que delimitara su implantación sobre el suelo. Estos dibujos estereotipados estaban en el legajo que contenía la observación de León que se me hizo llegar. La madre dijo que en casa nunca hizo otros dibujos. Su hermana dibuja, León no. Nunca utilizó el color, pese a que en el Centro tuvo siempre lápices de colores a su disposición.

Comenzamos el tratamiento. Las primeras sesiones son muy pobres en palabras y en actos. Veo a la madre antes que al niño, pero en su presencia, y después al niño solo. En cada sesión trae el mismo dibujo, hecho mientras esperaba o vuelto a hacer mientras yo hablo con su madre. A mis preguntas sobre este dibujo responde con escasas palabras, lentas, acompasa-

das, como he dicho antes, sin ninguna expresión mímica (el-techo-el-cielo-la-puerta). Por su *habitus*, no puedo advertir si tiene interés en la psicoterapia; sin embargo, la madre dice que él siempre le recuerda el día de la sesión. Al cabo de algunas sesiones, la carta del profesor de piano me confirma su interés por la psicoterapia y su transferencia sobre mí. He sabido por la madre, a lo largo de estas sesiones, que ella es bretona y que el padre, de origen polaco y naturalizado francés, es judío. A todo esto, cuando se casaron ella no sabía lo que quería decir «judío», y no entendió nada de lo que su marido le explicó, porque ella no tenía religión. Todo esto sucedió entre 1934 y 1935, teniendo ella diecinueve años. Lo conoció un domingo, mientras se paseaba con una amiga del pueblo que se había instalado en París, como ella. Trabajaba como criada y sus patrones le daban alojamiento y comida. Su marido le llevaba quince años, fue el primer hombre que conoció, era tímida. Se casaron en la iglesia, ella por seguir la tradición, en París; su madre vino de Bretaña. Ella no es practicante, pero dice ser creyente, devota de María. Su madre y las amigas del pueblo no hubiesen entendido que no se casara por la Iglesia. Su marido no tenía religión pero se sentía contento de complacerla. A los niños los bautizaron juntos, cuando León tenía cinco años, un verano, en Bretaña, la primera vez que volvió ella a casa de su madre después de haber abandonado la región (fue el verano de la Evacuación). El padre comunicó su aprobación al bautismo por carta, pero después no se volvió a hablar del asunto. De su religión católica bretona recuerda ella todavía algunos cánticos en latín y en bretón; los solía cantar en el taller y León conoce bien las melodías, aunque no pronuncia las letras. El matrimonio está muy bien avenido. Trabajan los dos en ese mismo tallercito familiar de confección que recibió a su marido emigrado de Polonia siete u ocho años antes. Ella es la única hija de una familia de cinco hijos, algunos de los cuales murieron a muy corta edad, los otros algo más mayorcitos, pero sólo conserva vagos recuerdos de ellos. No obtuvo su certificado de estudios, no tenía capacidad, dice. Aprendió costura con las monjas, en Bretaña. Sus padres eran pobres, y por esta razón se trasladó ella a París, colocándose primero como criada; después, cuando conoció a su marido, él gestionó su puesto en este taller. Una amiga de Bretaña la alojó por algún tiempo, después se casaron y luego llegó León. Es una familia muy unida, la madre nunca tuvo que reprender severamente a sus hijos ni aplicarles correcciones, y el padre es muy bueno con ellos. El padre tiene unas manos muy laboriosas. El mismo instaló su pequeña residencia de las afueras, con una huerta contigua en la que cultiva sus legumbres; pero a pesar del interés que presta a León y León a su padre,

el niño es demasiado débil y propenso a cansarse, no puede ayudar a su padre en el jardín. Se sienta y lo mira.

La madre está preocupada por el futuro escolar de León, a quien no está en condiciones de ayudar pues ella misma no ha cursado estudios y lee con bastante lentitud, dice (yo pensaba, para mis adentros, que el hablar puntuado de León imita quizá la manera de leer de su madre). El padre, como no realizó estudios en francés, tampoco puede ayudar a su hijo; es el único miembro de su familia que emigró, su familia sigue en Polonia. La madre ha visto fotos de una hermana, que para el casamiento envió a su hermano una carta muy cordial. La hermana de León, de casi seis años, ya concurre a la escuela primaria y su aprendizaje es muy bueno. Al contrario que León, no sabe cantar, pero es vivaz y hacendosa, y ya colabora con su madre en casa y con su padre en el jardín. También me entero de que en septiembre de 1939, cuando se declaró la guerra, el padre, naturalizado francés, fue movilizado; todas las escuelas primarias de París cerraron y la madre partió a Bretaña, a casa de sus padres. Allí León tuvo que ir a la escuela, pues en París ya iba un poco al jardín de infancia y la escuela quedaba al lado del taller de los padres.

En Bretaña, el niño frecuentó la escuela de una manera bastante irregular, debía hacerlo porque tenía seis años; pero no quedaba cerca y, dada su manera de caminar, ir lo fatigaba, aun acompañado por su madre. No había comedor. Los niños debían volver a casa a mediodía y regresar por la tarde. Su madre piensa que este defectuoso primer año escolar dejó a León en desventaja para los cursos sucesivos. Tras la derrota de 1940, el padre, cuya unidad se había replegado, fue desmovilizado en el Mediodía, y volvió a París donde la madre se reunió con él y donde ambos se reintegraron al mismo trabajo, pese al ausentamiento del patrón y de algunos otros obreros (en su mayoría judíos que habían dejado París y no habían vuelto, al revés que el padre de León). Los alemanes habían ocupado París y el padre de León, que tendría que haber usado la estrella amarilla, se negó. Ahí fue cuando explicó otra vez a su mujer que él era ciudadano francés, que lo habían movilizado, y que a causa de esto pensaba que no tenía nada que temer, pero que era judío, sólo que ella no entendió nada de todo esto. Sólo sabe que los alemanes se las toman con los judíos porque suelen ser ricos: ¿por qué irían contra su marido, si él no lo es? En cualquier caso, su marido tuvo que esconderse. Sigue trabajando en casa y ella, por su parte, continúa yendo al taller, al mismo local de confección donde se han reagrupado algunos compañeros franceses, no judíos y que son muy buenos con ella. Es un trabajo muy diferente del que se hacía antes de la guerra: retoques, nunca cosas nuevas, por falta de telas. Como su marido tiene que esconderse, ella

le lleva a casa algunos trabajos que, una vez terminados, vuelve a entregar en el taller. También me hace saber, dado que mi persona le inspira una absoluta confianza, que su marido ha cavado un pozo en el jardín y que, cubierto por ramajes, duerme en él por las noches, pues los alemanes ya han venido al barrio a detener a los judíos y acostumbran volver por la noche o al amanecer.

Durante el día el marido trabaja en casa, ella parte por la mañana con los niños, que van a la escuela situada al lado del taller, vuelven a las cuatro y media y es ahí, en el edificio al que pertenece el taller, donde vive el profesor de piano que oyó cantar a León y que, ahora casi a diario, le da una lección; no cobra sus clases pero el taller trabaja para él, y a veces ella le da harina o mantequilla del mercado negro, traídas de las afueras por alguno del taller. La madre también me ha contado que tiene una «manía»: llamar a sus hijos a su cama los domingos por la mañana, los demás días no tienen tiempo. Y mientras el padre prepara el desayuno, ella se pone a cuatro patas, con la cabeza fuera de las sábanas, sus dos hijitos debajo de ella y de este modo juegan, ladrando, a la mamá perra con sus cachorros. Este juego se inauguró en Bretaña: su propia madre, viuda, vivía sola con una perra que había tenido cachorros. Y un día en que retozaba con los niños inauguró este juego que constituye el momento de felicidad de la semana para toda la familia. El padre ríe viéndolos divertirse así, y ella no le encuentra nada de malo. La madre de León habla de su marido como una chiquilla de una persona grande de sexo neutro. Dice haber sido muy salvaje cuando conoció a su esposo, tímida con los muchachos y poco locuaz con las chicas; sólo tenía una amiga que era de su mismo pueblo y que también trabajaba de criada; y eso hasta su casamiento, cuando su marido pasó a serlo todo para ella. Con sus compañeros de taller se entiende muy bien, son como una segunda familia para ella.

Por lo que atañe a las relaciones sexuales, le son indiferentes; lo que a ella le gusta es que la mimen, apretarse contra su marido, tan bueno con ella. Sus embarazos marcharon bien, amamantó a sus hijos casi un año, como se hacía en Bretaña, y siempre los llevaba con ella a todas partes, hasta que se pusieron muy pesados para cargarlos; después, en cochecito.

Durante las dos primeras sesiones León me parece alelado y mudo, o casi, ante su dibujo. Si le hago alguna pregunta sobre éste o sobre lo que su madre me ha dicho en su presencia respecto de él, no contesta. Y hasta la cuarta sesión no comprendo lo que sucede. Lo hubiese comprendido desde la tercera, pero sólo comprendí a la cuarta, y más claramente aún a la quinta: de hecho, León responde ocho días después, en cuanto llega a la sesión, a las preguntas que le formulé ocho

días antes. Cuando me di cuenta y se lo dije, felicitándolo por no haber respondido antes de reflexionar bien, porque eso es signo de inteligencia, sus ojos redondos, un tanto globulosos y hasta entonces sin expresión, comenzaron a brillar y a expresar alegría. Le pido entonces que haga un modelado. Parece no haber oído. (Era en la cuarta sesión.) Cuando llega a la quinta, siempre con el mismo dibujo y el mismo comportamiento —agarrarse de las paredes y desplomarse sobre la mesa—, toma inmediatamente la pasta de modelar y fabrica unos pedazos: cuatro morcillas rigurosamente del mismo tamaño, que coloca sobre la mesa unas al lado de otras; tras lo cual, se detiene. Yo lo felicito y le digo que, ciertamente, hay en su interior algo que él intenta decirme con este modelado: quizá que en casa son cuatro, cuatro iguales, de la misma familia; pero a lo mejor él piensa otra cosa. A la semana siguiente llega con su misma lentitud y agarrado a la pared, y con el mismo dibujo. En absoluto silencio, retoma el modelado y su idea de las cuatro morcillas del mismo tamaño, que vuelve a hacer exactamente como en la sesión precedente; luego, tras contemplarlas, hace dos morcillas más del mismo tamaño, pero más finas, siempre echado sobre la mesa, con los antebrazos y parte de las manos completamente apoyados. Intenta luego reunir estos seis pedazos cilíndricos, estos seis objetos parciales, sin que yo entienda lo que pretende hacer. Idéntica declaración de mi parte: ya se ve que él intenta hacer algo y decir algo con eso; yo no lo entiendo, pero deseo entenderlo y a lo mejor la vez que viene comprenderemos más. Como respuesta, una mirada directa. A la semana siguiente, se presenta de la misma manera en cuanto al ritmo motor, pero esta vez tocando apenas la pared hasta el pequeño espacio que debe franquear para llegar a la mesa, espacio que efectivamente atraviesa, sin poner la mano sobre la mesa para apoyarse antes de tomar asiento, como había hecho todas las veces anteriores. Su dibujo es diferente, un barco, tan geométrico y vacío como la casa, pero la «n» desplegada que ocupaba el cielo en el dibujo de la casa, ahora está debajo del barco (sin duda representa el agua); León no dice palabra y de inmediato se pone a modelar. Con ayuda de los mismos elementos que antes, modelando con bastante rapidez las morcillas cilíndricas y añadiéndoles una plancha realizada con apreciable destreza, construye un asiento y una plancha para el respaldo, y me dice: «Es-una-silla», espaciando las sílabas. Le pregunto si la silla está contenta de su destino de silla, si él la ha hecho para alguien. No hay respuesta, ni a la primera ni a la segunda pregunta. A la semana siguiente llega con un dibujo del mismo barco, pero ahora la hoja no alcanza para contenerlo todo. Las partes delantera y trasera, así como la superior del triángulo de las velas, están fuera del marco de la página. El casco

del barco llega al límite inferior de la hoja, como las casas de los primeros dibujos. León encuentra algunos elementos de la silla en la caja de modelado, los coge y completa lentamente el objeto, con cuidado. «Es la silla», dice; después, tras un silencio en que mira alternadamente al objeto y a mí, me dice: «Ella está contenta de ser una silla». (Se trata de la respuesta a mi pregunta de la vez pasada.) Yo digo: «¿Acaso espera a alguien? —Sí. —Entonces, ¿puede que alguien venga a sentarse encima?». En ese momento comienza a modelar un muñequito. Una masa ovoide, bien pulida; le pega encima una bola cefálica, más dos morcillitas dobladas para las piernas. Después un «sombrero», placa triangular terminada en punta como el triángulo de las velas del barco, es sobrepuesto a la bola cefálica. Sobre la cara anterior de ésta pega dos bolitas, a guisa de ojos, y en el espacio que los separa hace un agujero con un lápiz, para la nariz-boca. No hay orejas ni cabellos, ni cuello, tampoco brazos. León tiende el muñequito en el suelo, delante de la silla. «¿Qué es eso?» No hay respuesta. «¿Un muñequito?... ¿Tú? —Sí. —¿Quieres sentarte en la silla?» No hay respuesta. «¿La silla quiere que te sientes en ella?» Sin decir nada, León sienta al muñeco en el asiento y doblando las dos piernas les hace tocar el suelo delante de las patas de la silla; después presiona fuertemente la espalda del muñequito sobre el respaldo de la silla. «¿Está contento el muñequito? —Sí.» Ambos contemplamos largamente, en silencio, el objeto que León ha fabricado. Yo: «¿Qué piensa, el muñequito?». No hay respuesta. «¿Es amigo de la silla?» No hay respuesta. «La silla, ¿está contenta? —Oh, sí», dice León rápidamente y con convencimiento. Y añade: «Ella está más contenta que el muñequito». Yo le dirijo una mirada interrogativa. «Bueno, sí, cuando él se vaya ella se quedará con su espalda, y el muñequito se quedará sin espalda.» Esboza una pequeña sonrisita sarcástica. Yo le pregunto: «Pero, ¿conservará él su cabeza, su trasero, sus piernas?». No hay respuesta, pero sí una mímica que me parece ser la de un niño sentado en su orinal, haciendo fuerza para defecar e hinchando el vientre. Fin de la sesión sin palabras.

A la semana siguiente la madre pide hablar conmigo a solas; un día de esa semana, al amanecer, vinieron a detener a su marido; felizmente, él estaba escondido en el pozo del jardín y no lo encontraron. Ahí no lo buscaron. Los despertaron a ella y a los niños y les hicieron preguntas. Ella dijo lo que se había convenido: que su marido se había marchado a la zona libre y que ella carecía de noticias. Preguntaron a los niños, que no respondieron, aún estaban medio dormidos. Hicieron desvestir a León, ella no sabe por qué. Y a ella le dijeron que tenía derecho a divorciarse. Preguntaron a los niños dónde estaba su padre. Ellos dijeron que no sabían. Después, León

se descompuso. Se hizo en la cama, cuando la policía se fue vomitó, y todo el día estuvo con diarrea. Yo pregunto: «Esa diarrea, ¿no le había empezado ya, antes de que llegara la policía?». (Recuerdo su mímica de defecación y mi perplejidad sobre lo que podía significar.) «Sí, claro —me dice—, tiene usted razón. La diarrea empezó al día siguiente de la última sesión.» E incluso, cosa que la sorprendió, no durante el día sino en la cama. En cambio, cuando vomitó fue después que vinieron los alemanes, y también fue después de eso que, estos tres días, se hizo pipí en la cama. Me aclara entonces que el niño fue aseado a muy corta edad, porque ella era muy atenta a eso, y siempre cambió a sus bebés apenas se mojaban para evitar ese frío que mata en el vientre de los bebés (sus hermanos y hermanas muertos a muy corta edad). Yo le pregunto si sabe por qué los soldados alemanes hicieron desvestir a su hijo. «No.» Le explico entonces que era para ver si León estaba circuncidado. Ella ignora, a la vez, la cosa y el término. ¿No ha notado que su marido está circuncidado? No, pero ella ignora cómo es «eso» en los hombres (se refiere al pene). Recuerda que cuando tuvieron su primera relación sexual, su marido le dijo que ella podía mirar, pero que tenía que saber que él era judío. Ella le contestó que no sabía a lo que se refería, pero que eso no importaba, puesto que lo quería. Y hasta la portación obligatoria de la estrella amarilla, que él habría debido aceptar pues era judío, ella no supo más del asunto y sigue ignorando el rito de la circuncisión. «¡Ah, entonces lo desvistieron por eso! ¡Para ver! Porque me preguntaron si los niños eran judíos y yo contesté que mi marido era francés, que yo era francesa y los niños también.» De hecho, su marido, como muchos judíos, se había creído ciudadano protegido por Francia, pues se había naturalizado e incluso le habían movilizado y había estado bajo banderas. Agrega ella entonces que, ante el riesgo de arresto, el padre acaba de partir efectivamente para intentar pasar a la zona libre, y que si allí encuentra dónde alojarse ella y los niños irán a reunirse con él.

La madre sale. Entra León, con semblante muy cansado. Va directamente de la puerta a la silla, sin apoyarse para nada en la pared y no se deja caer ni sobre la silla ni sobre la mesa. Permanece sentado normalmente, me mira. No dibuja ni modela. Yo le hablo de lo que me ha contado su madre. León me dice que su padre ha partido «de veras», y que con mamá y su hermana irá a reunirse con él cuando consiga una casa en ese lugar donde no hay guerra. Yo le hablo de su modelado de la vez pasada, y del respaldo de la silla que quería quedarse con la espalda del chico. Me cuenta entonces lo que su madre me dijera en las primeras sesiones, cuando hablábamos, a menudo solas pues León, a causa de su lentitud y del dibujo que estaba elaborando, la dejaba a ratos conmigo. «Cuando yo

era pequeño, y mi hermana también, mamá quería que nos quedáramos en el orinal y nos ataba.» ¿A él le gustaba? El no sabe si le gustaba, pero a su hermana no. Gritó tanto que la madre no se lo hizo: a la hermanita no la ataron; entonces su madre tampoco se lo hizo a él. ¿Recuerda él a qué edad sucedió esto? Sería a los cuatro o cinco años, en Bretaña, como parece decirme o, al menos, por lo que yo entiendo de lo que me dice. Comprendo sobre todo que la abuela no quería que la chiquita gritara, y por eso mamá se lo dejó de hacer a ella. Y entonces, con él, que sin embargo no gritaba, pasó lo mismo. Fue sin duda el verano en que comenzó el ritual de la perra y los cachorros. Yo le hablo de la novedad de hacerse pipí en la cama. «Mamá dice que es porque los soldados vinieron a buscar a papá y yo me asusté. —¿Es verdad? ¿Te asustaste?» El no sabe. «¿Qué querían los soldados? —Querían ver mi pipí», dice con mímica un tanto molesta. Le explico entonces la circuncisión, que prueba que el hombre o el niño es judío o no. Si uno es judío, se le hace la circuncisión; es lo mismo que el bautismo pero se ve. Se les quita a los chiquitines el pedacito de piel que hay en la punta del pipí —del que le proporciono el verdadero nombre de verga, así como de la piel el verdadero nombre de prepucio— y esta piel sirve para recubrir la punta de la verga —a la que doy su verdadero nombre de glande. Le digo que, ese día, en la familia de su padre, del padre de su padre, etc., se le pone su nombre al chaval. Es una fiesta igual que el bautismo en la familia de su madre, en Bretaña. Cuando a él lo bautizaron en la iglesia, junto con su hermana, su padre no estaba porque era soldado; pero había escrito que estaba de acuerdo en que él y su hermana fueran bautizados como cristianos. Ese día no cortaron nada de su verga, sólo pusieron agua sobre sus cabezas, y les pronunciaron sus nombres. Ya que había hablado de verga y de prepucio, aprovecho para hablar de la erección de la verga, y veo que entonces León me escucha con mucha atención. En esta sesión noto que al hablar de la partida de su padre y de cuando los alemanes lo desvistieron, su ritmo verbal se hizo casi normal, con, por momentos, breves silencios como de anonadamiento, con aire indiferente: casi como un tartamudo que se interrumpe antes de hallar la palabra que le permitirá continuar la frase. Después de hablar de la verga y de la circuncisión, hago un silencio y digo: «¿Conoces tú la diferencia que hay entre las niñas y los varones?». Me responde: «Las mamás tienen tetas, las niñas no y los papás tampoco. —¿Y tú, tienes? —Yo, sí. Tengo un poco de tetas, más que mi hermana pero no tanto como mi madre. —¿Y no has notado que tu hermana no puede hacer pipí como tú? ¿Que ella no está hecha como tú, ahí?». El me contesta: «No, ellos tienen

pelos que tapan, salvo que los papás los tienen en el vientre [23] y también en la cara, y no tienen los cabellos rubios como las chicas».

¿El color del cabello? Su hermana era rubia como su madre, él castaño como su padre moreno (y que, decía, de pequeño tenía su mismo color de pelo). Cuando crezca, él será moreno. Yo le expreso con términos precisos la realidad de la diferencia sexual, la ausencia de pene en las niñas y las mujeres, le pregunto qué sabe él de todo esto, qué puede decir de ello. Me contesta que le parece muy bien que eso no le crezca a su hermana, pero en cuanto a su madre... él creía que ella tenía uno. Ella no se lo había dicho. ¿Acaso él se lo había preguntado? «No, no se lo pregunté. Pero las vacas tienen cuatro, con leche que les ordeñan. Pero no es igual, las cabras creo que dos. Las perras son como las mamás. No tienen pelos, ahí.» Muestra el lugar de su ombligo en el centro de su vientre. «Las perras tienen muchos cachorros, y necesita tantas tetas en el vientre, para darles de comer, pero después los ahoga.»

Cito el texto exacto, que voy escribiendo a medida que él habla, ahora con ritmo normal. Asistimos a un destapamiento de palabras, como un destapamiento excremental, podríamos decir, concerniente a fantasmas de imágenes del cuerpo confusas e inconexas. Todo ello a partir de un asiento, de un mueble, y de una espalda cosificada. Los modelados encubrían ideas imprecisas y angustiantes de rapto, de castración, confundiendo sexo, pelos, mamas, ombligo y juicios morales. De acuerdo con que su hermana no tiene pipí ni tetas, de acuerdo con que él sea como su madre, pero es increíble que su madre no tenga pene, aunque los pechos lo sean, sin embargo.

La cura toca a su fin. Tengo conciencia de ello, al menos lo preveo respecto de esta familia que muy pronto ha de marchar a la zona libre, si el padre consigue pasar la línea divisoria, como espero. Durante las sesiones siguientes, la madre viene expresamente sola antes de León, para hablarme de las preguntas que aconsejé a su hijo formularle. En efecto, al final de nuestra entrevista dije a León que hablara con su madre de todo lo que habíamos hablado nosotros. Ella está muy confundida. No sabe cómo hablar de cosas así. De tal manera que realizamos la sesión los tres, la madre, León y yo, él y ella hablándose, y ella pidiéndome con la mirada que la ayude a responder. Genitud, la de León, erección, concepción, embarazo, nacimiento, el de León, amamantamiento, el suyo, nacimiento de su hermanita, conformación sexual de las niñas y de las mujeres adultas, futuro social para cada uno de ellos,

23. Vientre confundido con tórax, como en el cuerpo ovoide indiferenciado del muñequito modelado.

él y su hermana, prohibición del incesto entre los seres humanos: todo se trató allí, por asociación de palabras o de ideas. En el momento de hablarse del incesto, la madre intervino refiriéndose a la perra de la abuela, en Bretaña. Entonces León, interrumpiéndola: «Sí, tuvo crías con su hijo perro». Esto me permite explicar que lo que sucede entre los animales no puede suceder entre las personas. León me dice entonces que su profesor de piano no se ha casado, que se ha casado con la música, que él se lo ha dicho, y que es mucho mejor. La madre sonríe, divertida. Yo respondo que el profesor es igual a un hombre, y que hay músicos, pianistas, que se casan con mujeres sin dejar de estar casados también con la música, y que tienen hijos, pero no con la música sino con mujeres. León replica: «Pero si uno se casa, entonces se tiene que divorciar. Lo dijeron los alemanes. Pero eso es caro». Su madre lo mira, sorprendida.[24] Yo le digo que cuando las personas se quieren como su padre y su madre, no se divorcian; que los alemanes pronunciaron esa palabra porque creen que las personas que son judías, como lo es su padre, no son buenas personas; y añado que piensan así porque son tontos, los alemanes. Por lo que toca a su mamá, ella no se divorciará, y pronto se reunirán todos con su padre, que se ha ido a la zona libre. Esbozo rápidamente un mapa de Francia, para explicarle lo que significan zona ocupada, zona libre, línea divisoria, palabras todas éstas que por entonces se emplean constantemente a nuestro alrededor.

Al final de la sesión, la madre me pregunta si puede traer a su hija, que también querría saber las cosas como su hermano, porque ella, la madre, no sabe qué responder, dado que a ella nunca le enseñaron nada. Ella ignora cómo decirlo. León está totalmente de acuerdo en que venga su hermana. Así pues, la sesión siguiente, que sería en efecto la última, se realizó con los dos niños y la madre. La chiquilla está al tanto de la ausencia de pene en las niñas y de la maternidad. Pero ignora la penetración necesaria para la fecundación. Inmediatamente asocia con la perra de la abuela y los acoplamientos de perros en la calle, de lo que han hablado entre amiguitas. «Los perros se suben encima, se quedan pegados, es una cosa fea.» Yo hablo de la prohibición del incesto entre los seres humanos, lo que la deja pensativa. Luego, veo que se mira de soslayo con su madre. Esta le dice: «¡Te he cogido, tú que siempre dices que te casarás con papá!». Yo respondo: «Las niñas pequeñas siempre lo dicen; es en broma, pero al crecer aprenden la verdad. Tu mamá no se casó con tu abuelo, su papá; tu

24. Lo que habría salido muy caro era casarse en Bretaña, si hubiesen viajado ella con su marido y el testigo, un compañero del taller; por eso se casaron en París, y costearon el viaje de la madre.

padre no se casó ni con su madre ni con su hermana». (Han hablado de la hermana del padre, han visto una foto suya.) La niña ríe y dice: «Claro, si no, no habríamos tenido mamá. —Justamente —respondí— tus hijos, los que tendrás con un marido, que en este momento es un chico al que no conoces, tu mamá será su abuela, y tu papá su abuelo. Y si tu hermano se casa, pues bien, tú serás la tía de los hijos de tu hermano, y él será el tío de tus hijos». León toma entonces la palabra y dice: «Yo no me casaré nunca... Sí, a lo mejor... Si me caso, entonces será con mi profesor de piano. O bien, seré...». No continuó porque su hermanita se echó a reír: «Eso no puede ser, un señor que se case con un señor. Un señor siempre se casa con una señora. —Sí —dice León—, entonces haré como él, me casaré con la música». Yo respondo: «Sí, tal vez». Y la hermana, furiosa: «¡No puede ser, no es justo, la música no es una señora, y yo quiero ser tía, así que tendrás que casarte porque si no no podré ser tía, la música no puede tener hijos!». Los niños se enzarzan en la disputa, la madre sonríe, divertida, nos despedimos y la familia se va.

Recibí una carta de la madre informándonos que tenía mucho trabajo, estaba demasiado ocupada y no podía traer a León; tenía que preparar su equipaje. Iba a marcharse a la zona libre, donde su marido había encontrado trabajo y vivienda para todos. León estaba muy bien. Los compañeros del taller lo encontraban transformado, la carta continuaba explicándome esto con detalles. En la escuela empezaba a leer, escribir y contar, y todas las tardes traía buenas notas. Le divertía saltar a la pata coja, hasta empezaba a jugar a la pelota y a correr. La carta proseguía: un día, al volver a casa, se había asustado mucho, los niños no estaban; los encontró escondidos en el pozo del jardín, le habían gastado una broma. Después expresaba su urgencia por ver a su marido y terminaba agradeciéndome: a las mamás habría que decirles que es increíble que los doctores no descubrieran antes que con él no era como con los demás; y añadía que ella ya no jugaba a la perra con sus chiquitos (como yo le había recomandado), lo sentía un poco pero había comprendido lo que yo le había dicho, y que era por el bien de los niños. Su marido y sus hijos lo eran todo para ella, y ella quería hacerlo todo para que fueran sanos y felices.

He relatado el caso de León en su integridad, con todos sus detalles, a fin de que se comprenda de qué manera el psicoanálisis de niños permite aprehender la función inconsciente, organizadora, de la simbólica del cuerpo que interviene desde la edad oral y anal de la libido, antes de toda reflexividad consciente; y cómo el narcisismo de ese hombre o esa mujer en devenir inviste su futuro sexual, el cual depende, por tanto,

de la forma en que se materna y educa al niño, mucho antes de que éste conozca las particularidades de la diferencia sexual. Se perciben aquí con toda claridad los estragos que, para el deseo, siguieron a la constitución de la imagen del cuerpo y sus efectos sobre el *habitus* del esquema corporal de León, los estropicios causados por la amante educación de un niño atado a su asiento. Esta imagen del cuerpo de un sujeto cuyo deseo tenía prohibida la motricidad, actuó sobre el esquema corporal inhibiendo potencialidades neurológicas sanas, que no obstante permanecieron intactas. La motricidad, la agilidad de las partes distales, manos, dedos, laringe, ojos, pies, era posible, pero no la cohesión de las imágenes entre sí, y por lo tanto el tono articulado del esquema corporal. Además, si se repara en que en su representación de una silla, León dejaba ausentes al principio el respaldo y el asiento, ilustración de su propia ausencia de trasero y de espalda en su esquema corporal, se comprende que este niño que nunca tuvo un juguete a su alcance y que, atado a su silla, sólo miró vivir a los adultos, desarrolló una debilidad mental aparente, ideativa, verbal y corporal; pero conservó y hasta desarrolló, a semejanza de los adultos, una agilidad potencial de sus dedos, al ver trabajar, coser, a todas esas manos hábiles en el taller de confección, y al introyectar lo que veía. Este caso nos muestra de qué modo la misma educación fue sufrida e integrada con daños por el varón y no por la niña, treinta meses menor que él. Tampoco ella podía resolver aún el Edipo, pero al menos lo había planteado. Por «plantear el Edipo» entiendo: fantasmatizar el matrimonio incestuoso con su padre. Mientras que León ni siquiera había planteado su Edipo, a causa de una identificación canina, cachorro, como su hermana, de una madre perra, sin duda incestuosa imaginaria respecto del genitor amado, su marido, el padre de sus hijos, pero no deseado sexualmente como hombre.

Y además, lo que no he dicho es que a todo esto se le sumó el truncamiento del apellido paterno. Me lo comunicó la madre, no recuerdo en qué sesión. Estaba incluso en la historia clínica. «Fulano», conocido por «Fulano». Le llamaban, en efecto, pongamos que «Karpo», por Karpocztski, o algo aún más complicado. La madre no podía pronunciar correctamente el apellido legal de su marido. León había oído este nombre, diferente del que conocía, únicamente cuando pasaban lista en la escuela, y ello desde el primer día de la escuela de Bretaña, no en el parvulario de París, donde llamaban a los niños por sus nombres de pila. En el taller, en la vida corriente, sus padres y él mismo, y sus compañeros de la escuela, pronunciaban sólo las dos primeras sílabas del patronímico paterno, pues el apellido completo era juzgado como demasiado complicado para que lo articulara un francés. Es probable que esta

mutilación del patronímico paterno y su revelación en la escuela hayan sumado su impacto simbólicamente mutilador a la confusión imaginaria de León respecto de la diferencia sexual, en relación con la cual no había recibido una castración humanizadora. Esto debió sobredeterminar una simbólica de invalidación conducente a la identificación de un sujeto humano con un semi-individuo femenino o asexuado, mamífero, con un cuerpo cuyo único rasgo semejante al de su padre era el color del cabello. El juego de la perra y los cachorros, practicado desde muchísimo tiempo atrás, como mínimo tres años, todos los domingos, había comenzado y continuado desde el famoso verano del bautismo, en la época en que la hermana lo vivía con él y su madre, en ausencia de su padre. Ese mismo año quedaron separados del padre, movilizado por más de un año hasta finales de 1940. El juego practicado con la madre había perennizado aquella identificación canina de la época en que la perra de la abuela había tenido crías que se decía eran hijos de su hijo. Lo cual había procurado, en la relación familiar de León con su madre, entonces sola con ellos, sin presencia de un hombre, la autorización imaginaria del incesto, pero sin que se hablara de ello. El niño había desplazado este fantasma sobre la silla, lentamente montada con elementos de forma fálica ensamblados, y que, tomando posesión del muñequito de pasta (que, prudentemente, había dudado de si entregarse a ella), obtenía un placer sádico en despojarlo de su espalda y de su pelvis. Mediante asociaciones referidas a papá, que no tenía que saberlo (recuérdese la marchita que cantan ya en el jardín de infancia todos los niños: «He perdido el do de mi clarinete, ah, ¿y si lo sabe mi papá?»), comprendí que esto tenía que tener una relación con el Edipo, pero esto no fue explicitado ni por él ni por mí. Se advierte cómo, en psicoanálisis de niños, lo expresado mediante el modelado, el dibujo, las pocas palabras y asociaciones que el niño le agrega, da valor de soñado a lo dicho en sesión; y que es posible descifrar, como en un sueño, el trabajo del inconsciente que, en este encuentro con un psicoanalizado (el terapeuta), expone su problemática, mientras el terapeuta, poniendo también él su inconsciente al servicio de la cura, asocia libremente. Sólo por la exclusiva agilidad de sus dedos y por las vocalizaciones laríngeas en un *tempo* rápido de canciones sin palabras, el narcisismo varonil de León, sujeto de su deseo, no prohibido aún antes del destete, al año de edad, en las manifestaciones de sus pulsiones activas, se había defendido en su integridad de futuro hombre. La sexualidad oral de León, en camino hacia la genitalidad futura, había quedado bloqueada, y casi por completo, en el momento del destete, lo mismo que la eclosión de la libido anal, debido a la contención impuesta a sus manos y brazos y después a todo su cuerpo. El

niño había quedado bloqueado en todas las articulaciones labiales, dentales, en la columna de aire fálica laringo-traqueal. Su sexualidad anal no había investido las pulsiones fálicas activas en su cuerpo, en el esquema corporal esqueletomuscular. Esta preponderancia de las pulsiones pasivas había inhibido la tonicidad de las articulaciones escopulohumerales, sacroilíacas, caderas y rodillas, produciendo esa ausencia de estructura vertical que a primera vista habría podido considerarse como efecto de una especie de miopatía orgánica. Su extravagante forma de hablar le permitía no identificarse ni al habla con acento de su padre, ni a la manera de hablar de las mujeres, su madre y su hermana: así se resistía inconscientemente a la identificación femenina. Pero todo quedaría inmovilizado: a la vez en la articulación activa de su inteligencia, en lo articulado vocal, lingual y bucal, y en la unión a realizar entre sus percepciones ópticas y su habla, para pronunciar los fonemas de las letras y notas que podía leer. Según la maestra, no podía leer ni escribir; pero es probable que con paciencia se hubiese podido facilitarle el conocimiento de las letras, la lectura con la vista, sin la pronunciación de los fonemas, como su profesor había notado que él hacía con las notas musicales cuya representación gráfica, descifrada por sus ojos, pasaba directamente, por mediación de sus dedos, a la ejecución en el piano. En resumen, su narcisismo fundamental había quedado marcado por una ética oral pasiva o casi, pero León, sujeto, conservaba un deseo masculino en su relación con el mundo, con las cosas, y en el espacio. Su relación en los intercambios interpersonales era casi una relación cosificada, que el dibujo estereotipado de la casa ilustraba. El efecto de reeducación no podía sino obsesionalizarlo más en una inhibición invasora. Su esquema corporal estaba invalidado por una imagen del cuerpo en la que, para ser valedero ante su madre, debía aceptar ser un objeto parcial erótico, oral o anal, es decir fragmentado, manteniéndose unidos los pedazos por un asiento exterior oralmente raptor. Para preservar la cohesividad de estos pedazos, para mantener entero este esquema corporal, se veía obligado a encontrar constantemente un apoyo relevo, cosa o persona, un tutor físico, exterior, para su cuerpo pronto para deshacerse como un puzzle.

A través de este caso clínico se comprende cómo el trasero que, al comienzo, en el embrión, es una región caudal, deviene sucesivamente una región emisiva de orinas *in utero*, después una región uroexcremencial y genital, después la región de un tono específico de la verticalidad para el esquema corporal de la cintura pelviana, con sus dos vástagos que son los miembros inferiores, al principio no funcionales. Con posterioridad, en esta región de la pelvis aparece la focalización urogenital, imagen de necesidades, y la tercera focalización, la del sexo en

el varón, en forma de tercer miembro, peniano, que en un comienzo no tiene más sensaciones substanciales que las funcionales, urinarias en el varón. Sin embargo, el pene es eréctil durante la micción urinaria de los varones hasta alrededor de los veintiocho o treinta meses. Entonces, en pocos días, a causa del desarrollo del órgano denominado *veru-montanum*, el pene en comunicación con la vejiga queda fláccido, mientras que está en erección cuando se comunica con las vesículas seminales en este momento de su desarrollo no funcional. Tanto la necesidad, al comienzo de la vida, hasta los veintiocho o treinta meses, como el deseo genital, van acompañados, pues, de una imagen peniana eréctil en el varón. En la niña, la señal visible de sus sensaciones sexuales, el pene, este tercer miembro inferior de los varones, está ausente. Pero la función urinaria está presente. El clítoris y la vulva son órganos eréctiles, uno fálico, la otra orbicular en la entrada de la vagina; son invisiblemente sensibles en los encuentros de la niña con otras personas que suscitan en ella una atracción afectiva o física. La función urinaria excremencial puede ser confundida con la función anal. Además, en el lenguaje corriente, las madres suelen hablar del «pequeño» y del «gran» trasero: el hacer «pequeño» y el hacer «grande». Excepto por el olfato, que diferencia muy bien la emisión de orina de la de heces, los niños son habilitados a no hacer, en el lenguaje, diferencia entre defecación, micción y sexuación.* El trasero puede obsesionalizarse, volviéndose una suerte de cosa estática, si por un tiempo excesivo se impone a los bebés la postura sentada; para que el esquema corporal se haga dinámico y motor, los niños han de experimentar progresivamente en el espacio la agilidad hecha posible merced a su desarrollo neuromuscular. Necesitan desplazar, empujar, tirar, objetos, muebles, y agarrar, cambiar de lugar los objetos prensibles, arrojarlos, recogerlos, mostrarse dueños de estos objetos parciales en el espacio exterior a su cuerpo. Este dominio de los objetos exteriores, asociados a los adultos, es un desplazamiento del dominio de los objetos parciales digestivos del espacio interior, alimento, heces, orina. Cuando el desarrollo de la médula espinal se lo permite, los niños de ambos sexos necesitan sentarse, reptar, desplazar el cuerpo sobre su trasero, y después gatear; y cuando la médula espinal, al desarrollarse, proporciona puntos de referencia sensoriomotores gracias al completamiento de las terminaciones nerviosas de los pies y del perineo, viene el placer de la deambulación a cuatro patas, y después sobre los dos pies, empujando una silla o apoyándose contra un soporte fijo antes de soltarlo

* Afirmación ésta que, en general, no podría aplicarse a los modismos lingüísticos de los hispanohablantes. [T.]

para caminar, y después correr, trepar, y hacer acrobacias por puro placer.

En León, niño pasivo de tejidos infiltrados, la representación de mamíferos perros a cuatro patas, no autorizaba la verticalidad. Tal representación estaba referida a la inclusión, el calor de la madre en la perrera de cama con la hermanita, concomitante todo ello con una imagen de sexualidad incestuosa y fecunda de hijo perro con su madre perra. Esta maternidad de la perra, el parto de sus cachorros, su amamantamiento, que él había observado, como había podido observar a su madre amamantando a su hermana, estas imágenes escópicas conscientes registradas en su memoria no eran, pues, del todo ajenas a referencias humanas; pero aquí la simbolización humana se había disparado por todos los estadios. El estadio oral y el estadio anal de la pelvis convertían al niño en un objeto parcial aditivo (aporte alimentario) o sustractivo (recogida excremencial), asociados ambos a las operaciones de adición y sustracción que el cálculo simboliza. Aquello que habría permitido la lectura y el cálculo quedó invalidado por el despedazamiento de la imagen del cuerpo con su efecto sobre el esquema corporal. El estadio urogenital se había confundido con la imagen de base ventral y caudal estáticas (el vello de los hombres supuestamente en su ombligo, llamado vientre). Los otros, las mamás y los papás, tenían vientres, él no.

El empalme cintura escapular-cintura pelviana por la columna vertebral que las reúne consolida la articulación cohesiva y el tono imaginable del esquema corporal. Ahora bien, no había habido en este niño más que despedazamientos que impedían la cohesión que se adquiere por las experiencias de la deambulación y del libre juego de un cuerpo que construye, en el fracaso y en el éxito, la posibilidad de expresar ese cuerpo y de hacerse una representación del esquema corporal; el cual es un abstracto preconsciente y consciente de los poderes reales actuales del cuerpo animado, como Yo, temporoespacial entre los otros, Tú. El estadio oral, para León, estaba ligado a las mamas supuestamente penianas y al vientre lactífero de la perra («Pero después, a los cachorros, los ahogan»). Por otra parte, la propia madre confundía el sujeto humano con una entidad animal fálica, la perra, que tendría un hijo perro, padre de sus propios cachorros; la madre jugaba a identificarse con los perros y los niños encajaban el fantasma de la madre.

En cuanto a su padre, para León se reducía a la significancia despedazada de las primeras sílabas de su apellido y su hablar con acento, enlazado a la desnudez del varón provocada por los alemanes y al hecho de que un judío debía divorciarse según la Ley, como había dicho a su madre el policía que vino a detener al padre. Quizás este hombre que con sus palabras había desencadenado la reacción de descontrol esfinteriano,

indujo a León cachorro a ahogarse en su pipí nocturno. No lo había asustado, no, pero él había dicho que el compañerismo temporal de su madre-hembra con su padre —judío más que hombre, pero macho con la mujer hembra— debía terminar. Su padre, que preparaba el desayuno los domingos, podía pasar por un criador de niños incestuosos cachorros. Hay que decir que León no había conocido a su abuelo materno, pues la abuela bretona había enviudado mucho tiempo atrás. La imago masculina y paterna no estaba, a pesar del nacimiento de su hermana, acoplada genitalmente, sin duda porque la madre era frígida. Para León, la imago paterna masculina parecía detentada por el profesor de música, único que permitía investir la motricidad dinámica de los dedos sobre las teclas del piano, esos dientes inmensos de un piano-cosa sonora mediante el cual se manifestaba el virtuosismo de León y la velocidad de sus ojos para descifrar la partitura: un papel donde las notas y los ritmos están impresos sobre dos pentagramas de cinco líneas paralelas, asociables quizá con los cinco dedos de la mano en el esquema corporal, dedos que él investía, fragmentados tal vez pero eficaces en su excepcional gusto y talento para tocar el piano. Era su amado profesor quien lo había reconocido como músico, quien se había ocupado de él y estimaba a sus padres. Finalmente, había permitido al sujeto expresarse, paliando su invalidez con el socorro de su cuerpo al del niño cuyos hombros y brazos no eran capaces, solos, de llevar el peso de los antebrazos, muñecas y manos. El completo restablecimiento de este chaval de ocho años se cumplió a través de la transferencia sobre mí, sobre mí asociada en la situación de tres (yo, él, su madre), y después, con la carta de su profesor de piano, en otra situación de tres (yo, él, su profesor). Por fin, conmigo, él, su hermana y su madre, configuramos una situación de cuatro en que se habló del padre y del peligro de que se desplazara, razón por la cual no había podido conocerme; pero se interesaba mucho por sus hijos y en particular por su hijo, y en las idas y venidas impuestas por el tratamiento, que su madre efectuaba utilizando tiempo de su trabajo.

El restablecimiento de León dice más que muchas teorías sobre el esquema corporal invalidado de un organismo neurológicamente íntegro, y sobre la manera en que la imagen inconsciente del cuerpo puede ser fuente de este desarreglo simbólico del funcionamiento de un cuerpo, que el deseo varonil cuya dominante es, en el estadio genital, fálica, no puede investir sin peligro para la ética elaborada a partir de las relaciones intersubjetivas de la primera infancia.

Hemos visto que, para León, la imagen del cuerpo:

1. no tenía referencia humana clara;
2. estaba fragmentada como en el estadio oral y anal pasivo: no había existido castración oral (aunque su madre lo

había destetado), ni castración anal, seguidas de simbolización de pulsiones que quedan prohibidas para la expresión del contacto cuerpo con cuerpo;

3. esta imagen del cuerpo era genitalmente ambigua, por no decir que estaba ausente. Es cierto que el trabajo psicoanalítico hizo aquí mucho más que cualquier internación en IMP * y que doctas reeducaciones especializadas.

Lo que la historia que hemos relatado tiene de psicoanalítico (a diferencia de una psicoterapia reeducativa psicomotriz), es que fue el propio León quien dijo las palabras y significó con lenguaje lo que posibilitó, a través de la transferencia, que en él el sujeto reencontrara su deseo. El psicoanalista no sabía nada del placer pasivo masoquista, a la vez fascinante y temido, que se había apoderado de León y que le había sostenido para vivir. Lo que dio un vuelco a su cura fue la expresión sádica de su sonrisa y la rapidez de reacción con que verbalizó el placer raptor experimentado por una cosa en detrimento de un ser vivo.

Siempre es así, cualquiera que sea el caso ante el que nos hallamos, y aunque tengamos algunas luces sobre las generalidades de una imagen del cuerpo en determinado momento de la evolución del niño. El espíritu que guía mi labor es aclarar los procesos inconscientes de un niño determinado, en su relación con tal madre y con tal padre, y procurar, con ejemplos clínicos, poner a los psicoanalistas en condiciones de escuchar a los otros. De todas maneras, de lo que vive cada cual, más allá de estos procesos comunes, nada sabemos. Es él, este niño, aquel otro, el que puede saber. Gracias a estos trabajos, lo que tal vez ganamos sea una sensibilización para la escucha, en el sentido amplio del término.

Cualquiera que sea el saber que hayamos adquirido por el testimonio ajeno, nada sustituye a la observación por todos nuestros sentidos de lo que sucede en determinado ser humano. Sabemos, y un caso como el de León, con su apariencia de atontamiento, de debilidad mental y hasta de psicosis, lo prueba, que detrás de este aspecto siempre está el sujeto deseante. El busca comunicarse con el sujeto presente en nosotros, psicoanalistas, que somos un otro deseante de la especie humana. ¿Cómo reunirse? ¿Cómo irán a reconocerse esos dos pedazos de la concha que son estos dos interlocutores? ¿Cómo lo lograrán, simbólicamente, el psicoanalista adulto y el paciente niño, que, cada uno por su lado, demandan y desean encontrarse?

Al psicoanalista no lo instruye más que su propia experiencia de analizado, de exanalizante, su historia y sus propias dificultades relacionales en el curso de su historia, aquella que

* Internados Médico-Pedagógicos. [T.]

ha podido recuperar y revivir con su psicoanalista. Por eso la experiencia de la que damos testimonio, una vez que somos psicoanalistas, de las curas de niños, es tan valiosa para ocuparse de los otros niños en vías de desarrollo. El lenguaje mediante el cual se expresa el deseo de un chiquillo que va desarrollándose, y el lenguaje de un niño más crecido que padece de trastornos, que recupera su orden mediante la expresión de las dificultades relacionales pasadas revividas con su psicoanalista en la cura, esto es lo que utilizamos como medio de trabajo y lo que permitió extender el psicoanálisis a la cura de psicóticos y niños.

No sé cómo habría evolucionado León en IMP, lugar de escolarización y socialización en que el personal educativo trabaja con notoria entrega y que a menudo está al tanto del psicoanálisis, o sea que es tolerante respecto de modos de expresión de los niños poco conformes con lo que la escuela corriente espera de ellos. Hemos visto ya el fracaso, e incluso la agravación del estado de León, en veinte sesiones de psicomotricidad. Pienso que este caso nos prueba hasta qué punto es necesaria una investigación psicoanalítica antes de cualquier reeducación, más bien que después de su fracaso, para todo niño que presente un cociente intelectual bajo (el test de León arrojó un resultado de 63 de C.I., y sin embargo había sido un bebé precoz), una debilidad psíquica al menos aparente, un comportamiento impedido (sin que se descubran lesiones orgánicas), un lenguaje verbal y motor aberrante. Es necesaria una investigación psicoanalítica con escucha de los padres, por el tiempo que haga falta, antes de decidir si el niño traído por sus padres al psicoanalista demanda una ayuda, sufre, si tiene necesidad o no de una educación especializada, sumada o no a una cura psicoanalítica, y sobre todo si le beneficiaría una separación con sus padres, para la cual deberá ser preparado, aun en el caso de que los padres sí se beneficiarían con la separación y, si no ellos, los otros hijos. Toda la familia, los abuelos como los padres, son partes activas en la historia de un niño que vive con dificultad. Esto no significa que tengan que sentirse culpables. La madre de León no era en nada culpable de todo lo que sucedió y que, sin embargo, fue obra suya, pero obra también de la complicidad, de la sensibilidad particular de León. Su hermanita, en cambio, no había soportado la coartación de su motricidad que la madre, creyendo actuar bien, quería imponerle. La responsabilidad por la entrada en un trastorno del desarrollo no incumbe únicamente a los padres.

En ocasiones, la connivencia de deseo entre los niños y sus padres puede torcer el porvenir del niño, e incluso el porvenir relacional de los padres con su hijo. Esto es, precisamente, lo que el psicoanálisis permite estudiar. León había quedado en-

trampado, «pervertido» es la palabra que corresponde, por su amor a su madre, porque él era un varón, sin duda; su hermana no se había dejado cazar. Pero León tenía una sensibilidad excepcional, una inteligencia intuitiva y reflexiva, potencialidades libidinales precoces, ricas en pulsiones pasivas, y Dios sabe que, estas pulsiones pasivas, las explotó. No terminaríamos nunca de hurgar y de encontrar razones para semejante hundimiento de León en un estatismo angustiado de despedazamiento. Lo importante era: ¿cómo ayudarlo a encontrar una salida de esa ganga que obstruía su comunicación? Esto es lo que la formación psicoanalizante-psicoanalista, y el estudio analítico de la relación de transferencia, permite descubrir.

Sobre la base de lo dicho, una vez más, ¿qué habría sido de León en una institución médico-pedagógica? Esto es difícil de prever. De todas formas, sonaba a separación artificial, intolerable para él tanto como para los suyos. León habría sido admitido en un IMP, donde tienen cabida todos los niños aberrantes, y todos o casi todos despiertan el interés y el afecto de adultos consagrados a la infancia marginal; para cada uno de estos niños, que a su manera es cada uno un barco ebrio, mal timoneado, hay un adulto que procurará hacerlo navegar. ¿Pero qué motivación hubiese tenido León para salir del encierro en que se hallaba? ¿Qué habría sido de su educación musical? Agredidas por niños caracteriales, la fina sensibilidad de León y la lentitud de sus reacciones lo habrían inducido a encerrarse todavía más, y quizás incluso a gozar masoquísticamente de esas agresiones.

El espíritu educativo que preside el trabajo de los IMP se concreta en métodos que apuntan a utilizar en los niños posibilidades que aún les restan todavía no despertadas, o quizá todavía no reprimidas. Un medio social afectivo seudofamiliar, parafamiliar, tolerante, ejerce sobre ellos una conducción esclarecida en una atmósfera que quiere ser de seguridad. Ciertos niños, abandonados por padres no disponibles a su respecto, encuentran en estos internados una atención educativa a la que están dispuestos a prestar una inmediata confianza. El cariño personalizado de las educadoras especializadas, la tranquila autoridad de las otras, devuelven, a niños que ya no creen en los adultos, confianza en éstos, que son sostenes y modelos para su crecimiento físico y para su desarrollo psicosocial. Ortofonía, psicomotricidad y hasta psicoterapia de apoyo u otra, permiten a niños sumidos en el fracaso escolar y en la incapacidad para los intercambios afectivos un aprendizaje nuevo del ser en el mundo.

Al niño inadaptado se lo supone carenciado del amor materno y paterno que la educación que habría debido recibir le hubiese dispensado. La reeducación en estos ámbitos de vida y cuidados se orienta a «reparar» los efectos de un daño pade-

cido precedentemente. En el IMP se actúa como si con la madre, la nodriza, los primeros «otros» del niño, que se ocupaban de él, el vínculo relacional no hubiese tenido la calidad suficiente para el buen desarrollo del comportamiento y del lenguaje del niño. Esta es la hipótesis de trabajo ¿por qué no? La educación en IMP apunta a crear un nuevo vínculo relacional del niño con los adultos, es decir con él mismo que los toma como apoyos y modelos de su desarrollo. El equipo de educadores elabora para cada niño un proyecto pedagógico que intenta llevar a buen puerto al educador o educadora encargado especialmente de él. Este interés personalizado obra como auxiliar de las fuerzas de desarrollo que se han conservado sanas en el niño, fuerzas que la relación afectiva de sustituto parental asumida por este adulto apunta a utilizar al máximo, para suscitar el esfuerzo de adaptación del niño al grupo del que forma parte.

Pero en cuanto al deseo de este niño, en cuanto a su propio deseo, tal como, desde su nacimiento, se elaboró en armonía o en contrapunto con los deseos de quien se ocupaba de él, se lo olvida. No se lo puede tener en cuenta. El pasado quedó atrás y aquí se entiende que el niño partirá otra vez de cero. No se tiene en cuenta el deseo y su estructura pasada; además, no hay condiciones para tenerlo en cuenta ni para descifrar el papel patógeno del deseo del niño y de sus motivaciones, o su aceptación inconsciente del fracaso y la marginalidad, como tampoco, además, su sumisión al papel de objeto de la solicitud médica y pedagógica.

Como respuesta a la dedicación de un educador a su persona, puede suscitarse en un niño, efectivamente, el deseo de comunicarse de una manera distinta a la de antes. Tal estilo de motivación genera una erotización de las relaciones del niño con este adulto, que entonces puede movilizar pulsiones libidinales nuevas sobre un fondo de transferencia de las relaciones anteriores. Para limitar la erotización, los educadores se aplican a desempeñar un rol parental, por supuesto, e inevitablemente artificial, pero actuando ellos mismos en él su transferencia materno-paternal sobre el niño. Y con esto se engañan los dos, el niño y el adulto. De cualquier manera, este rol de la transferencia se manipula en aras de las adquisiciones del niño, que valoriza a su educador preferido. Pero en cuanto a la relación, no hay manera de demistificarla. La transferencia no puede ser analizada porque no es posible, a la vez, analizar y disfrutar de la situación relacional. Lo que es relación se actúa en la realidad, y no sólo en la gestual o hablada. *Es imposible que exista a la vez psicoanálisis en el sentido de cura* —análisis de la transferencia y de las resistencias— *y educación o reeducación*, ya sea en el seno de la familia o en un IMP; en un lugar donde viven y se encuentran psicoanalistas y psicoanalizantes, no puede haber psicoanálisis. Con lo que

pertenece a la transferencia que podría ser analizada, se mezclan demasiadas relaciones reales de beneficio libidinal recíproco, quiero decir: tanto para los adultos como para los niños.

El trabajo psicoanalítico, cualquiera que sea la edad del psicoanalizante, no se puede emprender sino sobre el deseo manifestado y perseverante del paciente que sufre y que desea trabajar para librarse de un malvivir insoportable para él. Ahora bien, los síntomas, en los niños, son medios que tiene el sujeto para utilizar la angustia y hacerla menos penosa de soportar. Esto hace que pocos niños se manifiesten deseosos de analizarse y, como no son previsores respecto de su futuro, obstaculizado por estos síntomas, no padecen la angustia que pueden sufrir los adultos, que prevén para sí un futuro muy difícil. El niño puede ser movido a desear una cura por la palabra de sus padres o de sus educadores, quienes a su vez confían en el método y le infunden la esperanza de un bienestar mayor, cuando, a pesar de sus síntomas, el niño permanece angustiado, y sobre todo cuando ellos alientan su coraje en el transcurso de un tratamiento por momentos muy penoso si es eficaz, penoso no sólo para él sino también para su entorno.

Lo que hizo posible la visita de León al Centro fue la amenaza que pesaba sobre él y su madre: la separación. El IMP era la única propuesta de escolarización posible para León, según la maestra y el director, que lo conocían bien. El recurso a una eventual psicoterapia fue mencionado por el médico que había examinado el estado neurológico y las cronaxias [25] de León, dos años antes, y que no había encontrado anomalías orgánicas. «Una psicoterapia podría ayudarlo —dijo a la madre como conclusión—. La debilidad motriz de su hijo es como su debilidad mental y escolar, no tiene base orgánica.» Pero en ese entonces la madre no estaba dispuesta a comprender ni a aceptar.

Fue una gran suerte para León el que su aceptación por la escuela tocara a su fin, y madre e hijo se vieran confrontados con la angustia de una inminente e inevitable separación. Hizo falta esto para motivar el recurso a la consulta médico-pedagógica a propósito de un estado patológico de pasividad de estilo de invalidez psicosocial. Podríamos decir que León presentaba una histeria precocísima, asociada a un estado libidinal potencialmente perverso, sin dejar de ser inocente, de la que no tenían conciencia ni él ni sus padres.

León, que llegó al Centro por consejo de su profesor de piano, primero fue confiado a una psicomotricista que intentó desbloquearlo. Fue un completo fracaso. Más, inclusive. Ella misma, el médico que lo examinó al llegar y que lo orientó hacia la psicomotricidad, su entorno también, todos quienes

25. Velocidad de excitabilidad neuromuscular fisiológica.

lo conocían, lo encontraban más atontado y más lento que antes de su arribo al Centro y a la reeducación. Lo cual llevó a consignar estas palabras en la observación de León que se me entregó: «Evolución hacia un estado esquizoide».

La buena voluntad consciente de León estaba fuera de duda, lo mismo que la de su perseverante madre, a pesar de su trabajo, de la dificultad de León para desplazarse y de la escasez de transportes urbanos. Tal vez se tratara de una inadecuación en los métodos de trabajo. La reeducación, con su proyecto pedagógico, no tomaba en cuenta la prohibición «superyoica» del deseo inconsciente del sujeto. Su imagen del cuerpo le prohibía sin duda la movilización de su cuerpo, amenazándolo con el despedazamiento.

Se podía intentar el trabajo psicoanalítico, que no apunta a la supresión de las resistencias sino que intenta darle ocasión para expresarse con otros medios de lenguaje diferentes de los del cuerpo mismo, en su *habitus* y su funcionamiento. Era mi deseo restituir a este niño su libertad de sujeto, enmascarada por un pelele mal articulado, lento.

Con un a priori debido a mi formación psicoanalítica, yo partía de la existencia de un narcisismo fundamental, conforme para el sujeto humano con el genio de su sexo, es decir, en acuerdo con su esquema corporal por el cual el sujeto, en la realidad, se presentifica y mantiene en relación con los otros y con el mundo. El cuerpo de León no tenía ninguna lesión, ninguna disfunción orgánicas. Su apariencia, su *habitus*, se debían, pues, a la imagen del cuerpo que él se había construido, a imposibilidades de tono y de motricidad imaginarias e inconscientes. León no sufría, salvo de «fatiga al esfuerzo muscular». Si el sujeto de su deseo permaneció impermeable, o incluso resistió inconscientemente al trabajo de reeducación y a una relación positiva con alguien de quien él esperaba conscientemente una mejoría de su estado, mejoría que le permitiese quedarse con su familia y continuar en su escuela, fue porque este trabajo, el de la psicomotricista, no se dirigía al sujeto de su historia, al sujeto de la historia de su deseo; se dirigía solamente al cuerpo de León, un cuerpo que era la resultante patológica de su historia relacional. El origen de su invalidez era, sin duda ninguna, psicógeno, pero esta invalidez era física, carnal, si puedo expresarme así. Su cuerpo era realmente inválido, aunque ello resultase orgánicamente inexplicable. Yo pensaba que, dado que León esperaba tanto del Centro, tenía asidero intentar una psicoterapia psicoanalítica.

Me propuse, pues, escuchar lo que la díada madre-hijo tenía que decir, del lado de la madre (y si era posible del del padre) primero, y después del lado del hijo; sin procurar modificar nada de los efectos actuales de su fusión libidinal patógena, en cualquier caso patógena para León. El psicoanalista debía

prestar su confianza en estos dos sujetos, la madre y el niño, extraviados en un magma fusional que neutralizaba la sexualidad de cada uno de ellos, en todo caso la de León, conservando ambos el placer de una sexualidad arcaica, incestuosa, recíproca e inconsciente. Tenía que ser atentamente escuchado todo aquello que pujaba por expresar en sesión, de manera muda, este León en apariencia medio dormido. Su *habitus*, sus dibujos repetitivos, su modelado pobre, estereotipado debían ser, como tales, admitidos, sabiendo pertinentemente que, siendo como eran, expresaban un mensaje que había que descifrar; pero ¿cuál? Sólo León podía saber lo que su lentitud, su torpeza, sus manos, decían. Era preciso que a sus obras, que representaban cosas con grafismos y modelados rudimentarios, León pudiese darles vida imaginaria y reencontrar el sentido de sus deseos, prestando la palabra, la suya, a esos pedacitos —en particular— de pasta de modelar, prestarles intenciones, sentimientos, placeres. Lo que su palabra y sólo ella podía así expresar, al psicoanalista le correspondía hacérselo enlazar con lo que su madre dijera de su historia, y con los recuerdos que él mismo guardaba de ésta. Fue este trabajo de desciframiento, por objeto de transferencia interpuesto, lo que permitió analizar la transferencia que León hacía de su madre sobre la silla, raptora de su cohesión motriz, que lo despedazaba. Efecto de los fantasmas de goce pasivo de un objeto oral amado, a disposición de un sujeto caníbal más o menos conscientemente supuesto en todo interlocutor interesado por él. Para el niño que crece, este modo de pensar el goce oral se ve enfrentado a los fantasmas de mutilación peniana y, más tarde, de castración genital. Tales fantasmas angustiantes vienen, en su historia, en socorro de la prohibición del incesto, cuya aceptación sostiene el efecto simbolígeno y dinámico conocido con el nombre de «resolución edípica». León tenía ocho años. Pero ¿en qué punto de esta evolución se hallaba? Yo no podía saberlo. Mi deseo era intentar comprender a León a través de su relación de transferencia conmigo. Respetar sus resistencias, lograr que se dijeran en lugar de que fuesen mimadas, permitir el retorno de las pulsiones reprimidas: también éste era mi deseo. Personalmente, mi trabajo de psicoanalista se apoyaba en mis pulsiones epistemológicas, que me hacían esperar que León, si el sujeto en él conseguía privar sobre el Yo, reencontrara la inteligencia ideativa y psicomotriz contenida en su capital genético de ser humano, hijo de hombre y no solamente hijo de mujer y subyugado por ésta. A lo mejor él recuperaba la ética narcisista de un ser humano que ha emergido sano del cuerpo de su genitora, ética de validación del esquema corporal, concerniente al cuerpo propio del varón (o de la niña, en otro caso) yendo-deviniendo hombre (o mujer), y que cada lio de desarrollo pone en cuestión. Un cuestionamiento

que se cumple en referencia al falo y a las pulsiones activas y pasivas del deseo, que la experiencia de la angustia de castración de cada estadio lleva a organizarse para la supervivencia del narcisimo.[26] En el relato de las sesiones hemos visto cómo *la simbolización de la imagen del cuerpo puede efectuarse por mediación de objetos parciales.* A través de dibujos o modelados, el niño expresa lo que siente en la transferencia sobre el psicoanalista, aquí sus angustias y sus goces de despedazamiento en cuanto sujeto enteramente alienado en objeto del deseo del otro. El lenguaje verbal prestado a estas representaciones permite focalizar imaginariamente el deseo sobre estos objetos de transferencia inventados y ejecutados por el propio niño: el sujeto que hay en él toma estos objetos parciales como objetos que lo representan para él mismo, objetos dotados de intenciones, que actúan como las personas que han sido para él modelos en su infancia, y que él transfiere de nuevo sobre la persona del analista. *Mi trabajo de psicoanalista era cuestionarlo allí donde yo me sentía cuestionada* por su comportamiento, y dónde, por él sobre todo, yo me sentía, poco a poco, cuestionada en la relación que él tenía conmigo.

Lo que se desprende claramente del caso de León y explica por qué cualquier otro método que no fuera el psicoanalítico estaba destinado al fracaso, es que la transferencia, por positiva que fuese por su parte, sobre alguien que hubiese querido ayudarlo, no podía hacer de él, en su relación con la persona que lo ayudara, más que un objeto de consumición canibalística. En su relación de transferencia todo el mundo era como la silla respecto del muñequito, mutilando el esbozo de cohesión unificante de su cuerpo; a través de esta amenaza de mutilación, se expresaba la prohibición de la ética fálica.

Esto es lo que él había sentido en la actitud pedagógica de la psicomotricista, y lo que también había sentido en mi persona durante las primeras sesiones, a despecho de la circunstancia de ser yo únicamente escucha y de mi aceptación de su persona. Por eso no podía responder a mis preguntas: preguntas que le interesaban, ¡puesto que suscitaban ocho días de meditación! Yo me interesaba por lo que él sentía y pensaba, más que por lo que hacía y mostraba. A toda persona que deseara para él una ayuda, un apoyo, una guía, León la sentía como el sillón, ese sillón-retrete de su infancia que sobre todo había hecho de él un *voyeur*, en parte paralizado, iniciado en no hacer nada que pudiese ser placer para sus manos, en la misma época en que veía a todas las otras personas, sus padres y los compañeros de éstos de taller, mostrar una gran anima-

26. La definición del narcisismo que propongo es, lo recuerdo: un continuo, desde la vida fetal hasta el día considerado, de un yendo-deviniendo en acuerdo con el genio de su sexo.

ción con sus manos y, al mismo tiempo que trabajaban, obtener con ello placer. Se comprende que hubiese sido peor, para León, no sufrir esta invalidación de su deseo por el placer motor, puesto que ello habría supuesto signar su pertenencia al sexo femenino (él admitía los antojos de su madre, al contrario de su hermana, y en esto preservaba su virilidad potencial). Su hermanita, una niña, había rehusado la coacción del sillón, y vociferó tanto ante la contención sentada que su madre terminó por ahorrársela. Fue la defensa de este primerísimo y último bastión de su pertenencia humana, conservar para sí mismo una libido en masculino, un narcisismo de varón ante los grifones del destino sexuado de su entrada en la carne, lo que, tras la caricaturesca pantalla del gran inválido motor, había salvado la inteligencia y la sensibilidad de este hombre en devenir que era León. Detrás del pelele desarticulado y sin fuerzas, un sujeto cuyos ojos corrían con velocidad sobre los signos y transmitían su sentido a los dedos, los cuales corrían a su vez con velocidad sobre el piano; un corazón amante, un hijo y un hermano solidario de una familia, de un grupo, un ser de sublimación de deseo; en resumen, un niño precoz, un ser raro: ése era León. Sí, pero... sumido en una neurosis histérica precocísima y en la perversión sexual de un objeto parcial fálico de madre infantil inocentemente incestuosa.

La de León es una historia entre tantas. Hay gran cantidad de niños que presentan anomalías precoces de adaptación cuando llegan a la edad en que, obligatoriamente, los padres deben confiarlos a la sociedad para su instrucción, para su formación psicosocial, es decir, la escuela obligatoria. Todos aquellos que —sean las que hayan sido las razones dinamógenas, vinculadas a las condiciones de su desarrollo durante su existencia fetal, posnatal y luego durante su crianza— no corresponden a las exigencias de nivel físico, mental y caracterológico dictadas por los reglamentos institucionales, se ven apartados de la frecuentación de la escuela común. Para ellos están las instituciones destinadas a ayudar y reeducar a los que viven mal, a los mal socializados, a los que hablan mal, comen mal, se portan mal, como si no debieran ser respetados tal como son, tanto por los otros niños como por los adultos enseñantes. De hecho, seres que son de lenguaje, como todos los demás, pero extraviados en un modo de receptividad y de expresividad que los hace difíciles de comprender. No todos los sufrimientos origen de esta inadaptación de los niños para vivir con los otros de su edad son evitables; porque hay muchos de estos niños que, detrás de su máscara seudoorgánica de atraso, de debilidad mental, de psicosis, son niños precoces que no han sido reconocidos como tales en sus primeras semanas de vida, y que se han desanimado definitivamente de tratar de comunicarse con un entorno que no los comprendía y que no

respondía a preguntas que, a menudo, su cuerpo planteaba, puesto que aún no podían hablar.

El psicoanálisis no trajo únicamente la peste, como decía Freud, también inauguró un estudio, un medio de estudio de la evolución del ser humano, tan prolongadamente inmaduro y dependiente de sus padres antes de la eclosión de su genitalidad. Sobre todo, el psicoanálisis permite esclarecer los momentos frágiles e inevitables de la estructura psíquica en que se organizan, en la primera infancia, contradicciones insolubles entre necesidades físicas y deseos afectivos relacionales: incomprensiones y contradicciones que dejan sus huellas en la economía libidinal futura de los sujetos, y sobre todo de los que son más precozmente inteligentes y sensibles. Tal vez, y ése es mi deseo, si somos muchos los psicoanalistas interesados en la prevención de los trastornos psicosociales mediante una crianza más adecuada de cada niño, podremos elaborar reglas de comportamiento para los adultos, conductas a respetar por todos los adultos que vivan en contacto con los niños, ya sea en las guarderías, en los hospitales, en las escuelas, a fin de que los más dotados no se conviertan, como es hoy su suerte, en los clientes de las instituciones para retrasados y psicóticos. Es una lástima, sobre todo si se lo puede evitar.

Desde el momento de nacer, la angustia del deseo y la de la muerte zigzaguean sobre el eje que, para cada uno de nosotros, enlaza lo imaginario al sexo, articulando nuestra atracción por un ser con el temor de disgustarle. El narcisismo de cada uno está obligado inconscientemente a vérselas con lo que es el destino del hombre, en masculino como en femenino. Solo, un ser humano no sobrevive. Para todo bebé, la armonía con la madre nutricia, con el adulto, mujer u hombre tutelar, es coexistencial a su supervivencia. Pero al individuarnos en relación con esta primera y vital dependencia de lenguaje, necesitamos los unos de los otros para soportar este dramático destino de deseante imaginariamente potente y de individuo muy impotente en la realidad. Los otros nos aportan entonces, con sus dificultades diferentes o semejantes a las nuestras, la posibilidad de reconocernos seres humanos todos en dificultades, y la posibilidad de hablarnos los unos a los otros. El psicoanálisis aportó la prueba de que el niño, por pequeño que sea, posee el entendimiento del sentido de las palabras que conciernen a su ser en el mundo. Prueba también de que la palabra puede liberar al ser humano si éste logra, con ella, expresar su sufrimiento a quien lo escuche con atención y sin juzgar. También hemos aprendido que el niño, antes de poder verbalizar sus estados afectivos, expresa su alegría a través de la salud en un estado de bienestar; y sus dificultades relacionales a través de los trastornos funcionales de su salud. Ahora bien, la medicina de niños se enfrenta constantemente

con trastornos funcionales de los pequeños y, casi siempre, esos trastornos son de origen psicógeno; si pudiese darse la palabra a la madre para que relate lo que ha sucedido y para expresar al niño con palabras lo que también él quiere decir y traduce con su cuerpo, la mayoría de estos síntomas reactivos desaparecerían sin necesidad de prohibir al cuerpo, por medios medicamentosos y químicos, las manifestaciones funcionales de desarreglo. Es posible ayudar a las crías de hombre a vivir, en lo que tiene de inevitable, su difícil destino, induciéndolas a expresarse y descifrando el sentido de lo que enuncian, sin obligarles a que cesen prematuramente de significar, a su manera, sus deseos. Pienso en los gritos significantes de esos niños rodeados por una atmósfera angustiante, por ejemplo, y a los que se pretende imponer silencio; en esos niños que no pueden dormir, en esos niños que vomitan y que necesitan que se comprenda el sentido del sufrimiento que de este modo manifiestan. Esta es la labor cotidiana de los psicoanalistas de niños en las consultas hospitalarias. En general, se impele a estos niños, por intimidación o medicamentos inhibidores, a cesar prematuramente de significar a su manera su deseo. Los impedimentos opuestos a esta actividad de regulación provienen del hecho de que los adultos (padres o tutelares) soportan muy mal la expresión del sufrimiento de los pequeños. Y además, por razones que les conciernen, a veces ellos mismos están angustiados y contaminan secundariamente su angustia al niño quien, expresando su sufrimiento, intentaba librarse de sus propias angustias. En cualquier caso, estos pequeños, acosados por deseos ansiógenos hacia sus padres amados, sienten que estos deseos deben ser falsificados, hasta el punto de que acaban por disfrazarlos, contrariarlos, pervertirlos, y ello muy precozmente, para conformar a sus padres. Los padres no son educadores de oficio. Los padres sirven de iniciadores y de modelos primeros. Sólo a quienes no están, como ellos, implicados, narcisísticamente en la relación imaginaria con el niño, al conjunto de los adultos de una sociedad, y en particular a los que se dedican a la educación y asistencia de los humanos, sólo a ellos les corresponde esa inmensa labor de prevención y cura precoz de los infortunios de la salud psicoafectiva y comportamental de los niños. Ellos deben saber que curar ahora mismo y por completo los desórdenes funcionales del *cuerpo* de los niños, sería agravar la *represión* de sus sentimientos y afectos, mientras la *palabra* no venga en su auxilio para enunciar lo que su cuerpo intentaba expresar.[27]

27. En los servicios de pediatría debería autorizarse a madre y padre, y hasta obligarlos —con la correspondiente asistencia—, a entrar en el recinto donde está aislado el niño, tocarlo, levantarlo en brazos, cambiarlo, alimentarlo, hablar de él con las enfermeras y de éstas con él, puesto que reemplazan a los padres en su ausencia, y de los médicos que

Patología de la imagen del cuerpo en el período de latencia (después de un Edipo resuelto no obstante a tiempo)

Hemos visto que con el Edipo se inauguró en el niño el narcisismo secundario, es decir una actitud emocional (activa y pasiva) respecto de sí mismo en cuanto presentificado en el mundo por este cuerpo, con el sexo que tiene, para el que han quedado definitivamente vedadas las realizaciones procreadoras con los familiares. He dicho que, a más tardar hacia los ocho años, en la mayoría de los niños se inaugura el período de latencia: simultáneamente con una retirada de la intensidad orgánica del funcionamiento de las glándulas genitales, se pone sordina a la intensidad emocional de las relaciones hijo-padres. Dicho esto, no hay que olvidar que, desde su nacimiento, todo niño es inconscientemente informado de su sexo, a causa de su deseo intuitivo, electivo, atractivo, hacia los representantes del otro sexo. El pequeño siente confusamente este deseo en sensaciones íntimas. Y este deseo, aunque al crecer se focalice cada vez más en los genitales, es global. Desempeña para el observador un papel innegable en toda opción emocional frente al padre y la madre, en cuanto representantes del sexo que atrae al sujeto y no sólo de su seguridad y de una acogida calurosa, solícita, vital para su persona. Llegados a la llamada edad de la razón, los niños saben que el amor de su madre y su padre por ellos no es del mismo orden que el amor asociado al deseo físico que ellos intuyen en la relación entre adultos. Su deseo, más o menos fantasmatizado, de acceder al acto genital con su madre o su padre, no se realizará: los niños lo saben, pero necesitan que les sea verbalizado, y significado con acciones y no acciones emocionales o pasionales del adulto a su respecto. Por desdicha, cuando los padres no han recibido de sus propios padres la castración, los niños tienen que ha-

---

lo atienden en este lugar temporal para entregarlo curado a sus padres.

Para los bebés y niños enfermos, la presencia reiterada y pluricotidiana del contacto sensorial con madre y padre es indispensable para la conservación al menos de las imágenes del cuerpo de base, y también de las imágenes funcionales. Esta conservación garantiza una rápida recuperación de la salud psicosocial completa, sin secuelas psíquicas, afectivas o psicosomáticas, tras la vuelta a casa y la curación.

Se alegan dos pretextos para prohibir o desaconsejar las visitas de los padres: 1. evitar los llantos del niño cuando se van; 2. evitar la angustia en que los sumen los aparatos colocados al niño. Ahora bien, la reacción emocional del niño es garantía de su cohesión sujeto-pre-yo en su cuerpo sufriente. En cuanto a la angustia de los padres, es también la del niño, pero las palabras de los asistentes permiten simbolizarla y, más adelante, comprender las verbalizaciones del niño acerca de la reaparición de recuerdos vinculados con este período hospitalario, difícil de vivir para él y para sus padres.

bérselas con comportamientos sensuales ambiguos bajo la cubierta del afecto parental.

Cuando los dos padres se aman, se estiman y viven sus deseos y su amor de una manera tranquilamente conflictiva, es decir casi siempre amistosa, al contacto de la sociedad en que tienen amigos de su edad, el período de latencia es más fácil de vivir para los niños. Pero esto no sucede tan fácilmente cuando los padres no se entienden o no disfrutan de una vida social que los niños puedan observar. El cuerpo del padre siempre posee, sea el que fuere, un valor conmocionante, tanto para la hija como para el hijo; pero, en función del ser y del actuar del padre, de su parecer, no siempre es valioso, no siempre es fácil para ellos, frente a la sociedad, ser la hija o el hijo de este hombre, su padre, de esta mujer, su madre.

Por ejemplo, a los niños cuyos padres se divorcian y mantienen un conflicto oficial, un conflicto que ha de resolverse en la guarda del niño por parte del uno o de la otra, les es difícil sentirse en la seguridad necesaria para utilizar de manera creativa su libido en sociedad. La distancia afectiva que es necesario tomar respecto de ambos padres se torna imposible, a causa, bien sea de su conflicto, bien sea del régimen de guarda decidido en favor del uno o de la otra. Estos hijos del divorcio suelen ser traídos al consultorio del psicoanalista por trastornos clínicos. Presentan, como síntoma de su sufrimiento, alteraciones de la comunicación del sujeto con su esquema corporal, o incluso trastornos debidos a la invalidación de la sublimación de las pulsiones orales y anales que había sido puesta en marcha por las castraciones de la primera infancia, antes del Edipo. La reaparición de estas dificultades de una castración edípica no mantenida por el modelo parental coincide con los conflictos familiares y desvitaliza la libido comprometida en sublimaciones anteriores.[28] Estas sublimaciones, que dan valor al niño en la familia y en la sociedad en concordancia con su sexuación, se habían construido en la época en que el progenitor que daba la castración era creíble sin discusión. Pero la separación de los padres modificó en el niño en vías de estructuración y crecimiento el valor de modelo y de credibilidad del adulto, en cuanto adulto valioso.

Además, también existe, sumado al pudor que apareció en la época de la diferencia sexual, pero más aún en la castración edípica, un pudor *simbólico*, que interviene en el hecho de mostrarse feliz o no mostrarse cuando el niño siente desdichados a sus padres, o de verse obligado a triunfar con el solo fin de consolar a padre o madre de su fracaso conyugal. Entonces el

28. Estas detenciones del desarrollo, estas vueltas atrás, de las que el niño se siente una víctima, no carecen de relación, en lo que a él respecta, con el juego de la oca.

niño cumple una regresión, o bien queda empantanado en una relación dual preedípica que se prolonga.

El caso de Marcos

Recuerdo a este niño, que llamaremos Marcos, cuyos padres, sin haberse divorciado, vivían un drama conyugal de incomprensión recíproca desde la muerte de su hijo mayor, un varón extremadamente brillante, muerto en un accidente tres años antes. A Marcos, el segundo, que en su infancia prometía ser tan dotado como el primogénito y que hasta entonces no había presentado ninguna dificultad, hacía dos años que lo echaban de todas partes. Siguiendo el consejo de los psicólogos, los padres —dos enseñantes— finalmente lo colocaron en un pensionado, a causa de sus dificultades caracteriales en el hogar y de un comportamiento insoportablemente provocador respecto de su padre. Cuando lo conocí, acababan de echarlo del instituto por reiterada falsificación de sus libretas y por una conducta provocativa respecto de los profesores y cuidadores. Miré con él las libretas falsificadas que sus padres me trajeron. Hablando con él descubrí, con asombro, el *sentido* de estas falsificaciones.

Supe por él y por sus padres que, siendo alumno externo, continuamente perdía su libreta de notas y nunca la daba a firmar a sus padres; y esta conducta, que durante unos meses el establecimiento escolar dejó pasar, finalmente provocó su expulsión. En este momento Marcos era alumno interno, le era difícil perder su libreta. Entonces, ¿qué es lo que anuló?: los cuadros de honor de los primeros meses, que estaban inscritos en la libreta, falsificando los puestos y notas obtenidas, que habían sido excelentes en las primeras semanas de su llegada al instituto, para poner, en su lugar, malas notas y malos puestos. Esta libreta, con borraduras y falsificaciones, había llegado a manos del director del instituto de provincias donde Marcos había sido colocado desde hacía algo más de un trimestre. El director, al ver esta libreta con borraduras, y dado que recibía continuas quejas sobre la conducta del chico, decidió, para dar ejemplo, expulsarlo por ocho días.

Marcos era un chico de doce años, bien desarrollado, de aspecto vigoroso. ¿Culpable? No: fastidiado. Y a la defensiva. «No estoy loco. No sé por qué me han traído aquí.» Le pregunté si el director le había pedido explicaciones sobre las razones que le movieron a falsificar su libreta. «No, no me habló de eso.» Pero, ¿por qué la falsificaba? «Bueno, para que mis padres no supieran» (que él era buen alumno). ¿Y por qué no habían de saberlo sus padres? Ah, esto era muy complicado. Intentó salir del paso explicando que si sus padres sabían que él era un excelente alumno, tendría que dejar de serlo. Primero, eso no era justo. El no se esforzaba, y las

buenas notas las obtenía sin proponérselo. Y además, él no estaba ahí para consolar a los padres por la muerte de su hermano mayor. Su hermano mayor sí que había sido un alumno maravilloso. Siempre el primero. Y él, Marcos, si bien tenía buenas notas, nunca sería tan buen alumno como lo había sido su hermano. Aquí Marcos se puso a llorar. Además, si uno trabaja bien en clase se puede morir. Lo dijeron unos amigos de sus padres: a los doce años, y desde la edad de nueve, Marcos maquinaba esta frasecita pronunciada por unos amigos de sus padres tras la muerte de su hermano mayor, esta frasecita que lo taladraba. Ellos habrían dicho, del mayor: «Era demasiado inteligente, demasiado perfecto. De esos niños que no deben vivir». Daba demasiadas satisfacciones, era demasiado estupendo. «Los que se van son siempre los estupendos.» Palabras como éstas, que se dicen en momentos de duelo, palabras de pretendido consuelo entre adultos alrededor de la persona del muerto. Conocemos estas frases: «Pobrecito, hizo bien en morir», «Los mejores se van», etc. Son palabras corrientes. Marcos había tomado estas palabras como profecías de su propia muerte si él, en clase, alcanzaba un éxito comparable al de su hermano. Porque él, que también era excepcionalmente inteligente, no podía hacer otra cosa que triunfar, y esto lo aterrorizaba; y además, al nacer, él lo sabía, decepcionó a su hermano, que quería una hermanita, y al decir esto lloró todavía más.

Mi trabajo con este niño fue muy poco un trabajo psicoanalítico. Por otra parte, había venido a la región parisiense, a casa de sus padres, para quedarse la semana de su exclusión, que precedía en quince días a las vacaciones; finalizadas éstas, volvería al pensionado. Con su autorización, y en su presencia, a la segunda o tercera entrevista que tuvimos juntos hablé por teléfono con el director del instituto. Este quedó pasmado al enterarse de que la falsificación de la libreta había consistido en sustituir las buenas notas por otras malas. No se le había ocurrido averiguar las motivaciones de esa libreta con borraduras; además, ¡en su vida había visto algo así! Pues bien, fue este mismo director quien consiguió la cura del niño; no una cura psicoanalítica, sino educativa y humana. Habló con Marcos y ambos decidieron que, cuando volviera al instituto, iría primeramente a ver al director. Lo que entonces sucedió lo supe por éste, que me telefoneó una o dos veces durante los dos últimos trimestres. Había llegado a un pacto con Marcos: existirían dos libretas, una en la que pondrían las notas y las evaluaciones, en su estado original; esta libreta la conservaría el director. Y los padres de Marcos no se enterarían de su existencia. Y además habría otra libreta, redactada entre el niño y el director, que estaría destinada a los padres, con notas y puestos completamente corrientes, a fin

de que con la firma del director los padres sintieran que el niño era tolerado, que cumplía su año escolar, sin más; de esta manera no se inquietarían demasiado, pero sobre todo no tendrían demasiadas satisfacciones. A Marcos le resultaba intolerable dárselas, porque, como él decía: «Yo no estoy para complacerlos». Como contrapartida del compromiso del director en el secreto de la libreta, Marcos, por su parte, se comprometía a no perturbar las clases provocando a sus profesores.

Era un pacto astuto. Marcos quedaba aliviado de una culpabilidad mágica respecto de su hermano, culpabilidad que le prohibía triunfar en clase tanto como el muerto, y también de su temor de morir a su vez por ser, como el mayor, un hijo modelo. Ya no tenía necesidad de provocar a los profesores como lo hacía con sus padres; y comprometía su palabra ante el director. Pero sobre todo, la fuente misma de su actitud desaparecía. ¿Cuál era esta fuente? Que Marcos había enloquecido por advertir la expectativa, en casa de sus padres depresivos, de sentirse reconfortados por su hijo en lugar de reconfortarse el uno al otro, como en las parejas bien avenidas. El director había comprendido que el niño era víctima de un mecanismo de autocastigo, y decidió ayudarlo. Para este educador era una situación difícil de sostener, y también por eso me telefoneaba. Hubiese querido, a espaldas de su alumno, telefonear a los padres para contarles un secreto que le resultaba difícil guardar; pero se había comprometido ante Marcos y yo le dije: «Tendrá que llegar usted hasta el final, de lo contrario todo se malogrará». Y resistió, feliz de ayudar al hijo de un enseñante, él que también lo era, a salir de un mal paso. Al final del año escolar, Marcos había cursado un excelente año pero siempre haciendo creer a sus padres, por carta, que (y ellos le creyeron) cada semana estaban por expulsarlo, pero que a trompicones las cosas sin embargo marchaban, etcétera.

Cuando Marcos volvió a mi consulta con su padre, por consejo del director, tuvo lugar entre nosotros tres una sesión donde la verdad salió a la luz entre los dos hombres, y donde se hablaron y se comprendieron realmente; pero Marcos hizo prometer a su padre que no diría nada a su madre de todo esto: ella no aceptaría, decía él, su mentira. Yo pienso que la razón era que existiera un secreto, un pacto entre estos tres hombres, el director, algo mayor que el padre (y que aquí, sin duda, había hecho las veces de abuelo), el padre y el propio Marcos. Supe, más adelante, que el padre se sometió a un psicoanálisis.

He aquí una historia que demuestra que después de un Edipo bien llevado, el drama de la pérdida de su hermano fue capaz de conducir a un chico como Marcos, por la angus-

tia mortífera y la angustia de castración que surgiría si daba satisfacción a sus padres,[29] a destruir la imagen que presentaba y a hacerse juzgar mal socialmente. El Edipo de este chaval estuvo resuelto mucho antes de la muerte de su hermano; pero el accidente mortal había fragilizado el equilibrio libidinal de todo lo que quedaba de la familia. Si se hubiese emprendido un psicoanálisis (de haber estado motivado el muchacho para ello, cosa que no ocurría), seguramente habría aparecido la rivalidad entre hermanos de la primera infancia, rivalidad totalmente reprimida en el segundo, que profesaba una gran admiración por el mayor; rivalidad, además, sin duda recíproca entre dos varones cuyas edades diferían en dos años y ambos superdotados. Esta rivalidad fue revivida seguramente en el período de los fantasmas edípicos, y después en el de la rivalidad que Marcos había evidenciado con su padre en forma de provocación continua. La madre era enseñante, como el padre, y después de la muerte de su hijo mayor fue una mujer depresiva. Todo esto se habría manifestado, con el despertar de lo que resultó reprimido pero no totalmente simbolizado en la primera infancia, la culpabilidad, en Marcos, de no haber nacido niña. Pero en la vida, estas energías libidinales reprimidas jugaban su juego de otra manera. ¿Por qué? Porque, con la resolución edípica, en el niño que ha entrado en la fase de latencia se produce la introyección característica del Yo Ideal y del Superyó preedípico en el Yo mismo. El narcisismo de su Yo, ese narcisismo primario mutado en narcisismo secundario, en este caso se hallaba exacerbado por la introyección de un Yo Ideal que se había construido sobre un hermano prestigioso y un padre a satisfacer. El Yo Ideal materno, el de una enseñante valiosa, también había contado, y esta imagen conservada de una madre real ahora sumida en la angustia, por depresiva, se superpuso sin duda al Yo del chico, acentuando una suerte de feminización de las pulsiones pasivas desde la muerte del hermano. La madre ya no era severa con él, ya no exigía, estaba demasiado deprimida. Por el contrario, suplicaba que hubiese paz en la casa, que fuesen buenos con ella, que el padre no se encolerizara, etc. Todo esto ejerció un efecto depresivo sobre Marcos, quien reaccionó con pulsiones activas agresivas: habría hecho falta ayudar a la madre a recuperarse, pero eso no le tocaba a su hijo sino a su marido. Habría hecho falta hacerse perdonar por ella el permanecer vivo, este segundo hijo que no había satisfecho a la madre tanto como el mayor, pues ella también hubiese preferido tener, como segundo hijo, una niña. Habría hecho falta, pues, que Marcos sustituyera a su her-

29. Me refiero asimismo al Superyó interiorizado que el niño como segundo hijo había construido.

mano. Esto era imposible, y enormemente arriesgado. Sustituir a su padre para consolar a su madre era algo perverso para un niño que ha aceptado la prohibición de las cariñosas intimidades y del amor sensual con su mamá: cosa precisamente propia de un niño que ha superado la castración edípica y que ha entrado en la fase de latencia.

Todo esto habría quedado explicitado en un psicoanálisis, pero todo esto, todas estas fuerzas inconscientes libidinales, jugaban de manera inconsciente para prohibir a Marcos prestancia y éxito en su medio social, estuviese donde estuviese. De no haberse hallado una solución para semejante carrera hacia la autodestrucción, hacia la autoderelicción de sí, hacia el rechazo de la sociedad, este niño habría caído probablemente en una depresión semejante a la de su madre, o peor aún. Se habría perdido. El caso es que su estado mental alarmó lo bastante al psiquiatra que lo visitó en provincias para aconsejar éste al padre que llevara a Marcos a un psicoanalista, temiendo que sus trastornos caracteriales evolucionaran o bien a un estado más grave —él no había dicho cuál—, desde el punto de vista mental, o bien hacia un fracaso escolar seguido de delincuencia juvenil. A decir verdad, para el sujeto postedípico que era Marcos, traumatizado, se trataba de salvar el pellejo.

Con Marcos, advertimos la fragilidad de una estructura postedípica que a los nueve años era no obstante exitosa y sana; el niño, sacudido en ese momento, desencadenó a los doce una neurosis de angustia y un estado depresivo contra el cual luchó desesperadamente. Por más edípico y postedípico que fuera, Marcos no sabía distanciarse de sus padres porque había pasado a ser el hijo único, la única esperanza, tras el duelo, difícil de cumplir, de un hijo mayor ejemplar.

De la fragilidad postedípica

Si la teoría psicoanalítica postula que después de un complejo de Edipo bien resuelto el individuo dispone de una libido sólidamente estructurada para el porvenir —y esto no es falso—, hay que añadir que esa solidez aún necesita de la ayuda del entorno, y sobre todo que no surjan incidentes traumáticos emocionales en cascada. El psicoanálisis clínico nos permite aprehender esta dinámica inconsciente en juego durante el período de latencia, tras una resolución edípica efectuada con toda normalidad, es decir cuando la prohibición del incesto fue claramente asimilada y el niño está perfectamente integrado en la sociedad de los de su misma edad.

La experiencia de las consultas nos demuestra que los niños de ambos sexos son todavía frágiles y pervertibles (sin

que esto sea por fuerza visible), debido a que sus éxitos o sus fracasos suscitan efectos desnarcisizantes o, por el contrario, narcisizantes, sobre sus padres. Y, en particular, sobre el padre al que aún necesitan referirse —según su sexo— para alcanzar una estatura de adulto. Mientras que se mostraron completamente sanos en su vida familiar y social hasta la edad de las opciones genitales y después del Edipo, y que en la realidad no se han producido incidentes, he aquí que con la nubilidad, en ciertos adolescentes o incluso en ciertos adultos jóvenes, aparece una angustia con efectos de extenuación que desorganizan el psiquismo: efectos inhibidores, destructores, psicosomáticos. En el caso de Marcos, todos los consejos coincidían en que «se pusiera a este muchacho deprimido y en vías de convertirse en caracterial, en un instituto climático», ya que el aire libre le haría bien. ¿Por qué no? Pero lo que le hacía sufrir no era la falta de aire libre. A menos que fuera la falta de un clima armonioso entre sus padres.

Todos estos jóvenes que, de hecho, estaban listos para una sexualidad adolescente y adulta sufren, en el momento en que ella debería aparecer, una auténtica impotencia que es preciso llamar sexual, que se ignora, y que es característica del período de latencia y sólo preocupará conscientemente al sujeto una vez confirmada la adolescencia. Pero esta impotencia potencial genital no afecta solamente al sujeto, en cuanto a su deseo de encontrarse con los otros y de confirmarse por su expansión fuera del ámbito familiar; esta impotencia afecta también a las sublimaciones de los deseos pregenitales ya castrados. Es lo que se observa en quienes tienen dificultades de concentración, dificultades escolares.

Pueden existir también estados de angustia mortífera que provocan depresiones, *acting out* de desesperación, con ocasión, por ejemplo, de la supuesta traición de los amigos. No se trata necesariamente de una amistad conscientemente sexuada, puede ser una amistad sentimental intensa, tanto homosexual como heterosexual, pero imprecisa, como lo son a esta edad.

El sentimiento de esta traición es incluso lo que surje cuando los padres se divorcian, siendo que el niño, de uno u otro sexo, se encuentra en el período de latencia o en el período púber. Si hay muchos hijos del divorcio que recurren a toda clase de psicoterapias, se trata, en la mayor parte de los casos —por poco que se trate de psicoterapias auténticas—, de psicoterapias de apoyo de las castraciones pregenitales, las cuales tienden a ceder bajo la angustia de la separación de los padres, y de la elección entre uno u otro que el niño se cree obligado a hacer cuando oye hablar sucesivamente a los defensores de uno u otro de los miembros de la pareja. Le es muy difícil seguir valorizándolos a los dos. En-

tonces, una amistad muy intensa, sellada por la exclusividad narcisística, sirve como refugio. Y si el amigo o la amiga del momento, traicionan, se produce el drama.

Fragilidad de la adolescencia

Hay también adolescentes que parecen haber pasado ya el Edipo, pero que no han comprendido del todo la prohibición del incesto homosexual o heterosexual, porque no habían experimentado más tempranamente su potencia de expresión coherente como varón o niña y tal vez no habían tenido tentaciones eróticas homosexuales ni heterosexuales por sus hermanos y hermanas, o su madre, antes de los siete u ocho años. Esta conciencia del erotismo puede sobrevenir súbitamente con la nubilidad. Entonces, los preadolescentes se sienten perturbados, las niñas cerca de su padre, o de su tío, los varones cerca de su madre, de su tía, de su hermana, porque no saben cómo hablar de lo que experimentan. Las pulsiones son vividas sin palabras, sin imágenes, el cuerpo está conmovido y ellos no saben qué hacer con ello ni a quién hablar de ello. Y esto puede suscitar comportamientos perversos, a menudo compulsivos, o masturbatorios, de los que se consideran culpables, y a través de los cuales evitan de hecho el trabajo de llegar a su fin; es decir, hablar, visitar a aquel (o aquella) a quien aman en sus fantasmas y en el secreto de su masturbación. ¿Cómo irán a jugar estas pulsiones, si no es para con seres humanos y en particular aquellos que llenan la imaginación del adolescente? Ellas van a suscitar, en el adolescente solitario afectivo, la conquista ilícita y compulsiva de cosas, de artefactos: por falta de la conquista de amigos, chicas o varones para actividades de placer compartido. Suscitarán incluso pasión por los animales, a quienes se da y de quienes se reciben caricias valorizantes, y ello por no poder escribir palabras de amor y recibir o dar caricias a aquellos y aquellas que ocupan el pensamiento. Estos varones y estas chicas reprimen a menudo sus deseos activos, que sienten socialmente culpables, y entran en un repliegue pasivo, impotente, que a veces se traduce en un estado crónico de cansancio que en realidad es un cansancio histérico, sin que ellos lo sepan. No pueden hacer deportes, obligan a sus padres a correr tras los médicos tan pronto como se presenta una competición, un trabajo cualquiera, tan pronto como los implica una obligación de la sociedad. Todo los agota. Emotividad tenebrosa, palpitaciones, tono en eclipse. ¿Enfermos? Lo que los deprime es el clima de abandono afectivo en que se encuentran.

Los fracasos y el éxito de sus deseos tienen en estos niños efectos ambiguos. Se sienten raros, no saben cómo hablar de

ello, creen ser los únicos en experimentar sensaciones sexuales, conturbadoras, a la vista o el encuentro del objeto amado o del objeto deseado al que no aman. Querrían comportarse como ven comportarse a cualquier hijo de vecino, y esto les confiere todos los aspectos de una patología de causa ansiógena. Procesos compensadores les hacen desear a veces convertirse no en criminales pero sí en delincuentes, delincuentes pasivos, exhibicionistas, propensos a escandalizar, timoratos, agrupados en un círculo motor de marginados subyugados por un líder. La excitación aportada por la preparación de un golpe les permite a veces entrar en contacto con otros jóvenes de su edad, a lo que no se atreverían si no se tratara de aunarse contra los defensores de las leyes para intentar embaucarlos.[30] Transgredir las reglas, como lo hacía Marcos provocando sin parar a los profesores y guardianes del orden en el instituto, o transgredir las leyes de la sociedad civil, es algo muy tentador para muchachos inhibidos, muchachos e incluso chicas. Entre las chicas, se trata más bien del robo en las tiendas, para experimentar el goce del miedo a ser apresadas. He tenido en análisis algunas mujeres y jovencitas que a esto le llamaban cleptomanía: sin embargo, no había en estos casos cleptomanía, sino robo histérico, para experimentar sensaciones vecinas al orgasmo engañando y transgrediendo a los vigilantes de los grandes almacenes. También es el placer de hacerse prender y pronunciar un alegato: estoy enfermo, no lo hice adrede; mitomanizar cualquier historia para intentar poseer, corresponde decirlo, a los guardianes de las tiendas. Hay todo un juego del gato y el ratón con policías de civil, que llenan de momentos de relajación la vida vacía y angustiada de estos chicos y chicas. Y en ciertos casos también puede existir el deseo de que sus padres sean censurados a través de sus hijos, o de causarles problemas, porque no se ocupan bastante de ellos. Aquí, hay retorno a la retorsión del niño ante su sufrimiento de no ser ya el objeto de deseo y de amor exclusivo de sus padres.

Pueden aparecer asimismo, en los jóvenes de ambos sexos, una homosexualidad o más bien una homosexualidad de comportamiento reivindicada como homosexualidad arraigada, con arrogancia pasiva en los varones y cinismo afectivo en las chicas. Hay, en este comportamiento espectacular de homosexualidad exhibida, como un abandono de la competencia. En este caso, en el plano de la sexualidad; pero este abandono de la competencia puede verse en todos los planos, el escolar y también el profesional. Ello dio lugar a la época de grupos de jóvenes que no tenían clara su sexualidad, incapaces de

30. Véase el caso de los tíos de Tony en su adolescencia: caso de Tony, pág. 287.

asumir la responsabilidad de sus amores y su independencia para asumir una responsabilidad amorosa. En realidad, estas homosexualidades o incluso estas heterosexualidades espectaculares son fingidas. Se trata de conductas reactivas. Gritos de demanda de jóvenes que aún son niños, ignorantes de sí mismos y del otro. Se muestran de diferente manera que lo que creen que la sociedad admira y valora a fin de que la sociedad les dé importancia, les preste atención. El alcohol, la droga en sus inicios, cuando los jóvenes empiezan a probarla, forman parte de este modo de derelicción, de abandono de la competición y, podemos decir, de una forma de suicidio lento y progresivo.

Pero incluso todo esto puede culminar en un suicidio verdadero, equivalente de una escena primaria, la de su concepción, negándose el adolescente a reconocer que fue parte en ella en el acto inicial de su vida. Estos jóvenes no pueden admitir que han nacido de su propio deseo, que este deseo fue reasumido día tras día y que por él sobrevivieron hasta hoy. Se oye con frecuencia un «Yo no pedí vivir», en tono perseguido y reivindicador; a veces, un «Nadie me quiere» que, en realidad, traduce un «No tengo nadie a quien querer», y se puede decir incluso más: «Yo mismo me soporto con dificultad». Esta desesperación de la soledad del corazón, en vez de reconocerla y de expresarla claramente, el adolescente la desvía en reivindicaciones magnificadas, se faliciza, me atrevería a decir, en un «Yo me amo vencido». Y en un transporte de amor hacia sí mismo, un *acting* impulsivo del deseo de otra cosa, de algo nuevo, del deseo de salir del paso, se suicidan, creo, con una última esperanza de sensación erótico-nirvánica. Felizmente, los hay en quienes el acto se malogra (y a partir de ahí es posible, psicoanalíticamente, estudiar con ellos los procesos que los condujeron hasta ese punto). En el curso de este coma el sujeto ha velado, y es más lúcido después de la tentativa de suicidio del Yo que antes. Y además quizá queda desculpabilizado de vivir, tras haber superado una ocasión de muerte inminente: dado que ésta ha sido negada, a lo mejor eso significa que es preciso jugar el juego de la vida.

La mayoría de los niños que los psicoanalistas tienen que ver tras el período de latencia y al comienzo de la pubertad, son niños que carecen de medios creativos, de aquellos que habrían podido hacerles descubrir las castraciones de sus deseos en los estadios arcaicos de su desarrollo. En los casos clínicos que he podido estudiar, estas castraciones se habían malogrado, no habían desembocado en la simbolización de pulsiones que habían quedado simplemente reprimidas, en cuanto a su objeto, sin ser utilizadas para la conquista de objetos lícitos que aportaran a los niños, al mismo tiempo, placer y la socialización ligada al compartir de este placer con

otros. A veces también son niños que han sufrido tempranamente una mutilación de su imagen del cuerpo, en la edad del estadio del espejo, o incluso en la edad de la castración primaria. Entonces son niños considerados psicóticos, inadaptados.

Pero los que realmente corresponden a trastornos neuróticos postedípicos son los sujetos a los que vemos aferrarse al espejo de los ojos de quienes lo miran, es decir salir victoriosos no por sí mismos sino por ser vistos, salir victoriosos sin proyectar esta victoria en un porvenir adulto. Estos jóvenes viven aferrados a una imagen de su rostro, de su cuerpo, a su aspecto, a la superficie de su apariencia visible. Es la inflación del mostrar, para esconder el desamparo interior. A la menor duda sobre el eventual éxito de una empresa orientada a realizar su deseo, un muro imaginario se levanta como un obstáculo entre ellos y el mundo. La angustia del vacío, del absurdo, despoja al proyecto de sentido y genera, consecuentemente, falta de dinamismo para defenderlo y asumirlo. Estos jóvenes recurren al espejo para reencontrarse y no perderse por completo. Es mucho menos grave cuando recurren solitarios, ahora, al transistor, a la música, para mitigar su angustia. Y menos grave sobre todo cuando esta música solitaria los incita a pasearse rítmicamente en patines, o a bailar: porque hay aquí un placer de todo el cuerpo, que produce cansancio y que, asimismo, les permite mostrarse indiferentes mientras circulan en medio de los otros. Experimentan con alegría la soltura de su esquema corporal. Y esos *joggings* que vemos por todas partes, esas gimnasias acrobáticas y veloces durante las cuales no se puede siquiera pensar, que embrutecen, pero que sostienen un falso contento agotando el cuerpo, son algo no obstante mejor que la pasividad y la droga, son la búsqueda de una supervivencia física, con una soltura del cuerpo que, al minuto, satisface las tensiones de éste, ya que no puede satisfacer las del corazón.

También está la fragilidad ante el primer amor, el primer amor sentimental, o el primer amor sentimental asociado a proyectos de futuro, debido a que el deseo comienza a mezclarse con él. Hasta entonces, estos jóvenes sólo habían conocido la amistad. Esta vez se trata de un deseo amoroso, y cuando por fin alcanzan al objeto de su amor esa persona los rechaza. En lugar de considerar la experiencia como un hecho debido quizás a un error de su imaginación, que idealizó a la persona amada mientras que ésta revela ser, en los hechos, completamente distinta, otro es el razonamiento que se hacen el muchacho o la chica. Se trata inmediatamente de una derelicción insoportable. Surge sin tardanza en ellos la resonancia —una resonancia que se descifra en sus sueños, cuando los cuentan— de una desatención sentida ya en su infancia pero

entonces reprimida, la desatención de que se sintieron objeto por parte de un progenitor conscientemente amado; de golpe, la comparación inconsciente de estos dos trances los hace sentirse culpables, como si fuera en sí incestuoso haber amado a alguien que no respondió a sus esperanzas. Vemos suicidarse a jóvenes y no fallar, o a otros que no expresan su depresión entrar en estados psicosomáticos de efectos orgánicamente graves. Es absolutamente imperioso que una persona que no sea un pariente cercano inmediato —no siempre es necesario que se trate de un psicoanalista, pero tiene que ser alguien neutral y experimentado, ciertas abuelas lo hacen muy bien— preste oídos a la desesperación de amor de este muchacho o de esta chica, lo escuche, lo compadezca, sin consolar, sin criticar, sin juzgar, pero sosteniendo discretamente el narcisismo del desamparado.

También ocurre que el objeto amado por el adolescente o el adulto joven, chica o chico enamorado, sea puesto en el pináculo, totalmente idealizado al punto de que ni siquiera es concebible, para él o ella, entrar en comunicación con tan sublime entidad; con ello, el sujeto pierde por completo todos sus recursos para cualquier cosa. Se muestra como un perro echado acechando el paso de su amor y está todo el tiempo esperando miradas que no llegan nunca, y con motivo, puesto que el otro, a quien ni siquiera se atreve a declarar que lo ama, no sospecha que es deseado(a), y puesto que ella, o él, vive en esferas muy distintas a las de este enamorado o enamorada perdidos. Es la erotomanía de los jóvenes, algunos de los cuales integran grupos de fans de sus estrellas, héroes o heroínas soñados. En algunos no es demasiado peligroso, sus momentos de ocio se llenan y les permite conocerse y tratarse entre los mismos fans; pero otros viven un auténtico desamparo por no ser observados, amados, sostenidos, en la vida, por aquel o aquella de quien están enamorados.

Así pues, hay dos maneras, para un sujeto que ha alcanzado el narcisismo secundario característico de un post-Edipo sano, de desnarcisizarse, y en una forma que rápidamente ejerce efectos descreativos y mortíferos serios. O bien es la respuesta negativa a su deseo, y entonces ya no tiene razón para seguir existiendo, y aquí la destrucción de todas sus imágenes del cuerpo, que le hace perder los derechos e inclusive los medios para intentar seducir. O bien el otro deseado reacciona como si este deseo no le concerniera, lo cual puede ser entendido por el enamorado como si su deseo estuviese prohibido por una seudomagia: esto despierta en él y la adolescente las angustias de la época edípica, la obsesión de estar de más, los celos terebrantes por aquellos o aquellas que sí son acogidos mientras que ellos no lo consiguen; y esto puede provocar, en vez de una derelicción conducente a un suicidio

lento o rápido, un acto vengador dirigido al rival más afortunado. Esto es lo que, en particular, sucede entre los sujetos en quienes puede descubrirse, cuando se conoce su historia, que no fueron narcisizados cuando eran niños, en el momento de las castraciones, las cuales (como realidades, frente al sueño, que todo niño está obligado a padecer) no resultaron promocionantes sino penosos trances en una época en que sus hermanos y hermanas parecían ser los objetos preferenciales de los padres.

Estas castraciones mal dadas y mal recibidas, dadas sin respeto ni compasión por su sufrimiento a niños que las reciben como bofetadas, hacen que, después de períodos de latencia más o menos vivibles y de soportables comienzos de adolescencia, los primeros fracasos amorosos fuera de la familia, se trate de un amor claramente heterosexual u homosexual o sólo vagamente teñido de sexualidad, asfixien de culpa al joven. De una culpa totalmente imaginaria, que no tiene nada que ver ni con la responsabilidad de actos desafortunados que habrían malogrado una felicidad, ni con ninguna lógica. Es conocido ese test que cuenta una historia en que un chiquillo, o una chiquilla (según el sexo del niño sometido al test), ha tenido un diferendo con su padre o su madre, a quien había desobedecido, mientras que otro niño se halla en excelentes términos con sus padres. En el test propuesto, que es oral, se supone que los dos niños toman el mismo camino y pasan por un puente que, por accidente, se derrumba. En el accidente muere uno de los niños. ¿Cuál? Un niño en período de latencia o al comienzo de la pubertad, y cuya resolución edípica no ha sido simbolígena, o un niño muy pequeño, dirá de la misma manera, inmediatamente, que el que murió es el que había desobedecido. Por el contrario, un niño que ha vivido bien su período de latencia, un adolescente que confía en sí mismo y que soporta ser excluido por quienes eligió como dilectos, responde sin tardanza: «¿Cómo se puede saber?». En aquel que asigna la muerte accidental al niño desobediente, hay proyección sobre las entidades del mundo de un pensamiento mágico, concerniente a la omnipotencia parental, el Superyó. El niño proyecta de este modo lo que él querría poseer y que cree poseen sus padres: la omnipotencia. Aquí se trata, a todas luces, de una castración fallida, porque todo padre debe ser sentido por su hijo como alguien que no posee la omnipotencia, pero que se siente responsable de su hijo y sufre de verse obligado a hacerlo sufrir para ayudarlo; que se compadece, porque él también ha pasado por este trance, y sabe explicárselo a su hijo. El niño no castrado no fue habilitado para comprenderlo, siendo pequeño e incluso no tan pequeño, por conversaciones con sus padres, a raíz de incidentes reales o de historias contadas o de sucesos diversos:

cosas todas ellas de las que los padres, cuando se preocupan por la educación y el desarrollo de su hijo, hablan con éste. El niño no fue iniciado, por ejemplo, en el hecho de que desobedecer puede ser a veces necesario para conquistar la autonomía y para salir de una situación bloqueada, a condición de que aquel que desobedece haya reflexionado sobre lo que hace, haya medido los riesgos y decidido por sí mismo afrontarlos, incluido el riesgo de disgustar y de ser reprendido por sus padres. Es cierto que personas experimentadas, como parecen ser los adultos, saben prever los peligros que el niño no puede prever. Por desgracia, muchos padres prevén también peligros que no existen, y con sus abusivas prohibiciones o sus absurdas profecías inhiben el deseo que tiene todo niño de hacerse autónomo, el deber y el deseo de pensar por sí mismo y de asumir sus riesgos, cuando así lo ha decidido.

Vuelvo a este *leitmotiv*: sería misión de la escuela sostener en los niños el espíritu crítico respecto de los dichos de los adultos y de los reglamentos a menudo absurdos a que se los somete, y que el niño se cree culpable de transgredir mientras que tiene el deber de hacerlo.

Despertar el sentido crítico en relación con los detentadores del poder es, también, muy importante; y si los padres no pueden hacerlo, tendrá que hacerlo la escuela. Los detentadores del poder son, a los ojos de la Ley, los que están encargados, por ejemplo, de hacerla respetar. Pero quienes pretenden utilizar su poder con manipulaciones y se identifican con su rol, son malos maestros; se puede ayudar a los niños a tolerarlos por un tiempo, pero hay que sostener también el ejercicio del sentido crítico frente a estos comportamientos autoritarios que no tienen nada de sensato y que no son más que autoridad por pura autoridad, es decir, que están desprovistos de sentido humano, socialmente útil.

La anorexia

En la patología de las imágenes del cuerpo después de la castración edípica, y luego en el período de latencia, al comienzo de la vida responsable en sociedad, los adolescentes presentan con gran frecuencia, desde el punto de vista clínico, problemas de anorexia, a veces leves pero que pueden hacerse gravísimos. Es preciso comprender este síntoma en relación con la imagen del cuerpo. No se remonta a la etapa del Edipo sino a mucho antes, entre los tres y seis años. El Edipo no ha hecho más que reestructurar lo que había sucedido cuando estas chiquillas eran más pequeñas, en el momento de la castración primaria, es decir cuando accedieron al saber de su pertenencia sexual y al orgullo, narcisísticamente gratificante,

de hacerse mujeres como su madre. Momento que se dialectiza también según el valor del nombre del padre, según la forma en que la madre haya suscitado la conciencia de éste; porque es alrededor de un hombre, representante fálico valedero, como se organiza toda la sexuación de la niña. Las chiquillas que han aceptado, en la etapa de la castración primaria, a los tres años, el aplazamiento de su vida sexual hasta la nubilidad, pero que han estado convencidas del valor de su persona en cuanto hija de este hombre y de esta mujer, estas pequeñas raramente —yo no lo he visto nunca— hacen una anorexia. Cuando llegan a la pubertad, saben conservar el falismo necesario de sus pulsiones arcaicas, es decir, una actividad industriosa, una actividad al servicio del juego, una actividad al servicio de la vida social; triunfan en la vida escolar y social. Con pudor, sin vergüenza de sí mismas, son felices de sacar provecho de su apariencia y de atraer las miradas de otro cuando su cuerpo se desarrolla y se convierten en jovencitas. Rivalizan con las otras niñas sin culpabilidad.

Es preciso saber empero que, entre estas jovencitas que llegan a la nubilidad después de un Edipo logrado y de un período de latencia socialmente exitoso, hay algunas que, al entrar en la adolescencia, se disfrazan, podríamos decir, de falsos varones. Esto no siempre es signo de una homosexualidad en vías de constitución. A veces es señal de un exceso en dotes femeninas, a veces resistencia a dejar expresarse deseos pasivos de seducción, y también táctica prudencial: porque a una muchacha que suscita las miradas y los deseos de los varones y la rivalidad de las otras chicas, le es muy difícil seguir pertrechándose para la vida social. Puede verse tentada a abandonar la competencia escolar. Sin embargo, en la actualidad, es sabido cuán importante es para una mujer que quiere ser autónoma en todas las situaciones ser capaz de ganarse la vida, sobre todo cuando, cargada de hijos, su salario resulta necesario o bien si ha de quedarse sola a cargo de su hijo. Las pulsiones pasivas dominantes de las muchachas púberes pueden trabar el éxito en un oficio; y las chicas tipo «varón fallido» son a veces mucho más heterosexuales de deseo que chicas supuestamente muy femeninas, cuyo encanto femenino es reconocido y alabado por todos y que, algunas veces, no son ni varón ni chica, sino pasivas al extremo, y que esperan ser objeto de elección de un ser fálico, cualquiera que les dé todo lo que ellas no intentan procurarse por sí mismas —es decir, las posibilidades de la vida en sociedad— como parásitos, legales o ilegales. Cuando encuentran un hombre que se hace cargo de ellas, esposo legítimo o amante regular, para ellas es un garante fálico social del que se aprovechan como un bebé se aprovecha del seno materno y del adulto tutelar del que depende. Cuando se hacen mujeres y

por desdicha madres, no son capaces de criar a sus hijos. Pueden ser buenas nodrizas, buenas gestantes, pero crían a sus hijos con el narcisismo de su propia persona sexuada. No pueden dar a los niños las castraciones y suscitar en ellos la simbolización de las pulsiones cuya expresión bruta está prohibida. Son educadoras del comer bien, del actuar bien, del presentarse bien, pero no del devenir deseante autónomo de un varón o de una niña.

La anorexia mental o la bulimia, estos síndromes mucho más frecuentes en las muchachas que en los varones en la etapa de la adolescencia o de la pubertad, son síntomas que encuentran sus raíces libidinales en torno a la época de una castración primaria que fue muy mal sostenida por la educación de la madre. En los varones, la bulimia es a veces un síndrome del período edípico; y, durante la fase de latencia, más bien se da la anorexia; en la adolescencia, otra vez la bulimia. En las chicas, la anorexia aparece en el momento del empuje puberal, y aun después. Esto se debe a que las pulsiones genitales de la niña retoman una organización económica un tanto semejante a la de las pulsiones orales: sucede que, en el momento del destete, las pulsiones orales relativas al deseo del pecho (no me refiero a la necesidad de la leche, me refiero al deseo del pecho como objeto parcial de la madre) pueden haber sido reprimidas sin que la simbolización en la relación de sujeto a sujeto, para el placer, entre el bebé niña y su madre, haya reemplazado y superado con mucho el interés táctil y gustativo del pecho para la boca del bebé niña. El interés por la relación con la madre y el deseo sexual en sentido amplio quedan, en estas niñas que se vuelven anoréxicas, totalmente reprimidos, sin mutarse en relaciones interhumanas con la madre y las mujeres. Con la pubertad, el interés peniano, el interés por el falo, que en el hombre está representado por el pene, como lo está en la mujer por los pechos, hace que el empuje puberal, el crecimiento de los pechos, la presentación de las reglas, signifiquen para la jovencita, consciente e inconscientemente, su posible fecundidad. Ahora bien, casi siempre se da el caso de que la pareja de los padres viva con un estilo infantil, en un clima sea grato o sea ingrato; y estas chiquillas no soportan la idea inconsciente de embarazo. Su obsesión consciente es engordar. Viven una especie de magma conflictivo en el cual la sexualidad de adulto se abisma, marcada por un signo negativo, el horror de tener pechos grandes, el horror de ser gorda. Esto exige ser analizado, y se trata de una perturbación en las relaciones reales entre la niña y su madre, entre la niña y la comida, entre la niña y su padre, entre su femineidad imaginaria y su inexperiencia de los varones, entre la niña y su espejo. Engordar, palabra inconscientemente referida a la de embarazo, peligro-

so para la estética de una joven que quiere seducir: esto, supuestamente, le impediría gustar. Pero a quien quiere gustar es sobre todo a ella misma en el espejo, a ella misma en su propia mirada, borrando todas las redondeces femeninas de su cuerpo, incluso las más discretas. El deseo por el padre se disfraza entonces de afecto complicado y conflictivo, o bien, al contrario, de manifiesta huida de su vista y negativa a responder cuando él le habla. Su problema tiene raíces en un conflicto de amor y de deseo respecto del padre, y en un conflicto de femineidad rival con la madre, cuya hija ha subsistido como un bebé-gato: la madre, sin duda, se preocupa por ella, pero nunca la consideró verdaderamente como un jovencita yendo-deviniendo mujer. El narcisismo de la muchacha queda apresado en un pacto leonino. Vive conflictos inconscientes por completo autónomos, que datan de sus tres a seis años y muy poco tienen que ver con la conducta actual de sus padres a su respecto, conducta en realidad secundaria, ligada a su justificada inquietud en lo que atañe a su estado de salud deteriorado.

Embarazo e imagen del cuerpo

Los vómitos del embarazo, en la mujer encinta, también proceden de un conflicto que se remonta a la imagen del cuerpo de la primera edad, a la vez en el destete y en el inicio del Edipo.

En cuanto a las apendicitis, en los varones y en las niñas, son trastornos psicosomáticos relacionados con la época en que imaginaban la concepción según una tecnología digestiva. Hace mucho tiempo que se superaron estos fantasmas, pero hubo una época en que fueron operativos y dejaron las posibilidades de una infección ulterior en cierto punto del esquema corporal, por el hecho mismo de que la imagen del cuerpo grávida de las mujeres encinta era vista como repleta de caca mágica. Los varones, o incluso las niñas, suponían detrás del parto un caso particular de potencia anal de la madre. El niño incestuoso inconsciente que todo niño antes del Edipo desea gestar, a semejanza de su madre, como prenda del amor y del deseo que él tiene por su padre (y no me refiero solamente a las chiquillas sino también a los varones), este hijo incestuoso, inconsciente, hay que abortarlo de veras, y antes de poder liquidar su Edipo. El apéndice pasa a ser así el asiento de una inflamación y hay que extirparlo, para salvar al sujeto de una trampa arcaica que cumpliría, en la disfunción del esquema corporal, el fantasma de un deseo que otrora no pudo decirse claramente en el niño. Es, pues, su cuerpo el que repite un decir, el que lo significa, en este apéndice: un decir que,

actualmente, en realidad ya no tiene sentido para el niño que ha alcanzado los siete-ocho o catorce-quince años. Es posible que el lector quede muy sorprendido por lo que acabo de decir, pero si frecuentara a los niños vería qué asombroso es el número de los que fantasmatizan y vociferan a todo el mundo que quieren tener un bebé, y que suponen y muestran que lo tienen dentro de su cuerpo, en su vientre. Evidentemente, no queda más recurso que la risa: «¡Ah, sí, de veras lo crees!». Ellos lo han dicho y, para ellos, más adelante no habrá apendicitis; sólo en aquellos que reprimen este deseo y no hablan de él, el cuerpo tendrá que significarlo antes de que dejen la infancia atrás. Esa es la diferencia: la palabra expresa un deseo y evita que eso hable en el cuerpo, si no hoy, más tarde. Por eso los fantasmas de los niños, cuando los expresan, no deben provocar murmullos ni denegaciones ni sentimientos; dejar hablar a los niños, eso es todo y con eso basta; estas palabras son liberadoras para lo que se halla en vías de ser sanamente reprimido; tras lo cual, será simbolizado de otra manera que no en el cuerpo, y de manera cultural. Las pulsiones femeninas del varón se subliman entonces de un modo diferente que llevando en sí un fruto de carne, y las pulsiones emisivas genitales de la niña se subliman de un modo diferente que en el deseo de hacerle ella misma un hijo a su padre.

Histeria y psicosomatica

Los desarrollos prestados a lo largo de este trabajo a la noción de una imagen del cuerpo referida al esquema corporal y a la vez distinguida de él, me inducen a precisar cómo interviene la relación entre el cuerpo real y la imagen dinamógena libidinal inconsciente que el sujeto se forja, y la diferencia, en cuanto al narcisismo, de los síntomas propios de la histeria y de los que corresponden a trastornos psicosomáticos.

Se ha dado el nombre de *histeria* a comportamientos que inconscientemente tendían a la manipulación del otro; mientras que se da el nombre de trastornos *psicosomáticos* a afecciones funcionales del cuerpo que no se deben a causas orgánicas: no hay infección, no hay incluso, al menos en un principio, trastornos lesionales; no hay trastornos neurológicos; y, sin embargo, el individuo padece un desarreglo de su salud, sufre. Su cuerpo está enfermo, pero el origen de su desorden funcional fisiológico es un desorden inconsciente psicológico.

En cualquier caso, se trate de histeria o de psicosomatismo, el o la enferma sufren realmente y su actividad psicosocial se ve perturbada. Generalmente se dice que en los trastornos

llamados histéricos, el individuo es con más frecuencia mujer; lo dudo.[31]

El individuo histérico se porta en conjunto bien, pero a través de trastornos «mimicados» que aparecen repentinamente, se complace inconscientemente en una manipulación del otro, yo diría que por medios de débil. En la mujer histérica, una libido frustrada se traduce en escenas espectaculares que la paralizan, y que culpabilizan a un cónyuge que no la satisface sexualmente; pero en estas escenas ella misma experimenta algo del orden del orgasmo inconsciente: su economía libidinal desemboca, con ocasión de estas crisis, en una descarga nerviosa inconsciente seguida de bienestar, como en un orgasmo.

Lo que el histérico obstruye es la vida interindividual, la vida de relación, a través o de la buena marcha de su pareja, o de sus relaciones de trabajo; mientras que el psicosomático no obstruye la buena marcha de sus relaciones afectivas con los demás: en él, el objeto de la manipulación pasa a ser el médico, por el estado crónico de un enfermo a cada paso achacoso, cuando no verdaderamente alarmante.

Una *parálisis histérica* conturba o hace sufrir a un individuo, inconsciente de ser él mismo el que la ha provocado; su meta inconsciente era manipular a otro por quien se siente frustrado, pero finalmente queda prisionero de un decir en su cuerpo, al que cree atacado por un agente exterior, microbiano, por ejemplo, o por un accidente causado por su torpeza y que le impide moverse. Se siente víctima de una causa que le es ajena, mientras que en realidad, sin saberlo, él mismo se autovictimiza, para un fin inconsciente, que es el de actuar sobre su entorno o vedarse él mismo el actuar. En el caso de la psicosomática, de lo que se trata es de los efectos de una lucha inconsciente (a descifrar) entre las instancias de la psique, que se hallan en contradicción en el propio interior del individuo; mientras que la histeria es una lucha imaginaria entre un individuo y otro, del que desea o teme inconscientemente una satisfacción en una realidad que no sabe dominar de otra manera. Freud cita el caso de una parálisis histérica del brazo

31. Pienso que si es sobre todo en las mujeres que se habla de histeria, ello se debe a que, en el hombre, la histeria se utiliza mucho más socialmente que en la mujer, y ello con comportamientos falócratas, comportamientos de prestancia que la sociedad aprecia como valores, y por lo tanto narcisizantes para el sujeto y operativos en cuanto a sus actos sobre otro. Si la que se diagnostica enseguida es la histeria de la mujer, más que la del hombre, es porque cuando ella no consigue alcanzar sus propósitos y su sufrimiento narcisístico se ve así sobreexcitado, a veces persevera en el mismo síntoma, inconsciente en su fuente, y ello explica que la histeria parezca no tener relación con el éxito social. Lo cual hace que se denomine histeria en la mujer lo que son recursos admirados como accesorios en el éxito social del hombre.

de una muchacha cuyo hermano se había fracturado la pierna, a raíz de lo cual vino a visitarlo un amigo. La joven se había enamorado secretamente del joven visitante. Pero, una vez curado su hermano, el amigo no volvió a concurrir a la casa. Sin saberlo, ella, que deseaba ver nuevamente al joven, pero que no podía ni confesárselo ni decirlo, paralizó su brazo para imitar a su hermano. El brazo de ella se hallaba como dentro de una escayola imaginaria, con esta lógica mágica inconsciente: «Si un miembro se inmovilizaba, el joven volvería». En estado de hipnosis, Freud hizo hablar a esta jovencita del sentido que tenía su brazo inmóvil y como fracturado. En el sueño hipnótico el sujeto del deseo tiene completa lucidez acerca de lo que atañe al Yo; la muchacha dormida sabía, pues, que su brazo inmovilizado era una llamada a la visita del joven. El Yo adaptado al lenguaje ambiental no tiene acceso al significante del deseo, a causa de las resistencias que se desarrollan en él y que impiden al sujeto superar los tabúes que acompañaron su educación. Dormida, la joven podía expresar su esperanza de una visita del amado. Esta comprensión de ella misma no la habría tenido al despertar, si Freud no le hubiese dicho que la había revelado bajo hipnosis. Fue, por otra parte, ante los estragos emocionales narcisísticos causados por semejante revelación como Freud advirtió que era inútil, e incluso perjudicial, trabajar acercando bruscamente el inconsciente al consciente mediante una labor efectuada bajo hipnosis y revelada después al durmiente: esto no hacía otra cosa que generar traumas.

Freud probó que valía mucho más trabajar con las resistencias mismas del sujeto consciente para decir la verdad de su deseo inconsciente. Porque, una vez que se han expresado y que ha sido analizado su período de organización, las resistencias ya no tienen razón para subsistir. Más precisamente, en el curso de este trabajo entre el analizante y el analista la transferencia de la relación emocional con las personas de su infancia se establece sobre el analista y, agotadas con ello las resistencias, el deseo puede ser verbalizado y puesto nuevamente en relación con la época en que apareció por vez primera.

En lugar de la revelación salvaje, a menudo traumática e inutilizable, de deseos reprimidos, *Freud inauguró la cura de los trastornos psicosociales por mediación de la transferencia* que el paciente realiza sobre quien lo escucha y lo asiste, a lo largo de encuentros cuyo ritmo temporal se ha fijado contractualmente, siempre en el mismo espacio, pago de por medio. La relación entre estos dos participantes pasa a ser ocasión de experiencias o revivencias del pasado, o nuevas, para el paciente, que se encuentra al mismo tiempo confrontado con un margen de apreciación, diferente entre el psicoanalista y él, en cuanto a lo imaginario y a la realidad del material apor-

tado, sesión tras sesión. De ahí, para el paciente, una maduración: la cual procede de la elucidación sin culpa de sus deseos, de los que aquí habla sin actuarlos, y del lenguaje del que dispone para expresarlos. Esta labor lo conduce a captar el valor que tienen, uno respecto de los otros, sus deseos, el decirlos o el callarlos, según la ética que día a día critica desde el diván. Esta ética va reajustándose al desarrollo de su nivel de conciencia, que se desprende de a priori arcaicos, y de su juicio —consciente— que se afina en atención al vínculo con su psicoanalista. Lazo que se «desintimiza», se trivializa, se desfascina. El analista, guía del trabajo subjetivo de su paciente, no interviene nunca en la realidad que suscita en éste actos a plantear, decisiones a tomar, según aquel o aquellos de sus deseos que han de ser negociados con lo social, para asumirlos en las mejores condiciones de realización. La cura acaba con el *quitus* recíproco entre el analizante y el analista, ya no estando el primero motivado para continuar un recorrido de su historia que ha dejado de interesarle, y el segundo, de preferencia, de acuerdo.

Un caso de histeria en un muchacho: Alex

Tuve oportunidad de conocer a un niño, un varón de trece años, que se había quebrado varias veces el brazo derecho y a quien una vez quitado el yeso le era imposible movilizar el codo. Su brazo seguía paralizado, aunque la radiografía no evidenciaba obstáculos para la extensión y flexión del antebrazo sobre el brazo. En el transcurso de una o dos semanas de una reeducación sin mayor fruto, el chico volvió a fracturarse el mismo brazo. Nueva escayola, y, una vez quitada, imposibilidad de mover el brazo derecho. A continuación, tercera fractura del mismo brazo y por tanto tercer yeso. Por supuesto, una vez más, quitado el yeso no hubo movilización posible.

Para confirmar que el codo tenía absoluta libertad de movimientos, ya que la radiografía no mostraba ninguna anomalía circulatoria (era en la consulta de cirugía de un hospital de niños), se le aplicó al chaval una dosis rápida de anestesia general: bajo la anestesia, su brazo totalmente libre se mostró perfectamente movilizable. Así pues, la recuperación funcional no tenía por qué plantear problemas. Al despertar de la anestesia, si se hubiese intentado movilizar el codo del niño se lo habría vuelto a quebrar. Y él mismo, cuando intentó hacerlo, no lo consiguió. Sin embargo no sentía ningún dolor en este miembro superior invalidado. En estas circunstancias el jefe de servicio, sabiendo que yo, la externa de la consulta, estaba psicoanalizada, me preguntó si podía ocuparme del muchacho y hacerle reconocer que nada se oponía, en la realidad, a la recuperación de la movilidad de su brazo.

Yo acepté, el chico también. Alex comenzó a acudir diaria-

mente al consultorio de cirugía, permaneciendo ambos en una sala diferente a la de la atención de pacientes. Nos reuníamos durante una media hora, a ambos lados de una mesa. El dibujaba, y hablábamos. Yo no le había atendido por su fractura, ni en el momento de la anestesia, ni por ninguna tentativa de reeducación. Yo reunía, pues, las condiciones clásicas para desempeñar la función de psicoterapeuta. Al cabo de escasas sesiones, el deseo inconsciente que obligaba a Alex a tener su brazo inmovilizado se manifestó con claridad. El niño vivía en la «zona»,* una región específica desfavorecida, cercana al hospital. Tenía una hermana, cuatro años mayor, que lo habría seducido cuando él tenía ocho —o sea, cinco años antes— y ella doce, o al menos él lo afirmaba. ¿Era esto verdadero o falso? El chico quería mucho a esta hermana; tenía un hermanito cuatro años menor que él al que también quería mucho. Me habló de su deseo real por su hermana. Deseo real, recuerdos confesados con cierto malestar de haber jugado a creerse su marido y ella su mujer, durante una escena de ternura seudomaternal entre su hermana grande, él y el hermanito pequeño. Pero lo importante no era esto, decía. En otra sesión me dijo que lo importante, para él, era un sueño que lo fastidiaba, pero que no podía contar. Dibujaba agresiones con un cuchillo, maquinalmente, sin dejar de hablar, y sus dibujos estaban asociados al silencio sobre ese sueño repetitivo. De sesión en sesión asociaba sobre este sueño, y, mientras lo contaba, lo representaba con mímicas según las características variadas del relato.

Un día, mientras mimaba una escena, una variante del sueño en que figuraba su «hermana grande» (así la llamaba él en el sueño, mientras que en la conversación corriente siempre decía «mi hermana»), para gran asombro suyo comenzó a movilizar su brazo derecho como si su mano, esgrimiendo un puñal imaginario, apuntara a mi persona, que supuestamente representaba el lugar de la hermana grande en el sueño. Hablamos de lo que acababa de representar con su mímica y, al mismo tiempo, lo comparamos con los dibujos que realizaba maquinalmente al hablar. Esto podía significar que su brazo derecho, armado con un cuchillo, era susceptible de asestar un golpe mortal a su hermana, o quizás a su madre de cuando él era pequeño, puesto que hablaba de hermana grande, o a otra mujer, como yo, por ejemplo. Evidentemente, tener paralizado el brazo derecho le impedía hacer una barbaridad. Este impedimento le venía de su conciencia humanizada —conciencia inconsciente tal vez— de la prohibición del incesto, de la prohibición del asesinato. La prohibición del asesinato, como hemos visto, viene con la castración anal, y la del incesto con

* El «barrio periférico». [R.]

la castración edípica. Lo que para él se traducía en la culpabilidad de una transgresión incestuosa, su hermana había intentado imponérselo, al mismo tiempo que la culpabilidad del asesinato eventual de su hermana, crimen que por otra parte podía ser el desplazamiento simbólico de su propio deseo incestuoso arcaico ya que, lo hemos visto, en la imagen del cuerpo del varón la magnificencia de la erección peniana y el deseo que la acompaña hacia el objeto elegido materno hacen que el niño sueñe con cargarse al objeto de su amor.

Se trataba de una respuesta a su hermana que, en la actualidad, teniendo ella diecisiete años y él trece, pretendía que compartiera con ella la cama grande de los padres, donde ella dormía desde unos meses atrás, a partir del ingreso de su madre en un hospital. Ella lo instaba a aceptar. Decía que pondrían entre ambos una almohada larga, pero él se negaba. Este era el conflicto actual. Alex prefería dormir en el suelo o en la otra habitación de la vivienda, que tenía dos, en la que dormían el padre, cuando se encontraba en casa, y el hermanito. Sin embargo, él y su hermana habían compartido, en su primera infancia, el mismo colchón, y también antes de que su madre ingresara en el hospital. Pero ahora, él no quería. En respuesta a su hermana, que le proponía quizás un símil cuerpo a cuerpo que le daría placer a ella, él quería responder con un contacto corporal que mata, y de esto es de lo que se defendía inconscientemente.

Su parálisis histérica era una automutilación imaginaria, indolora, incómoda, pero menos grave que las fracturas verdaderas automutilantes. Era nada más que un remedo inconsciente; Alex se caía, y siempre sobre el mismo brazo, fracturándoselo. Reparada la fractura, se volvía a fracturar. Pero en el sueño anestésico la histeria desaparecía. En cuanto él se hacía consciente de que ella lo fijaba en la impotencia total del brazo criminal, ahora inmovilizable. Alex tenía casi trece años, alcanzaba, por tanto, la pubertad. Se hallaba en pleno crecimiento, y esta pubertad había despertado en él el recuerdo de una seducción, muy anterior sin embargo en sus afirmaciones. Seducción durante la cual su hermana lo había obligado, decía él, a masturbarla, después de haber hecho ella otro tanto con él. Este recuerdo, si es que no era un fantasma, narrado con muy escaso afecto, se hallaba sin duda en el origen de un deseo inconsciente. A lo mejor era el recuerdo encubridor de un deseo fantasmatizado a la edad del hermano ıeño, deseo heterosexual aún poco rival con el padre, pero o de macho, que se expresaba en deseo de penetración ɔre la persona de su hermana o de su madre previamente a la época edípica. El niño había desplazado la penetración peniana sobre la penetración de un cuchillo. Aunque su brazo estuviese paralizado, su mano podía dibujar representaciones

gráficas. Se podía ver una mano, blandiendo un cuchillo de carnicero, pero en el mismo dibujo nunca se veía a la persona eventualmente amenazada por este cuchillo. Todo el trabajo del análisis giró en torno de estos dibujos y de aquel sueño que él no podía contar.

¿Cómo eran el padre, el abuelo de este niño? Las dificultades de la emigración para esta familia procedente del Este la habían conducido a la precaria situación que se observa en la periferia de París. Ahora bien, si bien el brazo del niño no necesitaba de reeducación alguna, el kinesioterapeuta, que tenía un buen contacto con Alex, y después que la psicoterapia permitió aliviar las motivaciones psicógenas de esta extraña invalidación de la motricidad, quiso reanudar su trabajo. Y a Alex le gustaba mucho conversar con este kinesioterapeuta masculino. El hecho es que le contó lo que me había dicho, y el kinesioterapeuta resultó el mejor de los educadores para este varón prepúber cuyo padre, ausente o muy preocupado, descuidaba a sus hijos. La madre, ignoro el motivo, estaba desde hacía meses en un hospital, yo ignoraba cuál. La que se ocupaba del hogar era la hermana de quince o dieciséis años, si es que se podía llamar hogar a esa barraca dividida en dos cuartos.

Podemos decir que todo lo que es histérico es siempre llamada de socorro dirigida visiblemente a otro, con vistas a obtener una satisfacción libidinal más o menos claramente erótica, a la vez deseada y reprimida. Esta ambivalencia del deseo induce al sujeto a una regresión de las pulsiones, inconsciente, aunque es probable que de entrada haya sido consciente. Esta regresión expresa las pulsiones asociándolas a un modo arcaico de satisfacción.

En Alex, la pulsión de penetración genital se transformaba en pulsión de miembro penetrador que Alex no quería realizar. Ahí estaba el síntoma histérico, en el desplazamiento del pene sobre el brazo y el cuchillo.

El *trastorno psicosomático* proviene más bien de un dolor padecido en ocasión de un sufrimiento íntimo: sufrimiento debido a una relación decepcionante con un ser elegido, que se traduce en una herida imaginaria, con retorno a una imagen del cuerpo arcaica y a la época de la relación del sujeto con otra persona que no es aquella de que ahora se trata. El trastorno psicosomático actual es la repetición, a veces amplificada, de una disfunción pasada, real o imaginaria, del cuerpo propio del paciente. Cuerpo que pasa a ser el sustituto de un compañero contemporáneo de un duro trance asociado al trance de hoy, un compañero que el sujeto cree que lo comprendería, que no lo dejaría solo con su sufrimiento y con su herida actual. Así pues, en el trastorno psicosomático y en la

histeria el narcisismo afectado no parece ser el mismo. *En la histeria, entiendo que el que está en peligro es el narcisismo secundario; en el caso psicosomático, sería el narcisismo primario.* En la histeria, lo que podríamos denominar ética de lo erótico se ordena en torno a la genitalidad; en lo psicosomático, se ordena en torno a la dependencia del comer y del hacer, o de la autonomía con respecto al ser amado en la infancia, al ser amado en la relación electiva donde él ha podido acompañar los difíciles trances de las castraciones anales y orales.

Habría, pues, algo más arcaico en los trastornos psicosomáticos que en los trastornos histéricos. Citemos un caso —el de una madre— que me parece típico de un trastorno psicosomático. Durante las exequias de su hijo, que murió siendo adulto, en el momento de depositarse el ataúd en la tierra la madre sintió una suerte de puñalada en el estómago. El examen realizado poco después evidenció que tenía un cáncer de estómago del que murió al mes siguiente, el día del aniversario de la muerte de su hijo. Es muy posible que el cáncer existiera de mucho tiempo atrás, y que hubiese pasado desapercibido para ella: esto es lo que dijeron los médicos a su marido; pero la mujer sintió su mordedura ese mismo día, y en el momento mismo en que depositaban a su hijo en la tumba. Es como si la muerte de este primogénito, el primer hijo al que había amamantado, despertara en ella un destete imposible. Tal vez había quedado ligada carne con carne, inconscientemente, a este hijo mayor, incluso más allá de la época de su destete; en el momento de la muerte de su hijo, la separación definitiva de su cuerpo le arrancaba la substancia visceral de su propio estómago. ¡Morir un «mes» [*mois*] después que su hijo, el mismo día! Muerte de ese «Yo» [*Moi*] * que mutó a la mujer en madre al nacer su primogénito (y las mujeres lo saben, hay un primogénito de cada sexo, para los padres también): ser madre por primera vez es una mutación, una mutación del Yo, una mutación del narcisismo de la mujer, pero no del sujeto del deseo: este sujeto está más acá del cruce del tiempo con el espacio, no conoce ni nacimiento ni muerte, sino solamente el verbo ser para amar.

Como sujetos, no conocemos a los otros sino a través de nuestra relación yoica con ellos y de la suya con nosotros: éste es el problema del enfermo psicosomático, ligado a la relación de lo simbólico con la realidad, tiempo entrecruzado con el espacio, que constituye la carne viviente, por mediación de la articulación de la imagen del cuerpo sobre el esquema corporal.

El sujeto no tiene palabras para expresar el sufrimiento que

* Homofónicos en francés. [R.]

quiebra el continuo de una relación vital. El cuerpo está como mutilado, en un lugar específico de la historia del vínculo de amor quebrado; y significa, yugulando más o menos una parte de él, la expresión imposible del sufrimiento padecido, anestesiado así en parte.

En similar orden de ideas, es bien sabido que el cardíaco no debe sufrir emociones porque las emociones afectan al corazón, el de la imagen del cuerpo, el de las emociones; porque este corazón tiene una repercusión sobre el esquema corporal, y sobre el funcionamiento del corazón en cuanto víscera. El «corazón de corazón», y el «corazón de carne», como me enseñó a decir un niño que tuve en tratamiento, son distintos, diferenciales, pero a veces, en la patología, interfieren el uno en el otro.

También es bien sabido que, cuando en una familia hay discusiones dramáticas, puede despertarse una úlcera de estómago en un crónico ulceroso potencial. El análisis de un sujeto ulceroso confirma la arcaicidad de esta perturbación psicosomática. Su libido quedó marcada por el amor de su madre, confundido con su deseo por ella. Las representaciones oníricas, presentadas durante el análisis, obedecen a una ética canibalística, y en ellas el analizante revive la época en que su madre lo alimentaba al pecho. Esta ética de amor materno, este comer a besos, desempeña, hasta en el estómago, su papel en las relaciones con las personas que comparten con nosotros nuestras comidas y cuyos accesos de carácter repercuten emocionalmente sobre los demás.

El caso de Tony: padre psicosomático, hijo hipocondríaco (¿o histérico?)

Conocí a un hombre, llamémosle «el padre de Tony», que había sido el hijo menor de una familia de cinco varones. Padecía desde hacía años una úlcera de estómago, y ya a los catorce había sufrido de gastritis. Era el único de los cinco hermanos que tenía una vida social y genital regular: estaba casado, y Tony era su hijo único. Sus cuatro hermanos eran delincuentes y se pasaban la vida en la cárcel.

Su padre, o sea el abuelo paterno de Tony, niño criado en la Asistencia Pública como su madre (la abuela de Tony), había muerto de un accidente de trabajo siendo el padre de Tony muy pequeño: no conservaba recuerdos de él. En cuanto a la madre, alcohólica (¿o se hizo alcohólica después de su viudez?), había muerto de *delirium tremens* cuando el padre de Tony tenía diez años. El decía que la madre los había amamantado a todos. Sus ojos se llenaban de lágrimas cuando hablaba de ella, que había sido tan buena pero que vivió una

vida desarreglada y a quien la sociedad rechazó a causa de su alcoholismo. Así fue que a su muerte, él, que tenía diez años, y dos de sus hermanos, los más inmediatos a él, fueron acogidos por la Asistencia Pública. Esta madre rechazada por todos había inducido en sus hijos, cuando eran muy pequeñitos, y que la amaban, un conflicto íntimo de perdido amor, corazón a corazón, por ella, y después de vergüenza de ella frente a la sociedad. Estos hijos crecían en una total indigencia material. Los otros cuatro habían construido su estructura libidinal conservando como único Yo Ideal a la madre amada de cuando eran pequeños, y su único sostén había sido esta identificación, ya que el «trabajo» del padre lo había «matado» en una época en que no existía la Seguridad Social, ni subsidios familiares ni compensaciones por accidentes de trabajo para los obreros que morían de estos accidentes. Crecían con ella sin más familia, y se volvieron como ella, individuos inadaptados a las leyes y objetos rechazables por la sociedad. Todos habían comenzado por la delincuencia juvenil, a los catorce años, y a esa misma edad el padre de Tony pagaba con sus gastritis una suerte de delincuencia de su tubo digestivo. Conservaba la misma fijación a una madre que había sido tan buena nodriza y una amante tan tierna en su recuerdo. Sus hermanos habían comenzado por robar y después se dieron a la bebida, y después llegó la prisión en suspenso y después el ataque a mano armada. Dos de ellos habían llegado al crimen. El era un delincuente psicosomático: a quien atacaba era a su estómago, o bien éste lo atacaba a él, o más bien él mismo se autodevoraba, por falta del pecho materno que había sido el último en mamar y que, por este hecho, lo había alimentado más tiempo que a los demás, como él decía.

Puede advertirse aquí, distribuida por toda una familia, la distinción a que aludíamos entre los trastornos histéricos y los trastornos psicosomáticos. Tres de los hermanos, los que tenían más de cuatro años al morir el padre, eran histéricos, delincuentes histéricos activos, y el cuarto, un histérico pasivo. El quinto era psicosomático, el padre de Tony.

Lo que me dio ocasión para conocer a este hombre y su historia no fue, como podría creerse, una cura psicoterapéutica de su úlcera. Lo conocí en consulta hospitalaria, cuando el servicio en el que yo trabajaba me solicitó el examen psicológico de un varón de diez años, Tony, precisamente. *Tony faltaba a la escuela desde hacía varios meses pretextando agudos dolores en las rodillas.* Ni la observación en el hospital ni los exámenes y análisis que se le practicaron permitían comprender la causa de este sufrimiento. ¿Se trataba de un mulador? ¿Cuál era su nivel mental? Sus dolores, se decía, impedían realmente dormir y perturbaban sus movimientos. En el prolongado espacio de tiempo que duró su observación

en el hospital, Tony no se mostró ni caracterial ni escolarmente retrasado. Su C. I. era de 105; en resumen, era un caso complicado. No, este niño no era ni un delincuente, ni un retrasado mental, ni un caracterial: sufría. Era hipocondríaco. ¿Rodillas? [*Genoux*] Yo, nosotros [*Je, nous*]. ¿Qué sucede con nosotros, mi padre y yo? Se diría un juego de palabras o de males.* Pero era esto lo que aparecía en las sesiones en que yo lo escuchaba. El niño planteaba claramente el problema de su familia paterna a través de una llamada de socorro que había tomado forma de lenguaje con este síntoma mediatizado en dolor de rodillas. En un principio, un médico de su barrio al que llamaron un día en que efectivamente tenía la rodilla un tanto hinchada y caliente, prescribió reposo sin escuela durante una semana y diagnosticó «dolores del crecimiento». Esto había sucedido algunos meses antes. Y después, Tony cumplió sus diez años, la edad en que su padre había perdido a su madre y le recogió la Asistencia Pública. Es probable que al cumplir su hijo diez años todos aquellos viejos recuerdos retornaran a la memoria del padre, pero en cualquier caso los había callado. Porque nunca había dicho nada, ni a su mujer ni a su hijo, de su infancia o de su familia. La mujer, también ella de la Asistencia Pública, fue abandonada mucho más precozmente que él, y conservaba un buen recuerdo de una nodriza de su infancia, fallecida, por desgracia, poco después de su partida a una pensión de la Asistencia. Lo único que sabía de su marido era que había tenido a su mamá hasta los diez años y que la pobre mujer... Pero no conocía la delincuencia de un cuñado, al que jamás había visto, sino de una manera muy vaga, a causa de unos «papeles y cartas de abogado» que su marido recibió un día. Entonces él le dijo que tenía que ir a hablar con un abogado por las tonterías hechas por su hermano, el más inmediato a él. Ella era discreta y cariñosa, amaba a este marido, huérfano como ella y golpeado por la desgracia. Así pues, el niño no conocía nada relacionado con su origen ni con su parentesco, ni paterno ni materno. Y fue esta cura psicoterapéutica, psicoanalítica, de un nieto, lo que permitió comprender lo que es el destino libidinal en un linaje cuando el narcisismo en vías de estructuración resulta herido.

La ética del deseo se había arraigado en el padre de Tony en la época oral, en los problemas narcisísticos de validez fálica de su madre; y, para sus hermanos, en torno a los problemas secundarios, ligados al desprecio y al abandono de un padre vencido por un accidente de trabajo.

Gracias a los trastornos hipocondríacos del muchacho me fue posible conocer la historia de esta familia y asimismo, por la palabra y el retorno del decir concerniente a todo lo no

* Se diría un juego de palabras [«mots»] o de males [«maux»]. Homofónicos en francés. [R.]

dicho, ayudar al niño a recobrar la salud. Los traumas del corazón que no son hablados pueden, por tanto, ser expresados por el cuerpo, que se siente traumatizado por intermedio de la imagen del cuerpo, entrecruzada como trama y urdimbre en el tejido de nuestro narcisismo. En este caso de rodilla dolorosa, se trataba del corazón de Tony y del suyo, su corazón asociado al corazón de su padre; en síntesis, no de rodilla [*genou*] sino de Yo-Nosotros [*Je-Nous*]; estos dos corazones en el sentido del lazo afectivo que liga a un ser humano con su genitor, con aquel a quien él ama en el comienzo de su vida y que le hace amarse a sí mismo, quiero decir el padre o aquel que ocupa su lugar. Este mismo padre, responsable de su hijo, niña o varón, es el que, a partir de los tres años, lo separa de la relación dual con su madre para convertirlo en un ser social sexuado y según la Ley. Por eso todo el decir o el no decir relativo a un padre es tan traumático, en el sentido de una ausencia de elementos estructurales en la vida inconsciente; y también por eso este traumatismo se traslada a la generación siguiente, y éste es uno de los descubrimientos más importantes del psicoanálisis: la herencia de una deuda inconsciente que desdinamiza a uno de los descendientes de la segunda o tercera generación.

El padre de Tony, en la época de su destete, que no había conocido a su padre, sólo podía ser criado por referencia a lo que la sociedad le significaba acerca de su madre para separarlo de ella. Ahora bien, esta sociedad tampoco ayudó a sus hermanos mayores, los sustitutos del padre para él. Para un niño pequeño, los hermanos mayores representan otras personas grandes en contacto con mamá, son un poco sustitutos paternos. Pues bien, estos hermanos mayores eran incapaces de servir de referentes a la Ley, al estar ellos mismos traumatizados por la decapitación de la familia y por el desamparo en que había quedado la madre, con sus cinco hijos. El trauma debido al abandono de los niños por uno u otro de los padres es diferente según la edad del desarrollo, no físico, sino afectivo y sexual, de cada uno dentro de una misma familia. Si a continuación de un traumatismo que ha golpeado a todos los hijos, más a la madre (o al padre) que los tiene a su cargo solo(a) tras la desaparición de su cónyuge, cada uno puede hablar de su sufrimiento a quien sabe oírlo, oírlo por él mismo, y entonces cada uno puede llegar a asumir este percance y a superarlo. E incluso salir fortalecido de esta experiencia, si al respecto ha podido expresar todo lo que un ser que vive en el desamparo tiene que decir sobre este acontecimiento. Toda difícil prueba es una experiencia de supervivencia del cuerpo y es como si éste tuviera por metáfora el psiquismo; pero para que el psiquismo siga vivo, es preciso que haya lenguaje intercambiado, expresivo, actual, con alguien que presta

a aquel a quien escucha el valor de sujeto de su propia historia.

Toda difícil prueba es una experiencia en la realidad que puede ser asumida psíquicamente, si el cuerpo sobrevive a ella. Pero para eso, hace falta un trabajo que se llama trabajo psicoanalítico, y este trabajo no puede ser cumplido sino con alguien que, mediante su escucha y su propia formación, dé al que le habla una castración simbolígena, es decir, lo ayude a comprenderse con la simbolización de lo que ha perdido y que entonces comienza a pertenecerle en propiedad. Así, a ese valiente padre que debió abandonar el puesto de jefe de familia a causa de un accidente de trabajo mortal, cada uno de sus hijos hubiese podido, para rendirle homenaje, ayudado por otra persona, sostenerse en medio de las dificultades, porque todos eran niños inteligentes; pero habría hecho falta rehabilitar, tanto la persona del padre, de quien no tenían otra experiencia que el abandono en que se vio sumida la madre, como el sufrimiento de la madre, cuya única solución había sido beber para dejarles la comida a los hijitos, en una época en que el vino, en los cafetines, era tan barato.

De engendradores en engendrados: el sufrimiento
De imaginario en realidad: las deudas y las herencias

Poner palabras al sufrimiento de un difícil trance, para quien puede oír estas palabras y prestar su atención al sujeto que habla confiando en él, esto es algo que mitiga la angustia. Y, sin angustia, están la vida, la supervivencia, permitiendo a quien ha superado lo peor de la prueba hallar la solución por sí mismo. Esto significa que las pulsiones cuya satisfacción es vedada provocan incrementos en la tensión libidinal y, con ello, angustia, como todo lo que es excesiva tensión en un ser humano. El descenso de la tensión libidinal provoca el repliegue y el dormir; su exceso, provoca angustia. Y la angustia por exceso de tensión provoca un malestar, y el mal-estar es sentido como culpabilidad ya en primer grado; después, como paraliza las fuerzas vivas del individuo, éste se siente secundariamente culpable de no dar la cara, de faltar a la dignidad ligada al hecho de asumir el propio deseo, arraigada en el ser humano desde su origen. Por eso la angustia tiene necesidad de expresarse. Si no puede hacerlo en palabras, lo hará por la conducta o el funcionamiento corporal, por el comportamiento del cuerpo en sociedad o el comportamiento caracterial, o por una disfunción del cuerpo vegetativo o motor. Todo es lenguaje en el ser humano. El cuerpo mismo, a través de la salud o a través de la enfermedad, es lenguaje. La salud es el lenguaje del sano; la enfermedad es el lenguaje de alguien que

sufre y, a veces, de un angustiado. Estar enfermo es signo de lucha contra un enemigo del equilibrio de los intercambios que llaman salud. Toda la energía se focaliza entonces para resistir al dolo o para curar el dolo que un agente exterior ha provocado directamente (accidente, herida, enfermedad) o secundariamente por reacción de defensa. En estas últimas páginas he intentado descifrar la evolución de la imagen del cuerpo ligada al narcisismo primario, y después al narcisismo secundario tras la resolución del Edipo. Dije que era erógena y funcional, pero también en su origen, lo que describí como una imagen de base contra cuya integridad toda amenaza es sentida como mortal. Ella reenlaza el cuerpo al lenguaje más vegetativo, cardio-respiratorio-digestivo. La integridad de esta imagen del cuerpo en cuanto a lo cardiorrespiratorio y a lo digestivo es lo que proporciona al ser humano la seguridad, hasta en el dormir; sin lo cual el sujeto del deseo ya no puede animar la carne, y de ello se derivan graves perturbaciones psicoorgánicas.

Si la *imagen de base* se ve afectada, hay desvitalización parcial o total y hasta una reacción lesional. Si la afectada por un suceso traumático que no se habla es la *imagen funcional*, hay reacción funcional, humoral, neuromuscular. Efectos descompaginadores de la homeostasis y del tono, con punto de partida inconsciente, alteran más o menos el Yo y el orden de las instancias psíquicas, y, a partir de aquí, el comportamiento como expresión global de lenguaje. Si la afectada es la *imagen erógena*, puede haber anulación o, por el contrario, sobreexcitación del deseo, de una manera que desborda lo que el sujeto es capaz de dominar en cuanto al paso de su expresión al esquema corporal. En los hermanos del padre de Tony, por ejemplo, el sufrimiento padecido a la edad en que eran casi púberes, cuando su madre se desquició totalmente para el punto de vista social, no les permitió construirse a través de una ética de trabajadores. Su padre había sido despreciado en su valor de trabajador, puesto que en ello dejó su pellejo y la sociedad no tuvo de ninguna manera en cuenta su dignidad de cabeza de familia, ayudando a sus hijos a sobrevivir incluso materialmente, y no sólo educativamente. A la muerte del padre, en lo que respecta a los hijos mayores, en quienes el padre había impreso el ejemplo del trabajo, de una vida honesta y ordenada, la castración que había comenzado a darles estalló (si puedo expresarme así). Los frenos pulsionales al daño y al crimen también estallaron, llevándose consigo la simbolización de la sexualidad oral y anal, trampolín de una libido utilizable en la escolaridad y en el trabajo. Además, la madre, tierna y querida, quedó a su libre arbitrio, y las emociones incestuosas de estos niños se despertaron. Todo esto en lo inconsciente; pero lo que resultó fue que el trabajo había

perdido valor; por añadidura, el amor filial por la madre fue escarnecido, pues sus hijos todavía no podían trabajar, ganar dinero para ayudarla, y no podían hacer otra cosa que asistir al modo en que la gente, alrededor de ellos, la reprobaba por resistir bebiendo a la imposibilidad de comer para aplacar su hambre. Los mayores, golpeados hasta en su dignidad humana, es decir, en la imagen de base de su narcisismo, por la derelicción que heredaban respecto de su padre y su madre en la edad social edípica, no pudieron sino volverse delincuentes graves, dos de los cuales llegaron hasta el crimen de sangre, por escalada y cárceles sucesivas y frecuentación de delincuentes tal vez peores que ellos, y que no habían guardado de su madre una imagen tan prestigiosa como la que sí conservó cada uno de ellos.

El hermano por cuya razón un abogado había llamado al padre de Tony, era el que lo precedía directamente. Era abúlico, histérico pasivo, no le gustaban las chicas, según su abogado había sido explotado por una banda, pero no había cometido ni robos ni crímenes. Este hermano había sido el compañero de pensión del padre de Tony en la Asistencia Pública, al morir la madre. Era aquel que la madre destetó precisamente en el momento en que estaba encinta del padre de Tony.

El padre de Tony no emitía ningún juicio peyorativo sobre sus hermanos. La desgracia le había golpeado y hablaba de ellos con resignación, pero expresaba un amor inquebrantable y ardiente hacia su madre, y una estima idealizada por un padre del que no guardaba ningún recuerdo y de quien no había oído decir otra cosa que su destino ya de niño de la Asistencia Pública y su accidente de trabajo.

Los síntomas, sean hipocondríacos como en Tony, el nieto del que murió por accidente de trabajo, histéricos como en sus tíos o psicosomáticos como en el padre de Tony, pueden ser entendidos como el lenguaje del Yo inconsciente en cuanto solidario del cuerpo propio, lugar del esquema corporal. Estos síntomas que obstruyen la libertad de vivir son otros tantos medios con los que expresar el sufrimiento de un ser humano alcanzado en su narcisismo: el cual, de castración en castración, simbolígena o no, permanece ligado en el curso de su primer desarrollo, a una ética inconsciente, y que asegura la continuidad en la cohesión de la estructura psíquica y sexual.

Esta continuidad de las estructuras psíquicas y sexuales es lo que comprende el término de narcisismo, ligado al cruzamiento de la imagen del cuerpo inconsciente con el esquema corporal preconsciente y consciente. Es la condición de la articulación del sujeto, que no es temporal ni espacial, opuestamente a lo que se puede decir de su cuerpo, el cual participa del Yo por el que el sujeto se objetiva en sus motivaciones

de comportamiento; justificándolas en la realidad mediante fantasmas o racionalizaciones verbales que se manifiestan en sus intercambios con el cosmos, si podemos hablar así, es decir, la salud, sus relaciones con los animales y los humanos, su hábito caracterológico.

Los otros cuerpos también son objetos que pertenecen a la realidad entrecruzada del tiempo y del espacio. Cada cuerpo es representativo de un sujeto deseante, si es un ser humano; pero es percibido por los otros bajo su forma de objeto ofrecido a su deseo, provocándolos para desearlo de una manera fílica o fóbica; quiero decir desear para entrar con él en una relación de intercambio de placer, o para rechazar una relación de intercambio con él que sería displacer.

Es el sujeto del deseo —en cuanto no solamente testigo sino también actor de su historia, por mediación del cuerpo— el que toma carne en este cuerpo el día de la concepción de cada cual, y el que reconduce su contrato de ser viviente, de inspiración en inspiración, después de arriesgar, de expiración en expiración, con confianza, ese contrato de ser viviente. Se puede decir que el narcisismo de un sujeto reconduce el contrato del sujeto deseante con su cuerpo de segundo en segundo. Vivir es eso, para un ser humano.

Este contrato que liga al sujeto con su cuerpo es el misterioso enigma de cada ser humano. Cuando habla, cada cual habla de sí mismo bajo la cubierta de la palabra «Yo» [*Moi*] distinguida de «Tú» y de «Ellos», pero al mismo tiempo, este sujeto que habla de sí en nombre de «Yo» [*Je*] puede, o bien renegar del Yo [*Moi*], o bien tomarlo conscientemente a su cargo (y quizás en otra parte). E incluso, cuando duerme, este sujeto es el testigo otro de ese «Yo» [*Moi*] inmóvil, se podría decir vegetativo; y simultáneamente el trabajo de reasunción de su cuerpo se cumple en el sujeto, al que el deseo, durante la vigilia, había fatigado: es decir que el narcisismo de base vela por reconducir cotidianamente, en el ser vivo, su contrato, por reconducir ese enigma. Ese «Yo» [*Je*] adormecido que ni siquiera podría pronunciar el «Yo» [*Je*] gramatical de una frase, este «Yo» [*Je*] adormecido que vela, no se sabe dónde, permitiendo al cuerpo la refección de sus fuerzas, ese «Yo» [*Je*] es testigo del deseo de todos estos deseantes que se remontan hasta la noche de los tiempos, engendrados de madre en hija, de padre en hijo, desde que el mundo es mundo.

El niño humano aborda este enigma alrededor de sus tres años. Cree, el inocente, que el adulto, imagen acabada de él, va a dar respuesta a todas las preguntas que se formula; pero el adulto, por su parte, espera de sus hijos respuesta al enigma del sentido de su vida, respuesta al enigma de los fracasos del Yo [*Moi*] en relación con el deseo del Yo [*Je*].

Y en este «maldonnes», en este malentendido donde cada uno espera del otro una respuesta que nadie puede darle, radica el problema de las relaciones entre hijos y padres. Ninguno de ellos puede aceptar fácilmente su impotencia: el hijo, la de sus padres, y los padres, la de su hijo (impotencia para darles la satisfacción que su deseo imaginario querría hallar en la realidad).

En cualquier caso, en Tony, que tenía dolor de rodillas [«*genoux*»], en esta articulación de sus miembros inferiores, el enigma de este dolor planteado a médicos que no tenían, con todo su saber sobre el cuerpo, solución para lo que ocurría, fue lo que permitió que el contacto con un psicoanalista desvelara el otro enigma que planteaba «Yo-Nosotros» [*Je-Nous*] al padre en el cuerpo de su hijo, y al hijo en su amor por su familia, en vísperas de tener que asumir solo su deseo. Esta historia también me permitió a mí, en esa época joven analista, comprender cómo el sufrimiento no hablado de dos linajes puede expresarse en un niño de diez años, su heredero: Tony, impedido de hacer una vida normal y privado de sueño por un dolor lancinante hipocondríaco, gritaba un sufrimiento que se remontaba a su padre y a su abuelo, y quizá más lejos aún.

Es verdad que nada cambió para el padre por el hecho de que, al hablar conmigo, reactivara en sí mismo, a su edad, las emociones afectivas de su niñez. Pero no se hallaba absolutamente solo: al pensar nuevamente en el sentido de su vida, podía hablar a su hijo de lo que él ignoraba pero que le causaba malestar, o de lo que sabía y le producía dolor.

Tony, por su parte, no había hecho a su padre preguntas directas; las preguntas se planteaban por mediación de su cuerpo, sin respuesta del lado del cuerpo en cuanto objeto del saber médico. El enigma de las mutaciones del crecimiento y del destino de los seres humanos, en los diferentes períodos de su historia personal, encubre acontecimientos interiores pasados e incluso fenecidos. Son acontecimientos que tuvieron lugar entre sus abuelos y sus genitores, como también acontecimientos sucedidos durante la vida del sujeto pero que no pudieron hablarse al hilo de las mutaciones de su vida. Era el cuerpo de Tony el que parecía impedirle vivir, y sin embargo no era eso lo que este cuerpo representaba, sino lo no dicho. Tony hizo posible que finalmente su padre pudiese poner palabras en su historia, dirigidas a un psicoanalista que lo escuchaba, palabras de hijo, de nieto, que había sido padre a su vez y engendrador de hijo. Pudo, con estas palabras, hablar de su mujer y de su hijo, de los que nunca le hablaba a nadie; hablar de su madre, de su infortunio, del valor de esta mujer, de sus desdichados hermanos de los que nunca había hablado a Tony, esos tíos vencidos por su fuerza libidinal a los que un padre, desa-

parecido demasiado pronto, no había podido iniciar en otra ley que la del trabajo y la valentía, ley que con su muerte en el trabajo sin honor reconocido, resultó caduca y absurda.

Y qué decir del desamparo en que su desaparición había dejado a mujer e hijos de corta edad, el mismo desamparo que había conocido el padre del padre de Tony, abandonado a la Asistencia Pública, ese desamparo que había conocido la madre de Tony, también ella abandonada a la Asistencia Pública. Pero aún hay que remontarse más atrás en la historia de estos deseantes, hay que remontarse al desamparo de la bisabuela materna y de la bisabuela paterna de Tony, con sus embarazos despojados de valor por la sociedad; mujeres que habían servido de objeto a un hombre irresponsable y no habían contado con sostén para asumir a sus hijos. Todo esto es lo que Tony resumía en su cuerpo, en sus dos rodillas, representantes cada uno de sus miembros inferiores de su asiento en la vida, de sus dos padres, para quienes el enigma era «Yo-Nosotros».

A manera de conclusión

El enigma de nuestra vida —de todos y de cada uno— en su relación por medio de nuestro cuerpo con el cuerpo de los otros, y por medio del lenguaje con los otros sujetos, a través de las mediaciones de las cosas más sustanciales llegando hasta las más sutiles de las miradas y los sonidos, este enigma subsiste.

Imagen del cuerpo, entrecruzado en cada microsegundo con el esquema corporal, substrato de nuestro ser en el mundo, nexo de los sujetos con su cuerpo en su substancialidad palpitante, lugar de su apariencia: así puede llamarse también al deseo inconsciente. El enigma persiste, ligado al peso de la carne, siempre plural, con sus necesidades y sus deseos en que el Yo [*Moi*] de cada cual (con los de los otros) se agota. Y además, ¿qué hacer con este sujeto en busca de una sutil unión con otro sujeto? Deseo que pretende avenirse con el otro mediante la armonía sutil del amor. El enigma «Yo-Nosotros» subsiste, de generación en generación, mientras que yo, tú, los otros, mueren, y el lenguaje es el enigma que, separados como estamos los unos de los otros, nos une más allá... más acá... ¿cómo? ¿En quién? ¿Será, este incognoscible, el Sujeto del verbo Ser?

CASOS CLINICOS DE TRASTORNOS DE LA IMAGEN DEL CUERPO

40 *Federico,* 7 años: sordo, inestable, función del nombre perdido.
45 *Gilles,* 7 años: enuresis, inestable, inepto escolar, fóbico.
56 *Agnes,* de pocos días: pérdida de la imagen del cuerpo olfativa, se deja morir.
93 *Francisco,* 13 años: brillante alumno de tercer curso del instituto, tentativa de suicidio por eventración con un cuchillo, imagen del cuerpo no masculina.
185 *Nicolás,* 7 años: psicótico por no identidad humana, imagen del cuerpo oral mortífera.
190 *Sebastián,* 8 años: autista mutista, hospitalismo a los cinco meses.
196 *Pedro,* 3 años: fobo-histérico («dolor de cabeza») y obsesivo verbal, apariencia de débil mental prepsicótico.
202 *Joël,* 18 años: tartamudo desde los 2 años, castración primaria mal vivida.
229 *León,* 8 años: lento, distónico motor, fobo-histérico débil mental, músico.
263 *Marcos,* 12 años: superdotado, caracterial angustiado predelincuente, postedípico descompensado.
282 *Alex,* 13 años: parálisis histérica después de repetitivas fracturas del brazo, postedípico amenazado de descompensación y paso al acto incestuoso, angustia fóbica.
287 *Tony,* 11 años: rodillas inválidas, dolores agudos psicosomáticos en camino a la hipocondría, neurosis familiar.

No creo que se deba al azar el que la mayoría de los ejemplos corresponda a niños varones. Varones y niñas son llevados por su madre en su seno y criados por ellas (o por mujeres, al nacer). La primera identificación tiene por modelo a la madre. En el transcurso de las castraciones sucesivas, los varones se separan de su *alter ego* primer amado, deseado en las pulsiones femeninas de

madre y hermanas. Las niñas reencuentran en sí mismas lo que dejan, el poder femenino de sus pulsiones pasivas representadas en la madre y las hermanas. El papel del padre y de la Ley es dominante en los varones.

Al convertirse en madres, muchas niñas hurtan sus hijos a las pruebas castradoras de su padre y de la ley, desvalorizando así la filiación simbólica humana en beneficio de la maternidad fisiológica y de la parentalidad afectiva.

El narcisismo de los varones y de las niñas es diferente. La Ley, inesquivable para los varones.

ALGUNOS TEMAS ANEXOS ABORDADOS

55
175 Objetos transicionales.
100 Continencia esfinteriana.
119 El espejo.
145 La escuela a los tres años, su función.
172 Psicosis infantiles.
173 Fobias precoces psicotizantes.
252 Tiempo completo escolar especializado (EMP, IMP): recuperación de la salud psicosocial dificultosa, psicoterapia psicoanalítica imposible; alegato por el tiempo escolar parcial no especializado, y el resto del tiempo entre cuidados y reeducación.
260 Para una prevención hospitalaria de los trastornos psicosociales de los niños pequeños.
275 Anorexia.
279 Histeria y psicosomática.

Biblioteca de PSICOLOGIA PROFUNDA

Ultimos títulos publicados

24. Hanna Segal - *Introducción a la obra de Melanie Klein*
25. W. R. Bion - *Aprendiendo de la experiencia*
26. E. Jones - *La pesadilla*
27. L. Grinberg, M. Langer y E. Rodrigué - *Psicoanálisis en las Américas. El proceso analítico. Transferencia y contratransferencia*
28. Carlos A. Paz - *Analizabilidad*
29. C. G. Jung - *Psicología y simbólica del arquetipo*
30. A. Garma - *Nuevas aportaciones al psicoanálisis de los sueños*
31. Arminda Aberastury - *Aportaciones al psicoanálisis de niños*
32. A. Garma - *El psicoanálisis. Teoría, clínica y técnica*
33. R. W. White - *El yo y la realidad en la teoría psicoanalítica*
34. M. Tractenberg - *La circuncisión. Un estudio psicoanalítico sobre las mutilaciones genitales*
35. W. Reich - *La función del orgasmo*
36. J. Bleger - *Simbiosis y ambigüedad*
37. J. Sandler, Ch. Dare y A. Holder - *El paciente y el analista*
38. M. Abadi y otros - *La fascinación de la muerte. Panorama, dinamismo y prevención del suicidio*
39. S. Rado - *Psicoanálisis de la conducta*
40. Anna Freud - *Normalidad y patología en la niñez*
41. A. Garma - *El dolor de cabeza. Génesis psicosomática y tratamiento psicoanalítico*
42. S. Leclaire y J. D. Nasio - *Desenmascarar lo real. El objeto en psicoanálisis*
43. D. Liberman y D. Maldavsky - *Psicoanálisis y semiótica. Sentidos de realidad y categorizaciones estilísticas*
44. I. Berenstein - *Familia y enfermedad mental*
45. I. Berenstein - *El complejo de Edipo. Estructura y significación*
46. A. Armando - *La vuelta a Freud. Mito y realidad*
47. León Grinberg - *Teoría de la identificación*
48. J. Bowlby - *El vínculo afectivo*
49. J. Bowlby - *La separación afectiva*
51. E. H. Rolla - *Familia y personalidad*
52. M. Shepard - *Fritz Perls. La terapia guestáltica*
53. León Grinberg (comp.) - *Prácticas psicoanalíticas comparadas en la neurosis*
54. León Grinberg (comp.) - *Prácticas psicoanalíticas comparadas en las psicosis*
55. León Grinberg (comp.) - *Prácticas psicoanalíticas comparadas en niños y adolescentes*
56. I. Berenstein - *Psicoanálisis y semiótica de los sueños*
57. Anna Freud - *Estudios psicoanalíticos*
58. P. L. Assoun - *Freud: la filosofía y los filósofos*
59. O. Kernberg - *La teoría de las relaciones objetales*
60. M. Sami-Ali - *Cuerpo real, cuerpo imaginario*
61. M. Sapir, F. Reverchon, J. J. Prévost y otros - *La relajación. Su enfoque psicoanalítico*
62. W. R. Bion - *Seminarios de psicoanálisis*
63. J. Chasseguet-Smirgel - *Los caminos del anti-Edipo*
64. G. Groddeck - *Conferencias psicoanalíticas para enfermos*
65. M. A. Mattoon - *El análisis junguiano de los sueños*
66. D. Foulkes - *Gramática de los sueños*
67. Anna Freud - *El yo y los mecanismos de defensa*
68. Heinz Kohut - *La restauración del sí-mismo*
69. W. Reich y otros - *Escritos psicoanalíticos fundamentales*
70. Georges Amado - *Del niño al adulto. El psicoanálisis y el ser*
71. Jean Guillaumin - *Los sueños y el yo. Ruptura, continuidad, creación en la vida psíquica*
72. I. Berenstein - *Psicoanálisis de la estructura familiar*
73. M. A. Mauas - *Paradojas psicoanalíticas*
74. M. Yampey - *Psicoanálisis de la cultura*
75. C. M. Menegazzo - *Magia, mito y psicodrama*
76 L. Grinberg - *Psicoanálisis. Aspectos teóricos y clínicos*
77. D. J. Feldfogel y A. B. Zimerman (comps.) - *El psiquismo del niño enfermo orgánico*
78. C. G. Jung - *Energética psíquica y esencia del sueño*
79. C. D. Pérez - *Masculino-Femenino o la bella diferencia*
80. S. Freud - *Esquema del psicoanálisis*
81. D. Lagache - *Obras I (1932-1938)*
82. D. Lagache - *Obras II (1939-1946)*
83. D. Lagache - *Obras III (1947-1949)*
84. D. Lagache - *Obras IV (1950-1952)*
91. M. Mannoni - *El niño retardado y su madre*
92. L. C. H. Delgado - *Análisis estructural del dibujo libre*
93. M. E. García Arzeno - *El síndrome de la niña puber*
94. C. D. Pérez - *Un lugar en el espejo. El espacio virtual de la clínica*
98. A. Tallaferro - *Curso básico de psicoanálisis*
99. F. Dolto - *Sexualidad femenina*
100. B. Bulacio y otros - *De la drogadicción*
101. I. de Krell - *La escucha. La histeria*
102. M. A Mauas - *Problemas y pasatiempos psicoanalíticos*
103. D. Lagache - *El psicoanálisis*
104. F. Dolto - *La imagen inconsciente del cuerpo*

No hay que confundir imagen del cuerpo con esquema corporal.
El esquema corporal especifica al individuo en cuanto representante de la especie: es, en principio, el mismo para todos.
La imagen del cuerpo, en cambio, es propia de cada uno: está ligada al sujeto y a su historia.
Soporte del narcisismo, es eminentemente inconsciente.
Es la encarnación simbólica del sujeto deseante.
A partir de este concepto, y remitiéndose una y otra vez a la experiencia analítica, Françoise Dolto sigue fase por fase la elaboración de la imagen del cuerpo, demostrando que, en cada ocasión, el umbral es superado por una castración. Lo cual la conduce a describir la patología de la imagen del cuerpo, que se revela, etapa por etapa, un fracaso de la simbolización: a saber, insuficiencia del lenguaje dirigido al niño e incumplimiento de la prohibición.
Porque tal es la paradoja de lo que enseña la elaboración de Françoise Dolto: el yo se asienta en la imagen del cuerpo, pero ésta, a su vez, se elabora a través de una serie de castraciones que no ha de vacilarse en reconocer como simbolígenas.
Y ésta es la clave de la «humanización».
Françoise Dolto, psicoanalista de origen francés, nació a principios de siglo y murió en 1988 a los 80 años de edad. Aunque el público en general la conoce sobre todo por su irreprochable postura ética respecto al universo infantil, por otra parte resultado de un riguroso planteamiento teórico, su obra constituye en realidad un verdadero hito en lo referente al tratamiento psicoanalítico del cuerpo, que ella aborda —al contrario que Lacan, la otra gran figura del posfreudianismo en Francia— en lo que tiene de más arcaico. En este sentido, por lo tanto, la presente resulta ser su obra más significativa, aunque no debemos olvidar tampoco configuraciones discursivas tan importantes como las reflejadas en *Sexualidad femenina* y *Diálogos en Quebec*, publicadas también por Paidós en esta misma colección.

Paidós
Psicología
Profunda

104

www.paidos.com

9 788475 093413 10104